



# investigaciones psicológicas

## LOS ORIGENES DE LA PSICOLOGIA CIENTIFICA EN ESPAÑA: EL DOCTOR SIMARRO

**INVESTIGACIONES  
PSICOLOGICAS**

## INVESTIGACIONES PSICOLOGICAS

Revista de la Facultad de Psicología  
Universidad Complutense de Madrid

### CONSEJO DE REDACCION

*Directora:*

M.<sup>a</sup> Rosario Martínez Arias

*Subdirectores:*

M.<sup>a</sup> Dolores Avia Aranda

M.<sup>a</sup> Carmen Muñoz Tedó

M.<sup>a</sup> Pilar Sánchez López

Juan Santacruz Silvano

*Secretaria:*

Angela Conchillo Jiménez

*Consejeros representantes de los Departamentos de la Facultad:*

Todos los Departamentos o Secciones Departamentales de la Facultad  
están representados en el Consejo de Redacción

---

*Servicio de canje:*

Biblioteca de la Facultad de Psicología.  
Campus de Somosaguas. 28023 Madrid

*Suscripciones:*

Editorial de la Universidad Complutense.  
Edificio de Estomatología.  
Ciudad Universitaria. 28040 Madrid

# INVESTIGACIONES PSICOLOGICAS

4

Los orígenes de la psicología científica  
en España:

El doctor Simarro

\*\*\*\*\*Gf kqtgu'L0Lcxkgt'Eco r qu'Dwgpq  
\*\*\*\*\*{ "Nwku"Nrcxqpc"

FACULTAD DE PSICOLOGIA  
UNIVERSIDAD COPLUTENSE DE MADRID

1987



*Colaboradores:*

AGUSTIN ALBARRACIN  
Centro de Estudios Históricos, C.S.I.C., Madrid

J. JAVIER CAMPOS BUENO  
Universidad Complutense, Madrid

HELIO CARPINTERO  
Universidad de Valencia, Valencia

JOSE ANTONIO FERRER BENIMELI  
Universidad de Zaragoza, Zaragoza

ANDRES GALERA  
Centro de Estudios Históricos, C.S.I.C., Madrid

JAVIER GARCIA CASTAÑO  
A. Madrileña de Antropología, Madrid

JOSE MARIA JOVER ZAMORA  
Universidad Complutense, Madrid

ENRIQUE LAFUENTE  
U. Nacional de Educación a Distancia, Madrid

PEDRO LAIN ENTRALGO  
Universidad Complutense, Madrid

RAFAEL LLAVONA  
Universidad Complutense, Madrid

JOSE LUIS PESET  
Centro de Estudios Históricos, C.S.I.C., Madrid

M. ANGEL PUIG-SAMPER  
Centro de Estudios Históricos, C.S.I.C., Madrid

JOSE SALA CATALA  
Centro de Estudios Históricos, C.S.I.C., Madrid

MARIANO YELA  
Universidad Complutense, Madrid

## Sumario

<i>La lección de Pavlov y el Dr. Simarro</i> ... ..	11
<i>Agradecimientos</i> ... ..	17

### CONTEXTO HISTORICO

<i>La obra del Dr. Simarro y su entorno</i> , por Pedro Laín Entralgo ... ..	21
<i>Contexto histórico de la obra del Dr. Simarro</i> , por José María Jover Zamora ... ..	37
<i>La Universidad española en la época del Dr. Simarro</i> , por José Luis Peset ... ..	55
<i>Los orígenes de la Psicología Científica en España. El Dr. Simarro y su Fundación</i> , por Mariano Yela ... ..	67

### BIOLOGIA Y ANTROPOLOGIA

<i>Luis Simarro y el evolucionismo</i> , por José Sala Catalá ... ..	83
<i>El Dr. Simarro y la escuela histológica española</i> , por Agustín Albaracín ... ..	99
<i>El Dr. Simarro y el movimiento antropológico de su tiempo</i> , por Miguel Angel Puig-Samper ... ..	115
<i>Relaciones del Dr. Simarro con la Antropología pedagógica</i> , por F. Javier García Castaño ... ..	127
<i>La antropología criminal española de fin de siglo</i> , por Andrés Galera. ... ..	155

## Sumario

### PSICOLOGIA

<i>Los orígenes de la Psicología científica en España: Las «Lecciones sumarias de Psicología», de Giner de los Ríos, por Enrique Lafuente</i> ... ..	165
<i>El Dr. Simarro y la Psicología Científica en España, por Helio Carpintero</i> ... ..	189

### MASONERIA

<i>El Dr. Simarro y la masonería, por José Antonio Ferrer Benimeli</i> ...	211
Apéndices ... ..	271



LUIS SIMARRO LACABRA  
1851-1921

## *La lección de Pavlov y el Dr. Simarro*

Al poco tiempo de morir Pavlov se lamentaba Marañón en un artículo publicado en *Ahora*<sup>1</sup> de la manipulación partidista que se hacía del gran fisiólogo ruso reivindicando a la vez el trabajo esforzado e inteligente frente a la fácil tentación de la agitación política. Estas reflexiones bien pueden tenerse en cuenta al evocar desde aquí al Dr. Simarro, «figura única de la España contemporánea» cuya modestia y desdén por la gloria y los honores oficiales hacía temer a Araquistain que cayera pronto en el olvido<sup>2</sup>.

Quizás al combinar Simarro la faceta científica y la política contribuyó a sumirle en el olvido. Ciertamente Simarro participó de modo activo y destacado en la comunidad científica y como tal era apreciado por sus contemporáneos. Pero, como escribió Ramón y Cajal tras la muerte de Simarro, su obra no podía apreciarse en toda su valía por haberse dejado prender en las redes de la Institución, uno de cuyos cánones sacrosantos consiste en estudiar y no escribir<sup>3</sup>. No es menos cierto que por su talante liberal y su condición de masón tampoco fue ajeno a las tensiones políticas de su época. La imagen de hombre de ciencia malogrado dificultaba recordarle como científico. Su figura de político era difícil de reivindicar en el nuevo estado surgido tras la guerra civil. Que había sido una figura popular y de gran talla aparece

---

<sup>1</sup> «La lección de Pavlov. Parábola del joven impetuoso». Artículo publicado por Gregorio MARAÑÓN en *Ahora*, el 21 de abril de 1936.

<sup>2</sup> «El doctor Simarro». Artículo publicado por Luis ARAQUISTAIN en *La Voz*, el 20 de junio de 1921.

<sup>3</sup> DURÁN, G. y ALONSO BURÓN, F. (1960), *Cajal, I. Vida y obra*. Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, p. 464.

reflejado en las numerosas citas recogidas sobre Simarro en las conferencias que sirvieron de base para la realización de este volumen y otras encontradas después<sup>4</sup>. Que además de ser conocido resultaba problemático recordarle lo avala el hecho de que el general Franco, en el diario *Arriba*, menciona a Simarro, «masón de audacia incomprensible» que intentó afiliar a Alfonso XIII a la masonería. También refiere Franco cómo desde la Universidad acaudalados masones, imbuidos en el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza «torcían el buen natural de nuestros universitarios con becas, bolsas de estudio y su laicismo desaforado»<sup>5</sup>. Esta idea también se difunde durante la posguerra en manuales de psicología destinados a los estudiantes de magisterio. Desde alguno de ellos se acusa a Simarro, entre otros, de haber difundido una psicología experimental de carácter sectario y anticatólico<sup>6</sup>.

Sin embargo, pese a estas dificultades, al haber destinado Simarro parte de su patrimonio a la Fundación que lleva su nombre, su presencia en el recuerdo no llegó a desaparecer. La memoria de Simarro languideció, presente sólo en unos pocos, hasta que llegaron tiempos mejores y los estudios de Psicología en España alcanzaron un auge que no habían tenido hasta entonces con la aparición de las Facultades de Psicología.

En julio de 1982 se trasladó la Biblioteca de la Fundación Simarro desde el Instituto Luis Vives del C.S.I.C. a la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense y en diciembre del mismo año esta Facultad se hizo cargo del material histológico e instrumentación del Laboratorio del Dr. Simarro. Al año siguiente la Facultad de Psicología se convierte en depositaria del resto de los archivos privados

<sup>4</sup> Josep Pla al recordar la tertulia del Regina muestra su admiración por Simarro, pese a no haberle conocido. Cuando Josep Pla estuvo viviendo en Madrid todavía se recordaban de Simarro muchas anécdotas, observaciones agudas y frases llenas de ingenio. Josep PLA, *Madrid, 1921. Un dietario*. Alianza, Madrid pp., 74-75. Una reseña sobre Simarro y sus numerosas relaciones con sus contemporáneos apareció en *El País*: J. Javier CAMPOS BUENO, «Memoria del Dr. Simarro», *El País*, 4 de abril de 1984. A raíz de la publicación de este artículo pudimos conocer a Marina Romero, ahijada de Simarro. Marina Romero estudió Filosofía y Letras en Madrid. Realizó estudios de doctorado en Estados Unidos, donde fue profesora de Lengua y Literatura en diversas universidades. Ha publicado nueve libros de poemas y una antología de la generación del 98. También se tuvo noticia del homenaje a Luis Simarro en Jávea en el Instituto Nacional de Bachillerato que lleva de nuevo su nombre, tras haberlo perdido después de la guerra civil.

<sup>5</sup> El general Franco, con el pseudónimo de J. Boor, publicó en el diario *Arriba* una serie de artículos sobre la masonería desde 1946 a 1951. Estos artículos aparecieron posteriormente en forma de libro. J. BOOR (1952), *Masonería*. Gráficas Valera, Madrid, pp. 186-187 y p. 326.

<sup>6</sup> ALCAZAR ANGUITA, E. (1948), *Psicología Experimental Pedagógica*. Gráficas Benzal. Madrid, pp. 18-19.

de don Luis Simarro, que estaban localizados en la Escuela de Psicología y Psicotecnia, procedentes del viejo caserón de San Bernardo. Con motivo de la reunificación de la mayor parte de los fondos de la Fundación Simarro —excepción hecha de su legado pictórico—, tuvieron lugar en el Campus de Somosaguas, los días 22, 23 y 24 de febrero de 1984, las *Primeras Jornadas de Sociología e Historia de la Ciencia*, dedicadas al tema «El Dr. Simarro y los orígenes de la Psicología Científica en España», organizadas conjuntamente por la Facultad de Psicología y el Rectorado de la Universidad Complutense. Los trabajos que ahora presentamos corresponden a los textos leídos en aquellas Jornadas.

Hemos creído conveniente agrupar las conferencias en cuatro secciones. En la primera de ellas —*Contexto Histórico*— Pedro Laín Entralgo centra el sentido del homenaje rendido al Dr. Simarro: agradecimiento y reconocimiento del papel estimulante que desempeña su figura. Agradecimiento por su voluntad de crear la Fundación que lleva su nombre y reconocimiento del sentido incitador de la obra del Dr. Simarro en el cuarto fin de siglo de la Historia Moderna, desde el punto de vista de lo que en España se ha hecho y de lo que aún queda por hacer en el campo de la Ciencia. J. M.<sup>a</sup> Jover Zamora comienza su intervención apuntando la fuerte gravitación que en la infancia y adolescencia de Luis Simarro tuvieron las formas de vida y la mentalidad románticas, vigentes en la España de los años cincuenta y sesenta del siglo XIX. Será la época de la Restauración la que preste contexto histórico a su vida y a su obra: determinados momentos de la trayectoria biográfica de Simarro son de gran valor simbólico como trasunto de otras tantas encrucijadas en la trayectoria de la España de la Restauración; especialmente el cambio de sensibilidad de los años noventa, orientado a la búsqueda de un conocimiento más profundo del alma humana y a una creciente atención a los pobres, a los enfermos y a los marginados, en sintonía con la orientación global del quehacer del Dr. Simarro. Mariano Yela repasa los momentos básicos de la historia de la Psicología Española en la que el Dr. Simarro ocupa un papel destacado. Continuator de la generación de los grandes fundadores, a la que en España perteneció F. Giner de los Ríos, Simarro aporta un nuevo impulso, como Cajal y Turró, a la Neuropsicología y a la Psicología. La generación siguiente es de consolidación y está representada por A. L. André. La tercera es la generación de los grandes renovadores, del inicio sistemático de la investigación experimental; destacan Lafora, Achúcarro y Sacristán, todos en alguna medida discípulos de Simarro y de Cajal. Discípulo de Lafora es Germain; con él y con sus coetáneos se consolida y amplía la investigación psicológica, con cierto predominio de las vertientes psiquiátrica y psicotécnica. Por ellos nos llega la Psicología de nuestro pasado y muy

especialmente, los aspectos más estrictamente científicos de la línea que empieza en Giner y prosigue con Simarro, Lafora y Germain. Finalmente, Mariano Yela describe los fondos y recuerda el itinerario de la Fundación Simarro desde sus inicios hasta su depósito en la Facultad de Psicología, en los años 1982-1983. José Luis Peset estudia tres puntos centrales en la evolución de la Universidad Española en sus dos grandes etapas: la Universidad Antigua, que se extiende hasta las postrimerías del Antiguo Régimen, y la Universidad Liberal, que alcanza hasta los años de la Guerra Civil. De la consideración, primero, de la organización del poder y el gobierno académico, segundo, del método de enseñanza y, tercero, del profesorado, se infieren los argumentos que explican la tardía incorporación a la Universidad de un saber nuevo, con pretensiones experimentales, como era la Psicología representada por Simarro.

La aportación de José Sala abre la segunda sección, *Biología y Antropología*, centrándose en uno de los aspectos centrales en los que Simarro participó: la incorporación del evolucionismo a la naciente y prometedora experimentación biológica en nuestro país. Preocupado, primero, por la asimilación ideológica del mismo, desde su militancia activa en los círculos progresistas y liberales de Valencia y Madrid, pasando luego a la defensa pública del mismo dentro del naciente positivismo madrileño, junto con otros médicos y filósofos pioneros. Agustín Albarracín se ocupa en su conferencia de la relación entre Simarro y la Escuela Histológica Española de Cajal, señalando la génesis de la dedicación cajaliana a la Histología —su inquietud por la Psicología—, el trayecto científico de Simarro, dedicado a la Histología como fundamento de la Neuropsicología y la Psicología, el encuentro de ambos en 1887, en el que Simarro ofrece a Cajal un nuevo método de tinción del sistema nervioso que le va a permitir su labor y sus trascendentales descubrimientos, la prolongación de la obra de Simarro, en fin, a través de sus discípulos, también colaboradores de Cajal. Miguel Angel Puig-Samper encuadra al Dr. Simarro en el contexto del movimiento antropológico de su tiempo. En el desarrollo de la Antropología en España distingue dos etapas, a las que corresponden dos generaciones de antropólogos, encabezadas por González de Velasco y Antón Ferrándiz, quienes caracterizan también la época médica y la naturalista, dentro de la Antropología hispana del siglo XIX. La figura de Simarro coincide con la eclosión de la Antropología científica, tanto temporal como espacialmente, ya que aparece ligada a los círculos positivistas y evolucionistas de la Sociedad y el Museo Antropológico, a la Institución Libre de Enseñanza, la Junta de Ampliación de Estudios y el Ateneo Madrileño. Javier García Castaño nos reseña las aportaciones que el Dr. Simarro trató de hacer desde su ciencia médica a la pedagógica, subrayando que



esas aportaciones fueron hechas desde su faceta de antropólogo, indagando la metodología, intencionalidad e incluso actitud con la que se movía en estos campos. Cierra esta sección la contribución de Andrés Galera, quien sitúa en el año 1887 el inicio de la corriente antropológico-criminal en España, siguiendo el sendero de Rafael Salillas, su cultivador y propagador. Su gran deseo y su logro, en el que el Dr. Simarro colabora directamente, es la creación de la Escuela de Criminología, símbolo de la lucha tenaz.

La sección tercera está dedicada a la *Psicología*. Enrique Lafuente se plantea la cuestión de cuál es el papel que desempeñan en los orígenes de la Psicología científica española las *Lecciones Sumarísimas de Psicología*, de Giner de los Ríos, obra generalmente considerada como uno de los primeros escritos que en España se hacen eco de los desarrollos de la nueva Psicología europea, realizando un ensayo de valoración de la Psicología gineriana a la luz de las dos grandes alternativas que la nueva Psicología ofrecía al pensamiento psicológico del momento. Sobre este fondo, Helio Carpintero nos presenta las grandes líneas maestras de la Psicología del Dr. Simarro, una concepción reconstruida a partir de los muy pocos textos científicos escritos por Simarro. Se trata de una Psicología asociacionista, muy influenciada por Charcot, que reivindica la actualidad y validez de la teoría asociacionista de Luis Vives, y que se interesa por una conciliación entre los desarrollos descriptivos llevados a cabo por los psicólogos ingleses y los experimentales de las escuelas alemanas. Simarro quería dar a la Psicología una sólida base evolucionista y fisiológica y para ello aprovechó sus amplios conocimientos biológicos y clínicos. Sin embargo, no logró institucionalizar adecuadamente, en la Universidad de su tiempo, la investigación especializada para la que estaba capacitado. Intereses sociales y de todo orden distrajeron su atención y así se frustró una importante posibilidad científica española, si bien algunos de sus discípulos continuaron, en la medida de sus posibilidades, el empeño.

La sección cuarta y última, *Masonería*, comprende un único y amplio trabajo de José Antonio Ferrer Benimeli, en el que se describe la trayectoria y objetivos masónicos del Dr. Simarro. Entre ellos, la creación de la Liga para la Defensa de los Derechos del Hombre, la reivindicación de Ferrer y Guardia, la preparación y consolidación de la Sociedad de Naciones, el pacifismo durante la 1.ª Guerra Mundial, la defensa del pueblo ruso ante el proyecto de bloqueo internacional y la campaña en favor de don Miguel de Unamuno. En todos estos propósitos demostró tener un gran poder de convocatoria a través de las logias masónicas. Giner de los Ríos, Pérez de Ayala, Augusto Barcia y otros muchos dedicaron sendas notas necrológicas —recogidas en Apéndice—, enalteciendo la vida y la obra del Dr. don

Luis Simarro, que nos ofrecen una panorámica complementaria de la labor que como masón realizó el Dr. Simarro en el período histórico especialmente difícil y delicado que le tocó vivir.

J. JAVIER CAMPOS BUENO  
RAFAEL LLAVONA

*Madrid, marzo 1988*

## *Agradecimientos*

Los trabajos que aquí se presentan tuvieron su origen en una serie de conferencias organizadas por el Rectorado y la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense hace ahora cuatro años. Fueron muchos los que con su colaboración han hecho posible este volumen y por ello les estamos agradecidos. En primer lugar estamos en deuda con F. Javier Bandrés y María Luisa Velasco, pues sobre ellos recayó una buena parte de la organización de las conferencias. No menos importante fue la ayuda de Isabel Herizo y Elena Luxan, bibliotecarias de la Facultad de Psicología y de Isabel Belmonte, pues coincidiendo con las conferencias organizaron con entusiasmo la exposición de libros, documentos y aparatos procedentes de la Fundación Simarro. Carlos García Barba realizó el tríptico anunciador de las conferencias y José Espinosa la foto del retrato de Luis Simarro que figura este volumen. Santiago Climent se ocupó del sonido, filmó la exposición y a los participantes. Fermín del Pino y Raquel Álvarez nos ayudaron en la elección de los conferenciantes. Estamos sumamente agradecidos a las autoridades académicas que desde el Rectorado y la Facultad hicieron posible entonces la realización de las conferencias y finalmente han impulsado la edición de este volumen, completándose así el proyecto inicial. Se trata de Francisco Bustelo, Nicolás Ortega, Florencio Jiménez Burillo y de Gustavo Villapalos, Luis Gutiérrez-Vierna Espada y José María Arredondo, que entonces y ahora nos apoyaron. También *Investigaciones Psicológicas* y su directora Charo Martínez Arias han sido importantes para nosotros. Marina Romero, ahijada del Dr. Simarro, nos ha alentado, desde que la conocimos tras la realización de las conferencias, y no ha puesto reparos

a que fotografiáramos el retrato que Madrazo le hizo a don Luis y que figura en este volumen. Finalmente agradecemos a los participantes el entusiasmo y la confianza que depositaron en nosotros cuando les expusimos el proyecto. A todos, gracias.



## CONTEXTO HISTORICO

## *La obra del Dr. Simarro y su entorno \**

Pedro LAÍN ENTRALGO  
*Universidad Complutense de Madrid*

Señor Decano de la Facultad de Psicología, queridos amigos de esta Facultad. Voy a comenzar formulando dos preguntas y tratando de responder a ellas de forma rápida y sumaria.

La primera, que me atañe personalmente, es: ¿qué sentido tiene, o puede tener, mi presencia aquí en este homenaje? Y la segunda, ¿qué sentido tienen los homenajes que se tributan a las personas que ya no viven? Comenzaré por responder a esta segunda: el sentido de los homenajes conmemorativos.

A mi juicio, ese sentido sólo se cumple, en realidad, cuando en el homenaje se ponen de manifiesto dos actitudes psicológicas, sociales, históricas. Una, el agradecimiento. Otra, el reconocimiento del papel estimulante que tiene la figura recordada.

Agradecimiento, en este caso, a lo que el homenajeado Simarro hizo, en primer término, al crear esta Fundación que lleva su nombre.

Agradecimiento también por lo que a lo largo de estas Jornadas estoy seguro que habrá quedado de manifiesto ante ustedes, es decir, la condición de *excitator Hispaniae* y la condición de *incitator Hispaniae*.

*Excitator* en el sentido más elemental, más clásico, de despertador, despertador de España, no sólo él sino también los hombres de su generación y de las subsiguientes. Ya veremos cómo.

Y, por otra parte, *incitator*, esto es, incitador para que los españoles despierten y empiecen a hacer algo, en este caso algo dentro de alguna ciencia importante, entre ellas la que ustedes, los psicólogos, cultivan.

---

\* Transcripción de la conferencia.

Pero no sólo debe consistir en agradecimiento a lo que hizo entonces, sino que también ha de consistir en agradecimiento a lo que el homenajeado puede hacer ahora. No ya de lo que es para nosotros en cuanto parte de una Historia, bien que pasada no tan lejana.

¿Y qué nos dice a este respecto la obra de Simarro a los españoles de hoy?

Pues bien, planteadas las cosas así, también está casi respondida la primera de las interrogaciones que me hacía yo al principio: ¿qué sentido puede tener el hecho de que yo, que no soy especialista en Simarro, que no me he ocupado especialmente de conocer la vida y la obra de Simarro, esté aquí, en un homenaje que le han atribuido personas que, por lo menos, se han tomado la molestia de dedicar su atención y su inteligencia al conocimiento directo, reflexivo, de lo que Simarro fue y de lo que Simarro hizo?

Puesto que yo no he estudiado con atención la obra de Simarro, puesto que nada podría yo añadir, en consecuencia, a lo que han dicho los participantes en estas Jornadas dentro de ese marco general del sentido de los homenajes, creo yo que sólo un significado puede tener mi presencia y mi actuación aquí: glosar el sentido que para nosotros pueda tener la obra de incitación de Simarro y, por tanto, este homenaje en su integridad.

Sentido de la obra de incitación de Simarro. En mi caso, muy vivo, muy añejo. En ustedes, por razones históricas y biográficas, tendrá realidad de otro modo, en tanto que preocupados por lo que España ha sido.

Necesitamos tener una idea de lo que España ha sido para vivir nuestro presente y orientarnos hacia nuestro futuro.

Por ello, en tanto que preocupados por lo que España ha sido, ¿qué sentido cabe atribuir a la figura y a la obra de Simarro?

Y, en tanto que agentes, actores y autores de algo en la España actual, ¿qué es lo que en este sentido, cada uno en su nivel, podemos responder a la incitación de Simarro?

Trataré de responder sumárisimamente a estas dos interrogaciones.

Simarro en la Historia de España. Acotando la Historia de España en el tiempo en que Simarro vivió y actuó. Más concretamente todavía: Simarro en el cuarto fin de siglo de la Historia Moderna desde el punto de vista de lo que España ha hecho y no ha hecho en la ciencia, en la Historia de la Ciencia.

Y vamos a estudiar esto sumariamente examinando, a vista de pájaro, cuatro fines de siglos:

- El fin de siglo del 500.
- El fin de siglo del 600.

- El fin de siglo del 700.
- Y el fin de siglo del 800.

Porque curiosamente, no por ninguna predestinación histórica, claro está, pero curiosamente, alguna analogía hay respecto de lo que cada uno de estos fines de siglo, y todos ellos juntos, han sido en la Historia General de España, desde el punto de vista del problema de nuestra ciencia y de los que en ella han hecho algo o han querido hacerlo.

Veamos en primer lugar, sinópticamente, el *fin de siglo del 500*. Y, desde el punto de vista de lo que España es, de lo que hace y no hace en la Historia de la Ciencia, ¿cómo podemos rotular lo que la España científica hace y no hace en ese lapso, fin de siglo del 500? Resumo este reto de conceptualización histórica en estas poquísimas y patéticas palabras: el malogro, tras las medidas restrictivas de Felipe II, de las dos mejores posibilidades científicas de la España de los Reyes Católicos y de Carlos V.

No quiero magnificar lo que en la primera mitad del siglo xvi hicieron los españoles. Pero entonces había, indudablemente, dos gérmenes, dos posibilidades, muy dentro de lo que era el nivel y la orientación de la ciencia europea de la época. No se movían los españoles con suficiencia satisfactoria en todos los campos que la ciencia de comienzos de dicho siglo xvi les permitía hacerlo. Pero había dos: uno, la Matemática, y otro, la Anatomía como parte de la Medicina, en los que los españoles empezaban a hacer algo. Y también estaba el nacimiento del Álgebra.

Al margen de ello, había una línea derivada de los viejos «calculadores» de Oxford, que da algún fruto en España en unas cuantas figuras que se marcharon fuera de España —y no es esto un azar— y que empiezan a trabajar modestamente en funciones docentes. Los modestísimos «calculadores» de la España de la primera mitad del siglo xvi. Producto tardío de ellos fue la formulación —insuficiente desde el punto de vista formal, pero indudablemente importante y significativa desde el punto de vista de su contenido— de la Ley de la Caída, de una consideración filosófica-física de la caída de los graves, por Soto, ya en la segunda mitad del siglo xvi.

La conexión con los «calculadores» de la España de la primera mitad del siglo xvi es evidente. En cualquier caso, este germen fracasa.

¿Y qué hay en el desarrollo posible de la Matemática en España en la segunda mitad del xvi, en el xvii y más adelante? Desde el punto de vista de la Historia universal de la Matemática, de la Historia europea de la Matemática, nada. Casi nada. Malogro, pues, en este sentido.



Malogro también desde el punto de vista de las posibilidades de España en otra ciencia que entonces empieza a adquirir carácter moderno: la Anatomía. El conocimiento científico del cuerpo humano.

Una gran figura que deslumbra cuando se pone junto a los restantes discípulos suyos del siglo XVI: la figura de Vesalio. Y junto a la figura de Vesalio, conexas con ella, hay algunos españoles que empiezan a hacer una obra ya considerable. Tres nombres: Gimeno, Collado y Valverde.

Valverde es una figura enormemente significativa a este respecto, por lo que hace y por lo que no hace. En 1556, año decisivo, va a publicar su *Historia de la composición del cuerpo humano*. Lo publica en Italia con Realdo Colombo. Y es un libro que, en cierto modo, supera al de Vesalio. En cierto modo. No tiene su grandiosidad ni su importancia, entre otras cosas porque viene después, pero representa ya el propósito de elaborar fisiológicamente, desde el punto de vista del movimiento vital, del movimiento biológico, lo que la Anatomía de Vesalio no es que no considere, sino que lo hace con una mentalidad antigua, mentalidad a la postre galénica.

Vesalio, que fue un renovador en la morfología estructural, fue un reaccionario en las ideas fisiológicas, fue un galenista en cierto modo vulgar.

No es un azar que Valverde publicase su obra, que comenzase a publicarla —después se publicó aquí— en Italia. Aquella España, regida de otra manera, orientada de otra manera, acaso, científicamente, hubiese podido dar de sí más de lo que dio.

Pero las medidas restrictivas de Felipe II, el aislamiento científico de España, el aislamiento intelectual de España de los países europeos, la restricción de la salida de los españoles pensionados a estudiar fuera de España, las medidas inquisitoriales, enérgicas en relación con lo que pudiera representar una sospecha de roce con el dogma, tal como entonces se entendía, todo ello va a determinar que después de esto venga, sí, una España gloriosa.

No hablo de los tercios de Flandes. Ni siquiera hablo de la colonización de América. Hablo de la Historia de la Cultura de España, a la cual pertenecen nombres, como Fray Luis de León y Cervantes, Lope y Quevedo, Góngora y Velázquez, Murillo y Calderón, de primerísimo orden en la Historia de la Cultura.

Y frente a ellos ¿qué debemos hacer? ¿Qué podemos hacer?

Naturalmente, nos enorgullecemos de lo que hicieron. Debemos conocerlo y enorgullecernos de lo que hicieron, pero modificando un poco, según nuestro problema y nuestra actitud, la frase que pronunció Cristina de Suecia, cuando, estando en Roma, le ofrecen volver a Suecia para continuar llevando la corona de su país.

Contesta en italiano: «Non mi bisogna e non mi basta.» No me necesita Suecia y no me basta.

Nosotros diremos, frente a esta eclosión gloriosa de nombres importantes en la literatura, en las artes plásticas, del siglo xvii: «Mi piace», me gusta; más aún: me enorgullece, «ma non mi basta». Como españoles de hoy, como ambiciosos respecto de lo que Historia de España ha podido ser, puede ser, eso no nos basta.

El drama sordo del Humanismo renacentista, estudiado tan magistralmente por Luis Gil en un libro que no vacilo en recomendarles vivamente a ustedes, *El panorama social del Humanismo español*, desde el siglo xvi hasta bien entrado el xviii muestra un dominio que parece que debía estar exento de estas preocupaciones, de la herida consecutiva a estas actitudes. Sin embargo, ahí se ve bien claro.

Y hay una interpretación de Américo Castro respecto de un capítulo del Quijote, que ilustra también esto. Es el encuentro de don Quijote con el caballero del Verde Gabán. El Verde Gabán es el buen hidalgo tradicional castellano, que tiene un hijo tocado de poesía y humanismo. Y es muy curioso que cuando llega el caballero del Verde Gabán a casa de don Quijote y Sancho, Sancho se entiende muy bien con el padre, y don Quijote, el representante de una España fracasada, el representante de una España que ya había fracasado, para toda persona ambiciosa, se entiende mejor con el hijo.

Primer fin del siglo de la España moderna, el fin de siglo del 500.  
¿Y el fin de siglo del 600?

El español hereda una obra ingente en el orden literario, en el orden —como decía antes— artístico, de las artes plásticas, en el orden de la irradiación de la vida española en América. Se inicia la grande, sombría pero en cualquier caso espléndida empresa de la colonización americana, con sus luces, sus sombras, sus excelsitudes y sus lacras. Todo eso lo hereda y lo vive el español de entonces.

Y es en ese momento cuando van a empezar los españoles, a mi juicio, por vez primera en la Historia, a decir el *non mi basta*. Los españoles de 1680, 1690, que tenían junto a sí, inmediatamente detrás de ellos, a Velázquez, a Calderón, a Gracián, y a todos los demás. Los españoles que tenían todavía el recuerdo de los conatos por mantenerse en el primer tramo de la Historia universal de la política.

Sin embargo, hay unos cuantos que, justamente por tener la vocación científica, por vivir más o menos en contacto con lo que entonces se hace en Europa, no se contentan con lo que reciben y dicen, cada uno a su modo, el *non mi basta*. Unos, quejándose, y otros, tratando de ponerse a tono en el nivel de lo que el pensamiento y la ciencia hacen entonces en Europa.

Son los que con expresión acuñada, a mi juicio felizmente, y que procede de López Piñero, han sido llamados los novatores.

Hay un grupo de novatores, algunos de carácter filosófico, que tratan de acomodar el cartesianismo, y que ha estudiado el Padre Ceñal. Otros, que tratan de acomodar el pensamiento político. Los ha estudiado muy bien José Antonio Maravall. Y hay también unos modestos médicos y hombres de ciencia, que no hacen obra que haya trascendido en la Historia Universal de la Ciencia pero que muestran la necesidad imperiosa de que en España se haga ciencia: la figura de Calabria, la figura de Crisóstomo Martínez, y unos cuantos más, pues no trato aquí de hacer enumeraciones exhaustivas.

López Piñero nos hizo conocer un texto de Juan de Cabriada, médico, que en el penúltimo decenio del siglo XVII, en un librito que se llamó *Carta filosófico-médica y química*, escribió un prólogo que no tiene desperdicio, y que, desde luego, no es en modo alguno consolador para el lector actual. Dice Cabriada que es lastimoso y aun vergonzoso que, como si fuésemos indios, los españoles hayamos de ser los últimos en recibir noticias que ya están esparcidas por toda Europa. Aquí el *non mi basta* aparece clarísimamente, patéticamente, dolorosamente, expresado a los españoles de entonces, y también a América. Como indios de Europa, dice Cabriada, podemos considerarnos.

En cualquier caso, es entonces cuando se viven las últimas consecuencias de lo que de positivo pudiera haber en la política española en la época de Felipe II, y en las medidas a las que se puede atribuir la aparición de nombres como los de Lope, Cervantes, Calderón o Quevedo. Y, por otra parte, lo negativo, lo que no se siente tan vivamente: las deficiencias en la participación de España en la ilustración de la ciencia moderna.

#### *Fin de siglo del 700.*

Como consecuencia de esta actitud de los novatores, de la voluntad de hacer algo y de exigencia respecto de lo que se puede hacer, la actitud crítica y exigente va aumentando de intensidad, de irradiación en irradiación en la primera decena del siglo XVIII y en los decenios centrales del mismo.

La figura de Feijóo debe ser ineludiblemente mencionada.

Durante el reinado de Fernando VI y el de Carlos III, ya en la segunda mitad del siglo XVIII, ya en lo que va a ser el fin del siglo XVIII, se produce en España un intento de puesta al día, creadora, con producción de ciencia positiva, mediante la cual los españoles están saliendo de esa condición de indios de Europa, desde el punto de vista científico que denunciaba Cabriada, y que se va a poner de manifiesto en tres áreas principales, no las únicas pero, a mi juicio, las principales: la Botánica, la Cosmografía y la Química.

La Botánica, con la pléyade de botánicos cuyos nombres pueden verse en cualquier Historia de la Ciencia, por elemental que sea. Si leen ustedes la Historia de Bernard les colmará sus deseos de conocimiento a este respecto.

La Botánica, que, desde el punto de vista descriptivo, está al día.

La Cosmografía, y a la cabeza de esta ciencia Juan Antonio de Ulloa, que muestra estar tan al día, por lo menos en el orden práctico, respecto de la Matemática aplicada a la Geodesia y la Cosmografía, como entonces podía estarse.

Y en la Química, con los hermanos Elhuyar, Andrés del Río, Ruiz de Luzuriaga.

¿España parece que va, por fin, a incorporarse a la ciencia europea en un nivel pleno? No. Es preciso tener eso muy claro. Lo que estos hombres botánicos, cosmógrafos, químicos, de la segunda mitad del siglo XVIII, en el fin del siglo del 700, hacen, no está a la altura de lo que entonces es la ciencia europea.

Por ejemplo, la Botánica que entonces ha empezado a ser Botánica embriológica, Botánica microscópica, Botánica comparativa, en los pioneros de la Botánica de fin del XVIII y comienzos del XIX, no ha penetrado todavía de forma plena en estos hombres que se mueven en una visión de la investigación botánica meramente lineana.

Y lo mismo podríamos decir de Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Evidentemente, cabezas muy claras, con cierta información. Pero lo que ellos saben de Matemáticas ya no está a la altura de lo que los matemáticos europeos hacen en el siglo XVIII.

E igual podríamos decir de los químicos. Habrá innovadores que descubren varios elementos, como ustedes saben.

En cualquier caso, algo valioso sí se hace. Y, sobre todo, se inicia el camino hacia la nivelación histórica de la producción científica en España.

Pero malogro. ¿Por qué? En este caso por medidas restrictivas, pero de otro carácter. Más grave, quizás. De carácter no ya meramente político-religioso sino de carácter político-religioso-social.

Es decir, la reacción torpe, mezquina, alicorta, de la sociedad española a la noticia, al impacto como noticia de la Revolución francesa.

Piensen ustedes en lo que en Alemania, en Inglaterra, en Italia, es el eco de la Revolución francesa.

Evidentemente, las minorías privilegiadas reaccionarias se hermanan con los aristócratas franceses o con los perseguidos exiliados. Pero ¿cómo puede ignorarse lo que, por ejemplo, un Fichte, o un Beethoven sienten respecto de dicha Revolución francesa?

Esto en España no se da.

Hay un miedo enorme a que aquello arrase el país y se produce una actitud cuyas consecuencias todavía estamos viviendo.

La prisión y el destierro de Jovellanos son la gran realidad histórica que simboliza esto.

Malogro de lo que la ciencia española había empezado a ser, con retraso, con deficiencias, con limitación, en la segunda mitad, en el final de siglo del 700.

Como consecuencia de esto y de lo que después vendrá, guerra de la Independencia, división de España en dos mitades que pelean entre sí con las armas en la mano, guerra civil en el siglo XIX: el hundimiento penoso, penosísimo, casi total, de lo que los españoles mismos habían empezado a hacer en el siglo XVIII.

Si uno mira con atención a través de cualquier aparato de observación, a través de cualquier vía de observación, lo que fue, lo que era la ciencia en España en 1840, en 1850, crean ustedes que se cae el alma a los pies.

Es inútil buscar en nuestras bibliotecas la obra de los grandes clásicos de la ciencia del siglo XIX, la obra que apareció institucional y colectivamente en las revistas científicas de ese siglo. No existe.

Vean ustedes —yo he tenido la curiosidad de ver con esta mentalidad, con esta intención, la Biblioteca del Observatorio Astronómico de San Fernando, en Cádiz— y se encontrarán con que la obra científica de hasta fin del siglo XVIII no está mal. Es estimable. Pero a partir de entonces, cero.

Vean la Biblioteca Nacional, vean la Biblioteca de la Facultad de Medicina, y se encontrarán con esto.

Quienes quieran trabajar históricamente aquí en Historia de la Medicina se encontrarán con que hasta fin del siglo XVIII no está mal. Los fallos están a partir de entonces, que es cuando la Medicina científica empieza a hacerse. Tiene que buscar, pues, otros cauces, porque en España no se encuentra nada.

El hundimiento, realmente, es penoso. Es casi total. El yermo intelectual y científico en España entre 1830 y 1860 es enorme.

Pues bien, en el *fin de siglo del 800*, como en el XVIII, se va a intentar salir de ese yermo. Y es justamente ésta la situación de Simarro.

Por eso tenía yo interés en situarle en su época, comparando lo que los fines de siglo del 500, del 600 y del 700 habían sido en España.

Y ¿qué van a hacer en ese desierto científico de España durante la primera mitad del siglo XIX?

Ya sé que podrían citarse figuras estimables, de las que queda algún trabajito, alguna monografía, alguna curiosidad. Por supuesto. Pero la contribución de la sociedad en cuanto tal, expresada en producción científica, en documentación científica, difícilmente nos po-

drá sacar de este diagnóstico sumario y desconsolador que acabo de hacer. Algunas veces yo he dicho en forma muy profesoral y muy esquemática lo que la ciencia da al que la hace; pero, en cualquier caso, aparte de las aplicaciones técnicas que la ciencia otorga, como holgura vital, comodidad vital, la ciencia da al hombre, y esto lo sabe el hombre desde que ha tomado posesión de sí como ser sabedor y consciente de lo que sabe, dignidad. La conciencia de que la ciencia otorga dignidad al que la sabe, aunque no la haya hecho.

Y estos hombres viven con este conocimiento. A veces en forma que hoy encontramos muy ingenua, muy simple, porque la formación del español entonces es muy deficiente, pero, en cualquier caso, si uno ve la obra de Sanz del Río y de los krausistas y luego de los institucionalistas y de Simarro con ellos, y de estos hombres que hacen la *Revista Contemporánea* y de los que son los protagonistas de la famosa polémica del Ateneo acerca de lo que debía ser la ciencia, lo que ve es que se produce el interés por la ciencia, la atribución de importancia a la ciencia. Surge en España la conciencia de que la ciencia otorga dignidad al que la posee y le orienta en su destino como tal hombre.

Y Simarro está ahí.

Primero, pues, preocupación por la ciencia, que conducirá a aprender ciencia y a hablar de ciencia.

Preocupación, aprendizaje, exposición oral, dar importancia a la ciencia, aprender ciencia y hablar de ella, es, por lo menos, lo que hacen los iniciadores de esta etapa, que también va a ser patética, o dramática, de la Historia de nuestra ciencia, no en el fin de siglo del 800, sino en nuestro tiempo.

Lo he dicho muchas veces: en España se produce un cambio cualitativo desde hablar de ciencia a hacer ciencia.

Hablar de ciencia. Unos cuantos nombres. Tres diré: uno, Echegaray; otro, Pedro Mata; otro, Carracido. Importantes todos ellos. Valiosos, inteligentes, documentados. Pero, sin embargo, cuando se mira la historia de la Matemática, o de la Física, o de la Medicina, no aparecen. Cuando se mira la historia de la Medicina legal, Pedro Mata ni aparece. Cuando se mira la historia de la Química Biológica, el nombre de Carracido no aparece. Pero, hablan de ciencia, pues eran brillantes habladores, dan importancia a la ciencia, de una forma más o menos retórica, más o menos insatisfactoria.

Desde el punto de vista de nuestras exigencias de hombres de hoy, algo hicieron para que, hablando de ciencia y dando importancia a la ciencia, la ciencia empezase a echar raíces de nuevo en España.

A partir de entonces, años 1870 a 1875, tres generaciones sucesivas. Y dejemos ahora el deslinde desde el punto de vista cronológico y de la aplicación de criterios sobre la ordenación de generaciones, su periodización, etcétera, dejemos esto: tres generaciones sucesivas van a empezar, partiendo de hablar de la ciencia, a hacer ciencia.

Una, la generación de Simarro.

Otra, la generación de Cajal. Y hablo de generaciones diferentes aunque la diferencia de sus edades era bien escasa.

Y otra, la generación de Menéndez Pidal.

Simarro es el representante más característico de esto que yo he llamado preocupación por la ciencia, hablar de ciencia y dar importancia a la ciencia, porque otorga al hombre dignidad y luces respecto de su existencia y de su destino. Si ustedes, por lo que han oído aquí de la obra de Simarro, lo ponen en conexión con lo que era justamente la ciencia para el hombre europeo del siglo XIX, ciencia como sustitutivo de la religión en la ordenación del hombre en su destino terrenal, verán que Simarro está expresamente en esta línea.

Su afinidad con Haeckel. Su visión de que el positivismo es algo más, es una mentalidad y no meramente una actitud frente a la elaboración de una ciencia determinada, todo esto aparece en él de modo ejemplar y eficaz.

El hizo un poco de ciencia junto a unos cuantos más. Hablo de la ciencia que él cultivó: la ciencia biológica.

Los primeros microscopistas de España, don Federico Rubio, Olavide. Con mucha razón, López Piñero, frente a la visión de Cajal de un gran monolito que surge de la nada, ha mostrado que antes que él había cosas, modestísimas, pero ya existía algo. Había hombres que trabajaban con el microscopio. Y el propio Cajal lo reconoce, lo admite, mejor dicho proclama su deslumbramiento cuando viene a Madrid y toma contacto con Simarro al ver que tenía su modestísimo taller de trabajo en la calle del Arco de Santa María; o con Maestre de San Juan, con el cual, así como con su discípulo López García, ve por primera vez una preparación microscópica que le abre un mundo, que le despierta la conciencia de sus propias posibilidades.

En cualquier caso, sin despreciar, claro está, la gran diferencia entre la actitud de Cajal y la de los que con él hacían un poco de ciencia entonces, o antes que él, su preocupación está clara en dos campos: en la Histología, visión biológica de los problemas humanos y, por lo tanto, la conexión entre Biología y Filosofía, tal como entonces podía entenderse, y en la Psicología experimental.

Son dos campos en los que Simarro está pasando a la etapa de hacer ciencia. Más que Echegaray. Más que Carracido.

Yo tuve una gran amistad con un excelente químico, buen discípulo y devoto de Carracido, don Obdulio Fernández, bioquímico. Excelente hombre, gran químico. Y yo le decía: «mire usted, don Obdulio, usted habla con gran veneración de Carracido. Pero Carracido no hizo Química. Y usted, sí. Esa es la diferencia. El era un conocedor de Química espléndido, mejor que usted, sin duda alguna, pero él no hizo ciencia, y usted sí».

Echegaray no hizo Matemáticas. Informó a los españoles de muchas novedades matemáticas pero no hizo Matemáticas. A diferencia de Carracido y de Simarro, y englobando a todo, aun cuando la diferencia de edad entre ellos sea considerable.

Simarro se despegó ya. ¿Se despegó hacia qué? Se despegó hacia el hacer ciencia.

¿Y por qué no hizo toda la ciencia que podía hacer? ¿Por qué incluso lo que hizo, lo poco que hizo, no encontró en él el expositor adecuado?

Es ése un problema que para los biógrafos de Simarro tiene que aparecer muy en primer término. ¿Es porque se trataba de un perfeccionista, como ya se dijo por alguno de sus analistas? Tal vez. ¿Es porque es un hombre con conciencia de reformador? Porque entonces en una España deshecha y, al propio tiempo, con voluntad de regenerarse, era tan llamativo para algunos. El propio Mata y Esquerdo, en el orden médico y psiquiátrico, no sólo eran hombres que hacían Medicina. Es que se consideraban reformadores del país y quién sabe si redentores de la Humanidad en cierta medida, a través de lo que tuvieran que hacer.

En cualquier caso, Simarro, que empezó a hacer ciencia, no hizo la ciencia que hubiera podido hacer.

Pero como creo que decía Agustín Albarracín, en su contribución a estas jornadas, puedo repetir aquello de «si no venció reyes moros, engendró quienes lo hicieran». Y el que venció reyes moros, en parte engendrados por Simarro, fue Cajal. No porque la obra de Cajal deba a Simarro más de lo que le debe, pero sí le debe bastante. Le debe la instalación en su nivel y le debe el mejor conocimiento de técnicas que le permiten moverse en ese nivel de ciencia.

Cuando Cajal vino a Madrid a hacer sus Oposiciones —y diré esta palabra que no me gusta emplear porque es soberanamente injusta y desorientadora, y más aún hoy— era un provinciano de la ciencia. Era un mozo que había disecado mucho, que sabía toda la anatomía que entonces se podía saber, anatomía descriptiva con sus detalles de arterias, de nervios, etcétera, mucho más que sus colegas de Oposición. Pero llegó allí y se encontró con un nivel diferente, con el nivel que supone la penetración de la mentalidad



evolucionista en Biología. Y eso lo descubrió aquí. Y se lo hacen descubrir sus coopositores.

Ellos y Simarro le ponen en un nivel europeo. El era un hombre que en Zaragoza hacía todo lo que podía hacer. Trabajaba como un negro para saber Anatomía, pero no tenía un nivel europeo. A partir de entonces alcanza ese nivel europeo. Español y europeo. Y este nivel se lo debe en buena parte a Simarro.

Luego —y esto ya lo saben ustedes— vienen las dos técnicas decisivas de la obra de Cajal: la impregnación cromoargéntica y la técnica del nitrato de plata, debiéndose ambas a incitaciones de Simarro.

Simarro engendró a quien venció a los moros. En el campo de la Histología y en el del pensamiento biológico. Porque Cajal no se va a quedar así y va a ser un pensador de la Biología.

Los que ven en Cajal sólo un descriptor de cultura, se equivocan de medio a medio. Fue un pensador de la Biología. Un reflexivo muy sutil y a veces con cierta técnica un poco tosca, pero un reflexivo del sentido del saber para el hombre y para el sabio.

Y todo ello fue incitado en buena parte por Simarro.

Venció a reyes moros también en otro campo, en el de la Psicología. ¿Con lo que él hizo? Hizo poco. Repetir medianamente apuntes, pero creó en España, contribuyó, mejor dicho, decisivamente a crear la preocupación psicológica. Y lo que empezó a hacerse en España en Psicología en el primer tercio de nuestro siglo tenía detrás de sí la excitación inmediata de Simarro. Es decir, la aparición de escuelas de Psicología y Psicotecnia, la preocupación por la conexión entre Psicología y educación.

Esto se ha reconocido aquí. Si no recuerdo mal, organizado por Mariano Yela y José Luis Pinillos, se celebró aquí un homenaje a Germain, que era el hombre de transición entre el mundo de Simarro y el actual.

Simarro venció también reyes moros en otro campo. La generación de Simarro hace eso. La generación de Cajal, ésta ya... esto son ya palabras mayores. No sólo por Cajal sino porque entonces, en lo que yo he llamado generación de sabios, van a surgir en España unas cuantas figuras que van a hacer ciencia ya, y muchas veces son contribuciones importantes para la ciencia europea de la época.

Por supuesto que en primer término Cajal, pero no sólo él. En Arabismo está Julián Rivera; en Historia del Derecho, Eduardo de Hinojosa; en investigación un poco pintoresca y, naturalmente, no rigurosa, la obra de Ferran, por ejemplo, y tantas más. En la obra de la Fisiología Experimental, la obra de Gómez Ocaña, que inicia ésta en España; y ya después vendrá Achúcarro, la Escuela de Fi-

siólogos de Madrid que, principalmente, es incitada por Negrín y a la que pertenecieron Ochoa y Grande Covián.

Todo esto parte de la generación de Cajal, de esta generación de sabios, que introduce ya con voluntad creadora la ciencia en España.

Una anécdota. Me contó Rey Pastor que cuando se celebró el Congreso Internacional de Medicina en Madrid —creo que fue el año 3— intervinieron Cajal y otros muchos. Vino gente muy importante, entre otras Pavlov que estaba en plena luna de miel con los reflejos condicionados. Estaba en el gran nivel a que llegó como gran figura, una de las máximas de la Fisiología, la ciencia del siglo xx. Me decía que Pavlov, que no sabía nada de castellano y que no sabía pronunciar la «eñe», decía «Ocana, Ocana, Ocana». Y se preguntaban ¿qué querrá decir este hombre? Pues preguntaba por Gómez Ocaña, que había practicado investigación experimental sobre el cerebelo y sobre el laberinto, que era algo que le interesaba a él como creador de la Fisiología.

Esta es la obra de la segunda generación del fin de siglo. La primera la llamaremos de Simarro. La segunda, de Cajal. La tercera, continuación inmediata de la anterior, en muchos sentidos superadora y en otros afinadora de lo que la anterior hizo, la centraremos en Menéndez Pidal. Si quieren ustedes, la llamada del 98.

Menéndez Pidal y Asín Palacios son los dos grandes, los dos máximos representantes intelectuales de esta generación de fin de siglo, que prosigue el cumplimiento del imperativo de hacer ciencia. Esta generación va a iniciar algo que conviene tener muy presente: el desarrollo que por ampliación, por incremento en la exigencia, por ajuste a lo que la ciencia está siendo entonces en el mundo europeo y también en el americano, va a producirse crecientemente desde la iniciación y a lo largo de esta tercera generación hasta nuestra guerra civil.

El fin de siglo termina con un tajo. El tajo violento de una guerra civil respecto de la cual y en relación justamente con Simarro, conviene hacer algunas precisiones.

Hemos dicho antes que el fin de siglo del xvi supuso y llevó consigo un malogro de las posibilidades modestas pero reales que la ciencia española de la primera mitad del siglo había alumbrado.

Hemos visto cómo el fin del siglo xviii supone un malogro no de las posibilidades sino de las modestas pero ya crecientes realidades de la ciencia española, de la Ilustración.

Piensen ustedes que en España se descubre la Ley de las proporciones definidas de la Química. La descubre Proust en Segovia y en Madrid. Fue un contratado. Es el último resto con el que ter-

mina esta posibilidad española. Se descubrió en España. Es verdad que por un francés, pero que trabajaba en España.

Ciencia ya creciente, ya esperanzadora.

¿Podemos decir lo mismo de la que empezó con Simarro y su generación, siguió con la de Cajal, fue depurándose con la de Menéndez Pidal y luego con otros, por poner un ejemplo, Ortega? ¿Podemos hablar de un malogro?

Yo diría, ambigua o ambivalentemente, sí y no.

Sí, porque el tajo de nuestra guerra civil nos hizo perder mucho. Y ahí está el exilio.

Es preciso valorar lo que la guerra civil ha sido, no sólo en función de lo que aquí pasó —unos lo valorarán de un modo, otros, de otro— sino en función de lo que perdimos. Y eso lo perdimos todos. Lo que se fue a América. Lo que se fue a Europa. De ciencia productiva, calificada, original. Todo eso se perdió. Y en este sentido, sí que fue un malogro.

Pero en otro sentido, no. No fue enteramente un malogro. ¿Por qué?

Porque mal que bien lo que habían hecho los hombres de esas cuatro generaciones que acabo de nombrar, la de Simarro, la de Cajal, la de Menéndez Pidal y la de Ortega, tenían realidades y tenían logros eficaces en la España de entonces.

Y a partir de entonces, porque ya la ciencia importa socialmente a todos, o a casi todos —cosa que no ocurría en los años de los decenios centrales del siglo XIX—, hay que hacer o pretender que se hace ciencia.

No se entendería muy bien la historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas si no se viese allí una parte de esperanza de hacer ciencia.

Esto llevaba consigo hacer ciencia. De verdad y en distintos campos empezó a producirse algo de lo que en España hoy es una promesa, una floración, no fructificada, pero sí una promesa. Empezaron a producirse frutos en el campo de la Filología Románica, porque la obra de Menéndez Pidal se ha irradiado, y, a través de discípulos directos o indirectos, ha dado lugar a que hoy esa rama tenga en España una importancia muy estimable.

La Filología Clásica. Es nueva en la vida española, pero por unos cuantos que empezaron a formarse ya antes de la guerra civil, y a la cabeza de ellos mi admirado, entrañablemente y querido Antonio Tovar, en España empezó a haber, y hoy hay una gran floración de estudios clásicos, como no ha habido nunca, ni siquiera en el Humanismo del siglo XVI. Todo esto se ha hecho a pesar del tajo de la guerra civil.

Y en el campo de la Física y de la Química. No sé si ustedes lo conocerán, pero se ha publicado por físicos españoles, entre ellos el Profesor Fernández Rañada, Catedrático y Decano de la Escuela de Ciencias Físicas, y su equipo, una evaluación estadística de la contribución de los físicos españoles a revistas de curso internacional. ¡Cuidado! No revistas de andar por casa, que se llenan como sea, que puede ser una revista de Física en Almendralejo, por ejemplo. No. Revistas de curso internacional. En cinco años son más de mil el número de trabajos aportados entre contribuciones a revistas, a Congresos internacionales, etcétera.

Eso está ahí. Desde los años 70 a los 80 y pocos.

Permítanme, y después de lo que ya he dicho no tomen esto como un elogio circunstancial, ocasional, que diga otro tanto de la Psicología. En España no hay la investigación psicológica que queríamos que hubiese. Por supuesto que no. Pero hay una investigación psicológica a la altura de lo que la Psicología es.

Volvamos a lo nuestro. ¿Qué sentido tiene la obra de Simarro para nosotros, hoy, en cuanto a gentes de la vida colectiva e histórica de España? Lo primero que tenemos que considerar frente a lo que somos y a lo que hacemos es repetir en nosotros mismos lo que antes decía yo que hicieron los españoles del siglo XVII y nuestros modestos pero ya verdaderos científicos de la España del siglo XVIII: *no me basta*. Lo que ya hemos hecho no me basta. Partamos de esto. Evitemos, por favor, todo acto de narcisismo, de autocontemplación. Pensar que en estos pocos años hemos hecho tales y cuales cosas. No ha de bastarnos. Mientras España no produzca la ciencia que corresponde a un país europeo de 40 millones de habitantes, a mí, por lo menos, no me bastará.

Primero, pues, conciencia de que no ha de bastarnos. Segundo, por consiguiente, acción. Hacer, buscando el nivel más alto y procediendo con ambición. Estas dos cosas: nivel más alto y ambición.

Hemos de instalarnos en el nivel ¿de qué? ¿de lo que es? No. En el nivel de lo que puede ser.

El nivel de lo que es no basta. Con hacer unos cuantos viajes y tener los oídos abiertos, hablando un par de idiomas, uno se pone al nivel de lo que es. Y hay que ponerse al nivel de lo que puede ser.

Hay una frase, que yo repito mucho, de «El Rey Lear», de Shakespeare. Le pregunta a un personaje: «Y tú, ¿en qué te ocupas?» Y le contesta este desplante fenomenal: «En no ser menos de lo que aparento.»

Ni siquiera esto nos basta. ¿En qué te ocupas? En ser lo que quiero ser. En ser lo que debo ser.

Después de este hacer con un alto nivel y con ambición, hay algo a lo que no podemos renunciar los españoles, sin caer en ese

desflecamiento en que cayó, por ejemplo, Simarro. Y también otros lo hicieron como él. A exigir. Exigir oportuna e inoportunamente. Exigir y denunciar. El hombre de ciencia, en todas partes y todavía más en España, tiene que contribuir a la vida colectiva haciendo ciencia, haciendo que se instale la ciencia en la vida general, y denunciar lo que no se hace o lo que se hace mal.

Hay que ser, si ustedes me permiten esta expresión un poco retórica, «tábanos laboriosos». Tábanos. No hemos de dejar dormir a los que están a nuestro lado. Y laboriosos por eso, porque no les dejamos dormir.

También hay que proponer. No podemos vivir masoquísticamente entregados a la queja y a la denuncia. Tenemos que sugerir, que proponer.

Estamos en un fin de siglo y que no se malogre por una razón o por otra lo que era posible en buena parte está en manos de ustedes.

Yo creo que el recuerdo de Simarro no sería completo, no sería cabal, si no sembráramos en nosotros esta preocupación. Estoy seguro de que sí será así. La labor de este fin de siglo no ha de ser un malogro.

Yo, el principio del próximo siglo, del siglo *xxi*, no lo veré. Ustedes no sólo lo verán sino que actuarán. En buena parte, pues, depende de ustedes que ello no sea un malogro.

## *Contexto histórico de la obra del Dr. Simarro*

José M.<sup>a</sup> JOVER ZAMORA  
*Universidad Complutense de Madrid*

Creo que la colocación que corresponde a mis palabras en este conjunto de aportaciones monográficas al conocimiento de la persona y la obra del Dr. Simarro, deja bien claro el contenido que han previsto los organizadores para mi intervención.

Por supuesto que no me corresponde tratar del contexto histórico inmediato de nuestro personaje; es decir, de la significación del mismo en el marco de la historia de la ciencia española. Este entorno inmediato del Dr. Simarro, esta referencia directa de su obra al horizonte científico, filosófico y universitario de su tiempo está en muy buenas manos, y no seré yo quien salga de mis casillas invadiendo terrenos en que no soy competente.

No soy historiador de la ciencia. Soy historiador a secas, atraído especialmente, eso sí, y desde hace no pocos años, por ese tramo de nuestra historia que constituyó la circunstancia del Dr. Simarro; por la que, en nuestro lenguaje de historiadores especialmente atentos al campo de la sociedad y de la política, llamamos *época de la Restauración*. El hecho de que mi comunicación aparezca en los umbrales del ciclo me certifica, por otra parte, que lo que de mí se espera es una referencia a las coordenadas históricas más amplias del tema monográfico que va a ocuparnos en estas *Primeras Jornadas de Sociología e Historia de la Ciencia*.

Queda, pues, remitido a dos conferencias del ciclo, las de mis buenos amigos y colegas los profesores José Luis Peset y Pedro Laín Entralgo lo relativo al contexto inmediato del hombre de ciencia y del universitario. Yo me daría por muy satisfecho si acertara a evocar ante vosotros algún aspecto de la España que vivió el hombre Luis Simarro.

Os aseguro que la empresa es sugestiva para un historiador, porque no es fácil encontrar una figura histórica en que tan plástica y llamativamente se encuentre proyectado el clima histórico de los años en que le tocó vivir.

Creo que no sería un abuso hablar de la proyección de la España romántica sobre el Simarro de sus primeros años; de esos años en que, lo sabéis mucho mejor que yo, las impresiones de la infancia se graban a fuego para acompañarnos a lo largo de toda nuestra vida condicionando respuestas e iniciativas. La imagen del padre, con sus cuadros y con su tuberculosis, la trágica muerte de su madre, los prestigios románticos del padrino, Luis de Madrazo, la Valencia de los años sesenta, del levantamiento cantonalista del 73... Si verdaderamente hay un *homo romanticus*, si el romanticismo se define, no sólo por una revolución literaria y artística, sino también por unas formas y un estilo de vida, es difícil ponderar la cantidad de «medio romántico» asimilado por Simarro en los años de su niñez y adolescencia.

A partir de 1875, la trayectoria biográfica de Simarro seguirá manifestándose como una especie de trasunto personal, de símbolo humanizado de los derroteros seguidos por la historia y por la cultura españolas durante los años de la Restauración. 1875 es un año clave en aquella historia no sólo por la liquidación del Sexenio democrático, por el advenimiento del régimen canovista, por el comienzo de la era de la Restauración, en suma; es también, Diego Núñez lo ha ilustrado con claridad y precisión, el año que inicia la recepción oficial del Positivismo en España, a través de vehículos tan caracterizados como el Ateneo de Madrid, la *Revista Contemporánea* o la figura de Manuel de la Revilla. Pero es igualmente el año que refrenda el trasplante de Luis Simarro a Madrid, ocurrido dos años antes (1873). En 1875 se doctora, con una Memoria sobre las «Relaciones materiales entre el organismo y el medio», sobre cuyo aroma positivista no es necesario insistir.

1885: he aquí otro año clave en la historia de España y en la biografía de Simarro. Los años ochenta de la pasada centuria traen consigo, como es bien sabido, un momento de apogeo en la cultura española, una verdadera eclosión de la después llamada «Edad de Plata»; recordemos la publicación, en el promedio de la década, de *La Regenta* y de *Fortunata y Jacinta*: dos cumbres de la novela española ochocentista. Y ello en un contexto político de apertura liberal, de acercamiento a Europa incluso a través de la no siempre afortunada política exterior de los liberales del momento. Pues bien, en la biografía de Simarro encontramos la marcha a París (1880), el magisterio francés de un Jean Martin Charcot, figura mítica en la neurología ochocentista; de un Valentin Magnan, alienista de prestigio internacional.

1902, por su parte, significa un corte importante en la España de la Restauración; un corte tradicionalmente cifrado en el fin de la Regencia y en el comienzo del reinado de Alfonso XIII. En la historiografía actual, más atenta a los procesos sociales y culturales que a los escuetamente dinásticos, la efemérides cobra un sentido más profundo colocada en el contexto que le presta la salida de esa «década decisiva» que transcurre entre 1895 y 1905; años de intensa revolución intelectual y científica —de enorme significación, también, en la trayectoria del imperialismo—, como si la historia hubiera querido subrayar la importancia real, y no sólo cronológica, del paso de un siglo a otro. Pues bien, 1902 es también una fecha importante en el currículum de Simarro, que se convierte en tal año en el primer catedrático de Psicología Experimental de la Universidad Española, en la sección de Naturales de su Facultad de Ciencias.

Y en fin, su muerte en 1921, en plena fermentación de una España y una Europa nuevas, cuatro años después de la revolución del 17, dos años después de la paz de París; dos años antes del corte prímorrivista a la España de la Restauración.

Puestos a integrar la obra del Dr. Simarro en su contexto histórico —que es de lo que aquí y ahora se trata—, la determinación de tal contexto no ofrece incertidumbre alguna, como acabáis de ver. El contexto histórico de la obra de Simarro es, sencillamente, la época de la Restauración considerada en su acepción más amplia: entre 1875 y 1923. Mi quehacer en este punto se reduciría a trazar un rápido esquema de la España de la Restauración, insistiendo especialmente en aquellos aspectos que hubieron de afectar más de cerca a la circunstancia histórica de un hombre concreto: el médico y científico Luis Simarro.

He pensado, sin embargo, que quizá resultara más adecuado al carácter y a la finalidad de estas *Jornadas* la presentación de algún aspecto de aquella España que nos ayudara a entender el ambiente en que la obra de Simarro hubo de desarrollarse. Y ya orientado en esta dirección, he estimado que quizá algunas consideraciones acerca del cambio de sensibilidad que se advierte en la cultura española de finales de siglo pudiera resultar interesante para tender un puente entre la historia de las mentalidades y de la sensibilidad colectiva, y el panorama de esa *medicina apasionada* de que nos habló Laín Entralgo en uno de sus libros clásicos y en el marco de la cual surge el empeño del Dr. Simarro en pro de una Psicología científica.

Creo que la maduración del talento de Simarro no es ajena a esa renovada preocupación por sondear las profundidades del alma humana, a esa nueva sensibilidad ante las miserias del pobre, del enfermo, del marginado, que no es difícil advertir en el profundo viraje



descrito por la cultura española al hilo de los años noventa y con anterioridad a la crisis del 98. Quizá resultara más preciso fijar el arranque de tal inflexión en otra fecha crítica en cuyo análisis no puedo entrar aquí: el bienio 1886-87.

Espero que disculpen el carácter, necesariamente fragmentario, de mi exposición. Por supuesto que he de prescindir aquí de toda referencia sistemática al condicionamiento histórico general que contribuye en muy amplia medida a explicar, en la España de los años noventa, el cambio de sensibilidad a que acabo de referirme. Voy, sencillamente, a describir algunas de sus manifestaciones, que quizá tengan la virtud de ayudarnos a situar los trabajos de Simarro en el horizonte social y cultural del momento de su aparición; de ayudarnos a entender la profunda preocupación por la psicología manifiesta en un hombre que, por otra parte, seguirá siendo en todo momento una cientifista cien por cien.

En las páginas que siguen voy a referirme a dos aspectos, que estimo fundamentales en el cambio de mentalidad que se opera en la España de los tres últimos lustros del siglo XIX, y más concretamente en sus élites de orientación. El primero de estos dos aspectos consiste en la atención a las capas sociales situadas extramuros de ese mundo, mesocrático y burgués que había centrado el interés de novelistas, artistas y sociólogos durante las décadas anteriores. El trabajador, el pobre, el enfermo, el marginado, pasan a ser objeto de una atención nueva; pero no sólo de una atención impasible orientada a la descripción o a la investigación científica, sino de una atención entrañable y humana anclada en la sensibilidad del observador. ¿Causas de este cambio? Su análisis escapa a las dimensiones de esta lección. Entre ellas cabe señalar la creciente presencia de las clases trabajadoras en la vida de la ciudad; la publicación de la *Información oral y escrita...* de la Comisión de Reformas Sociales —y en particular del tomo relativo a Madrid—, que da a conocer las condiciones de vida de las capas inferiores de la sociedad con un realismo y una riqueza de pormenores inauditos; la obra de determinados médicos-sociólogos que sienten la necesidad de poner remedio a determinadas lacras de la vida urbana... Y desde un plano distinto, pero convergente en el efecto apuntado, la recepción y el conocimiento de la literatura rusa a partir de las lecciones de Emilia Pardo Bazán en el Ateneo de Madrid, en abril de 1887. A ello me voy a referir en seguida.

En cuanto al segundo de los dos aspectos señalados, de fisonomía no menos compleja que el que antecede, cabría definirlo como una irrupción de componentes emocionales y afectivos en la percepción de la realidad; mejor, como una búsqueda de tales componentes en la realidad observada. Aquí, la tendencia, bien visible en la novela es-

pañola de los años noventa, a desentenderse un tanto de la fiel reproducción, más o menos crítica, de un retablo social, para adentrarse en las profundidades psicológicas y morales del alma humana; orientación a la que, como es bien sabido, no era ajena la lección aportada por esa gran literatura rusa a que acabo de aludir. Aquí, también, la difusión de un pesimismo de compleja etiología, pero que refuerza la impresión de que la cultura española ha cambiado de talante al atravesar la frontera terminal —entre 1886 y 1887— de la que Vicens llamara época dorada de la Restauración.

Comencemos por el primero de los dos grandes aspectos que quedan apuntados: la súbita orientación de la literatura y el arte españoles, a partir de c. 1887, hacia los grupos desheredados y marginados de la sociedad.

No es que la espléndida promoción de novelistas que había venido dando razón, a través de las últimas décadas, de los ideales y de las formas de vida de las clases medias se hubiera atendido a una naturalismo ortodoxo; la verdad es que tanto los Pereda como los Galdós, Pardo Bazán como *Clarín*, Coloma o Palacio Valdés, habían tomado del naturalismo —de su filiación positivista— determinados aspectos parciales, formales incluso, sin abdicar de unas ideologías que en sustancia eran, o tradicionalistas o krausistas: idealismo, tradicionalismo y positivismo aparecen, en efecto, mezclados en proporciones diversas en la gran literatura española de los años setenta y de los ochenta del siglo XIX.

Pero sabemos de antemano que, con los ingredientes consignados, no hay bastante para alinear la patética cultura española «fin de siglo». Una nueva sensibilidad, por supuesto; y al rastrear los orígenes de esta nueva sensibilidad, es imposible no parar la atención en el momento —abril de 1887— en que Emilia Pardo Bazán revela a la *intelligentsia* española la existencia de otra vía, más directa y profunda que la aportada por el positivismo, para el conocimiento de la realidad humana. Me estoy refiriendo a las lecturas llevadas a cabo en el Ateneo de Madrid acerca de *La revolución y la novela en Rusia*, en un ambiente que ha evocado con enorme plasticidad Carmen Bravo Villasante. Escuchemos a doña Emilia: «La idea de escribir algo acerca de Rusia, su novela y su estado social, cosas que guardan íntima relación, me ocurrió durante mis invernadas en París, al notar la fama y éxito que logran en la capital del mundo latino los autores y especialmente los novelistas rusos. Recuerdo que fue en marzo de 1885 cuando cayó en mis manos una novela rusa, que me produjo impresión muy honda; *Crimen y castigo*, de Dostoyewski (...) Al invierno siguiente no tuve labor de más prisa que internarme en la región nueva». La buena noticia que la autora de *La cuestión palpitante* trae de París a los oyentes del

Ateneo madrileño en 1887 consiste en el descubrimiento, en la experiencia de que hay «otro naturalismo» más veraz y realista que el de Zola, más profundo en su indagación de la condición humana. Los «tremendos análisis psicológicos» calan más hondo que cualquier determinismo genérico de tipo biológico, revelando parcelas de la realidad no soñadas por el positivismo; la aproximación al hombre surge de una entrañable compasión de raíz cristiana, no del frío designio de observar y fijar unos hechos; el pobre, el viejo, el marginado, el hombre humillado y ofendido sumido en su propia realidad, resulta ser, no un desecho de la Humanidad en su marcha ascendente hacia el Progreso, sino un trasunto de Cristo: por un momento, el centro de la Creación.

Llegados a este punto, conviene ponerse en guardia frente a la tentación de sobrevalorar el papel desempeñado por *La revolución y la novela en Rusia* y aun por su autora en la que pudiéramos llamar «recepción de una nueva sensibilidad social y humana» en el marco de la cultura española. Ni se puede olvidar el antecedente de ese *romanticismo social* estudiado por Roger Picard —que, por lo demás, no es exclusivo de Francia como bien saben ustedes—, ni se puede eludir la evidencia de que sólo cuando hay una previa disposición en el cuerpo social logra plena eficacia la tarea de los precursores. La fortuna de la novela rusa en Occidente hacia los años ochenta no es exclusivamente un problema de «influencias»; es, fundamentalmente, un problema de sintonía.

En la vecina Francia, el profesor Yves Lequin ha apreciado una correlación entre situaciones económicamente críticas y avance de las tendencias filantrópicas. En los felices cincuenta y sesenta, antes de la represión de la *Commune* y de la Gran Depresión, «la protesta popular se apacigua», porque «los estómagos están menos vacíos» y «una hábil mezcla de concesiones y represión desarma las conciencias»: un cuarto de siglo durante el cual parecen retornar «la abundancia y el progreso para todos». «Habrá que esperar a que la máquina se desequilibre de nuevo alrededor de 1880 —continúa Lequin— para que surja por segunda vez la mala conciencia y suscite la filantropía reformista». En España, los buenos tiempos —la «fiebre del oro» de Vicens— habían durado hasta la crisis del 86, y la verdad es que apenas cuatro años después vamos a encontrar en la cultura española sólidos indicios de que esa atención misericorde al desvalido, esa compasión hacia el que sufre y trabaja en la miseria, estaba en condiciones de acoger, en la sensibilidad colectiva de las clases medias y de parte de la burguesía, el mensaje de la otra Europa recién transmitido por Emilia Pardo Bazán. A partir de una espléndida tesis doctoras de Carmen Enseñat Kufmueller (1959) sobre la pintura de tema social en la España de la Restauración, resulta

fuera de toda duda que *es en este sector de las artes donde la tendencia filantrópica apuntada va a resonar con más insistencia*. Son de notar las precisiones cronológicas establecidas por el maestro Lafuente Ferrari acerca de la manifestación en la pintura española de la nueva sensibilidad. Siguiendo en este punto a Beruete, el historiador recién citado nos recuerda el papel revulsivo que en la inspiración de nuestros artistas ejerció la experiencia vivida en la Exposición de París de 1889. Los pintores españoles conparecen todavía en ella con su grandes lienzos de Historia, manifestación de un nacionalismo oficial muy ligado con el culto mayestático del Estado y de la Administración, propio de las etapas «moderadas», doctrinarias y conservadoras de nuestra historia. Comparecen con sus lienzos de Historia y se encuentran «oscurecidos y arrinconados», porque tal género había agotado a la sazón y con exceso sus posibilidades, «aun en los certámenes más saturados de oficialidad y academicismo». Continúa Lafuente: «Y entonces, con cierta brusquedad que puede registrarse en las Exposiciones, único observatorio de fenómenos artísticos colectivos de alguna importancia en España, la pintura se arroja en brazos de una tendencia realista y prosaica, de escena cotidiana, o de imágenes de la vida de estratos inferiores de la escala social, tratadas muchas veces con un sentimentalismo lacrimoso y ñoño o con una fría objetividad de cámara fotográfica». Y es así como «hacia 1890 los pintores españoles se entregan a la pintura de asunto cotidiano y vulgar, a la anécdota social». «Anécdota sentimental o social, anécdota galdosiana —concluye Lafuente—: para traducir esta corriente artística a su correlato literario contemporáneo, Galdós en el mejor de los casos; Luis de Val, en el peor y más corriente» (*Historia de la pintura*,..., pág. 509). Ya vemos que el gran historiador de nuestra pintura contemporánea se siente más impresionado por la discutible estética del género que por su indiscutible valor como expresión de un sustrato ideológico y de una sensibilidad social; pero ello no quita quilates al valor de su análisis; más bien se los añade. Una última e interesante precisión de Lafuente: este *revival* hispánico de un tema con aroma romántico o *quarantuitard* no responde a una inducción inmediata de la moda europea. Porque era «tardía conversión» a la pintura social sobreviene cuando «en Europa se dibuja firmemente un giro hacia la pintura de significación espiritualista, ya que esta fecha [es decir, 1890] se suele señalar como representativa de lo que llama Focillon un *renacimiento idealista*», significado por hombres de nacionalidades y tendencias tan diversas como Puvis de Chavannes, Carrière, Fritz von Uhde, Hodler».

En efecto, basta revisar el magnífico, casi exhaustivo —en cuanto a sus manifestaciones principales se refiere— repertorio de Enseñat

Kufmueller para sentirse impresionado ante este vuelco de la sensibilidad artística hacia temas y ambientes de dolor y miseria, de marginación social. Convendría aducir aquí algunos títulos y, sobre todo, evocar algunas imágenes. Vayan como ejemplos, el cuadro de Bordiguon, *La madre enferma*, de 1887, un precursor que expresa con enorme patetismo las características del género; *Huérfanos*, de Cabrera Canto, y *Tienda-Asilo*, de Silvela, los dos de 1890; *El nido de la miseria*, de Romañach (1891); *El mendigo*, de Tusquets (1894); *Trata de blancas*, de Sorolla (1897); *Pobres... y enfermos*, de Manaños (1904)... y tantos otros como quedan entre los indicados, seleccionados un poco al azar para jalonar una trayectoria. La sintonía con el mensaje dostoyewskiano es evidente; *estamos en presencia de una sensibilidad nueva, más atenta a la compasión que a la esperanza en un progreso indefectible*, último sustrato animador, desde el positivismo y la fe en la ciencia, de la estética del naturalismo. En esta encrucijada de los años noventa entre la fe en la ciencia y los signos de crisis del positivismo, siempre he encontrado un enorme valor de símbolo en el gran cuadro del joven Pablo Ruiz Picasso, *Ciencia y Caridad*, presentado a la Exposición Nacional de 1897 en la que logrará mención honorífica. Gran cuadro también por sus dimensiones (2 × 2,5 metros escasos); también por su inescusable testimonio de una reflexión socialmente compartida: la insuficiencia del saber científico —representado por el médico— ante el enigma de la enfermedad y del dolor humanos.

Pero hay algo, en esta aurora de una sensibilidad nueva, que viene a certificarnos precisamente su novedad; es decir, que no estamos ante un simple *revival* romántico como el representado contemporáneamente —¡qué certera la irónica reminiscencia de Lafuente!— por la «novela por entregas» de un Luis de Val (n. Valencia, 1867). Se trata de la referencia, frecuente en esta pintura española «fin de siglo», no ya a un «tema social» más o menos impregnado de compasión o filantropía, sino a la ya llamada «cuestión social» por antonomasia. Se diría que todo ese mundo proletario revelado por la encuesta de Reformas Sociales, legalizado en su organización por la Ley de Asociaciones, movilizado en las manifestaciones y en las huelgas de mayo de 1890, ha irrumpido en la pintura española con la obra de Vicente Cutanda, nacido en Madrid en 1850, tercera medalla en la Exposición madrileña del 87, primera medalla en la del 92 con una obra definitiva: *Huelga de mineros en Vizcaya*. Al mismo año corresponde otra obra de Cutanda, *Una huelga en los Altos Hornos* y el cuadro de Juan Comba plasmando la muchedumbre protagonista de *La huelga de los mineros en Bilbao*. También aquí sería fácil jalonar, con numerosas obras y no pocos autores, el camino que discurre, sin solución de continuidad, desde *La caída*

*del andamio* (Jiménez Aranda, 1890) o *Sin labor* (Francisco Maura, 1890), hasta la famosa *Carga* de Ramón Casas (1903); en los tres lustros intermedios quedarían, no sólo la obra de Cutanda —el más significativo pintor del género— con cuadros como *Sobre el campo de batalla* (1894), *Epílogo* (1895) o *Durante el descanso* (1897), sino también un conjunto de testimonios tales como *Aún dicen que el pescado es caro*, de Sorolla (1895) o *La visita del contratista*, de Manuel Angel (1897).

Si hubiésemos de rastrear en la literatura española «fin de siglo» estos dos temas —dos temas distintos, por más que a veces se confundan: el de la sensibilidad ante el sufrimiento humano, y el del despertar del proletariado—; si hubiéramos de seguir el rastro de estos temas tan estrechamente emparentados, haríamos bien en aceptar, ante todo, la sugerencia de Lafuente Ferrari: Galdós y Luis de Val. Galdós por su personalidad egregia, por su tenaz y nunca desmentida demofilia, por esa apertura a un protagonismo del proletariado que manifiestan sus últimos *Episodios Nacionales* y que ha subrayado Hinterhauser. Luis de Val por la enorme capacidad de difusión, de socialización de la «nueva sensibilidad», que hubo de corresponder al aflujo torrencial de sus novelas, muy leídas entre las bajas clases medias por los años de que estamos ocupándonos. Ahora bien, en cuanto se refiere a la irrupción del proletariado como portador de una nueva mentalidad, como soporte de unas nuevas ideologías, es evidente que el principal papel corresponde al valenciano Vicente Blasco Ibáñez (*La barraca*, 1898; *La bodega*, 1905).

En el marco de este ancho y difuso contexto quizá haya pocos testimonios tan significativos de un brusco viraje en la sensibilidad colectiva como aquellos que brotan, inesperada y esporádicamente, en terrenos no abonados. Es el caso del capítulo XIII de una novela de Armando Palacio Valdés, redactada en 1890 y cuya acción se sitúa siete años antes, es decir, en 1884: me refiero a *La Espuma* y al capítulo que lleva por título «Viaje a Riosa». No faltan, en la obra del escritor asturiano, testimonios de simpatía hacia el desheredado y hacia las clases populares. Pero nada semejante, en todo el amplio conjunto de su obra, a esta patética denuncia de las condiciones de vida del minero, de la explotación de que es objeto; del contraste insalvable entre los intereses de un sórdido e inmoral capitalista —el duque de Requena— y el acceso de los mineros de Riosa a unas condiciones de vida escuetamente humanas. La denuncia aparece puesta en boca de un joven y honesto médico —el médico de las minas— con el cual aparece identificado el narrador. Este conjunto de páginas palaciovaldesianas de 1890, de inconfundible aroma socialista, merecen ser destacadas precisamente por lo que tienen de testimonio explícito y sin precedentes en la biografía de un escritor

honesto consigo mismo, creyente pero crítico frente al clericalismo social, crítico frente al krausismo, crítico feroz frente al positivismo, incardinado en una mentalidad tradicional, resueltamente apolítico; pero que dejó escritas en el capítulo de referencia las páginas más rotundas de su obra en lo que se refiere a la motivación racional y ética de un compromiso social. Insisto en que se trata, salvo descuido por mi parte, de algo insólito en el conjunto de su obra. Pero ello mismo nos muestra la insoslayable gravitación de un clima social, de una sensibilidad social, sobre un escritor dotado de una receptividad presta.

¿Cómo no recordar aquí el impresionante lienzo de Julio Romero de Torres, *Conciencia tranquila* (1899), que se conserva en el Museo de Bellas Artes de Asturias? ¿O las pinturas de Benedito y Chicharro (1900), dedicadas, en una coincidencia cronológica y temática, a *La familia del anarquista*? Y tantos otros, y tantas otras páginas, y tantas otras muestras de una nueva sensibilidad instalada en la conciencia de la sociedad española, especialmente en una *intelligentsia* de procedencia pequeño-burguesa. Para esta sensibilidad no será baladí el golpe seco, fulminante, del 98: el Desastre. Profunda conmoción, por supuesto, para una conciencia nacional cuyos reflejos habían sido activados por ese otro componente de la España «fin de siglo» que es el conflicto exterior que no para: el temor por las Carolinas (1885), por Melilla, por las Filipinas, por Cuba, por Puerto Rico; e incluso, cuando todavía no se ha consumado el Desastre, por las Canarias y por las Baleares, por la vulnerabilidad de las costas y los puertos españoles frente a los cañones de la escuadra oriental de los Estados Unidos. Pero cuando el Desastre exterior se cierra en catástrofe consumada, cuando se reflexiona sobre las imprevisiones y los egoísmos, sobre los heroísmos y los sacrificios; cuando se disciernen fríamente, porque ya dejaron de oírse, las palabras de la retórica huera y las palabras de la razón y el patriotismo; cuando los *repatriados* vienen a ser, con su elocuente estampa, un llamamiento mudo a la compasión, un tácito grito de denuncia plantado en cada calle, en cada camino, en cada aldea, *lo que irrumpe en la superficie de la sociedad española es una crisis moral cuya fuerza revulsiva viene a potenciar unos reflejos sociales puestos en funcionamiento diez, doce años antes*. Pienso que no es exagerado decir que, si el episodio valdesiano de las minas de Riosa, o el viraje experimentado por la pintura española en aquellos mismos años, pueden ser señalados como indicios del advenimiento de una sensibilidad social que ha descubierto la situación de miseria e injusticia latentes bajo el imperio del «orden y progreso» preconizados por nuestra primera generación positivista, la actitud de los llamados «jóvenes del 98» no hará sino llevar a sus últimas

consecuencias, si bien de manera circunstancial, lo que ya estaba implícito ética e ideológicamente en aquellas actitudes de 1890. Pérez de la Dehesa, Blanco Aguinaga, Inman Fox, y tantos otros después de estos tres grandes precursores, han esbozado el horizonte histórico de aquella promoción de jóvenes intelectuales —Unamuno, Maeztu, Azorín, el mismo Baroja— que más adelante —y hasta las investigaciones de los tres críticos que han sido mencionados— quedarán confundidos bajo la informe y heterogénea rúbrica de «generación del 98»; pero que «en su juventud, durante los años clave que van de 1890 a 1905, en momentos no del todo coincidentes» —la precisión cronológica es del mismo Blanco Aguinaga— asumieron posiciones radicales que van del socialismo de Unamuno o Maeztu, al anarquismo de un José Martínez Ruiz —que todavía no es Azorín— o de un Vicente Medina.

Cuanto ha quedado esbozado acerca del advenimiento de una nueva sensibilidad como característica de la España de finales de siglo, tiene, por supuesto, una ineludible línea de referencia: *la trayectoria descrita por el positivismo durante los mismos años* en nuestra patria. Hasta hace poco carecíamos de un conocimiento sistemático de este proceso intelectual; hoy, gracias a la obra fundamental de Diego Núñez (*La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*, 1975) y a los trabajos, entre otros, de José Luis Peset, Mariano Peset y Alfonso Ortí, nuestro conocimiento del positivismo español no desdice junto al que la historiografía española ha logrado alcanzar de su antecesor en el tiempo y en la dialéctica de las concepciones filosóficas, el krausismo.

En la divisoria marcada por 1890 no nos extrañará encontrar, testimoniando con enorme fuerza expresiva el giro de los tiempos, a la misma Pardo Bazán. «Puede afirmarse —escribe Nelly Clemessy en su espléndida monografía sobre la novelista gallega— que *Una cristiana-La prueba*, publicada en 1890, marca para la novelista el comienzo de una segunda fase creadora, que se sitúa precisamente en el momento en que Zola y el naturalismo encarnado en él (a los ojos de numerosos lectores) habían perdido una gran parte del favor de que gozaban algunos años antes en una fracción de los medios intelectuales españoles. Ya sabemos que Emilia Pardo Bazán fue uno de los primeros escritores que decretó la decadencia del movimiento naturalista» (*Emilia Pardo Bazán romancière*, I, p. 307). En realidad, la referencia que acabo de transcribir resulta fría y pobre de expresión; para advertir el cambio de horizonte histórico-cultural que media entre las «dos épocas» de doña Emilia, por encima de todo formalismo o de cualquier filiación de escuela, es preciso —y también suficiente— leer la doble novela mencionada (*Una cristiana-La prueba*) inmediatamente después de *La madre naturaleza*



(1887) o *Insolación* (1889): apreciaremos la existencia de una frontera que no sería difícil encontrar contemporáneamente marcando el advenimiento de una nueva etapa en el quehacer novelístico de la mayor parte de los escritores que antaño sintieran, más o menos castiza u ortodoxamente, la influencia del naturalismo. Anotemos la fidelidad naturalista de un Vicente Blasco Ibáñez, que se acendrará a partir del 98. Pero quizá lo más característico y novedoso de las letras españolas en los años noventa sean los signos de crisis en la aceptación del tándem positivismo-naturalismo como «la cuestión palpitante», como la fórmula del progreso en cuanto se refiere al arte de dar razón de la realidad humana y de la realidad social. En estos años, la denuncia de la insuficiencia del saber científico, de la observación y de la experimentación, del conocimiento escuetamente intelectual, para dar razón de la existencia humana y para orientar su actividad, viene inducida desde muchas procedencias. Por una parte, se da entre nosotros un resurgir cristiano, quizá no muy lejano del impropiaamente llamado «jansenismo» del tiempo de la Ilustración, más atento a las esencias evangélicas —fe, caridad— que a la controversia ideocrática o a la polémica acerca de la compatibilidad o antagonismo entre «ciencia» y «fe». No entro en los valores literarios de otra novela de Palacio Valdés, *La fe*, publicada dos años después que *La Espuma*, es decir, en 1892; pero si un historiador tiene voto en la materia, no dejaré de calificarla de gran novela por el conocimiento de situación y la riqueza de matices con que expone un problema rigurosamente contemporáneo: el sentimiento de insatisfacción ante la concepción científica del mundo aportada por el positivismo y orientada a la sazón hacia un materialismo integral.

Por otra parte, sería necesario puntear toda la década, antes y después del 98, con la cadena de noticias, influencias y traducciones que dan entrada en la cultura española a la profunda inflexión irracionalista, vitalista, que acaba de describir por entonces la cultura europea bajo el signo de un protagonismo, no ya latino, sino nórdico. Bien lo advirtió Joan Maragall cuando escribe en 1893, a un amigo residente en Filipinas, unas palabras recomendándole seguir, en la medida de lo posible, el movimiento literario europeo: «no fos cas que al tornar de creguessis que encara Zola és l'amo de tot. No, fill, no: Ibsen, Tolstoi, Maeterlinck, Nietzsche. 'Et c'est toujours du Nord —qui nous vient la lumière'» —concluye, citando en francés, Maragall (Gonzalo Sobejano, *Nietzsche en España*, p. 37). En esta renovación, que no es sólo literaria, cupo, en efecto, un papel de avanzada a Cataluña. Imposible silenciar en este punto las palabras que Vicens dedicara a la generación catalana de 1892. Con ella, con la revolución de los espíritus por ella suscitada,

entraron en Cataluña el impresionismo, la música de Wagner, los dramas de Ibsen, la filosofía de Nietzsche, la estética modernista, el deseo de teléfonos y de buenas carreteras, la necesidad de museos y de universidades, el ambiente de París, de Londres y de Berlín, una ciencia llamada economía que empleaba la estadística, el deseo de ser sinceros y reales, de encontrarse a sí mismos (retrobar-se) en la polémica tolerante que impulsa por los caminos del progreso...

(*Els catalans...*, p. 295.)

Pero el tema no es sólo catalán, ni se circunscribe a las líneas de influencia enumeradas. No es sólo catalán; es todo un aspecto de la cultura española fin de siglo —el de las influencias de los novelistas rusos, de los dramaturgos escandinavos, de Nietzsche— que ha contado y cuenta, como es sabido con excelentes investigadores, desde Portnoff y Gregersen hasta Gonzalo Sobejano. Ni la referencia a estas tres líneas de influencia agota los fermentos de novedad aportados por la evolución de la cultura europea a la cultura española en esta década. La influencia de Schopenhauer y de su actitud filosófica reviste en este punto especial interés, por cuanto nos pone en contacto con un *pesimismo* que, si por una parte se relaciona estrechamente con la orientación global al irracionalismo que manifiesta la cultura europea en el ocaso del XIX, por otra deja de ser uno de los componentes tradicionales, casi tópicos, de la España del 98. En realidad —como en el caso de la sintonía operada en Cataluña entre la recepción del wagnerismo y la euforia europeísta y nacionalista de finales de siglo— puede hablarse, más que de un influjo, de una convergencia entre la filosofía del pensador alemán y cierta situación de la conciencia nacional española que aparece tenazmente orientada al pesimismo desde bastantes años antes del Desastre. Es fácil encontrar una réplica directa a las ideas del filósofo de Danzig a través de la literatura peninsular de la época: recuérdese *La ciudad y las sierras*, del portugués Eça de Queirós (1901), o *Tristán o el pesimismo*, de Palacio Valdés (1906). Pero es hartó más fácil detectar en la conciencia nacional de españoles y portugueses un pesimismo que se inicia en torno a los acontecimientos de 1870, que se intensifica a comienzos de la década de los noventa y que acabará clamando, antes y después del 98, no por una «reforma» ni por un «progreso»; sino por una «regeneración» de nuestros pueblos. Este pesimismo tiene una dimensión nacional bien conocida, directamente conectada con el giro descrito por la historia europea desde los primeros años setenta; ya Cánovas del Castillo diagnosticó, en una conferencia del Ateneo de Madrid (26 de noviembre de 1870), la irremisible decadencia de las naciones latinas, que los acontecimientos de los años noventa no harán sino confirmar drásticamente. En todo caso, es importante observar que este

pesimismo, supuesta aportación de la catástrofe del 98 a la sensibilidad colectiva de los españoles, no aguardará a la guerra con los Estados Unidos ni a la derrota subsiguiente para manifestarse en toda su descarnada realidad.

Si hubiéramos de sintetizar en una sola frase nuestro concepto del presente momento histórico con relación a España —escribe Miguel Vilialba Hervás en 1895—, diríamos que es el período de los grandes desalientos. Sufre la opinión pública mortal desmayo, apenas interrumpido por alguno que otro sacudimiento epiléptico (...) Las gentes desvían sus pasos de los comicios y sus oídos de los parlamentos (...) Esta anemia social, por una parte, y por otra esa propensión a lo arbitrario que nos consumen y degradan, se pretende explicarlas por ilusiones perdidas, por esperanzas defraudadas, por la supuesta esterilidad de pasados sacrificios, por desconfianza en la eficacia de todos los sistemas más o menos modernos...

(*Recuerdos de cinco lustros*, Madrid, 1896, pp. 2-3)

Creo que es difícil expresar más plástica y cumplidamente una situación de pesimismo nacional; precisamente la situación colectiva de ánimo sobre la que recae el Desastre. De manera que la llamada por antonomasia «literatura del Desastre» por el maestro Sánchez Alonso, no hará sino insistir y profundizar en estas motivaciones —como habían profundizado los portugueses después de la crisis del Ultimátum y los italianos tras el desastre de Adua—. Y será entonces cuando Rafael María de Labra escriba sobre *El pesimismo de última hora* (1899), y Ricardo Macías Picavea se plantee a fondo *El problema nacional* (1899), y Ramiro de Maeztu se ponga a la tarea de avizorar los derroteros *Hacia otra España* (Bilbao, 1899), y el anónimo autor de unas *Reflexiones dolorosas y provechosas* se pregunta desde la misma cabecera de su libro si *Hispania fuit* (Madrid, 1899). Damián Isern realizará una cumplida encuesta acerca *Del desastre nacional y sus causas* (Madrid, 1900); Joaquín Costa se preguntará *Quiénes deben gobernar después de la catástrofe*; Luis Morote escribirá acerca de *La moral de la derrota* (Madrid, 1900 ambos); en fin, el Dr. Madrazo colocará en 1903, a la cabeza de unas *Impresiones sobre el estado actual de la sociedad española*, una pregunta que pretende llegar al fondo del pesimismo: *¿El pueblo español ha muerto?* (Santander, 1903).

Pero, en este punto, se hace necesario asumir el riesgo de la paradoja. Insistamos: ver en el Desastre del 98 el fundamento del pesimismo español «fin de siglo» equivale al desconocimiento de unos antecedentes remotos, pero sólidos (aquel lustro 1870/75, que coincide en Europa con el arranque de la Gran Depresión); y sobre todo de unos antecedentes inmediatos, que gravitan sobre el 98 sin solución de continuidad: la atmósfera de crisis vivida desde *circa* 1887.

En este contexto, la «literatura del Desastre» en su conjunto, tal y como se escalona entre 1898 y 1905 aproximadamente, no representa sólo el ápice del pesimismo; representa también que el pesimismo nacional ha *tocado fondo*. El pueblo español siempre ha sido propicio a extraer proyectos de reforma, utopías para un futuro renovado, al día siguiente de cada catástrofe nacional; y esta incitación se manifiesta cuando España parece haber llegado, realmente, a una situación límite. Un análisis del contenido de la voluminosa y diversa «literatura del Desastre» nos denotaría la presencia de un cincuenta por ciento de pesimismo, de un pesimismo que viene a culminar el propio de la década. Pero nos denotaría también la presencia de otro cincuenta por ciento de esa esperanza auroral que trae consigo el hecho de partir de cero; un fermentar de utopías y de arbitrios de regeneración: en el fondo, la actitud de apertura a unos tiempos nuevos que, en España como en Europa, parecen anunciarse en la profunda crisis del cambio de siglo. Es sabida la parte que en esta esperanza corresponde a una renovada confianza en el pueblo español, cuya «degeneración» es negada categóricamente desde las filas de un movimiento obrero que sale del Desastre con un acrecido crédito moral.

Los años noventa traen consigo, pues, una crisis del naturalismo no sólo en cuanto manera de intermediar una realidad social observada y un universo de ficción; también en cuanto inspiración y contagio de la fuerza creadora y del ímpetu rejuvenecedor latente en un paisaje determinado, en la Naturaleza. Hablar, en cambio, de «crisis del positivismo» hacia los mismos años, es algo que requeriría, a lo menos, algunas precisiones. En la medida en que el positivismo se manifiesta históricamente como una filosofía, como una concepción del mundo ligada a una determinada situación —la época dorada del ascenso del capitalismo, entre los primeros años cincuenta y los años ochenta del siglo—, es obvio que su hegemonía habrá de cuartearse cuando cambien algunos de los componentes esenciales de aquella situación: cuando la confianza exclusiva en los valores intelectuales deje paso a un auge de los valores vitales a cuyo culto impulsa el desarrollo creciente de una concepción biológica del mundo basada en el principio de la evolución; cuando la confianza exclusiva en la observación y la experimentación de hechos presentes en el espacio deje lugar a la intuición como fuente de conocimiento a través de la hazaña intelectual de Bergson; cuando la confianza exclusiva en un orden burgués identificado con el «estadio positivo» de la Humanidad deje paso a la inquietud de un movimiento obrero que contempla la historia más allá de aquel estadio, y que apresta sus armas para la lucha contra la burguesía como antaño las aprestó esta última contra los estamentos privilegiados; cuando esclavos y

germanos ensanchan el mapa cultural de Europa aportando otros componentes distintos del racionalismo vigente en Europa occidental desde la revolución intelectual del siglo XVII... Cuando sobrevenga todo esto a partir de los años ochenta del XIX, es claro que el positivismo habrá de arrojar mucho lastre por la borda —aquel seguro optimismo progresista de mediados de siglo, aquella confianza en la estabilidad de un orden social que sólo requiere consolidaciones—, y efectuar no pocos compromisos y síntesis. Ahora bien, no perdamos de vista que, por debajo de estos profundos cambios de situación, persiste el impulso ascendente de las dos grandes fuerzas históricas que, en un nivel determinado de la evolución de la sociedad europea, dieron nacimiento al positivismo: la revolución burguesa y el desarrollo de las ciencias naturales. En tanto prosigue el crecimiento de estas dos constantes de nuestra historia contemporánea occidental, el positivismo verá subvertida su simplista concepción inicial del mundo y de la historia, verá desplazarse el quicio de una visión científica del mundo desde la física a la biología; pero mantendrá su vigencia en forma de una mentalidad atenta a promover el conocimiento de la naturaleza, del hombre y de la sociedad a través de dos únicos criterios de certeza: la observación y la experimentación. Y atenta, también, a promover la consumación de una revolución burguesa —identificada con los postulados del liberalismo y de la democracia— prosiguiendo su impulso histórico allí donde todavía actúan resistencias tradicionales, y acudiendo al procedimiento racional de las «reformas sociales» allí donde sea preciso para lograr que el clamor de las clases trabajadoras no rompa la armonía del orden burgués establecido. Esta distinción entre el lastre filosófico que el positivismo ha de abandonar al acercarse el fin del siglo, y la persistencia del mismo en cuanto mentalidad encaminada a afirmar la primacía del saber científico y del orden burgués es necesaria, en el caso de España, para entender capítulos esenciales en su cultura «fin de siglo», e incluso en los complejos mecanismos que ligan, por tales años, determinados talantes y mentalidades sociales con determinadas ideologías.

\* \* \*

Con el apremio impuesto por la necesaria limitación de tiempo, hemos pasado rápida revista a algunas de las principales manifestaciones de esa *resurrección de la sensibilidad* que se aprecia en la sociedad española de los años noventa; me atrevería a decir, buscando una fecha significativa, que a partir de la crisis de 1886/87.

Esta resurrección de la sensibilidad no es identificable ni mucho menos, como algunas veces se ha hecho en apreciación demasiado somera y gruesa, con la crisis del 98: por supuesto. Y a mi manera

de ver tampoco es identificable, aunque aquí la confusión haya sido más sutil y entramada, con la marea del irracionalismo que acompaña, en el ámbito de las ideologías, el ascenso imperialista de los años noventa y de las primeras décadas del siglo xx. Este último tiene una filiación inmediata de orden biologista, darwinista y spenceriano —propicio a la euforia vital, a la exaltación de los valores vitales— que lo diferencia de las motivaciones de imagen social, procedentes de estratos sub-burgueses y marginados de la sociedad, que se aprecia claramente, junto con motivaciones espiritualistas que sería difícil discernir ahora con la necesaria precisión, en la nueva sensibilidad. Conviene, sin embargo, no perder de vista lo que hay de común en ambos movimientos ideológicos y emocionales: el desvío de la racionalidad y de la concepción estrictamente científicista de la vida aportada por el positivismo; un desvío que, en la corriente irracionalista suscitada por el imperialismo, revestirá caracteres efectivos de *asalto a la razón*.

Creo que es a esta *resurrección de la sensibilidad* que se advierte en los lustros finales del xix a lo que cabe aplicar certeramente la denominación de «neorromanticismo». Entre otras razones, por una fundamental: ¿no había sido la colocación de la sensibilidad en la cúspide de las facultades anímicas, por encima, incluso, de la razón, lo que para tantos teóricos del romanticismo constituyó la esencia de este último? Y, en efecto, se diría que en este ocaso del xix la cultura europea, también la cultura española, siente aflorar en su superficie, no un retorno, pero sí una persistencia de algo que la marea positivista y científicista de las décadas centrales del siglo había anegado.

En este clima de nueva sensibilidad se gestan y aparecen, lo sabéis mucho mejor que yo, algunas de las más características aportaciones de Luis Simarro a la psicología y a la psicología social. Por supuesto que tales aportaciones se fundamentan en el rotundo científicismo de su creador; en su radical empirismo. Pero no puedo dejar de plantearme en este punto una incógnita biográfica: en qué medida aquella intensa gravitación del Romanticismo —de unas formas de vida y unas actitudes mentales— sobre el Simarro niño y adolescente no contribuirá a motivar su dedicación a una disciplina entonces joven, la psicología, tan profundamente implicada en la avidez cognoscitiva de aquel entorno ideológico y mental.

No seré yo quien tenga la audacia de sugerir caminos en un campo que, para mí, es ya terreno ajeno. Me siento satisfecho, sin embargo, de haber podido ofrecer estas reflexiones de un historiador de la Restauración a vuestras jornadas de estudio sobre la persona y la obra de Luis Simarro, como homenaje a la figura de este gran científico español.

## *La Universidad española en la época del Dr. Simarro*

José Luis PESET  
*Centro de Estudios Históricos  
C.S.I.C.*

Trazar con unas cuantas palabras, o en algunas páginas, lo que ha sido la historia de nuestra universidad, es tarea por completo imposible. Por ello, en mi breve aportación, me limitaré a plantear algunos temas importantes en la evolución de la institución universitaria, que pueden servir de pie para los debates de estas jornadas. A lo largo de mi exposición, estudiaré uno por uno, los siguientes aspectos, que me parecen básicos a la hora de entender qué ha constituido básicamente nuestra universidad. Por una parte considero necesario analizar la organización del poder y el gobierno académico. Por otra, el método de enseñanza y el estudiante sobre el que éste recaía. Y, por fin, no puede quedar completo mi esfuerzo, si no se exponen algunas ideas básicas sobre cómo ha sido el profesorado que ha tenido a su cargo las aulas académicas. Este mismo esquema intentaré mantenerlo, con las limitaciones que la cronología imponga, para las dos grandes etapas de la universidad española. En primer lugar la universidad antigua, denominando así la que se hereda en las postrimerías del antiguo régimen, heredera de la medieval. En segundo, la liberal, que nace con la toma del poder por la burguesía y llega hasta nuestra guerra civil.

### LA UNIVERSIDAD ANTIGUA

Tras las primeras fundaciones universitarias, en el inicio del mundo moderno, hay una reactivación de estas instituciones. El aumento del poder del monarca en los estados absolutos hizo que fueran necesarias facultades de derecho para explicar sus leyes, o

de medicina para proteger a sus súbditos. El aumento del poder del papado, en especial en los países contrarreformados como España, produjo también un gran interés en las facultades de cánones y teología con el fin de hacer conocer el derecho de la iglesia y la doctrina de los teólogos. No es extraño que el principio del mundo moderno conozca la aparición de nuevas universidades y el aumento de su poderío, sabiduría y riqueza. A la vieja Salamanca, se le añaden instituciones como Valencia o Alcalá, que responderán a los nuevos tiempos, aunque es distinto el papel que el ayuntamiento de Valencia juega que el representado por el cardenal Cisneros.

Con las nuevas fundaciones, quedan configurados tres tipos universitarios, que se mantendrán hasta las reformas liberales en el ochocientos. Por una parte, el tipo salmantino que hacía recaer el control universitario en sus claustros, en especial el de doctores, que constituía el alma de la Universidad. Otros claustros, como el de diputados —formado por catedráticos y colegiales— o el de Facultades, irán adquiriendo peso en el futuro. Como representante del papado, el canciller o mestrescuela da grados y mantiene la jurisdicción, incluso más allá de los temas puramente académicos, contando también con su propio claustro. El rector, un representante de los alumnos y uno de ellos, no tiene gran autoridad por el momento, aunque dispone de su propio claustro de consiliarios, elegidos por las distintas naciones universitarias.

Las universidades de tipo alcalaíno, segundo modelo, son las que se fundan dentro de o amparadas por un colegio. Sirven para la enseñanza de los colegiales y algunos manteístas —o no colegiales— y el poder reside en el colegio. Su rector es muy poderoso, juntando poderes del rector salmantino y de su maestrescuela y administrando ambas instituciones. Los claustros de colegiales y de rector, protegen esta estructura. La universidad de Valencia nos da el modelo de otro tipo muy frecuente, aquél que depende de un municipio para su fundación, administración y control. Hay un claustro mayor —formado por miembros de la ciudad, la iglesia y, menos, de la Universidad— y claustros de doctores y catedráticos, con poca autoridad. Es el municipio quien directamente administra y nombra los examinadores para grados y cátedras. El canciller es el arzobispo, quien nombra rector entre los canónigos de la catedral levantina.

Podemos ver que los tres modelos tienen una característica común, se puede decir que gozan de autonomía con respecto al poder central. Sea el claustro, el colegio o el municipio quien controla, el rey o los consejos centrales poco parecen contar en la Universidad tradicional. Pero, ¿es tan cierta esta autonomía? No hay duda que hay que matizar cualquier visión demasiado optimista de la vieja



autonomía universitaria ya que, en efecto, dos poderes, la iglesia y los colegios, tenían un enorme peso en el control universitario. Hay que tener en cuenta que la fundación y rentas de las universidades eran en buena parte eclesiásticas y que la iglesia contaba con estudiantes, cargos académicos y profesorado abundantes en estas instituciones. Y también las órdenes eran muy poderosas, pues por medio de sus colegios y conventos, monopolizaban buena parte de la enseñanza. Disponían de cátedras, de privilegios, e incluso algunas facultades —arte, teología y derecho canónico— estaban en su mano. La orden jesuítica, además, tenía un buen terreno en la primaria y la secundaria, incluso dentro de las aulas universitarias. Por su parte, los colegiales, aliados con frecuencia de los consejos centrales y de las órdenes, en especial la jesuítica, también tenían un gran poder, pues controlaban becas, estudiantes y profesorado de las Facultades mayores. Sus miembros eran luego importantes personajes en la estructura eclesiástica o gubernamental, formando parte de la burocracia que atenazó la Administración española durante el mandato de los últimos Austrias y primeros Borbones.

La enseñanza en las universidades se hacía en tres etapas, aunque las dos primeras podían adquirirse fuera. El joven recién llegado, entre los 12 y los 14 años, se dedicaba a estudiar gramática latina, arma fundamental, pues toda la enseñanza en estas instituciones era en esta lengua. Luego se pasaba a la facultad menor de filosofía o artes, donde se estudiaba entre los 15 y 17, aunque la disparidad de edad era mucho mayor entonces que ahora. Se cursaba, sobre todo, filosofía escolástica, aristotelismo fundamentalmente. Se aprendía lógica, física y metafísica, aunque con el tiempo será el lugar de entrada de la ciencia moderna. Más tarde, el estudiante pasaba a las facultades mayores, pudiendo escoger entre teología, derecho civil, derecho canónico o medicina. Esta era la facultad menos atendida y más pobremente cuidada.

El método de enseñanza, tal vez heredado de la disciplina de la iglesia, consistía o bien en la lección, o bien en la disputa, la *lectio* o la *disputatio*. La lección consistía, en líneas generales, en un comentario de los textos clásicos, Galeno para medicina, Justiniano para derecho, y los libros sagrados o las colecciones canónicas para teología y derecho canónico. Se leía por el profesor una parte del texto clásico —los libros eran caros y escasos— y el estudiante copiaba el dictado y el comentario. Las disputas se hacían en rígidos actos de conclusiones, en que unos cuantos puntos eran discutidos solemnemente ante la facultad o la universidad. En las academias se aprendía a repetir y a discutir. Siempre se usaba el latín y la forma de exposición y comentario era de tipo silogístico. Como comprobación de la calidad de los estudios, no había exáme-

nes, sino que el catedrático daba a fin de curso cédula de asistencia a los aprovechados y, tras cuatro años de estudio, se les admitía al grado de bachiller.

El grado de bachiller era importante, porque para médicos y abogados era la prueba universitaria que —tras examen por el Protomedicato o las Audiencias— permitía el ejercicio de la medicina o la abogacía. Consistía, en líneas generales, en una lección latina de defensa de puntos, seguida de argumentos por los examinadores, y en preguntas sobre los estudios realizados. Más adelante, podían presentarse, aquéllos que se sintieran llamados por el camino universitario, o que tuviera que hacer larga antesala antes de ser llamado a puestos de importancia por sus compañeros de orden o de colegio, a los grados mayores. El más duro era el de licenciatura, en el que debía probarse haber explicado extraordinariamente algunas lecciones y someterse a algunas pruebas de disputa y de puntos. Más tarde, el grado de doctor que era mero boato, una ceremonia cara que consagraba al futuro universitario.

Las oposiciones a cátedra debían mostrar la capacidad del futuro docente para enseñar, disputar y manejar los clásicos de su asignatura. En la universidad antigua, el opositar era incluso más que hoy, una verdadera carrera universitaria, ya que para mejorar era preciso cambiar de asignatura. Había varios tipos de cátedra. Según la estabilidad de sus ocupantes, se dividían en de propiedad, de regencia y sustitutos. Aquéllas eran perpetuas, las de regencia temporales y las sustituciones meras ocupaciones temporales para repeticiones en tiempos no lectivos o en enfermedades de profesores. Según la categoría de la cátedra —sueldo y preeminencias—, se clasificaban en de entrada, de ascenso y de término. Su necesario traslado de unas cátedras a otras, era también motivado por el bajo pago a los profesores. Indiquemos que la universidad de Alcalá, hacia la muerte del tercer Carlos, sólo dedicaba un 4,6 por ciento de sus gastos al pago de profesores y que el plan de estudios de 1771 les asignaba en esta misma situación ridículos sueldos entre 300 y 3.000 reales. Si se hace la división de lo gastado al año por una universidad como Alcalá entre el número de alumnos, de un total de unos 700.000 reales resulta unos mil reales por estudiante, lo que puede parecer una cifra importante. Pero si se divide lo gastado en profesorado por el mismo número, dado el enorme gasto en colegios, ceremonias religiosas y de prestigio, la cantidad resultante es mínima, 47 reales. Todo ello hacía que los puestos universitarios no fuesen muy codiciados y que los profesores tuviesen que ejercer como abogados, médicos o tener distintos puestos eclesiásticos. Y también que aquéllos que quisiesen distinguirse en la política, la ciencia, la burocracia o la carrera económica, tuvieran que abandonar las aulas: tal es el

caso de Meléndez Valdés, Pérez Bayer, Gregorio Mayans o Andrés Piquer.

Por fin, para concluir esta etapa de la universidad española, antes de entrar en las reformas liberales, es preciso recordar las reformas que los monarcas ilustrados introdujeron en sus aulas. Felipe V quiso aprovechar la victoria por las armas —como más tarde en muy distinto sentido pretendió el franquismo postbélico— para cambiar la universidad. Así suprimió el patronato que la ciudad tenía sobre la universidad de Valencia, que más tarde sería devuelto, y clausuró las catalanas, creando la de Cervera. Pero la solución fue tan difícil —por querellas con los catalanes y con el papado— que Cervera fue erigida a imitación de Salamanca y esta vía renovadora se abandonó. Fernando VI, por el contrario, deja en paz a las universidades y empieza una línea paralela de reforma que continuarían sus herederos, la creación de Academias, por un lado, la de «escuelas especiales», por otro. Así, continuando en nuestro terreno —y dejando las Academias de la Lengua o de la Historia, o las Academias científicas, tal como la de Barcelona— señalaremos la creación de escuelas para el ejército —de enorme importancia las dedicadas a la marina o la artillería— o para los cirujanos. El primer colegio de cirugía, el de Cádiz (1748) es creado por Ensenada para conseguir buenos profesionales para la armada. Sus sucesores fundarían el de Barcelona (1760) para abastecer al ejército, y el de Madrid (1780) para civiles. Estas instituciones iniciaron una enseñanza moderna, práctica, con libros de texto y exámenes en castellano, que inauguraba una nueva etapa en la forma de enseñanza tradicional.

Carlos III será un gran reformador universitario, en buena medida antecediendo las reformas del ochocientos. Por una parte, dismantela el sistema tradicional, enmudeciendo a la Inquisición, expulsando a los jesuitas y reformando los colegios, que pierden su peso universitario y burocrático. Aparte publica una serie de planes de estudios e introduce una serie de autoridades —censores regios, directores de universidades, interventores de rentas, rectores— que terminan con el enclaustramiento universitario. Con todas estas medidas, se consigue unificar, modernizar y centralizar la enseñanza. Se logra una enseñanza más uniforme, con planes de estudio más al día y regulando los grados académicos y el ejercicio profesional. Se obtiene que la ciencia moderna, por medio de libros de texto claros y concisos, entre en las viejas aulas. Y se consigue que la autoridad central empiece a gestionar la universidad. Por ejemplo, el poderío del colegio de San Ildefonso en Alcalá desaparece, y los interventores regios van presagiando el traslado cercano a Madrid.

De gran importancia es el último plan de estudio promulgado por Carlos III, el de Valencia de 1786. En su texto aparecen muy importantes novedades. Notables libros de ciencia moderna son pregonados e incluso editados por la universidad. Aparecen los exámenes anuales. Se incrementa la fuerza del profesorado y de sus claustros, independizando la universidad del poderío municipal. Incluso el rector que lo confeccionó, Frey Vicente Blasco, se convierte en una figura política con gran futuro, en rector representante del poder central, informador y ejecutor de sus órdenes.

Durante el reinado de Carlos IV algunas novedades aparecen, en algún sentido sistematizadoras de las novedades anteriores. Por ejemplo, el intento de unir medicina y cirugía en los colegios en 1799, o bien algunas escuelas de ingenieros importantes. También es necesario resaltar la tardía promulgación de los primeros planes de estudio generales para todo el reino, en 1804 para los colegios de cirugía, en 1807 para las universidades, siguiendo el estilo de Cádiz y Salamanca, respectivamente. Con Fernando VII se configura ya la figura del rector político, nombrado por el rey, y aumenta el poder de catedráticos y sus claustros. Crea la Inspección general de instrucción pública —imitación de la Dirección general de estudios liberal— y afirma en 1827 la reunión de medicina y cirugía en los colegios, dejando la medicina pura en las facultades universitarias.

#### LA UNIVERSIDAD LIBERAL

Tras el asalto al poder por la burguesía, era necesario un nuevo sistema educativo que sustituyese al ya anticuado que se heredaba. Era preciso difundir una nueva ideología, que configurase la nueva sociedad, y una ciencia, que permitiese formar los cuadros necesarios para el control y gestión de las novedades profesionales y técnicas. Por ello, siguiendo en parte las huellas de los ilustrados, en parte recibiendo el ejemplo francés, una universidad distinta fue creada. Tras las fútiles innovaciones liberales del primer tercio de siglo, los planes de estudio de 1845 y 1857 —debidos a Gil de Zárate y Moyano— configuran, en líneas generales, qué debía ser la universidad y lo que en efecto ha sido hasta nuestros días. Una serie de principios rigieron las reformas a introducir, veámoslos.

En primer lugar, la centralización y control por el estado. Para ello se consigue la independencia respecto a la iglesia, tanto que, a la larga, la teología abandona las aulas estatales, yendo a los seminarios y a las universidades eclesiásticas. El ministerio y la dirección general de instrucción pública dirigen la enseñanza a través de una jerarquía que se configura así: ministro, director general

de instrucción pública, rectores, decanos, claustros —sobre todo el de profesores— y catedráticos.

De los rectores dirá Gil de Zárate, retomando la línea iniciada por los ilustrados: «Antes eran sólo los representantes de las escuelas para entenderse con el Gobierno; ahora son los representantes del mismo Gobierno encargados por él de la administración de las escuelas.» Por tanto, para entender el principio de libertad de enseñanza, que tanto se discutió a lo largo del siglo, es necesario enmarcarlo dentro de una mayor intervención del estado en la enseñanza, en especial la superior.

Otra idea directriz importante fue la racionalización de la enseñanza. Por una parte, racionalización de su distribución. Es decir, un mejor reparto geográfico, tendiendo, al menos en teoría, a proporcionar mejor educación a quien la necesitase. También, una mejor dispersión social buscando, también en proyecto al menos, una mejor distribución de la enseñanza entre las distintas clases sociales. Se busca repartir abundantemente los primeros escaños del saber y la gratuidad en ellos. Por el contrario, escribe el mismo autor, en «las carreras cuyo título habilita para una profesión, poner todos los obstáculos de dinero, tiempo y estudios, con el objeto de impedir que en ellas ingrese un número de individuos superior al que necesite la sociedad». Por otra parte, se continúa la idea de mejorar el contenido de la enseñanza haciéndola más moderna y más adaptada a las nuevas necesidades. No es extraño que el derecho romano vaya siendo sustituido por el positivo napoleónico, o que filosofía escolástica cambie hacia la ecléctica, la krausista o la positivista. Tampoco que la medicina de laboratorio se imponga, o que la psiquiatría y la medicina legal confirmen el papel nuevo de la ideología y el poder burgueses.

Una serie de reformas se sucedieron. Por una parte, fue importante la centralización de fondos. Ya con Carlos IV, con las desamortizaciones y la obligada compra por las universidades de vales reales, algo se había beneficiado de las arcas académicas el erario público. A partir de 1842, con la creación de la Junta de centralización de fondos, el estado es el gran beneficiario de la desamortización universitaria. No se puede decir que los liberales invirtieran mucho en enseñanza, pues el gasto se puede decir que se compensa con el dinero de las viejas universidades. Y el gasto por alumno sigue en 1.000 reales y el gasto por universidad no difiere mucho de esos 700.000 reales por año de la vieja Alcalá. Lo que es innegable es una mayor racionalización del gasto, pasando el invertido en personal a muy primer plano siendo, más o menos, el 80 por 100 del gasto ordinario, invirtiéndose ahora las proporciones. Otra caracte-

rística —gasto casi único en personal aunque sea insuficiente— que la universidad actual ha heredado.

Otras novedades aparecieron. Así, medicina y cirugía se unieron definitivamente en 1843, desapareciendo la vieja polémica, con el triunfo de las ideas colegiales. Por la misma época se unieron leyes y cánones y algo más tarde se convertía filosofía en facultad mayor, en 1857 se consagró la división en facultades de letras y de ciencias. También aparece un número poco elevado de escuelas de ingenieros que forma un grupo fuerte y cohesionado de ingenieros útiles para la explotación de minas y el tendido del ferrocarril. Importadores de una técnica extranjera que sirve para el montaje de piezas también foráneas, reciben una fuerte protección estatal, constituyéndose en una élite política y económicamente poderosa. Más tarde, en el sexenio, la facultad de teología es suprimida de la enseñanza estatal, no volviendo ya nunca a sus aulas. La creación de academias nuevas, muchas orientadas hacia la ciencia y la técnica, proporciona tribunales de sabios que orientan y apoyan la actuación del gobierno. Y el mismo papel, todavía mucho más politizado, es el del Consejo de instrucción pública, formado por personalidades políticas, artísticas, literarias, científicas, eclesiásticas y académicas, que tenían una amplia misión de asesoramiento del gobierno en cualquier cuestión de instrucción pública. Sin embargo, su misión más constante fue la promoción y reproducción del profesorado, a través de los tribunales de oposiciones, de los premios que concedía o en sus decisiones sobre libros de texto. En algunos momentos, sobre todo cuando Orovio estuvo en el poder, tuvo también una clara función represiva, como sucedió con la «segunda cuestión universitaria».

El método de enseñanza también se modificó ampliamente al llegar los liberales al poder con la revolución burguesa. La enseñanza casi se redujo a la lección ordinaria, en que el profesor explicaba un libro de texto que el alumno debía memorizar. Los libros de texto eran sencillos, claros, modernos —aunque siempre o casi siempre retrasados con respecto a la ciencia europea— y oficialistas, recibiendo casi siempre una sanción estatal. Incluso los programas debían ser, en principio, fiscalizados, pero en este terreno la acción pública fue siempre menos potente. La enseñanza se hacía en castellano y el profesor comprobaba con frecuencia el aprendizaje, mediante preguntas a los alumnos. Al fin de curso, hubo exámenes, primero globales, luego por asignaturas, a veces orales, a veces escritos. También se reforzó la enseñanza práctica —en especial en medicina y ciencias— pero la penuria universitaria nunca permitió grandes logros. El grado de bachiller fue perdiendo importancia, hasta desaparecer. El de licenciatura quedó y se convirtió en el único re-

quisito para el ejercicio, aunque al fin ni éste fue necesario. El doctorado se completó con estudios —nunca muy válidos, ni siquiera con la centralización en Madrid— y con la tesis doctoral. Quedó como el grado necesario para la dedicación a la carrera docente y profesoral.

El profesorado también fue cambiando mucho, perdió su carácter sacerdotal y se convirtió en funcionario público. No sólo son cada vez menos frecuentes los eclesiásticos dedicados a la enseñanza en universidades públicas, sino que todo el profesorado entra a formar parte de los escalafones del estado, con unos sueldos, unos ascensos y unas jubilaciones de tipo funcional. Junto al catedrático hay diversos tipos de auxiliares de cátedra que carecen de suficiente estabilidad y salario, pero la antigua diversidad de cátedras ahora desaparece. El catedrático goza ahora de enorme poder dentro de la universidad, a través de su cátedra, de los puestos jerárquicos o de los claustros. A medida que la universidad pierde autonomía y poder social y económico, el profesor se convierte en reyezuelo de las aulas. Al ser las cátedras iguales, no es necesario el continuo nomadismo de la universidad antigua, y cabe una cierta especialización. Sin embargo, la investigación apenas se realiza y, cuando tiene lugar, es en terrenos muchas veces ajenos a la universidad. La oposición se mantiene, constando en general de lecciones, argumentaciones, preguntas y, con el tiempo, algún caso práctico.

De todas formas, el profesor siguió manteniendo dos ideas carismáticas, sacerdotales: la creencia de su contacto con la ciencia y la de su poder social. Por ello, la universidad del siglo xx prebélica tuvo dos temas importantes, la autonomía y la investigación universitaria. Con la crisis de fin de siglo, los universitarios se lanzan a la palestra en busca de un mayor papel social, muy en relación con el movimiento institucionista. Como antecedente está el movimiento de extensión universitaria, el progresista e institucionista de Oviedo, o el más conservador y agrarista de Zaragoza, siempre buscando interesar a más amplias capas de la población y pidiendo su ayuda para el fomento universitario. No es extraño que en el discurso de la apertura salmantina que pronuncia Unamuno en 1900, bajo influencia de Costa, se solicite ayuda del dinero privado para la docencia y la investigación.

La responsabilización por parte del estado de la enseñanza primaria —la secundaria ya había sido centralizada con los primeros liberales— y la creación en 1901 del Ministerio de Instrucción Pública hacen concebir esperanzas. Los universitarios empiezan a reunirse en congresos como el de Valencia de 1902 o el de Barcelona de 1905, en los que se solicita una mejora de la enseñanza, autonomía para las universidades y un mayor papel público y social de

las universidades. Realmente, el pensamiento de Giner, quien presenta un importante trabajo al congreso valenciano, está siempre presente. Su planteamiento es cuádruple, recurso al estudiante y al profesorado buscando mejorar discencia y docencia, recurso al medio, pidiendo ser ayudados y atendidos y recurso a la universidad, que debe ser una organización corporativa y autónoma. Escribe Giner de los Ríos: «¿Qué pedir al Estado, para hablar con propiedad, al Gobierno? Sin duda, y ante todo, lo que Diógenes a Alejandro: que no nos quite el sol. Es menester que la Universidad se acostumbre a la idea de que, de día en día, los tiempos le recomiendan que busque su centro de gravedad en sí misma, su auxilio en la sociedad, pida al Estado menos cada vez, conforme vayamos siendo más capaces de tomar sobre nosotros la responsabilidad de la vida adulta a que necesita volver entre nosotros.»

Y algunas soluciones se fueron encontrando. Por ejemplo, Romanones, con Sagasta, presenta en 1903 un proyecto de autonomía, que el senado hizo fracasar. Y en 1919, en efecto, César Silió promulga una ley de autonomía. En ella se declama largamente contra la uniformidad universitaria y el intervencionismo estatal. Se considera a la universidad no sólo expendedora de títulos, también se considera su misión docente e investigadora. Y se deja a sus propios estatutos funciones tan importantes como la administración de los fondos propios y la designación de profesorado. Pero el estado se reservaba algunas importantes misiones, como una alta inspección, las becas, exámenes..., y, lo más grave, los fondos propios siempre fueron insuficientes. Además, dentro de un estado tan centralizado, no podía funcionar una autonomía parcial y en 1922 el ministro Montejos barre la reforma Silió. De más importancia, aunque de la misma brevedad, fueron las consecuencias de la República en materia de autonomía porque aquí sí había un marco jurídico más amplio que la amparaba. Citemos la concedida a las facultades de letras de Madrid y Barcelona en 1931 y, sobre todo, la otorgada a la universidad de Barcelona en 1933. Y no olvidemos las universidades de la iglesia, importantes en nuestra historia, ni la creación de Núñez de Arenas, tan sugerente en su intento. En cuanto a la investigación, también hubo novedades, aunque más bien de puertas afuera. Los institucionistas consiguieron en 1907 la creación de la Junta de Ampliación de Estudios, presidida por Cajal. Con su política de pensiones y la creación de institutos y laboratorios especializados consiguió una auténtica investigación al nivel de los tiempos. Sin embargo, los universitarios siempre se quejaron del centralismo y antiuniversitarismo de la Junta. Aquél parece cierto, pero no éste, pues muchos universitarios pudieron aprovechar las novedades para crear auténticas investigaciones científicas. Recordemos el papel de



Cabrera en el Laboratorio de Física o el de Menéndez Pidal en el Instituto de Estudios Históricos.

## CONCLUSIÓN

Tal fue, a grandes líneas, la Universidad que Simarro heredó y le tocó en suerte vivir. Sus problemas y deficiencias explican bien la tardía incorporación de un saber nuevo, con pretensiones experimentales, como era la psicología que Simarro quería realizar. También justifica el porqué de muchos años perdidos por el grupo regeneracionista en intentos de mejora de las instituciones científicas y docentes españolas y que determinó que muchos de nuestros «intelectuales» dedicaran muy buena parte de su labor a un intento de mejora institucional, que al menos por unas décadas dio frutos de importancia para la ciencia y la cultura españolas. Esa aplicación a la mejora de nuestra enseñanza y nuestra investigación es el mayor timbre de gloria para buena parte de nuestros científicos que desde el ochocientos vieron alborear el nuevo siglo.

## *Los orígenes de la Psicología Científica en España. El Dr. Simarro y su Fundación*

Mariano YELA  
*Universidad Complutense de Madrid*

La psicología Española ha sido en el pasado egregia pero intermitente. Ha habido en ella altas cimas, pero no cordilleras. El Dr. Simarro es una de esas cimas. Hombre de ciencia eminente, personaje emprendedor, multifacético y versátil, hizo algunos descubrimientos histológicos notables, señaló a Cajal el método de Golgi y enseñó y estimuló a los principales neurólogos, psiquiatras y psicólogos de comienzos de siglo: Achúcarro, Río Ortega, Lafora, Viqueira, Barnés, Rodrigo Lavín...

Fue el introductor en España de la *nueva psicología* de Wundt y de las técnicas de laboratorio. Murió en 1921, el mismo año en que yo nací. Tal vez una razón más para que me crea obligado a recoger y pasar a otros su antorcha. Todos nosotros, los psicólogos de ahora, debemos hacerlo, sin tregua ni olvido. Sólo mediante esa tarea continua podremos lograr, además de eventuales cimas aisladas, el alto nivel medio, técnicamente preciso y teóricamente innovador, que la obra de Simarro y de otros psicólogos de nuestro pasado merece y hace posible.

Las palabras precedentes son algunas de las que pronuncié en la exposición-homenaje que dedicó a Simarro, en 1983, la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid, en este Campus de Somosaguas en que ahora nos reunimos.

Son palabras que expresan una de las constantes de mi vocación, a lo largo de una vida que ya comienza a ser dilatada: Que exista una psicología española.

Permítanme que las comente con brevedad. Creo que tienen algo que ver con la Fundación Simarro, que es el tema que me han pedido que desarrolle en estas Jornadas.

Que haya una psicología española. No se trata, claro está, de afirmar que antes no la ha habido. La hubo y egregia, como he dicho. Pero a brotes y de forma excepcional. Se trata de que la haya normal y continuadamente, dentro de una tradición a la altura de los tiempos, exaltada, de vez en cuando, si llega el caso, por algunos hombres de genio, pero ampliada y renovada cada día por la investigación laboriosa de muchos profesionales competentes. No se trata, tampoco, de que nuestra psicología sea o deje de ser distinta de otras. Se trata de algo más hondo y elemental; de hacer psicología de verdad, con auténtica información de lo que se hace en cada momento en el mundo, encarándonos directa y originariamente con los fenómenos y problemas psicológicos, con rigurosa preparación técnica, sin prisas, sin pausas, cotidianamente, con la máxima imaginación teórica, con el sometimiento más estricto a la observación sistemática y a la comprobación experimental.

Si lo logramos, será inevitable que afloren en nuestra indagación, sin proponérselo, matices y descubrimientos propios, porque la realidad es sorprendente e inexhaustible, y depara, al que de verdad la busca y con rigor la estudia, hallazgos y gozos imprevisibles, que sólo se alcanzan mediante la agri dulce pesadumbre del esfuerzo paciente y continuo.

Hacer posible ese logro ha sido la tarea de los que empezamos a hacer psicología después de 1939. Una tarea doble. Parecía, a primera vista, que partíamos de cero, porque se propendía entonces a olvidar y ocultar una amplia porción de nuestro próximo pasado. Pronto nos percatamos de que no era así, de que nunca se parte de cero. Teníamos la psicología de fuera y la psicología del pasado. Nuestra doble tarea era establecer contacto con las dos, assimilarlas, dominarlas en lo posible, continuar la brega a nuestro estilo, dejar abierto el camino para los demás. Hacer de puente, en suma, entre nuestro trabajo aquí y entonces, y lo foráneo y pretérito, para que, después de nosotros, se pudiera, ya desde una tradición consolidada, continuar, originaria y originalmente, la investigación psicológica y, fundidas en ella, la docencia y la aplicación de la Psicología.

Creo que hemos cumplido, a nuestra medida, la misión. Hoy, la psicología española se inscribe dentro de la psicología mundial y conoce cada vez más y mejor nuestro pasado. Hoy, la psicología científica está entre nosotros viva y en marcha: Facultades y Secciones de Psicología por toda España, estudios de licenciatura y doctorado, decenas de miles de alumnos, miles de profesionales, cientos de profesores, docenas de investigadores, laboratorios, servicios de computación, centros de psicología aplicada, bibliotecas y revistas, seminarios, coloquios, reuniones y congresos, sociedades de psicología, colegios profesionales...

Nada de esto, o casi nada, existía hacia 1940. Lo hemos puesto en pie. La verdad es que no ha sido difícil, aunque sí laborioso. Los tiempos fueron propicios. La psicología había hecho en Occidente la fecunda conquista del rigor técnico, promovida por el conductismo, y se preparaba entonces, tras la segunda guerra mundial, para recuperar, con espléndido bagaje metodológico, al sujeto de la conducta en su entera actividad psico-orgánica y en su acción biofísica, intencional, cognoscitiva y consciente.

Fue, sin duda, un momento estimulante y prometedor. Merecía la pena incorporarse a él. Afortunadamente, y a pesar de la considerable penuria material y de ciertos recelos doctrinales, no se nos escatimaron ayudas para ello. Algunos que por entonces terminábamos nuestros estudios universitarios —Siguán, Pinillos, Secadas...— tuvimos esas ayudas, y muy generosas, para adentrarnos en los estudios e investigaciones psicológicas en Alemania, Inglaterra, Francia, Bélgica y los Estados Unidos.

Al volver a España nos encontramos a Germain. Y, a través de Germain, con nuestra psicología del pasado. El nos estimuló a enlazar con nuestra historia. La psicología en España parecía entonces un yermo, con sólo algunos cursos y textos del P. Barbado, Juan Zaragüeta, Lucio Gil Fagoaga y Pedro Font y Puig, nuestros inmediatos profesores. Ni un laboratorio, ni una investigación experimental. Y, sin embargo, por debajo latía un pasado espléndido: El medio siglo precedente, colmado de realidades y promesas fisiológicas, científicas y culturales. ¿Cuándo, desde hacía siglos, habíamos contado con hombres como Unamuno y Ortega, con Valle-Inclán, Pío Baroja y Azorín, con Juan Ramón y Ramón Gómez de la Serna, con Machado, Salinas, Guillén, Lorca, Alberti, Diego, Aleixandre y Dámaso, con Menéndez Pidal, Asín, Cajal y Marañón, con Cabrera, Palacios y Rey Pastor?

Y volviendo, dentro de este amplio panorama, a nuestra parcela psicológica, casi tocando nuestro presente, nos llegaban las investigaciones de Turró y la obra de los Institutos de Psicotecnia de Barcelona y Madrid, dirigidos respectivamente por Mira y Germain. Un ambiente de actividades psicológicas que había alcanzado dignidad y reconocimiento mundiales. Lo prueban los dos Congresos Internacionales de Psicotecnia, celebrados en Barcelona, en 1921 y 1930, y el XI Congreso Internacional de Psicología que habría de celebrarse en Madrid, en 1936, en honor de Ramón y Cajal, con Ortega y Gasset de Presidente honorario, Mira y López de Presidente, Germain de Secretario y Mallart de Tesorero, y que frustró nuestra guerra civil.

Todo era continuación parcial y entrecortada de una larga historia, llena de brotes eminentes y largos silencios, en la que se había

fraguado casi toda nuestra ciencia y, dentro de ella, la concepción empírica y experimental de la psicología: Vives y Huarte, Vallés y Oliva Sabuco, Feijoo y Jovellanos, la tradición escolástica y de los médicos-psicólogos-filósofos del XIX, y, finalmente, los dos intentos más próximos: De una parte, la renovación neoescolástica, atenta a la ciencia psicológica positiva de los laboratorios de Wundt y Külpe, con Fröbes y Lindvorsky, traducidos al castellano, la escuela de Mercier, con el magisterio de Michotte, cuyos cursos siguieron Zubiri y Zaragüeta, y con quien colaboré, muchos años después en su laboratorio de Psicología Experimental en la Universidad de Lovaina, y la competente formación experimental del P. Barbado, en Madrid, y del P. Palmés, en Sarriá. Y de otra parte, la línea de docencia y de investigación que nos llegaba de Giner de los Ríos, Simarro y Lafora, por la que, de una manera más rigurosamente experimental y más fundamentada en bases fisiológicas, enlazaba desde fines del XIX la psicología española con la nueva psicología, entonces naciente.

En esta línea ocupa un lugar destacado y decisivo el Dr. Simarro. Veamos cómo se articula su obra en la historia de la psicología.

Luis Simarro nace en 1851. Por esos años se inaugura en el mundo una nueva manera de pensar en biología y psicología: la perspectiva evolucionista y el método experimental. Helmholtz mide la velocidad del impulso nervioso en 1950, publica en 1947 su trabajo sobre la conservación de la energía y en 1956 su *Optica fisiológica*. En 1959 aparecen las *Lecciones*, de Claude Bernard, y *El origen de las especies*, de Darwin. En 1960, los *Elementos de Psicofísica*, de Fechner. Los cimientos de una psicología fisiológica y experimental están echados.

Sobre ellos construirá la generación de los que nacen, según las cuentas de Marías, en torno a 1841, el primer edificio de la psicología positiva. Son los que yo llamo los grandes fundadores, como Wundt (1832), Dilthey (1833), Brentano (1838), Ribot (1839), William James (1842). A ella pertenece en España Francisco Giner de los Ríos (1839), el introductor de las primeras referencias sistemáticas, aunque elementales, a la nueva psicología de Fechner y Wundt.

Simarro es continuador de ellos. Aporta, como Cajal (1852) y Turró (1854), un nuevo impulso a la neurología y a la psicología. Como, según nos cuenta Helio Carpintero<sup>1</sup>, hicieron los grandes instauradores fuera de España, pertenecientes a la que yo denomino segunda generación de fundadores: Pavlov (1849), Freud (1856), Binet (1857), Husserl (1859), Janet (1859), Dewey (1859), Cattell (1860), Külpe (1862), Spearman (1863).

---

<sup>1</sup> CARPINTERO, H., «Germain en su generación», *Rev. Psicol. Gral. Apl.*, 1981, 36, 6, 1161-1165.

La fase siguiente es de consolidación: Titchener (1867), Claparède (1873), Thorndike (1874) y, en España, algún discípulo y propagandista de Wundt, como Eloy Luis André.

La generación siguiente, de los que nacen en torno a 1886, la constituyen los grandes renovadores de la psicología, los que forman la tercera generación de fundadores. Los conductistas: Watson (1878), Hull (1884) y Tolman (1886); los gestaltistas: Wertheimer (1880), Katz (1884), Kaffka (1886) y Köhler (1887); los sistematizadores de la psicología experimental en lengua francesa: Wallon (1879), Pierón (1881) y Michotte (1881) y los que desarrollaron los métodos psicométricos y factoriales: Burt (1883) y Thurstone (1887). En España es la generación de los grandes europeístas, como Ortega y Marañón, y, en el campo más restringido de la psicología y ciencias afines, los que se incorporan a la renovación escolástica, como Barbado y a la orientación de Lovaina, como Zaragüeta, y los que inauguran la efectiva investigación experimental en psicología y psiconeurología, como Lafora, Achúcarro y Sacristán, todos, en alguna medida, discípulos de Simarro y Cajal.

Discípulo de Lafora es Germain (1897) y con él y sus coetáneos extranjeros, como Piaget (1896) y Skinner (1904), y españoles, como Mira, Mallart, Justo Gonzalo, Sarró, Mercedes Rodrigo, María Soriano, Moragas, Garma, López-Ibor, Soto o Valenciano, se consolida y amplía la investigación psicológica, con un cierto predominio, en lo que atañe a los españoles, de las vertientes psiquiátricas y psicotécnicas. Por ellos, y por la obra histórica, filosófica y antropológica de Zubiri, Laín y Marías, nos llega a nosotros, después del interregno de dos guerras, la nuestra y la mundial, la psicología de nuestro pasado y, muy principalmente, los aspectos más estrictamente científicos de la línea que, como subraya Valenciano, empieza en Giner de los Ríos y prosigue por Simarro, Lafora y Germain<sup>2</sup>.

Giner, en lo que atañe a la psicología experimental, fue, a lo más, un precursor y un buen expositor de ella en breviaros claros y elementales. El primer cultivador competente de la nueva ciencia en España fue Simarro.

No me corresponde, aquí y ahora, estudiar su vida ni su obra. Otros lo van a hacer. Tocaré, sin embargo, algunos puntos mal sabidos o tergiversados y pasaré en seguida a comentar el legado de la Fundación Simarro.

Simarro fue el *primer catedrático de psicología experimental* en España y creo que también el primero en el mundo que ocupó una cátedra de dicha disciplina en una Facultad de Ciencias. Su título,

<sup>2</sup> VALENCIANO, L., «José Germain: genealogía científica y actividades psiquiátrico-psicológicas», *Rev. Psicol. Gral. Apl.*, 1981, 36, 6, 1153-1160.

firmado el 5 de mayo de 1902 por el Conde de Romanones, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, le acredita como «Catedrático de Psicología Experimental, en virtud de oposición, de la Sección de Naturales de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, con el haber anual de 4.500 pesetas».

No fue su primera ni su última ocupación docente de carácter psicológico. Según documentos que obran en el archivo de la Fundación Simarro, explicó psicología en los cursos de fisiología que dio, desde 1877, en la Institución Libre de Enseñanza, como acreditan sus publicaciones en el *Boletín de la Institución*, los resúmenes de sus alumnos y el nombramiento firmado por Manuel B. Cossío, por delegación del Secretario de la Institución, Hermenegildo Giner. Fue asimismo profesor de psicología, desde 1899, en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid y, desde 1903, en la Escuela de Criminología. Fue también el fundador del primer laboratorio de Psicología Experimental en España, inicialmente en el Museo Pedagógico y, luego, en la Universidad de Madrid.

Enseñó y divulgó una psicología experimental fundamentada en la neurofisiología y que, en su intención, habría de servir de base a una educación que contribuyera a transformar el carácter nacional, orientándolo hacia «los supremos valores de la ciencia y la libertad». Publicó poco. Por sus breves notas y escritos, de los que yo destacaría *De la iteración*<sup>3</sup>, y por los resúmenes de sus discípulos, sobre todo el que presenta J. Vicente Viqueira en su libro *La Psicología contemporánea*<sup>4</sup>, está claro que hizo contribuciones originales en neurohistología y en psicología experimental.

Su teoría de la *iteración*, interpretada en un marco evolucionista, adelanta, de forma sistemática y general, aunque no precisa ni experimentalmente confirmada, los conceptos de *reflejo condicionado*, que expondrá Pavlov en Madrid, en 1903, y de *refuerzo*, que, tras la aportación inicial de Thorndike, en 1898, será progresivamente enriquecido por el conductismo y neoconductismo desde Watson hasta nuestros días.

Según Simarro, la iteración de estímulos y respuestas conjuntos produce una contigüidad en los procesos fisiológicos que abre nuevas vías neurales facilitadoras de su utilización ulterior. La contigüidad fisiológica es la base de los tropismos físico-químicos y, en organismos más evolucionados, de sus reflejos y combinaciones que, a través de la herencia, van constituyendo los instintos. Las combinaciones de reflejos, instintos y asociaciones psíquicas adquiridas, forman los hábitos y permiten la ampliación de la vida consciente

---

<sup>3</sup> *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 1902, 26, 348-352.

<sup>4</sup> Barcelona, Labor, 1930; cito por la segunda edición de 1937.

mediante la memoria y la inteligencia. Estos procesos son auténticamente psíquicos, cognoscitivos y sentimentales, no meros epifenómenos —lo que separa a Simarro de cualquier conductismo o reflexología reduccionistas— pero, a la postre, consisten tan sólo en asociaciones y combinaciones de ellas.

La obra docente, innovadora y divulgadora de Simarro fue sobresaliente y decisiva. Su obra escrita y sus trabajos de investigación experimental en psicología son, sin embargo, escasos. Su personalidad desmesurada, idealista, generosa, radical y quijotesca, le impulsó a iniciar y tocar muchas cuestiones y le impidió ahondar en ninguna. No tuvo tiempo ni probablemente inclinación para el trabajo minucioso, sosegado y paciente que exige el desarrollo de la teoría científica y la comprobación experimental. Como declara Lafora, no parece que llegara a dominar las técnicas instrumentales de la psicología experimental y aplicada, ya entonces muy abundantes y prolijas. Fue un sembrador de ideas, que difundió generosamente; entregó y tal vez malgastó su inmenso talento en conferencias divulgadoras, como se lamentaba Cajal, y dedicó lo mejor de sus energías, con apasionado afán regeneracionista, a multitud de empresas culturales y de luchas políticas. Fue, a la vez, y en todo de forma sobresaliente, un hombre de ciencia, un artista y cultivador de amistades con artistas y poetas, como Sorolla y Juan Ramón Jiménez, un ideólogo y un creador e investigador brillante, lúcido y, en el terreno científico, inconstante.

Merecería la pena estudiar con cuidado su personalidad desasosegada, propicia a suscitar grandes amistades y no menores oposiciones hostiles. Un pormenor de su vida, que verosímelmente influyó en su carácter, fue su temprana orfandad y el suicidio de su madre. No está claro como aconteció. Viqueira (*o. c.*, p. 52), su discípulo y amigo durante muchos años, nos dice que la madre se arrojó desde una azotea a la calle con su hijo Luis, de tres años, en brazos. Agrega, incluso, que de ello le quedó a Simarro una leve cojera. Salcedo, su condiscípulo, amigo y admirador, da otra versión del hecho, fundado en el testimonio de los parientes inmediatos de Simarro: el niño estaba en la cama cuando la madre se suicidó<sup>5</sup>. Esperemos que algún historiador aclare el caso y su posible influjo en la vida de Simarro.

No está tampoco comprobado que hiciera los descubrimientos histológicos que, sin duda correctamente, se le atribuyen (Viqueira, Kaplan)<sup>6</sup>, como la distinción, por los corpúsculos de Nissl, entre

<sup>5</sup> Dr. Enrique SALCEDO, *El Siglo Médico*, 2, 9, 16 y 23 de enero de 1926.

<sup>6</sup> VIQUEIRA, *op. cit.*, p. 54; KAPLAN, T., «Luis Simarro, Spanish histologist», *III Congreso Nacional de Historia de la Medicina*. Actas. Valencia, Sociedad Española de Historia de la Medicina, 1971, p. 530.



los cilindroejes y las dendritas, o las placas seniles. El no publicó nada sobre estos puntos y los declaraciones de otros no están, que yo sepa, documentadas. Tal vez entre las preparaciones microtómicas y las ampliaciones fotográficas, muchas de ellas tituladas y fechadas que conservamos en los archivos de la Fundación Simarro, estén las pruebas de estos descubrimientos, que algún especialista debiera examinar.

El profundo interés de Simarro por la psicología científica y la limpia generosidad de su ánimo, quedan atestiguados por su última voluntad. Deja la mitad de su fortuna, por un valor de más de medio millón de pesetas de entonces (1921), para que se constituya una Fundación destinada a organizar un laboratorio de Psicología Experimental con el objeto exclusivo de promover la psicología como ciencia pura y aplicada, mediante investigaciones, cursos, becas y publicaciones.

Entre los documentos archivados en esta Facultad de Psicología, donde nos reunimos, figura el de la constitución inicial de la Fundación Simarro, el 7 de noviembre de 1927, por el Dr. Madinaveitia, médico, Domingo Barnés, Secretario del Museo Pedagógico Nacional, y Cipriano Rodrigo Lavín, profesor auxiliar de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, en calidad de albaceas del Dr. Simarro y para cumplir el encargo que en su testamento les hizo. Los tres forman el primer Patronato de la Fundación. El plan de organizar un laboratorio de Psicología, al parecer y según afirma Vicente Viqueira, nunca se cumplió. Los libros, aparatos y cuadros del legado se trasladaron provisionalmente, según el Dr. Salcedo<sup>7</sup>, al Museo de Historia Natural. Sin duda, no hubo tiempo para más. En 1936 todo quedó interrumpido por la guerra.

Otro documento que conservamos, firmado por el Rector de la Universidad de Madrid y el Decano de la Facultad de Ciencias, en febrero de 1948, acredita la reorganización de la Fundación, que, con los mismos fines, adopta la Universidad Central. El nuevo Patronato estaría presidido por el Rector y una Junta Asesora formada por el Decano de la Facultad de Ciencias, un Catedrático de la Universidad de Madrid y otra persona experta en psicología experimental. Una vez constituido el laboratorio y para su coordinación con la Facultad de Ciencias, se nombraría una Junta Mixta, compuesta por los tres miembros de la Junta Asesora y dos Catedráticos de la Facultad de Ciencias y presidida por el Decano de dicha Facultad.

Merece la pena subrayar el hecho de que los intentos más serios de incorporar la psicología experimental a la Universidad se hicieran en España en la Facultad de Ciencias, con la que nunca la psicología

---

<sup>7</sup> *El siglo médico*, 23-1-1926, p. 72.

debió perder contacto, del mismo modo que no debe perderlo con las Facultades filosóficas y humanísticas. El caso es que no hay noticia de que el Laboratorio se organizase, ni de que se efectuaran los nombramientos del nuevo Patronato a tenor de las disposiciones antedichas. Sólo funcionó, o al menos se mantuvo, bajo el cuidado de Rodrigo Lavín, el viejo laboratorio de Simarro, que hoy conservamos como Museo en la actual Facultad de Psicología (Campus de Somosaguas), de la Universidad Complutense.

Los sucesivos intentos fallidos iban a dar fruto por una nueva vía. En 1948, bajo el patrocinio de Albareda, Secretario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y de Zaragüeta, Director del Instituto Luis Vives de Filosofía, organizamos, en el seno de este Instituto, el Departamento de Psicología Experimental, del que el Dr. Germain, original promotor, fue nombrado Director y yo Secretario.

Asimismo, en 1953, con la ayuda de Laín Entralgo, Rector de la Universidad de Madrid, creamos y organizamos, en el Pabellón Valdecilla del viejo edificio de la calle de San Bernardo, la Escuela de Psicología y Psicotecnia de dicha Universidad, de la que Zaragüeta fue Director y yo Secretario.

Trasladamos, entonces, al Departamento de Psicología Experimental, en la calle de Serrano, frente al Instituto Ramiro de Maeztu, los libros, aparatos, preparaciones micrográficas y de experimentación psicológica, varias carpetas con esquemas, notas y documentos, y algunos cuadros de la Fundación. La mayor parte de la documentación de Simarro se trasladó a la Escuela de Psicología y Psicotecnia. Y los cuadros se depositaron, para su mejor protección, en la Facultad de Filosofía y Letras, en el edificio A de la Ciudad Universitaria, donde todavía siguen, excepto el cuadro de Sorolla que representa al Dr. Simarro en el laboratorio, que está en el Decanato de la Facultad de Psicología y un estupendo boceto de Simarro, también de Sorolla, que conservo en mi despacho de la Facultad.

El nuevo y efectivo Patronato de la Fundación lo formaron, bajo la presidencia del Rector, Juan Zaragüeta, Catedrático de Psicología, Juan J. López Ibor, Catedrático de Psiquiatría, y José Germain, Director del Departamento de Psicología Experimental. En 1963 fui nombrado miembro del Patronato y, algún tiempo después, se incorporaron al mismo Manuel Ubeda y José L. Pinillos. Desde entonces el Patronato no se ha alterado, salvo por la muerte de don Juan Zaragüeta y la reforma, ahora en curso, de todas las Fundaciones para constituir una única Fundación de la Universidad Complutense, que respete los fines de las que en ella se integran y permita su mejor desarrollo y administración.

Cuando, en 1963, me incorporé al Patronato, comprobé que los intereses del capital y valores de la Fundación —aproximadamente unas 100.000 pesetas anuales— eran ya insuficientes para la organización de un nuevo laboratorio. Se dispuso emplearlos para la promoción de la psicología científica en forma de ayudas a la investigación, premios y becas. Entre los beneficiarios de estas ayudas y premios figuran Pinillos, Siguán, Secadas, Pelechano, García Yagüe y Yela.

En el departamento de Psicología Experimental ordenamos y catalogamos los más de 4.000 libros del legado Simarro, entre ellos, las obras de los grandes fundadores de la psicología y cerca de un centenar de obras filosóficas y científicas de los siglos XVI al XVIII, una treintena de colecciones de revistas y algunas enciclopedias y diccionarios, como el de psicología y filosofía de Baldwin. Varias salas se ocuparon con los aparatos del legado, en su mayor parte de valor puramente histórico, pero algunos, como un magnífico banco óptico, perfectamente útiles y aprovechados en nuestras investigaciones. Asimismo, se clasificaron varias decenas de preparaciones microtómicas, que aguardan todavía un estudio competente.

En el Departamento y en la Escuela he dedicado muchas horas, lentas y gratas, a la lectura de los centenares de documentos de Simarro: Una copiosa correspondencia con hombres insignes de su tiempo —Ortega, Unamuno, Altamira— y, entre ella, una carta en la que don Juan Zaragüeta le presenta al joven Zubiri; notas bibliográficas, esquemas y apuntes para clase, por ejemplo, cuadros y resúmenes muy abundantes para un libro que pensaba escribir sobre Luis Vives; dibujos y fotografías didácticas con los resultados de sus investigaciones histológicas; títulos, nombramientos y honores; agendas y dietarios de los casos clínicos que trató; escrituras de propiedad, recibos y facturas; dibujos y láminas artísticas; documentos y cartas, en número abundante, concernientes a las Asociaciones a las que perteneció o que fundó y dirigió, como la Masonería española, de la que fue Gran Maestre del Grande Oriente, la Liga Monista, la Liga para la Defensa de los Derechos del Hombre, la Sociedad para el Progreso de las Ciencias, la Institución Libre de Enseñanza, los Ateneos de Valencia y de Madrid, la Liga Antigermanófila, la Liga Internacional del Libre Pensamiento, la proyectada Sociedad de Naciones, la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones, o que atañen a sus actividades, y a las adhesiones que en ellas recibió, en defensa de procesados célebres, como el clérigo Galeote, Unamuno y Ferrer, o a su intervención en huelgas y conflictos políticos y sociales.

Esta documentación que, en parte, nos ayudó a catalogar la estudiante norteamericana Temma Kaplan y en la que se apoyó para

redactar la Tesis Doctoral que sobre Simarro presentó en la Universidad de Harvard, figura ahora ordenada en múltiples carpetas en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense, donde está asimismo depositado, desde 1983, el resto del legado de Simarro, excepto los cuadros que, como dije, permanecen en los locales de la Facultad de Filosofía y Letras, en la Ciudad Universitaria.

Una relación del contenido de este legado se ofrece en los apéndices que siguen.

Espero, finalmente, que la Facultad de Psicología, en la que Simarro soñó y que ya ha puesto a disposición de los profesores y alumnos su Biblioteca y su Laboratorio, estudiará a fondo la documentación existente y sabrá utilizar, con más provecho que en el pasado, los fondos de la Fundación para el desarrollo de nuestros laboratorios e investigaciones experimentales, como fue, en 1921, la voluntad de Simarro y es, ahora, nuestro deseo y deber.

#### APÉNDICE 1

#### CARPETAS CON DOCUMENTOS

##### *Carpeta núm. 1*

- 1.º sobre: 7 grabados numerados al dorso del 1 al 7.  
1 libro con 8 hojas numeradas del 1 al 8, y en cada hoja dos láminas fotográficas.
- 2.º sobre: 64 fotografías numeradas al dorso del 1 al 64.

##### *Carpeta núm. 2*

- 1.º sobre: con fotografías numeradas del 65 al 72.
- 2.º sobre: con plaquitas de cristal numeradas del 1 al 29.
- 3.º sobre: con notas de clase numeradas del 1 al 22.
- 4.º sobre: con 15 grabados didácticos numerados del 1 al 15.
- 5.º sobre: con 10 láminas para experimentos numeradas del 1 al 10.

##### *Carpeta núm. 3 UNAMUNO*

- 1.º sobre: con adhesiones proceso Unamuno numeradas del 1 al 140.
- 2.º sobre: con traducciones al inglés del proceso Unamuno, documentos números 141 al 152.
- 3.º sobre: con adhesiones proceso Unamuno, numeradas del 153 al 249.
- 4.º sobre: con adhesiones proceso Unamuno, numeradas del 250 al 277.
- 5.º sobre: con artículo y sentencia Unamuno en diversos idiomas, documentos números 278 al 346.

*Carpeta núm. 4*

- 1.<sup>er</sup> sobre: con documentos numerados del 1 al 65 de la Liga de Derechos del Hombre.
- 2.<sup>o</sup> sobre: con documentos numerados del 66 al 103 de la Liga Derechos del Hombre.
- 3.<sup>er</sup> sobre: con documentos numerados del 104 al 139 de la Liga Derechos del Hombre.
- 4.<sup>o</sup> sobre: con impresos diversos de la Liga de defensa Derechos del Hombre.
- 5.<sup>o</sup> sobre: con impresos diversos de la Liga de defensa Derechos del Hombre.

*Carpeta núm. 5*

- 1.<sup>er</sup> sobre: con recibos y facturas numerados del 1 al 169.
- 2.<sup>o</sup> sobre: con recibos y facturas numerados del 170 al 211.
- 3.<sup>er</sup> sobre: con recibos y facturas numerados del 212 al 327.
- 4.<sup>o</sup> sobre: con recibos y facturas numerados del 328 al 411.
- 5.<sup>o</sup> sobre: con escrituras de propiedad y otros documentos numerados del 1 al 10.
- 6.<sup>o</sup> sobre: con dibujos y croquis diversos numerados del 1 al 59.
- 7.<sup>o</sup> sobre: con diversas tarjetas de visita numeradas del 1 al 48.
- 8.<sup>o</sup> sobre: con invitaciones diversas numeradas del 1 al 17.

*Carpeta núm. 6 MASONERIA*

- 1.<sup>er</sup> sobre: documentos numerados del 1 al 50.
- 2.<sup>o</sup> sobre: documentos numerados del 51 al 86.
- 3.<sup>er</sup> sobre: documentos numerados del 87 al 109.
- 4.<sup>o</sup> sobre: documentos numerados del 110 al 145.
- 5.<sup>o</sup> sobre: documentos numerados del 146 al 163.

*Carpeta núm. 7*

- 1.<sup>er</sup> sobre: contiene correspondencia diversa numerada del 1 al 117.
- 2.<sup>o</sup> sobre: contiene documentos sobre la Federación Patronal de Barcelona numerados del 1 al 117.
- 3.<sup>er</sup> sobre: contiene documentos del FF. CC. Zaragoza-Mediterráneo numerados del 1 al 37.
- 4.<sup>o</sup> sobre: contiene notas de prensa y algún suelto, numerados del 1 al 35.
- 5.<sup>o</sup> sobre: contiene notas y tarjetas numeradas del 1 al 29.
- 6.<sup>o</sup> sobre: contiene fotografías de familiares, 5.

*Carpeta núm. 8*

- 1.<sup>er</sup> sobre: con notas y cartas asunto Sr. Esbri, documentos del 1 al 17.
- 2.<sup>o</sup> sobre: con un folleto de 21 cuartillas con opiniones sobre el hipnotismo.
- 3.<sup>er</sup> sobre: con nombramientos y títulos numerados del 1 al 99.
- 4.<sup>o</sup> sobre: con cartas sobre el proceso Ferrer.
- 5.<sup>o</sup> sobre: con documentos del 1 al 17 sobre subscripción pro familiares de los huelguistas de 1917.

APÉNDICE 2  
CUADROS

*Cuadros de Sorolla*

- Retrato de la primera esposa de D. Luis.
- Retrato del Sr. Simarro con el microscopio.
- Otro retrato del Sr. Simarro.
- El sereno a mort un gros.
- La aurora.
- Campesino de Asís.
- María Sorolla convaleciente.
- Escaldando la uva.
- Estudio para el cuadro «Sacando la barca», dibujo al carbón.
- Dibujo original para un cartel.
- Copia de una fotografía de Espinosa.
- Varios apuntes al carbón.

*Cuadros de Salas*

- Dos retratos de mujer.
- Una señora pintando.
- Un paisaje.
- Un grabado.

*Otros cuadros y grabados*

- Trece grabados de asuntos bíblicos.
- Una galería de Gomar.
- Una niña de Casanova.
- Un grabado de Erasmo.
- La muerte de Abel, por D. Juan Antonio de Rivera.
- Un paisaje de autor desconocido.
- Dos paisajes de Beruete.
- Un cuadro flamenco de costumbres.
- Tres paisajes de autor desconocido.
- Retrato de la primera esposa de D. Luis, por Madrazo.

APÉNDICE 3  
LIBROS Y REVISTAS

- 4.000 libros, aproximadamente, la mitad de ellos encuadernados y en buen estado, la otra mitad guardados en 21 cajas, necesitan encuadernación para su uso.
- Las materias principales son: Psicología, Filosofía, Medicina y Biología.
- 70 libros antiguos de los siglos XVI al XVIII, de los cuales al menos 12 necesitan restauración y todos ellos fumigación.
- 7 enciclopedias.
- 5 atlas.
- 29 títulos de revistas que comprenden 287 volúmenes encuadernados y 135 números sueltos.

# BIOLOGIA Y ANTROPOLOGIA

## *Luis Simarro y el evolucionismo*

José SALA CATALÁ  
*Centro de Estudios Históricos*  
*C.S.I.C.*

Como intelectual notable de su tiempo que fue Simarro es de esperar que conociera y apreciara la teoría de la evolución o como usualmente se la llamaba «transformismo». Mi propósito en esta conferencia es mostrar que la aceptación y asimilación que Simarro hizo de la teoría, no es sólo un interesante aspecto de la biografía de un científico inquieto sino un proceso fundamental para la articulación del trabajo investigador desarrollado en el Laboratorio de Investigaciones Biológicas de la Universidad de Madrid, espacio de reunión de la llamada Escuela Histológica Española. Se trata seguramente, como obra conjunta, de la aportación científica más notable que un grupo de españoles ha realizado durante la Edad Moderna y Contemporánea. Naturalmente, este fenómeno no es obra de un solo hombre, tampoco de muchos; se trata de una labor colectiva de preparación intelectual y esfuerzo político en la cual Luis Simarro desde los comienzos va a participar en la medida de su gran inteligencia y altura de miras. Destacar esa participación por lo que respecta al evolucionismo biológico es el objetivo que me he señalado.

El evolucionismo, tal como quedó expresado en 1859 por el famoso libro de Darwin no es una teoría más entre otras que surgieron desde la Biología de aquel tiempo. Se trata de una propuesta global de cambio de fundamentos en Historia Natural. No fue la única durante el XIX, Georg Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire realizaron dos más durante el primer cuarto de siglo, pero la darwinista era la única en la que el hombre era integralmente considerado como natural. Todos los grupos imbuidos de radicalismo liberal, por motivos ideológicos, políticos y económicos vieron en ella el ideal de conocimiento científico necesario para acelerar los cambios políticos, sociales



y culturales que aún quedaban pendientes o habían sido escamoteados por las altas burguesías desde los primeros movimientos revolucionarios del siglo.

El éxito biológico medido por la supervivencia individual sugirió una justificación moral de la economía de mercado capitalista, llamada a realizar el ideal roussoniano de felicidad natural.

Por otra parte la insistencia de la teoría evolutiva en considerar la supervivencia orgánica en términos de *relaciones de adaptación*, en términos de Ecología, supone una drástica revisión de las formas de organización de la investigación biológica vigente, una revolución científica en Biología, con unas implicaciones muy amplias en cuanto a creación de nuevas tecnologías en agricultura, medicina y explotación ganadera, sirviendo pues al cabo no sólo a la justificación del Estado liberal sino también a su justificación económica<sup>1</sup>.

En 1875 hará su primera aparición pública Luis Simarro, formando parte de un grupo de jóvenes positivistas que desde el Ateneo de Madrid polemizarán con el idealismo y el krausismo<sup>2</sup>. Refiriéndose a ese mismo año José del Perojo describirá años más tarde así la situación de la cultura española:

Reinaba en aquellos días en asuntos filosóficos y a título de única depositaria de la verdad absoluta, la escuela krausista, que tenía requisicionados, por decir así, cuantos entendimientos despuntaban con afición a estas cosas filosóficas. Y era el alma principal de la tal escuela y la única causa de su efímero éxito, precisamente su oscura y afectada terminología, alambicada como no se ha conocido otra, y que impresionando vivamente nuestro temperamento meridional, nos humillaba en nuestra ignorancia de no entender lo que en aquellas oscuridades se decía. El krausismo pues y su lenguaje sibilítico, eran si se quiere un elemento para mí muy temible, sobre todo si se atiende a dos cosas importantes y que cualesquiera de ellas bastaba para ahogar en germen los frutos que deben esperarse de un libro como *La Crítica de la Razón Pura*. Es la primera, la forma masónica en que estaban ligados todos los secuaces de la doctrina, y la segunda, la supina ignorancia de que siempre hicieron gala en todas estas materias «históricas o eruditas», como ellos decían, anatematizando al infeliz que no se daba por satisfecho con «las vistas ante la propia conciencia», fuente única e inmediata del conocimiento científico.

En estas circunstancias, vano hubiera sido mi empeño, y cambiando de plan, encarpeté mi traducción y tomé el único camino que me parecía posible: desenmascarar el krausismo.

---

<sup>1</sup> Para una discusión sobre la significación del darwinismo como «revolución científica» puede consultarse José Sala Catalá (1987): *Ideología y Ciencia Biológica en la Restauración*. Cuadernos Galileo de Historia de las Ciencias. C.S.I.C. Madrid.

<sup>2</sup> Sobre la introducción del positivismo en España D. NÚÑEZ (1975), *La mentalidad positiva en España: Desarrollo y crisis*. Túcar, Madrid.

Inicié entonces una campaña en que, secundado y superado brillantemente por inteligencias como las de Revilla, Montoro, Pompeyo Gener, Simarro, Estasén y otros, dio por resultado que reveláramos lo entero de tal sistema filosófico, y que poco a poco ha ido desmoronándose y desapareciendo<sup>3</sup>.

La mencionada campaña se inició en 1875 y tuvo tres manifestaciones principales: la fundación de la Revista Contemporánea, el libro «Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania» y las polémicas intelectuales del Ateneo Científico y Literario de Madrid.

En su conjunto se trata del punto de partida para la recepción social del positivismo en el país. Esto supondrá la apertura a nuevas versiones del evolucionismo así como a teorías biológicas de más reciente aparición en Francia, Inglaterra y Alemania.

La aparición pública del grupo positivista tuvo lugar en el Ateneo de Madrid con motivo del comienzo de sus cursos de 1875-1876. La sección de Ciencias Naturales propuso como tema de debate «... si la vida orgánica es una transformación de la energía universal»<sup>4</sup>. Perojo, Luis Simarro, Manuel de la Revilla, Carlos María Cortezo, Pompeyo Gener, Pedro Estasén y algún otro intervinieron reivindicando lo que Revilla en sus «crónicas» llamó *filosofía crítica*; Moreno Nieto y Urbano González Serrano defenderán posiciones filokrausistas»<sup>5</sup>.

Revilla unifica con el término «filosofía crítica» componentes del «positivismo naturalista», de la filosofía de Spencer y del neokantismo alemán. Desde mi punto de vista, lo que resulta aceptable de común acuerdo para ellos es la actitud clave de la epistemología kantiana de diferenciar claramente el *uso público* y el *uso privado* de la razón. La filosofía crítica sería aquella que se orienta a restaurar o renovar esa distinción, tomando sus categorías fundamentales de los logros y novedades de la investigación científica reciente. De ahí la importantísima obra divulgadora del grupo; sólo sobre la base del conocimiento actualizado de la ciencia, tal como ésta se practica en ese momento, se podrá disponer de categorías epistemológicas fiables que nos ayuden a establecer un criterio seguro de verdad. No se trata de condicionar la investigación científica a una armonía necesaria con otras actividades intelectuales como la Metafísica o la Teología sino de aceptarla tal cual es y se da sin desdeñar por tanto su componente polémico que forma parte esencial de toda ciencia activa.

---

<sup>3</sup> *Obras de Kant. Crítica de la Razón Pura*. Trad. José del Perojo. Colección de Filósofos Modernos. Gaspar editores, Madrid, pp. 9-10.

<sup>4</sup> M. DE LA REVILLA (1875), «Revista Crítica», *Revista Contemporánea*, 1, p. 125.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 246.

En el fondo de la cuestión está la noción misma de libertad que debe informar las creaciones culturales del liberalismo español. Mientras que para los krausistas «la libertad de la ciencia» alumbraría una armonía cada vez mayor entre los diversos resultados de la investigación y de la vida, los positivistas críticos no se preocupan de esa armonía; para ellos la libertad de la ciencia supone la aceptación de la responsabilidad de la investigación para determinar aquello que es cierto frente a lo que solamente puede ser creíble.

Esa autoconciencia filosófica del grupo, descrita por Manuel de la Revilla, es obra de José del Perojo, discípulo del neokantiano alemán Kuno Fischer. Sin embargo, ya sea por exigencia del ambiente cultural o por sus propias convicciones, Perojo transmite una concepción de la evolución biológica y de la ciencia desde los *problemas antropológicos*. La cuestión de si se trata del pensamiento de Perojo no es difícil de precisar pues, a semejanza de los krausistas, se presenta como comentador o expositor de las teorías de otros. En el importante libro *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania* elige como autoridad en Ciencias Biológicas a uno de los primeros antropólogos evolucionistas alemanes: Georg Gerland; citando de su obra *Antropologische Beitrage* (Berlín, 1875) <sup>6</sup>:

Mi trabajo —dice Gerland— completamente establecido en el campo de la teoría de la evolución, está rigurosamente penetrado de un naturalismo atómico-mecánico. Soy también de los que piensan que la vida del alma, aún sus más elevadas manifestaciones, se funda en ciertos procesos, que lo mismo que todo en el Mundo, pueden ser considerados matemáticamente. También se verá predominar la idea de que las opiniones atómico-mecánicas, lejos de ser contrarias al sentimiento ideal, religioso y estético de la vida, conducen más bien a estas conclusiones, con las cuales únicamente se complementan, perfeccionan y toman fuerza viva; mientras que al contrario, nada significa esta última concepción de la vida sin el auxilio de la primera <sup>7</sup>.

A continuación Perojo dice de Gerland:

Con motivo de la cuestión de la presencia y aparición del hombre en la tierra, por ejemplo, declara terminantemente que no puede ser resuelta sino por el *proceso mecánico-natural* basado consecuentemente en la evolución animal <sup>8</sup>.

Son opiniones, no sólo de Perojo, sino del resto del grupo que participó en los debates del Ateneo y sobre todo de los *médicos*

<sup>6</sup> Los comentarios sobre el evolucionismo los incluye bajo el significativo epígrafe: «La Antropología y el Naturalismo». En JOSÉ DEL PEROJO (1875), *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania*. Madrid.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 113-114.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 114.

Luis Simarro y Carlos María Cortezo, muy importantes en los futuros procesos de institucionalización de nuevas disciplinas biológicas.

En realidad Perojo representaría la modernización filosófica y la publicidad de una serie de tendencias más antiguas de renovación científica que conviene indicar rápidamente.

La reivindicación de una Psicología científica entre los médicos españoles de la década del 70 tiene su pionero en Pedro Mata y Fontanet (1811-1877). Introdutor de los estudios de Medicina Legal, y discípulo del fundador de la Toxicología, Mateo Orfila. Fue un médico de acusada personalidad, enemigo del vitalismo y del hipocratismo médico. Se preocupó desde la temprana fecha de 1843 por establecer una teoría científica del funcionamiento psíquico del hombre. Su obra maestra constantemente reeditada durante el siglo fue el *Tratado de Medicina y Cirugía Legal, teórica y práctica, seguida de un compendio de Toxicología*. Precisamente fue entre 1874 y 1875 cuando se publicó la quinta edición en cuyo prólogo Mata comenta de sí mismo:

A fuer de filósofo, se me verá siempre defensor del método experimental guiado por el raciocinio; como fisiólogo enemigo irreconciliable de entidades ficticias, de abstracciones tomadas como entidades, de hipótesis gratuitas, de fuerzas vitales que no existen, diferentes en esencia, de las que presiden a todos los fenómenos del mundo. He aquí la innovación más radical de las dos obras cuya quinta edición doy al público. Mis lectores hallarán en ellas las doctrinas filosóficas y fisiológicas que he consignado en mis últimos escritos<sup>9</sup>.

Como indica Carreras Artáu, su motivación central fue «combatir la opinión de médicos psicólogos y juristas españoles, según la cual, para determinar si un sujeto está o no loco, no se necesita tener más que sentido común, no siendo necesario ser médico, ni haber estudiado nunca, ni en los manicomios, ni en los libros, la ciencia frenopática. Contrariamente, sostiene la necesidad, en los asuntos civiles y criminales, de la intervención de los peritos médico-psicólogos»<sup>10</sup>.

Su punto de partida no puede ser otro más que una teoría de la responsabilidad o de *la libertad moral*:

Para exigir la responsabilidad a un hombre por los actos que ejecuta, como ejecutados en estado de razón, es indispensable que tenga actividad libre, que sea un poder, que sea una potencia, una fuerza, de lo contrario

---

<sup>9</sup> Pedro MATA Y FONTANET (1874-1875), *Tratado de Medicina y Cirugía legal, teórica y práctica, seguida de un compendio de Toxicología*, 5.ª edición. Prólogo. Tomado de T. CARRERAS ARTÁU (1952): *Estudios sobre médicos-filósofos españoles del siglo XIX*. Barcelona, p. 66.

<sup>10</sup> T. CARRERAS ARTÁU (1952), op. cit., p. 67.

la responsabilidad sería injusta. Toda responsabilidad implica libertad, espontaneidad de acción: la conciencia universal se subleva contra toda imposición de pena por un acto involuntario, ejecutado sin libertad <sup>11</sup>.

Ahora bien, Mata no cree en la posibilidad de una Psicología separada de la Fisiología, por el contrario, sólo es concebible aquella dentro de ésta, de modo que «el cerebro es el órgano del alma» y que «toda función del alma es Fisiología pura, y que, por lo tanto, la Psicología, es y no puede dejar de ser Fisiología». Con estas consideraciones, se ve obligado a definir la Razón como «el estado en que el Hombre tiene el poder de dirigir, por medio de la reflexión y sus auxiliares, la realización de los impulsos internos con arreglo a las leyes de la organización» <sup>12</sup>.

Sólo le restará a Mata crear toda una *teoría de las facultades del hombre*, inspirándose en Luys, Broussais, Gall y Spurzheim, que permita diagnosticar la racionalidad patológica. Su pretensión de fisiólogo experimental se traducirá en una descripción de la vida mental que abarca desde el feto hasta el hombre maduro, en este sentido fue un pionero al intentar describir la actividad mental como un proceso biológico; los médicos que apoyan a Perojo como Luis Simarro y Carlos María Cortezo, gracias a la obra de Mata, les será muy familiar los enfoques psicofísicos que Gerland toma de W. Wundt, incluso no les será extraño la reivindicación evolucionista de estudios embriológicos y ontogénicos <sup>13</sup>.

Mata desempeñó fuertes polémicas en la lánguida vida científica nacional de mediados de siglo. Tempranamente exiliado del país por liberal, fue París el lugar inspirador de sus actividades intelectuales. Vuelto a España en 1843, comenzó la cruzada solitaria contra el vitalismo científico, llegando a culminar en su ataque al hipocratismo médico en 1859, teoría oficial de la Real Academia de Medicina por esa fecha. La revolución de 1868 le permitió escalar altas responsabilidades políticas como la de gobernador civil de Madrid. Precisamente por esa fecha, «El Pabellón Médico» de Madrid publicó un «Programa» de autor anónimo indicativo seguramente para un «curso libre» en la Facultad de Medicina. Vale la pena transcribirlo enteramente, ya que aparte de la polémica que suscitó con médicos significativos como José de Letamendi, es muy representativo de la ideología científica de Mata:

Filosofía positiva — Método analítico — La ley causal es la unidad, la fenomenal el infinito — La materia es activa y sigue las mismas leyes en

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 72-73.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 75.

el mundo orgánico que en el inorgánico — La vida es un efecto complejo debido al concurso de varias causas todas naturales — La salud es un estado del ser viviente debido a la relación armónica entre la organización y los agentes que la rodean — La enfermedad es un estado del ser viviente debido siempre a alteraciones materiales de los sólidos, líquidos o gases — Los agentes naturales son grandes modificadores de los estados de salud y enfermedad — Todo medio terapéutico obra modificando la parte material de la organización — Libre ejercicio de la Medicina, Cirugía y Farmacia por los médicos, cirujanos y farmacéuticos, con sujeción a los códigos generales del Estado — Libertad de Enseñanza <sup>14</sup>.

El último tema, «libertad de enseñanza», será la común reivindicación de las élites intelectuales emergentes después de la revolución de septiembre, descontentas con las enseñanzas oficiales. A la petición de Pedro Mata se une la de otro importante pionero de la renovación científica nacional, Pedro González de Velasco, cirujano de fama y que, a pesar de no realizar aportaciones originales ejerció un mecenazgo crucial para la articulación en 1875 del grupo positivista del Ateneo.

Velasco publicó en 1865, 1869 y 1873 unas *Observaciones que se propuso someter al Congreso Médico Español*, en las que según Elvira Arquíola «criticaba el bajo nivel de la medicina en España, criticaba al profesorado, sus métodos docentes, los textos empleados, las instalaciones de la Facultad de Medicina, la falta de museos anatómicos y anatomopatológicos, la falta de departamentos microscópicos...». En el primer número de la revista *El Anfiteatro Anatómico Español* que él mismo funda y dirige, llega a confesar que «nuestras aspiraciones se realizarán con la mejora de la enseñanza médica y del profesorado en general, y con la fundación de la Escuela Médico-Quirúrgica Española, que es el punto más culminante y el desideratum de nuestros propósitos» <sup>15</sup>.

Pionero de la Antropología Física, fundó en 1865 la Sociedad Antropológica Española inspirándose en el antecedente de la Société d'Anthropologie de París que creó Paul Broca y que había visitado. No obstante la vida científica de la sociedad no se activó hasta 1874; las causas nos las explica uno de los socios, el Dr. Jugo:

No ha podido hacer más porque sus reuniones han sido periódicas, obedeciendo en esto a la fatalidad de las épocas que España ha atravesado desde 1665, en cada una de las etapas en que la libertad ha presentado batalla al régimen del terror en política y del oscurantismo para la ciencia. En los largos y casi constantes períodos de la ley marcial, en que el sable sustituía a la balanza de la justicia, nuestra sociedad ha tenido

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 223-224.

<sup>15</sup> Recogido en E. ARQUIOLA (1981), «Anatomía y Antropología física en el positivismo español», *Asclepio*, 33, pp. 3-22.

que enmudecer. ¡Harto ha conseguido con no ser disuelta como otras corporaciones científicas!<sup>16</sup>.

En 1873 funda la revista *El Anfiteatro Anatómico Español* abierta a temas médicos y quirúrgicos así como al naciente asociacionismo científico; pero la obra más importante de su vida fue la fundación del Museo Antropológico que precisamente se inauguró en 1875. Ocupando un espléndido edificio, el Museo disponía de Gabinete de Estudios Microscópicos. Inaugurado el 29 de abril en presencia del rey Alfonso XII, González de Velasco pronunció un encendido discurso muy revelador de sus intereses científicos:

Resumo en una sola palabra la innovación, planteamiento, estructura y tecnicismo que pienso introducir en mi museo para reformar la enseñanza de la ciencia a que toda mi vida he estado consagrado: *la experimentación*. El anfiteatro, los laboratorios y las demostraciones objetivas constituirán, de preferencia a las explicaciones orales, el distintivo especial de esta escuela. No solamente se estudiará el organismo muerto con la ayuda de la disección, el microscopio y el análisis histoquímico, sino también en su más alto grado de verdad, en sus funciones y actividad con el establecimiento de una fisiología experimental, que arranque desde la composición y cambios moleculares de los líquidos y de los elementos anatómicos en estado normal, hasta los que unos y otros, experimentan en las distintas enfermedades del organismo<sup>17</sup>.

Para realizar este proyecto, instaló en el Museo un «curso libre» de estudios bajo el título de *Escuela Práctica de Medicina y Cirugía* y eligió los mejores profesores: Luis Simarro para Higiene pública y privada; Cortezo, «Clínica Médica»; Federico Rubio, «Monografías quirúrgicas»; Rafael Ariza, «Anatomía microscópica normal y patológica», y el propio Velasco, «Anatomía descriptiva y quirúrgica» además de otros profesores<sup>18</sup>.

Federico Rubio y Rafael Ariza son dos médicos que van a tener un papel muy importante en la modernización de las técnicas quirúrgicas y de las teorías histológicas. Rubio fue el principal animador de la «Escuela Libre de Medicina y Cirugía» de Sevilla que organizó en esa ciudad tras la revolución de 1868. López Piñero apunta que fue el primer centro en España que contó con una cátedra de Histología, precisamente era Rafael Ariza su titular. Este había lle-

<sup>16</sup> F. DELGADO JUGO (1869): «Discurso leído en la inauguración de las sesiones de la Sociedad Antropológica Española». Fortanet, Madrid, p. 21. Citado de M. A. PUIG-SAMPER y A. GALERA (1983), *La Antropología española del siglo XIX*. C.S.I.C. Madrid, p. 38.

<sup>17</sup> Recogido del artículo «Pedro González de Velasco», en J. M. LÓPEZ PIÑERO y col. (1983), *Diccionario Histórico de la Ciencia Moderna en España*, I, Península, Barcelona, p. 418.

<sup>18</sup> *El Anfiteatro Anatómico Español*, 3, 1875, p. 443.

gado a trabajar en el laboratorio de Virchow en Berlín y fue el principal defensor en España de su teoría celular frente a las ideas de la escuela histológica francesa defensora de la vitalidad de los blastemas tisulares indiferenciados. No obstante, Rubio fue iniciado en Histología por un discípulo de Robin en París, el venezolano Eloy Carlos Ordóñez. Desde entonces, a su vuelta a Madrid en 1870 mostraría un gran interés por la Histología patológica y por la experimentación; las iniciativas de González de Velasco permitirían iniciar sus proyectos<sup>19</sup>.

Un hito más fue la fundación en 1874, en Madrid, de la Sociedad Histológica Española, en la que tanto como Rubio y Ariza fueron socios fundadores<sup>20</sup>. Ahora bien, el principal animador de esta iniciativa fue Aureliano Maestre de San Juan, reciente primer catedrático de Histología Normal y Patológica y también como Rubio discípulo de Eloy Carlos Ordóñez, aunque para esa fecha más afín a los postulados de Virchow<sup>21</sup>. El secretario de la sociedad es precisamente José Ustáriz, otro de los defensores ateneístas de la filosofía crítica. Maestre trabajó desde su curso de doctorado en incorporar a la enseñanza y la práctica de la Medicina, la Histología Normal<sup>22</sup>.

También en 1874 inician su importantísima actividad editorial en temas científicos *los españoles cubanos*: Tristán de Jesús Medina y José del Perojo. El primero funda ese año la que será, para mi gusto, la mejor revista de divulgación científica hasta 1880 *La Revista Europea*. La revista no sólo traerá noticias de teorías científicas, sino además insertará boletines informativos detallados de las sesiones de las distintas sociedades científicas existentes en Madrid. En realidad, es la primera que se plantea en serio la actualización de la ciencia en España y por tanto, junto con la *Revista Contemporánea*, será la que participe con mayor peso en la introducción de las modernas teorías.

Durante el bienio 74-75, la *Europea* presentará artículos de Epistemología de las Ciencias Biológicas firmados por H. Spencer, Du Bois-Reymond, Claude Bernard y Ribot<sup>23</sup>. Todos ellos con el común

<sup>19</sup> J. M. LÓPEZ PIÑERO y col. (1983), op. cit., II, pp. 269-272.

<sup>20</sup> Véase la noticia en *El Siglo Médico*, 21, p. 129, 1874.

<sup>21</sup> J. M. LÓPEZ PIÑERO y col. (1983), op. cit., II, pp. 11-13.

<sup>22</sup> Sobre el plan de la asignatura y la trayectoria biográfica de Maestre puede consultarse el interesante artículo del propio MAESTRE DE SAN JUAN (1875): «Del método seguido en la Facultad de Medicina de Madrid en la enseñanza de la Histología», *Revista de la Universidad de Madrid*, 5, pp. 29-42.

<sup>23</sup> Todos los artículos se encuentran en la *Revista Europea*; H. SPENCER (1875), «El dominio de la Biología», 3, p. 242; DU BOIS-REYMOND (1874), «Los límites de la filosofía natural», 3, p. 16; CL. BERNARD (1875), «Definición de la vida», 4, pp. 621-633; RIBOT (1874), «El movimiento filosófico. El principio vital según M. Bouillier», 1, pp. 234-238.



objeto de delimitar los estudios de las Ciencias Biológicas frente a *teorías vitalistas, metafísicas o teológicas* así como reivindicar la experimentación biológica como única fuente segura para conocer lo viviente. Artículos de Louis Pasteur y Claude Bernard sobre las características fundamentales de ser viviente. Pasteur escribirá *Teoría de la Fermentación* presentando sus recientes experimentos sobre la vida sin oxígeno libre<sup>24</sup>. El tercer bloque se referirá a discusiones sobre *experimentos fisiológicos*: Bernard presentará sus experimentos con tóxicos y anestésicos reivindicando el estudio fisiológico del cerebro como un órgano más y eliminando las hipótesis metafísicas sobre el mismo. Corenwinder y el botánico Hooker presentarán una serie de mecanismos fisiológicos comunes de animales y vegetales como son *la respiración de las plantas y la digestión en las plantas carnívoras*. El primero se inspira en los cursos que Claude Bernard imparte en París sobre estos mecanismos que resaltan la unidad fisiológica de estos dos reinos de la Naturaleza. También interesarán artículos de J. Dewar sobre *la acción fisiológica de la luz* y de J. Huxley sobre *el automatismo animal*<sup>25</sup>.

Otra área de máximo interés para la revista será la referente *al evolucionismo*; durante 1874 y 1875 presentarán originales Louis Agassiz, Herbert Spencer, D'Omallius d'Hallo y Bain. Este último expondrá por primera vez *Las ideas de Darwin sobre la expresión de las emociones* explicando la adaptación al medio de pautas de conducta así como el núcleo teórico del darwinismo. Spencer presentará el evolucionismo desde *los problemas biogeográficos*, criticando la noción de *centros especiales de creación de especies*. D'Omallius presentará la polémica sobre la supuesta significación primordial del «Eozoón», indicando que se trata de «una concreción o condensación mineral» sin ningún significado biológico, además defenderá la idea de *plan de la Creación* limitando pues las posibilidades creativas que el evolucionismo confiere a la *adaptación orgánica*. Pero el artículo más importante fue el de Agassiz, famoso contradictor de Darwin y Haeckel. En un artículo muy pormenorizado rebate los principios morfológicos del evolucionismo desde muchos puntos de vista; desde la Taxonomía, defendiendo la idea de Cuvier de «planes de estructura», desde la Paleontología, por la falta de fósiles intermedios; desde la Ecología, negando papel creador a la domesticidad y a la cría dirigida de animales. Realiza no obstante la pri-

<sup>24</sup> En la misma revista: CL. BERNARD (1874), «Las funciones del cerebro», 1, pp. 19-26; L. PASTEUR (1875), «La teoría de la fermentación», 4, pp. 156-157.

<sup>25</sup> CL. BERNARD (1874), op. cit., pp. 19-26; CORENWINDER (1874), «La verdadera respiración de los vegetales», 2, pp. 220-227; HOOKER (1875), «Las plantas carnívoras», 3, pp. 535-547; J. DEWAR (1875), «La acción fisiológica de la luz», 6, 497-502; J. HUXLEY (1875), «¿Son autómatas los animales?», 3, pp. 54-61.

mera exposición de la *teoría de la pangénesis* así como la de los brillantes experimentos de Kowalevsky que usando la metodología diseñada por Haeckel demostró la homologación de las Ascidas con los Vertebrados, conclusión famosa que obligó al anciano embriólogo Von Baer desde San Petesburgo a pronunciarse en contra del evolucionismo <sup>26</sup>.

Pero con mucho los temas por los que tanto la *Revista Europea* como la *Revista Contemporánea*, muestran mayor interés son los de *indole antropológica* <sup>27</sup>. Para empezar, la renovación evolucionista de la *lingüística comparada* es abordada directamente por Paul Broca y Girard de Rialle exponiendo las claves de la nueva disciplina para la comprensión de la *evolución humana*; el propio Quatrefages aborda el tema de las *Razas fósiles humanas*. El alemán Schaaffhausen analiza la plausibilidad de una *Etnología prehistórica* evolucionista con el interés de presentar las ideas de Virchow que refutan la significación atribuida al cráneo de Neanderthal recién descubierto; el autor argumenta a favor de un lamarkismo que no incluya al Hombre <sup>28</sup>.

Perojo pues, a la altura de 1875, presenta un conjunto temático que reúne muchas inquietudes intelectuales de grupos españoles que vienen trabajando desde hace tiempo por la renovación científica de la nación. El ideal de una Antropología científica fundada en una Psicología Experimental de fuerte inspiración fisiológica y en una teoría de la evolución humana coherentemente fundada en esos supuestos va a ser la aspiración teórica común de los positivistas madrileños opuestos al krausismo. Este es el interés que subyace a la presentación de las teorías del antropólogo alemán Gerland y la curiosa fortuna que en España va a tener *la teoría nutricional de la evolución*:

Pero es sabido que no hay organismo que pueda reproducirse y propagarse si carece de «nutrición»; sin ésta no hay vida posible, ni desarrollo,

<sup>26</sup> BAIN (1874), «Las ideas de Darwin sobre la expresión de las emociones», 3, pp. 568-578; H. SPENCER (1875), «La creación y la evolución», 4, pp. 64-73; D'OMALIUS D'HALLOY (1874), «El transformismo», 1, pp. 181-184; L. AGASSIZ (1874), «El tipo específico y su evolución», 1, pp. 301-309.

<sup>27</sup> En la misma *Revista Europea*; P. BROCA (1874), «La distribución geográfica de la lengua básica», 2, pp. 421-423; GIRARD DE RIALLE (1875), «El transformismo en lingüística», 4, pp. 423-429; QUATREFAGES (1875), «Razas humanas fósiles», 3, p. 486; SCHAAFFHAUSEN (1874), «La Antropología y la Etnología Prehistóricas», 1, pp. 436-439.

<sup>28</sup> *Revista Contemporánea* (1875), «Origen y desarrollo del Hombre», 3, páginas 403 ss.; JOSÉ DEL PEROJO (1875), «Haeckel juzgado por un canónico por Hartmann», *Revista Contemporánea*, 1, p. 358; H. SPENCER (1875), «Psicología Comparada del hombre», 1, p. 500.

ni progreso... Aquí se encuentra la acción principal modificadora, y en la nutrición, por lo tanto debe verse la palanca motriz de la Evolución. En efecto, los organismos primitivos hallaban en el elemento en que vivían las materias que necesitaban, la variedad de éstas las modificaban, la necesidad imperiosa de acudir a su subsistencia por una ley, el Hambre, de que no podían prescindir, la mayor o menor abundancia de alimentos que producía la competencia, y con ésta la lucha por la vida, la inestabilidad de esas primeras formas, todo en resumen, se halla enclavado en ese primer motor, y tal vez también primera propiedad de lo orgánico, la Nutrición<sup>29</sup>.

A continuación Gerland diferencia entre *evolución extensiva e intensiva*. La primera se refiere al cambio de la especie en el espacio y sería explicable por el mecanismo nutricional propuesto; la intensiva, referida a la velocidad de cambio en un mismo punto geográfico sería para este autor difícilmente explicable y quedaría, según el propio Perojo, como una cuestión abierta. Esta sería la comprensión más sofisticada de la evolución biológica que dispondrían los intelectuales españoles en 1875.

Ahora bien, ¿qué se ocultaba tras la búsqueda de una explicación de la intensidad de la evolución?

La intensidad de evolución de una especie dependería de su capacidad de acción frente a las modificaciones circunstanciales del medio externo e interno del organismo. Se precisará de una teoría evolutiva del sistema nervioso puesto que es éste según Cl. Bernard el principal regulador de las relaciones entre los dos medios del constitutivo del organismo. Simarro efectúa en años posteriores a 1875 un amplio repaso de las diferentes teorías sobre el funcionamiento del sistema nervioso; pero conviene retener un pequeño acontecimiento: en 1876 Mitjavila y Ribas traduce el *Curso de Fisiología* de Mathías Marie Duval. El libro será reeditado en 1884 esta vez traducido por Antonio Espina y Capo, ya conocido por ser el introductor más notable de Claude Bernard en nuestro país<sup>30</sup>. También hay que tener en cuenta que el trabajo de Duval está inspirado en el darwinismo, sobre todo en los postulados morfológicos de Haeckel; además su interés dominante es antropológico. Será en 1880 sucesor de Broca en la cátedra de Antropología Anatómica de la Escuela de Altos Estudios, profesor de Histología de la Facultad de Medicina y presidente en 1889 de la Sociedad de Antropología<sup>31</sup>.

---

<sup>29</sup> José del PEROJO (1875), *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania*. Madrid, p. 127.

<sup>30</sup> M. M. DUVAL (1876), *Curso de Fisiología*, trad. J. Mitjavila y Ribas. Madrid (1884), trad. Antonio Espina y Capo.

<sup>31</sup> Artículo «M. M. Duval», en *Dictionary of Scientific Biography*. Ed. Ch. C. Gillispie, 4, pp. 266-267. Charles Scribner's Sons N. York, 1971.

Pues bien, en su curso de Fisiología, anota Duval las siguientes ideas:

La Fisiología es el estudio de los fenómenos que presentan los seres vivientes; por tanto donde el análisis de estos fenómenos se efectúa mejor, donde se les ve reducidos a reacciones físico-químicas. Se puede decir con Blainville, que la fisiología es el arte de reunir los fenómenos vitales en leyes generales de la materia. Estos fenómenos deben ser estudiados en los elementos anatómicos, donde la célula es la forma más simple y el punto de partida. Los elementos anatómicos viven una vida independiente y es la reunión armónica, el concurso de todas estas vidas individuales que constituye la vida del organismo entero. La clasificación general de las células en propiedades bien caracterizadas nos da la imagen más general sobre las funciones del organismo y nos permite establecer el orden en el cual deben ser estudiadas estas funciones<sup>32</sup>.

Para articular el ideal de los positivistas madrileños entre los que se encontraba Simarro, sólo faltaba la asimilación de la ley biogenética de Haeckel aplicada al sistema nervioso. Sólo entonces se dispondría de un programa teórico que desde la experimentación psicofisiológica fuera capaz de inducir tendencias evolutivas que integraran la psique humana en leyes científicas generales de la más alta importancia social.

El martes 15 de noviembre de 1880 Simarro, recién llegado a París, acude al curso que da Duval en el Museo Dupuytren. Se titula nada menos que «La Embriogenia del Cerebro»<sup>33</sup>. En él Duval justifica la descendencia simia del Hombre en base a varios ejemplos de estructuras análogas. Nos cuenta Simarro en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza:

Este interesante descubrimiento no muestra en verdad, más que un caso particular de la ley general de la embriogenia, por cuya virtud el desarrollo embrionario de cada sistema de órganos ofrece en sus fases sucesivas una exacta correspondencia con las formas definidas de los animales adultos de las especies inferiores a la del embrión; y el profesor expuso como ejemplo el desarrollo del eje nervioso encéfalo-raquídeo en el embrión humano, comparado en ciertos momentos de su evolución con el eje nervioso del anfioxus, los peces, marsupiales, carnívoros, lemurídeos y monos sucesivamente<sup>34</sup>.

Así pues, parece claro que Simarro aprende de Duval la significación fisiológica del estudio histológico del sistema nervioso así como la importancia de la ontogenia para inducir leyes de evolución. Los cursos de Ranvier perfeccionarán su formación histológica<sup>35</sup>.

<sup>32</sup> M. M. DUVAL (1876), *op. cit.*, p. 19.

<sup>33</sup> L. SIMARRO (1880), «La Enseñanza Superior en París», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 4, pp. 173-174.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 174.

<sup>35</sup> L. SIMARRO (1980), «El laboratorio histológico de Mr. Ranvier», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 4, pp. 173-174.

Ya para 1885 aparece la obra de Camilo Golgi en la que expone su método de tinción <sup>36</sup>. Simarro incorpora el método al laboratorio de su domicilio particular sito en la calle Arco de Santa María, 41 en Madrid. Sólo falta ya la visita de Cajal en 1887 para que quede establecido el peculiar *juego investigador* de la Escuela Histológica Española:

- 1.º Idear un método de tinción que descubra la estructura histológica que se desea investigar y permita una descripción normal de la misma.
- 2.º Elucidar la significación funcional de la estructura hallada recurriendo a su examen en diferentes situaciones como pueden ser la enfermedad o la lesión anatómica.
- 3.º Examinar la ontogenia de la estructura en la serie de los Vertebrados para así deducir una adecuada significación filogenética de sus distintos componentes.
- 4.º Hipotetizar, teniendo en cuenta los pasos 2.º y 3.º, las tendencias adaptativas que ha favorecido la selección natural y descubrir así una *ley de evolución morfológica*.
- 5.º Si se da el caso, considerar en base a dicha ley recomendaciones referentes al hombre, sobre todo en materia de diagnóstico clínico de enfermedades mentales, disciplina educativa e incluso legislación sanitaria.

Las iniciales investigaciones de Cajal sobre la morfología neuronal en retina, cerebelo y médula no se pueden entender plenamente sin ley de polarización dinámica que le permite, aplicando la ley biogenética de Haeckel, deducir las leyes de evolución de la neurona de los Vertebrados.

Otro discípulo de Simarro, Nicolás Achúcarro, incorporado al Laboratorio de Investigaciones Biológicas de la Universidad de Madrid aplicará la misma metódica a la neuroglía.

A partir de 1912 Cajal procede del mismo modo en su estudio general sobre el aparato de Golgi. Desde 1920 del Río Hortega lo aplica a la micrología; incluso desde 1921 Fernando de Castro ensaya así sus investigaciones sobre los ganglios sensitivos <sup>37</sup>.

<sup>36</sup> C. GOLGI (1885), *Sulla fina anatomia degli organici nerviosi*, Pavía.

<sup>37</sup> Sobre la trayectoria investigadora de Santiago Ramón y Cajal es muy útil consultar J. F. TELLO (1935), «Santiago Ramón y Cajal (1852-1934): Sa formation et son oeuvre», *Travaux du laboratoire de Recherches Biologiques de l'Université de Madrid*, 30, pp. 94-204. Desde el punto de vista expuesto, los trabajos más significativos de N. Achúcarro están en *Trabajos del Laboratorio de Investigaciones Biológicas de la Universidad de Madrid* (1913): «Notas sobre estructura y funciones de la neurología y en particular de la neurología de la corteza cerebral

Triunfó pues el proyecto anatómico y morfológico articulado por los positivistas madrileños y fracasó el estrictamente fisiológico; las causas del fracaso quedan todavía por investigar, de hecho sabemos que Luis Simarro siguió dedicando esfuerzos en este sentido a partir de 1885. Muy probablemente el archivo que hoy inauguramos gracias a los esfuerzos de la Fundación Simarro y de un grupo de profesores de esta Facultad contribuirá a despejar esa duda.

---

humana», 11, pp. 187-213; (1914): «Contribución al estudio de la neurología en la demencia senil y su participación en la alteración celular de Alzheimer», 12, pp. 67-84; (1915): «De l'évolution de la neurologie et spécialement de ses relations avec l'appareil vasculaire», 13, pp. 169-212; también P. DEL RÍO HORTEGA (1920): «La microglía y su transformación en células en bastoncito y cuerpos gránulo-adiposos», *Tra. Lab. Inv. Biol.*, 18, pp. 37-81; F. de CASTRO (1921): «Estudios sobre los ganglios sensitivos del hombre en estado normal y patológico. Formas celulares típicas y atípicas», *Trab. Lab. Inv. Biol.*, 19, pp. 241-230.

## *El Dr. Simarro y la escuela histológica española*

Agustín ALBARRACÍN  
*Centro de Estudios Históricos*  
*C.S.I.C.*

Es bien conocida la relación de Simarro con la escuela histológica española, a un tiempo posibilitadora e iniciadora de la fecunda tarea que luego llevarán a cabo sus protagonistas. Pero generalmente tal relación, presentada casi siempre como azarosa, se expone de forma anecdótica, aprehendiendo tan sólo lo puramente fenoménico para preterir, por tanto, aquello que realmente constituye la esencia del hecho. Porque la relación Simarro-Cajal no puede ser entendida en su integridad sin el conocimiento de la inquietud científica de sus actores y de la circunstancia en que se dio.

I. En primer término, Santiago Ramón y Cajal. El año 1883 —acaba de cumplirse el centenario— obtiene Cajal la cátedra de Anatomía descriptiva y general en la Facultad de Medicina de la Universidad de Valencia. Instalado en ella, y al margen de su dedicación al cultivo de la anatomía microscópica general, un afán romántico e idealista, fruto tanto de una aptitud innata como de su autoformación filosófica en el idealismo germano, le conduce pronto a investigar la esencia y el mecanismo del pensamiento humano<sup>1</sup>. Pero Ramón y Cajal es hijo de su tiempo y no puede substraerse a toda la problemática que supone el tránsito de esa mentalidad idealista que le impele a la aventura pesquisitiva, a la mentalidad positiva que unos años antes, en torno a 1875, se ha iniciado en España.

---

<sup>1</sup> Cf. mi comunicación al IIIe Colloque Franco-Espagnol d'Histoire et d'Anthropologie de la Médecine, «Santiago Ramón y Cajal y la mente humana», París, 1983 (en prensa).

Aunque Diego Núñez nos lo contará en detalle<sup>2</sup>, no puedo dejar de aludir ahora a la dificultad de este tránsito, pleno de polémicas y actitudes hostiles. Frente a las nuevas teorías naturalistas —evolucionismo, psicología y antropología científicas— el krausismo, el eclecticismo conservador y el catolicismo filosófico presentan combate, arguyendo la condición materialista del positivismo, la armonía de relaciones entre la razón y la fe, los problemas de la posibilidad de la metafísica y la cuestión del determinismo antropológico, a propósito, sobre todo, de las nuevas corrientes de las ciencias humanas. ¿Cómo se saldrá de este enfrentamiento? La aportación del krausismo positivo va a ser decisiva para el paso de la filosofía idealista a la positiva, al ofrecer una fórmula conciliadora entre la razón y la experiencia. Es preciso, se dice, conciliar la ciencia positiva con la especulación filosófica, elevándose desde el escueto dato empírico a la formulación sintética sobre la realidad. Pero ello, bien entendido, desde los resultados de la experiencia científica, apoyados en sólidos fundamentos también científicos. Los krausistas españoles —Giner de los Ríos, Mariano Asés, Urbano González Serrano, José de Caso— apelan a la moderna psicología experimental como fundamento científico de referencia —Giner de los Ríos, por ejemplo, será uno de los primeros expositores de Wundt en España—. Por fin, se plantea una problemática monista, central en la constitución de una «concepción unitaria del mundo» a partir de aportaciones de la psicología científica: se trata de un monismo *positivo y científico, crítico*, en tanto que, dada su filiación gnoseológica kantiana, interpretada a la luz del neokantismo de mitad de siglo, no buceará en indagaciones ontológicas sobre la posible esencia de dicha unidad —sea material o espiritual— y sólo se formulará como un principio general relacional que expresa el comportamiento en sus relaciones recíprocas del cuerpo y de la psique.

Ramón y Cajal se incorpora a esta corriente innovadora, intuitivamente casi, creando en Valencia un comité de investigaciones psicológicas. Pero como tan finamente ha señalado Foucault<sup>3</sup>, en el siglo XIX se ha producido una medicalización de las ciencias de la vida, que introducen en su reflexión el concepto de lo *patológico* frente al de lo *normal* hasta entonces implícito. «...El prestigio de las ciencias de la vida en el siglo XIX —escribe el filósofo francés—, el papel de modelo que éstas han tenido, sobre todo en las ciencias del hombre, no está vinculado primitivamente al carácter compren-

<sup>2</sup> D. NÚÑEZ ha estudiado magistralmente el tema en *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*, Tucur Ediciones, S. A., Madrid, 1975, 278 pp. En cuanto sigue utilizo la exposición del autor.

<sup>3</sup> FOUCAULT, M. (1963), *Naissance de la clinique*, Presses Universitaires de France, París, p. 35.



sivo y transferible de los conceptos biológicos, sino más bien al hecho de que estos conceptos estaban dispuestos en un espacio cuya estructura profunda respondería a la oposición de lo sano y lo morboso. Cuando se hable... de la 'vida psicológica', no se pensará en principio en la estructura interna del *ser organizado*, sino en la *bipolaridad médica de lo normal y lo patológico*. Tal es el camino que han seguido Charcot, Liébeault, Bernheim, Beaunis, cuyas «investigaciones de psicología mórbida» —escribe Cajal— tuvieron inmensa resonancia. «Merced a ellos recibieron al fin carta de naturaleza en la ciencia muchos de los estupendos milagros narrados por Mesmer y exhibidos aparatosamente por los magnetizadores de teatro. Una ciencia nueva, heredera directa de la hechicería medieval, había aparecido»<sup>4</sup>.

Pero la tarea a que se va a sumar Ramón y Cajal no trata sólo de explicar el mesmerismo sino que, más profundamente, toca de lleno el tema religioso, al igual que por entonces ocurre en Francia, como han puesto de manifiesto los estudios de Jacques Leonard<sup>5</sup>. Cajal lo entiende lúcidamente: «Preciso es convenir que, a despecho de tres siglos de ciencia positiva, la afición a lo maravilloso tiene todavía honda raigambre en el espíritu humano. Somos aún demasiado supersticiosos. Muchos años de fe ciega en lo sobrenatural, parecen haber creado en el cerebro algo así como un *ganglio religioso*. Desaparecido casi enteramente en algunas personas, y caído en atrofia en otras, persiste pujante en los más»<sup>6</sup>.

El sabio español inicia su tarea, que no trata por supuesto de abordar el estudio de manifestaciones sobrenaturales sino de aproximarse, por vida de lo patológico, a la contemplación de «sorprendentes y harto descuidadas actividades, o si se quiere anomalías del dinamismo cerebral»<sup>7</sup>. Unido a varios amigos instala en su domicilio un pequeño centro, por el que pronto van a desfilar «especies notabilísimas de histéricos, neurasténicos, maníacos y hasta de acreditados *mediums* espiritistas». Medicalizado así el abordaje de sus experiencias psicológicas, le sigue de inmediato una serie de hipnosis en personas sanas, que le permiten estudiar la catalepsia cética y la analgesia, congestiones y hemorragias por sugestión, alucinaciones positivas y negativas, amnesia total o parcial, evocación de imágenes olvidadas, desdoblamiento de la personalidad, eclipse o inversión de los sentimientos más arraigados y la abolición total, en fin, del libre albedrío, mostrando así que «hasta los actos más repugnan-

<sup>4</sup> RAMÓN Y CAJAL, S. (1923), *Recuerdos de mi vida*, 3.ª ed., Madrid, p. 192.

<sup>5</sup> LÉONARD, J. (1981), *La médecine entre les savoirs et les pouvoirs*, Aubier Montagne, París, pp. 263 y ss.

<sup>6</sup> RAMÓN Y CAJAL, S. (1923), p. 192.

<sup>7</sup> RAMÓN Y CAJAL, S. (1923), p. 193.

tes al carácter o los más contrarios a la moral y a la decencia, eran fatal y necesariamente ejecutados»<sup>8</sup>.

El objetivo fundamental de Ramón y Cajal es la investigación de la esencia y mecanismo del pensamiento humano. Sin embargo, su formación médica le lleva inexorablemente, en un primer momento, a utilizar las posibilidades terapéuticas de sus experiencias, hasta el punto de conseguir «realizar prodigios que envidiaría el más hábil de los taumaturgos»<sup>9</sup>. Logra, en efecto, la transformación radical del estado emocional de los enfermos, la restauración del apetito en histeroepilépticas inapetentes y emaciadísimas, la cesación brusca de ataques de histerismo con pérdida del conocimiento, el olvido radical de acontecimientos dolorosos y atormentadores y la abolición completa de los dolores del parto en mujeres normales. En el Congreso de Ciencias Médicas de Barcelona, celebrado en septiembre de 1888, presentará una comunicación, publicada luego en la *Gaceta Médica Catalana* del 31 de agosto de 1889, bajo el título de «Dolores del parto considerablemente atenuados por la sugestión hipnótica». Escribe allí que «el hipnotismo puede ser de provecho en el parto, suprimiendo o atenuando notablemente sin perturbar los actos mecánicos y vitales que le acompañan (*sic*), bien así como acontece bajo el sueño clorofórmico. Quizás el parto mismo —si— pudiera realizarse durante el sueño, con plena inconsciencia de la enferma, pero nosotros que no conocemos ningún caso de aplicación del hipnotismo al parto, hemos debido ser prudentes y comenzar por la intervención más suave e inofensiva posible»<sup>10</sup>.

La consecuencia de estas actividades era de esperar. La fama de las curas «milagrosas» recaídas en histéricas y neurasténicas, se divulga rápidamente por Valencia, haciendo acudir a la consulta de Cajal «enjambres de desequilibrados y hasta locos de atar». Lo que había comenzado por puro pasatiempo, con afán meramente investigador, está a punto de trocarse en lucrativa profesión: «Ocasión propicia hubiera sido aquella —recordará años después el autor— para crearme pingüe clientela, si mi carácter y mis gustos lo hubieran consentido. Pero, satisfecha mi curiosidad, licencié a mis enfermos, a quienes, naturalmente, no solía pasar la nota de honorarios: harto pagado quedaba con que se prestaran dócilmente a mis experimentos»<sup>11</sup>.

---

<sup>8</sup> RAMÓN Y CAJAL, S. (1923), p. 193.

<sup>9</sup> RAMÓN Y CAJAL, S. (1923), p. 193.

<sup>10</sup> RAMÓN Y CAJAL, S. (1889), *Gaceta Médica Catalana*, XII, 292, pp. 485-486. Curiosamente, Ramón y Cajal da como fecha de publicación la del año 1888: cf. nota a pie de página 193 en la referida edición.

<sup>11</sup> RAMÓN Y CAJAL, S. (1923), pp 193-194.

Termina así la primera fase de la tarea investigadora de Cajal en torno al pensamiento humano. Incorporado a la psicología experimental de su época, tal como él la entendió y centrada en la consideración fundamental de lo *morboso*, el resumen de lo conseguido es desalentador: al concluir la aventura —confiesa— reina en él un doble sentimiento de estupor y desilusión. «Estupor, al reconocer la realidad de fenómenos de automatismo cerebral, estimados hasta entonces como farsas y trampantejos de magnetizadores de circo; y decepción dolorosa al considerar que el tan decantado cerebro humano, la 'obra maestra de la creación', adolece del enorme defecto de la sugestibilidad; defecto en cuya virtud hasta la más excelsa inteligencia puede, en ocasiones, convertirse por ministerio de hábiles sugestionadores, conscientes o inconscientes (oradores, políticos, guerreros, apóstoles, etc.), en humilde y pasivo instrumento de delirios, ambiciones o codicias»<sup>12</sup>. Nada más consiguió. Como escribirá luego, aplicando ya otro método de investigación, «afirmar que *todo se comunica con todo*, vale tanto como aclarar la absoluta icognoscibilidad del órgano del alma»<sup>13</sup>.

Agotada así la posibilidad de entender el misterio del alma y del pensamiento, inicia pronto Cajal la segunda etapa de su obra científica. No hay que olvidar que en aquellos momentos —década de los ochenta— la Facultad de Medicina de Valencia desarrolla la que López Piñero ha denominado «medicina de laboratorio»<sup>14</sup>, basada en lo resultados de las ciencias experimentales. Permite ello fundamentar lo que uno de los introductores del Positivismo en España, Manuel de la Revilla, proclamaba unos años antes como propaganda del «positivismo crítico»: «...sólo conocemos fenómenos, hechos y leyes obtenidas por inducción; ...no hay conocimiento cierto cuando falta la comprobación experimental que permite cerciorarse de la conformidad entre el conocimiento y lo conocido; ...lo absoluto, como cosa que niega toda condición y relación, no puede ser objeto del conocimiento, que es relación pura; ...el número, la cosa en sí, la esencia primera de las cosas, es eternamente inasequible a la inteligencia humana; ...sólo conocemos fenómenos y relaciones de fenómenos... y... por lo tanto, lo más cuerdo y prudente es renunciar a toda investigación sobre la esencia y las causas primeras de las cosas, y limitarse al estudio de los fenómenos y al descubrimiento

---

<sup>12</sup> RAMÓN Y CAJAL, S. (1923), p. 194.

<sup>13</sup> RAMÓN Y CAJAL, S. (1923), p. 207.

<sup>14</sup> LÓPEZ PIÑERO, J. M.<sup>a</sup> (1980), *La Facultad de Medicina de la Universidad de Valencia. Aproximación a su historia*, Univ. de Valencia, Valencia, p. 40. Cf. también LÓPEZ PIÑERO, J. M.<sup>a</sup>, y MICÓ NAVARRO, J. A. (1983), *Las publicaciones valencianas de Cajal*, Univ. de Valencia, Valencia, p. 15.

de las leyes que les rigen hasta llegar, si es posible, a una ley general que a todas les abarque, que sería el *desideratum* de la ciencia»<sup>15</sup>.

Así lo va a hacer Ramón y Cajal. Puesto que la clínica no le ofrece la posibilidad de adaptarse al nuevo método, el doctrino del positivismo, haciendo hilo conductor de su actividad creadora su atenuamiento a él, va a basar su tarea, desde ahora, en los hallazgos objetivos. «Fanático irreductible de la religión de los hechos», llegará a llamarse a sí mismo<sup>16</sup>.

¿Cuál será el camino? «El problema nos atraía irresistiblemente. Adivinábamos el supremo interés que, para una psicología racional, tenía el formar un concepto claro de la organización del cerebro. Conocer el cerebro —nos decíamos en nuestros entusiasmos idealistas— equivale a averiguar el cauce material del pensamiento y de la voluntad, sorprender la historia íntima de la vida en su perpetuo duelo con las energías exteriores, historia resumida, y en cierto modo esculpida, en esas coordinaciones neuronales defensivas del reflejo, del instinto y de la asociación de ideas. Mas por desgracia, faltábanos el arma poderosa con que descuarjar la selva impenetrable de la sustancia gris, de esa *constelación de incógnitas*, como en su lenguaje brillante la llamaba Letamendi»<sup>17</sup>.

Ciertamente, a Cajal no le faltaban hipótesis en este terreno, pero todas ellas carecían de «base objetiva suficiente». De ahí la necesidad de cambiar la aproximación clínica —dinámica, subjetiva— por la visión estructural —estática, objetiva— de la sede de los fenómenos psíquicos. De ahí la necesidad, también, de esa metafórica «arma» a utilizar en el cultivo de las ciencias fundamentales de la medicina, en este caso de la anatomía microscópica. Pero la histología del sistema nervioso no permitía entonces, por la precariedad de medios técnicos, su perfecta y clara visualización. En efecto, pese a que a partir de 1838 iban introduciéndose en el laboratorio histológico complicados métodos de tinción —el índigo, el carmín, el ácido ósmico, los derivados de la anilina, los colorantes vitales de Ehrlich, incluso las impregnaciones metálicas avaladas por Recklinghausen desde 1863—, la visualización de las finas estructuras del sistema nervioso no era posible de modo satisfactorio y convincente, incluso en manos de Virchow, entonces el santón de la citología<sup>18</sup>. De ahí el golpe de fortuna que para Cajal va a suponer su fortuito encuentro con Luis Simarro, en Madrid, el año 1887.

<sup>15</sup> Cit. por NÚÑEZ, D. (1975), p. 154.

<sup>16</sup> RAMÓN Y CAJAL, S. (1923), p. 287.

<sup>17</sup> RAMÓN Y CAJAL, S. (1923), p. 189.

<sup>18</sup> Cf. mi libro *La teoría celular*, Alianza Universidad, Madrid, 1982, p. 266.

II. Pese a su importante papel en la historia de la neurohistología española, Luis Simarro Lacambra nunca fue un histólogo puro; coetáneo de Cajal, y por camino inverso al de aquél, sería la clínica neurológica, no el laboratorio de investigación, su vida y su fortuna. «Yo soy tan sólo un histólogo de ocasión, pues la histología no es para mí fin, sino medio para estudiar la neurología, mi verdadero objeto», confesará en 1892<sup>19</sup>.

Conclusa su carrera médica en 1875, doctorado un año después, inicia Simarro su práctica profesional en el Hospital de la Princesa y en el manicomio de Santa Isabel, en Leganés. Ha entrado en contacto con Pedro González de Velasco, fundador de *El Anfiteatro Anatómico Español* en 1873, creador de la Escuela Libre de Medicina, de la Sociedad de Anatomía, del Museo de Antropología, que cuenta con un laboratorio de histología. El incipiente neurólogo entiende lúcidamente que su especialización viene a constituir un cauce «positivista» que permite eludir el problema del «alma» dentro de una psicología que no acaba de desprenderse de la metafísica. Y desde la propia neurología, el conocimiento del sistema nervioso supone un puente entre la filosofía y la ciencia<sup>20</sup>. Desde 1876, y en los *Anales de Ciencias Médicas*, órgano de expresión del positivismo en los ámbitos médico y biológico, la pluma de Simarro, con la de Ustariz, Cortezo, Camó y otros avanzados, deja constancia de su posición intelectual<sup>21</sup>.

Pero la ambición científica del joven Simarro precisa pronto de horizontes más amplios, y con posibilidad de así lograrlo pone su meta en París, donde durante un intervalo de cinco años, entre 1880 y 1885, busca fundamento para esclarecer sus inquietudes y llevar

---

<sup>19</sup> Carta a Ramón y Cajal anunciándole, con ciertas reservas, su presentación a las oposiciones a la cátedra de Histología de la Universidad de Madrid. Museo Cajal. Reproducida en mi libro *Santiago Ramón y Cajal*, 2.ª ed., Labor, S. A., Barcelona, 1982, p. 105. Sobre la vida y la obra de L. Simarro es poco lo publicado. Una primera biografía, muy deficiente, es la de Enrique SALCEDO (1926), «Infancia, pubertad y juventud de Luis Simarro Lacabra», *El Siglo Médico*, 86, 7-9, 28-31, 48-50 y 70-73. G. RODRÍGUEZ LAFORA (1921) publicó, con motivo de su muerte, un artículo, «El profesor Simarro», *Archivos de Neurobiología*, 2, pp. 209-211. Cf. también Carlos M.ª CORTEZO (1923), *Médicos ilustres del siglo XIX*, Madrid, pp. 5-32; Luis VALENCIANO GAYÁ (1977), *El doctor Lafora y su época*, Ed. Morata, S. A., Madrid, pp. 35-38, y J. M.ª IZQUIERDO ROJO (1978), *Historia de la neurología clínica española (1882-1936)*, Oviedo, p. 73. Por último, Temma KAPLAN (1959), *Luis Simarro and the development of science and politics in Spain, 1868-1917*, Tesis de Harvard. Las referencias a la autora en las Actas del III Congreso Nacional de Historia de la Medicina, de Valencia, corresponden a dos capítulos de esta Tesis.

<sup>20</sup> KAPLAN, T. (1971), «Luis Simarro's psychological theories», en *Actas del III Congreso Nacional de Historia de la Medicina*, Valencia, 1969, vol. II, pp. 545-555.

<sup>21</sup> NÚÑEZ, D. (1975), p. 44.

a cabo sus proyectos. Desde nuestra especial consideración de su obra, dos van a ser los maestros que más influyan ahora en su formación neurohistológica: Mathias Duval y Louis-Antoine Ranvier<sup>22</sup>.

Duval procede de la escuela anatómica de Estrasburgo. Ha sido allí prosector de Küss, el introductor de la teoría celular virchowiana, todavía combatida en París por Charles Robin. Trasladado a la capital de Francia, se ocupa fundamentalmente en esta época de la estructura microscópica del sistema nervioso central y de los órganos sensitivos; allí escribe su *Précis de technique microscopique et histologique*, publicado en 1878, y a la muerte de Robin, en 1885, cuando Simarro regresa a España, sucede al maestro en la cátedra de la Facultad de Medicina.

Más importante va a ser para el neurólogo valenciano el magisterio de Ranvier. Porque frente a una histología estática, el discípulo de Claude Bernard va a combinar la tradición histológica germana con la tradición fisiológica francesa, fundiéndolas en una histología fisiológica. Desde 1865, y con Victor Cornil, trabaja en un pequeño laboratorio privado que ambos han creado y en el que dictan cursos de histología a estudiantes de medicina. En 1872 el laboratorio se une a la cátedra de Medicina Experimental de Claude Bernard y es reconocido como laboratorio de histología por la Ecole des Hautes Etudes. A la muerte de Portal, en 1875, Ranvier es designado para regir la cátedra de Anatomía general en el Collège de France. Durante tres lustros el laboratorio de Ranvier es centro de actividad enorme al que concurren estudiosos franceses y extranjeros. Allí acude Simarro y se impone en la fisiología histológica y en las técnicas de laboratorio: el ácido ósmico, el alcohol, los bicromatos, los tintes poco activos a emplear en inyección, las soluciones de oro y plata. Junto a Ranvier estudia Simarro el sistema nervioso periférico, preparando sus especímenes con el método del ácido ósmico introducido por Schultze, y con el de la impregnación con el nitrato de plata. Este último proceder, no demasiado apreciado por el propio Ranvier, que le dedica poca atención en su *Traité technique d'Histologie*, libro clásico que va escribiendo precisamente en la época en que Simarro frecuenta su laboratorio, ha sido ideado en 1873 por Camilo Golgi: consiste en la fijación de las preparaciones con bicromato potásico o de amonio, y su posterior tinción con nitrato de plata al 0,5 o al 1 %. Se logra con él la visualización, selectivamente teñidas de negro, de las células nerviosas hasta sus más finos ramúsculos, destacando claramente del

---

<sup>22</sup> Los datos biográficos sobre ambos están tomados del *Dictionary of scientific biography*; el artículo de Duval es de Charles Coury, vol. IV, N. York, 1971, p. 266; el de Ranvier es obra de Toby Appel, vol. XI, N. York, 1975, pp. 295-296.

resto de los elementos inmersos en un fondo amarillo transparente. Pero la versatilidad de los resultados y las imperfecciones que el método acusa no permiten grandes esperanzas en cuanto a logros satisfactorios. Quizá en la biblioteca de Ranvier se encuentran los dos primeros trabajos de Golgi sobre el tema, aparecidos en 1873 en la *Gazzetta Medica Italiana*, y diez años después en los *Archivi Italiani di Biologia*. Y es muy probable que en una librería de París alcance el neurólogo español, bibliófilo contumaz, a adquirir un ejemplar recién aparecido del libro *Sulle anatomia degli organi centrali del sistema nervoso*, que Camilo Golgi ha editado en Milán en 1885. Un doble interés supone para Simarro el conocimiento de las técnicas de tinción: su aplicación al conocimiento de la fina estructura del sistema nervioso y su fruición por la fotografía y los métodos fotográficos, viva en él desde su infancia<sup>23</sup>.

El neurólogo regresa a Madrid este mismo año 1885. Bien impuesto en técnicas anatómicas —la influencia que sobre su formación van a tener las ideas evolucionistas y los conocimientos neurológicos aprendidos junto a Charcot exceden mi estudio—, comienza a aplicarlas, tanto en su laboratorio privado de la calle del Arco de Santa María como en el Instituto Biológico que en la calle de la Gorguera comparte, entre otros jóvenes profesores, con Federico Rubio. Simarro no se considera histólogo: se lo acabamos de oír; él utiliza la neurohistología como medio para estudiar la neurología con mentalidad anatomoclínica. Pero a la vez no puede olvidar la influencia de la escuela bernardiana e investiga las funciones estructurales, cuestionándose la relación entre forma y función en todo el sistema nervioso.

III. He aquí dos vidas que convergen. De una parte, la de Santiago Ramón y Cajal, que abandona su primitiva y precaria investigación de la clínica psicológica, buscando en la estructura del sistema nervioso cauce para la desvelación de los problemas de la mente. De otro lado la de Luis Simarro, para quien la investigación de tal estructura es sólo medio para llegar a la búsqueda y explicación clínica de los fenómenos psíquicos y neurológicos. Y un punto de convergencia: el año 1887, durante la celebración de unas oposiciones a cátedras en la Facultad de Medicina, de las que Cajal es miembro juzgador.

Ramón y Cajal conoce a Maestre de San Juan, fundador de la Sociedad de Histología y catedrático de la asignatura en la Facultad de Medicina madrileña; conoce y admira asimismo a Leopoldo López

---

<sup>23</sup> KAPLAN, T. (1971), «Luis Simarro, spanish histologist», *Actas del III Congreso Nacional de Historia de la Medicina*, Valencia, 1969, vol. II, pp. 523-533.

García, su iniciador junto a Maestre en la aventura del microscopio, y que también ha sido discípulo de Ranvier; pero en este instante él busca algo más. Precisa conectar con alguien cuya preocupación e intereses científicos coincidan con los suyos, y este alguien no puede ser otro sino Luis Simarro. Le visita en el Instituto Biológico, y en él le habla el neurólogo de sus intentos de tinción del sistema nervioso y de los problemas que encuentra, análogos a los suyos. Con su generosidad habitual, sin restricciones de tipo alguno, Simarro le expone los métodos que ha utilizado en París, le lleva a su propio laboratorio privado y allí le muestra preparaciones teñidas con diversos métodos, como el de Weigert-Pal, que Cajal ya ha empleado, y muy especialmente le hace ver por vez primera los cortes de cerebro impregnados mediante el preparado argéntico de Golgi. Aún más: le enseña el último libro del «sabio de Pavía»<sup>24</sup>.

Ha bastado el azar de un minuto para que la escuela histológica española se ponga en marcha y para que, ya no tan azarosamente según acabamos de ver, las circunstancias hayan permitido a Luis Simarro ser el posibilitador de la empresa.

IV. No voy a entrar, por supuesto, en la conocidísima historia de cómo la modificación del método de Golgi, la doble impregnación cromo-argéntica, invención de Cajal, va a permitirle el descubrimiento de la neurona y el establecimiento de la doctrina de la contigüidad celular. Sí me interesa señalar que hasta 1903, la clave última de la febril tarea de nuestro futuro premio Nobel es el hallazgo de la posibilidad de desbrozar la enigmática célula del pensamiento, de perseguir las misteriosas *mariposas del alma*, cuyo batir de alas «quién sabe si esclarecerá algún día el secreto de la vida mental», descubrir el enigma del cerebro, «obra maestra de la vida». Los distintos órganos del sistema nervioso: la médula, el bulbo raquídeo, la protuberancia, el cerebelo, el mesencéfalo, el tálamo óptico, el cuerpo estriado, la corteza cerebral, en fin, son campos de exploración en que la sed de aventura de Cajal, no saciada en su experiencia juvenil ultramarina, busca compensación<sup>25</sup>. Pero es evidente que la inmensa labor efectuada, tan fecunda en hallazgos estructurales, no le permitirá lograr aquella clave ni, en consecuencia, penetrar el misterio del alma.

Concluida esta etapa, de nuevo la figura de Simarro va a actuar históricamente como posibilitadora de nuevas empresas. El neurólogo valenciano triunfa en Madrid, disfruta de una selecta clientela que le reporta pingües beneficios y mantiene su interés por la

---

<sup>24</sup> RAMÓN Y CAJAL, S. (1923), p. 190.

<sup>25</sup> Cf. A. ALBARRACÍN (1982), pp. 59-66.



histología, fundamento tanto de sus cursos, especialmente organizados por el Ateneo y por la Institución Libre de Enseñanza, como de su actividad profesional clínica, psicológica y pedagógica. Una fundamentación que, como en el caso de Cajal, tampoco le permite esclarecer las relaciones entre las propiedades físicas del cerebro, las apariencias externas y los fenómenos de la conciencia, que, mucho más que un problema difícil, suponen para él un profundo misterio<sup>26</sup>.

Sin embargo, prosigue su tarea. Ha fundado ahora, con don Juan Madinaveitia, otro laboratorio a la entrada de la calle del General Oraa, entonces, en el decir de Juan Ramón Jiménez, «cerros, chopos solitarios y sierra libre»<sup>27</sup>. En este laboratorio ensaya sus nuevos métodos de utilización de las sales fotográficas de plata, que de sus manos aprenderá pronto Achúcarro, y de las de éste Pío del Río Horta. Ahora no será ya la búsqueda del *misterio*: sus hallazgos, también en nueva etapa, persiguen metas más factuales, como sean las lesiones anatómicas neurológicas —descubrimiento de las placas seniles del cerebro— o los métodos de aprendizaje en el ámbito de la pedagogía. Con las nuevas técnicas ha logrado diferenciar el cilindro-eje de las dendritas y ha publicado su técnica en la *Revista Trimestral Micrográfica* de Cajal, el año 1901, en un trabajo que lleva por título «Nuevo método histológico de impregnación por las sales fotográficas de plata».

Este último hecho, la publicación en la revista de Cajal, supone que el deterioro de sus relaciones, surgido según cuenta el propio histólogo aragonés con motivo de su común concurrencia a las oposiciones de la cátedra de Histología de Madrid, se ha suavizado ya. Pese a que este tipo de confrontaciones «dejan siempre en pos rencillas y resquemores lamentables, enfrían amistades cimentadas en afinidades de gustos y tendencias e impiden colaboraciones que podrían ser provechosas para la ciencia nacional»<sup>28</sup>, Simarro acude en 1903 a la llamada de Cajal: se celebra en Madrid el Congreso Internacional de Medicina, en el que el catedrático es presidente de la Sección de Anatomía y Antropología; en su Laboratorio de Investigaciones Biológicas del Museo Velasco monta Cajal sesiones demostrativas e invita a participar a Simarro, que ofrece a los congresistas magníficas preparaciones de la red neurofibrilar del protoplasma de las células nerviosas, teñidas con su aludido método original del bromuro de plata, importante modificación de la técnica del cromato argéntico de Golgi.

<sup>26</sup> KAPLAN, T. (1971), p. 549.

<sup>27</sup> JIMÉNEZ, J. R., «Nicolás Achúcarro», *Espanoles de tres mundos*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1914. Reproducido en *Nicolás Achúcarro. Su vida y su obra*, Cuadernos Taurus, Madrid, 1968, p. 51.

<sup>28</sup> RAMÓN Y CAJAL, S. (1923), p. 245.

También ahora las preparaciones de Simarro van a ser acicate para Cajal, en su nueva etapa de investigación. Un tanto por ventura logra, en el transcurso de un viaje en ferrocarril, de Italia a España, idear una modificación de este método simarriano, no poco aleatorio aún en sus resultados. Consigue así el procedimiento del nitrato de plata reducido, origen de otra serie de nuevas modificaciones ulteriores, muy fecundas en manos de Achúcarro, Tello y Pío del Río Hortega. Por de pronto, Cajal logra delimitar con él las neurofibrillas de los cuerpos celulares e iniciar sus estudios sobre la regeneración y degeneración del sistema nervioso, así como escudriñar la fina estructura del núcleo neuronal.

V. No sólo Ramón y Cajal va a beneficiarse de la incitadora influencia de Simarro. Nicolás Achúcarro, aún estudiante de medicina, frecuenta desde 1902 el servicio de Madinaveitia, en el Hospital General de Madrid<sup>29</sup>. A través de aquél, conoce a Simarro, formándose a su lado en el Laboratorio de General Oraa. Simarro va a hacer converger ahora en el discípulo aventajado la doble vía que la neurología y la neurohistología han seguido hasta entonces. Recordemos: Cajal ha pasado de la clínica al laboratorio; Simarro, por su parte, ha pasado del laboratorio a la clínica. Achúcarro es una posibilidad para la creación de la escuela única. El neurólogo le enseña neuroanatomía y anatomía patológica del sistema nervioso, orientándole a la par hacia la psiquiatría y la neurología, convirtiéndolo así, como escribirá Marañón, «en el primero que realizó en España la fecunda conjunción del hombre de ciencia con el clínico, con el patólogo, con el profesor de Medicina»<sup>30</sup>. Para lograr ello, Achúcarro ha trabajado fuera de España, con Pierre Marie en París, con Tanzi y Lugaro en Florencia, con Kraepelin, y sobre todo con Alzheimer en Munich. Este último le propone para regir el Laboratorio Histopatológico del Hospital Psiquiátrico Gubernamental de Washington.

Cuando concluye su período formativo, algo más que neurohistología ha aprendido Achúcarro: sus bellos trabajos sobre las células en bastoncito y sobre las alteraciones de la neurología junto a Cajal, su brillante ejercicio clínico en el Hospital General de Madrid, vienen a coincidir en su pasión por la pesquisa descubridora y en su afán por la formación de discípulos. Es cierto que no llegará a grandes descubrimientos histológicos. Pero, repitiendo la historia,

<sup>29</sup> Cf. el librito aludido, *Nicolás Achúcarro* (1968), con contribuciones sobre el autor de G. Moya, S. Ramón y Cajal, G. Marañón, J. Ortega y Gasset, M. de Unamuno, J. R. Jiménez, P. Laín Entralgo, F. de Castro, G. Rodríguez Lafora, M. Prados Such y J. Martín Artajo.

<sup>30</sup> Cit. por P. LAÍN ENTRALGO en *Nicolás Achúcarro* (1968), p. 64.

su interés por conocer el origen de las células en bastoncito le hace explorar nuevos métodos de tinción. «Los que ahora poseemos, confiesa, no son capaces de mostrar reacciones que sirvan para probar el origen de los nuevos elementos»<sup>31</sup>. Y así, incitado por los trabajos de Simarro en el laboratorio de General Oraa, se dispone a estudiar procedimientos de impregnación y reducción argéntica que tiñan los distintos elementos de la neuroglia y otras células intersticiales del sistema nervioso. Llega así al descubrimiento, en 1911, del método del tanino y la plata amoniaca que le permite teñir la neuroglia y que, además, conducirá a Cajal a su método del oro-sublimado.

La obra que en Achúcarro suponía la unificación de las escuelas neurohistológica y neuroclínica, no es más que una esperanza frustrada. Acaso la prematura muerte del investigador diese al traste con tal posibilidad. Pero tanto en el Laboratorio de Madinaveitia y Simarro como en el de Histología Normal y Patológica que para él creó la Junta de Ampliación de Estudios, compartiendo primero el Museo Antropológico con Cajal, trasladado luego a la colina de los chopos, los discípulos Gyarre, Sacristán, Calandre, Fortún, Huetto, Barbado, se van formando en la investigación y en la clínica.

Serán, no obstante, dos de ellos, Rodríguez Lafora y Río Hortega, quienes consumen de nuevo la escisión. Gonzalo Rodríguez Lafora<sup>32</sup>, al lado de Achúcarro desde 1903, y también bajo la dirección de Simarro, comienza a investigar la histología del sistema nervioso de los peces, es pensionado de la Junta de Ampliación de Estudios en Berlín y París y luego sucede a Achúcarro en la dirección del nosocomio de Washington. A partir de ahora, su actividad científica se volcará en los ámbitos de la neurología y la psiquiatría. Quizá su figura sea la más fiel reproducción del maestro valenciano.

De otra parte Pío del Río Hortega<sup>33</sup> va a ser más decisivo aún en la historia de la escuela histológica española. En él culmina la vocación transmitida por Simarro a Achúcarro hacia el estudio de las técnicas tintoriales, y al lado de éste desde 1912, y temporalmente junto a Cajal, descubre en 1918 el método del carbonato argéntico amoniaca y consigue, con él en sus manos, el descubrimiento de la microglia y de la oligodendroglia. Su camino futuro —coronado como el de Rodríguez Lafora con las espigas del exilio— será la propia neurohistología y la oncología.

A la vista de la obra de Rodríguez Lafora, de Río Hortega y de los discípulos de ambos, se impone la apelación a nuestro clásico:

<sup>31</sup> Cf. Fernando de CASTRO, *Nicolás Achúcarro* (1968), p. 78.

<sup>32</sup> Cf. LUIS VALENCIANO GAYÁ (1977).

<sup>33</sup> Cf. Pedro CANO DÍAZ, *Una contribución a la ciencia histológica. La obra de D. Pío del Río Hortega*, Tesis de Madrid, 1972. En la actualidad en prensa, editada por el Instituto «Arnau de Vilanova» del C.S.I.C.

Luis Simarro no llegó a vencer reyes moros, mas engendró discípulos que así lo hicieron.

VI. A la hora de hacer balance de la obra histológica de Simarro, así como de su repercusión en la escuela española, surge en el alma del historiador un doble sentimiento de frustración y agradecimiento.

Luis Simarro, histólogo *malgré lui* y por los motivos pragmáticos que hemos aducido basándonos en su propio testimonio, no quiso centrar toda su actividad en una empresa que, sin duda, le habría llevado a la cabeza de la escuela de Cajal. Salvo la descripción de su método original de las sales fotográficas de plata en 1901, y breves apuntes anatomofisiológicos sobre el sistema nervioso, publicados en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, sólo una *Anatomía del sistema nervioso*, inédita, constituye su obra escrita<sup>34</sup>. Con motivo de su muerte escribió Cajal a Cortezo, su buen amigo, que la obra de Simarro no puede ser apreciada en toda su valía por haberse dejado prender en las redes de la Institución, uno de cuyos cánones sacrosantos consiste en estudiar y no escribir<sup>35</sup>. Dejemos a un lado la crítica a las palabras, un tanto mordaces, de don Santiago, y reconozcamos el hecho de su pobre aportación escrita a la histología española. Una frustración, decía, que, bien pensado, quizá no tengamos derecho a calificar así: porque frustrar significa privar a uno de lo que esperaba, y ante el misterio de una vida tan rica en talentos —véase, si no, estos tres días de homenaje a su obra—, ¿acaso teníamos que esperar todavía más de ella? A lo sumo, quizá la falseó un tanto, para usar la expresión de Ortega, a fuerza de dispersarla en quehaceres.

Pero esa dudosa frustración se convierte en claro agradecimiento si consideramos que Simarro nos regaló con creces y generosidad impagable aquellos quehaceres. Así lo reconoció el propio Cajal al subrayar que nuestro homenajeado lanzó sus talentos al viento de las conferencias populares y ofreció sus ideas a todo aquel que le preguntaba sobre ellas. Sembrador de ideas: he aquí el título que le conviene. Y esta siembra de ideas dio lugar, así lo entiendo yo al menos, de un lado a la posibilidad de establecer nuevas técnicas de tinción: si tenemos en cuenta que esta acción *posibilitadora* abre las puertas a la obra cajaliana abarcada entre 1887 y 1903, no debe ser menguado nuestro agradecimiento. Pero algo más cabe decir al respecto: el propio Cajal, Achúcarro, Río Hortega, nos ofrecen en el laboratorio otro aspecto de la acción benefactora de la influencia

<sup>34</sup> KAPLAN, T. (1971), pp. 523-533.

<sup>35</sup> DURÁN, G., y ALONSO BURÓN, F. (1960), *Cajal. I. Vida y obra*. Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, p. 464.

de Simarro. ¿Qué significan las sucesivas modificaciones de los métodos tincionales del valenciano, sino la acción *incitadora* de su persona? Incitación: la palabra que para Ortega poseía más sabor de vida, en tanto que, frente a la relación física de causa-efecto, siempre proporcionada, el estímulo incitante actúa con generosa desproporción abriéndose a la corveta de efectos inesperados <sup>36</sup>.

Así fue la obra de Simarro: tarea personal, posibilidad e incitación. De todo ello se benefició la escuela histológica española. Pero los españoles tenemos fama de ingratos, de olvidadizos ante el valor de los demás. Acaso en esta ocasión puedan ser las palabras de don Santiago Ramón y Cajal, a veces un tanto mezquino para juzgar a los otros, el mejor mentís y la más idónea contribución a esa expresión de gratitud. Próximo ya a su jubilación, en 1921, al conocer la muerte de Luis Simarro Lacabra, volcó su alma en carta a Cortezo: «Murió sin haber leído mis *Recuerdos* y sin saber lo mucho que yo le veneraba y quería» <sup>37</sup>.

---

<sup>36</sup> ORTEGA Y GASSET, J. (1961), «El origen deportivo del Estado», *O. C.*, *Revista de Occidente*, Madrid, vol. II, p. 612.

<sup>37</sup> CORTEZO, Carlos M.<sup>a</sup> (1923), p. 23. Cit. por Pedro NAVARRO UTRILLA, *Anotaciones introductorias para el estudio histórico de la medicina e higiene escolar en la Institución Libre de Enseñanza*, Tesina de Licenciatura de Madrid, 1981, p. 285.

## *El Dr. Simarro y el movimiento antropológico de su tiempo*

Miguel Angel PUIG-SAMPER  
*Centro de Estudios Históricos*  
*C.S.I.C.*

Antes de comenzar el desarrollo de mi comunicación en estas jornadas de Sociología e Historia de la Ciencia dedicadas a la figura y la obra del Dr. Simarro quiero expresar mi satisfacción por la recuperación de gran parte del material de la Fundación Simarro gracias al interés de los profesores de esta Facultad de Psicología, que sin ningún género de dudas han sabido recoger el último deseo del que fue primer catedrático de Psicología experimental en España<sup>1</sup>.

No es mi propósito detallar las notas biográficas del doctor Luis Simarro Lacabra (1851-1921), que por otra parte han ido apareciendo a lo largo de este ciclo de conferencias, sino establecer las relaciones que unen a Simarro con los primeros antropólogos españoles en el período positivista, y dar una idea general de cómo surge la antropología científica en nuestro país.

Como ya se apuntó en otro lugar<sup>2</sup>; podemos distinguir dos etapas dentro del desarrollo de la antropología en España, a las que corresponden dos generaciones de antropólogos, encabezadas por González de Velasco y Antón Ferrándiz, que por otra parte caracterizan también la época médica y la naturalista, dentro de la antropología hispana del siglo XIX.

Es un rasgo distintivo de nuestra antropología decimonónica, el papel que jugó en la penetración del positivismo y del evolucionis-

---

<sup>1</sup> SALCEDO GINESTAL, E. (1926), *El Doctor Simarro Lacabra*, Madrid, E. Teodoro, p. 38.

<sup>2</sup> PUIG-SAMPER, M. A., y GALERA, A. (1983), *La Antropología española del siglo XIX*, Madrid, Cuadernos Galileo de Historia de la Ciencia, Instituto Arnau de Vilanova del C.S.I.C., p. 87.

mo en nuestro país, así como en la importación de la metodología antropológica francesa, lo que determinará el interés de nuestros principales antropólogos por la antropología física. Además este hecho quedó en parte contrarrestado por la relación temprana de los antropólogos con corporaciones como la Institución Libre de Enseñanza y los Ateneos, que determinaron el interés por otras disciplinas antropológicas y la búsqueda de aplicaciones en los campos de la Criminología y la Pedagogía.

La figura de Simarro coincide con la eclosión de la antropología científica, tanto temporal como especialmente, ya que aparece ligada a los círculos positivistas y evolucionistas de la Sociedad y el Museo Antropológico, a la Institución Libre de Enseñanza, la Junta de Ampliación de Estudios y el Ateneo madrileño. Este hecho nos servirá de base para seguir de cerca, a través de Simarro, la evolución de la antropología en España desde los preparativos de la revolución de 1868 hasta 1921.

La relación entre Luis Simarro y Pedro González de Velasco, fundador y director del Museo Antropológico, tuvo su origen en los problemas que tuvo Simarro para acabar sus estudios de Medicina en Valencia.

Simarro había comenzado sus estudios en 1868 en la Facultad valenciana, después de una infancia difícil según nos describen sus amigos y biógrafos Carlos M.<sup>a</sup> Cortezo y Enrique Salcedo<sup>3</sup>. En 1872 pronunció una conferencia de signo positivista en el Ateneo de Valencia<sup>4</sup>, chocando así frontalmente con los profesores de mentalidad conservadora, entre los que se incluía Ferrer Viñerta que le suspendió. Después de participar activamente en las revueltas cantonalistas de 1873<sup>5</sup>, Simarro decidió trasladarse a la Universidad Central de Madrid para terminar sus estudios. Aquí conoce a Amalio Gimeno, que también había venido de Valencia, y tiene como profesor a Pedro González de Velasco, médico y antropólogo de mentalidad progresista que le apoyará desde su llegada a Madrid e incluso le incluye en el cuadro de profesores de la Escuela Práctica Libre de Medicina y Cirugía, que funciona en el Museo Antropológico, como profesor de Higiene privada y pública en el curso de 1875 a 1876, el mismo en que Simarro se doctora con la tesis titulada

---

<sup>3</sup> CORTEZO, C. M.<sup>a</sup>, «Luis Simarro», conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid, s. f. (*El Siglo Médico*, 1921, 1922, 1923, 1924 y 1925). SALCEDO GINESTAL, E. (1926), *op cit.*, y en *El Siglo Médico*, LXXVII, 1926.

<sup>4</sup> SIMARRO LACABRA, L. (1872), «La ciencia: ensayo de filosofía positiva», *Boletín-Revista del Ateneo de Valencia*, V, pp. 105-111.

<sup>5</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M.<sup>a</sup> V. (1976), *La revolución de 1868 y la I República*, Madrid, Siglo XXI de España Ed., pp. 67-69.

«Relaciones materiales entre el organismo y el medio como fundamento de una teoría general de higiene».

Esta temprana relación con el Dr. Velasco le permitirá contactar, a través de la Escuela con médicos y naturalistas de mentalidad positivista como Rafael Ariza<sup>6</sup>, discípulo de Rudolf Virchow, que explicaba la Anatomía microscópica; José M.<sup>a</sup> Cortezo, profesor de Clínica médica<sup>7</sup>, Federico Rubio, profesor de Monografías quirúrgicas<sup>8</sup>, Angel Pulido<sup>9</sup>, Francisco M.<sup>a</sup> Tubino, etc.<sup>10</sup>. Hay que resaltar, por la posterior dedicación de Simarro a la neurohistología, que en la Escuela Práctica Libre de Medicina y Cirugía desarrollaron su labor como profesores de Histología entre 1874 y 1881, además de Rafael Ariza, Eugenio Gutiérrez y González, que realizó hacia 1879 estudios de Histología normal y patológica en el laboratorio del francés Ranvier y Leopoldo López Gracia, discípulo de Maestre de San Juan y maestro de Pío del Río-Hortega.

Además hay una conexión secundaria con los primeros histólogos españoles que pertenecen a la Sociedad Histológica y a la Sociedad Antropológica (1865): como Maestre de San Juan, primer catedrático de Histología (1873), Andrés del Busto, Delgado Jugo, etc.

Es un hecho claro que Simarro se encuentra a su llegada a Madrid con un núcleo de médicos muy activo que afronta el estudio científico desde una posición positivista<sup>11</sup> y que está especialmente interesado por el desarrollo de la investigación experimental analítica en los distintos campos de la Medicina, aunque destacan por su vitalidad los que dedican sus esfuerzos a las nuevas disciplinas morfológicas como la histología normal y patológica o la antropología, sin que ello suponga que se despreocupen de las nuevas corrientes en Filosofía, Higiene, etc.

Para comprender qué tipo de influencias recibió Luis Simarro y en qué situación se encontraba la antropología de su tiempo hay que retroceder hasta 1865, fecha en que se funda la primera Sociedad Antropológica Española.

---

<sup>6</sup> *Escritos médicos del doctor don Rafael Ariza y Espejo*, 3 vols., E. Teodoro, 1888.

<sup>7</sup> «Apunte para una biobibliografía del doctor don Carlos M.<sup>a</sup> Cortezo», *El Siglo Médico*, 92, 1933, pp. 219-240.

<sup>8</sup> GUTIÉRREZ, E. (1903), *Biografía del Excmo. e Ilmo. Sr. D. Federico Rubio y Galí*, Madrid, Tello.

<sup>9</sup> PULIDO MARTÍN, A. (1945), *El Doctor Pulido y su época*, Madrid, Imp. F. Domenech, 256 pp.

<sup>10</sup> *El Anfiteatro Anatómico Español*, II, 1874, pp. 217-218; III, 1875, pp. 443-44; IV, 1876, pp. 258-59; V, 1877, pp. 268-69; VI, 1878, pp. 222-23; VII, 1879, pp. 191-92 y 227; VIII, 1880, pp. 195-96.

<sup>11</sup> LAÍN ENTRALGO, P. (1979), *Historia de la Medicina*, Barcelona, Salvat Ed., pp. 387-399.



Esta Sociedad surgió en España, en un momento de gran inquietud intelectual por la publicación de la teoría evolucionista de Darwin, de la mano del Dr. Pedro González de Velasco y Francisco Delgado Jugo, por la influencia decisiva de Paul Broca, que ya en 1859 había creado la Societé d'Anthropologie de París, de la que ambos médicos españoles eran miembros asociados. Se unieron a la empresa de crear esta sociedad de antropología el conocido médico neokantiano Dr. Matías Nieto Serrano, Ramón Torres Muñoz de Luna, Sandalio de Pereda y Juan Vilanova<sup>12</sup>, que se constituyen en Comisión. Según las listas presentadas al Ministerio de Fomento de los primeros 58 miembros de la Sociedad Antropológica Española, 40 son médicos, lo que da idea del interés despertado en estos profesionales por la nueva disciplina. Como dato curioso hay que destacar que entre los primeros socios figura Nicolás Salmerón, personaje con el que Luis Simarro mantendrá estrechos lazos en París.

El programa de la Sociedad fue el siguiente<sup>13</sup>:

- 1.º Clasificación de las razas y variedades de la especie humana y discusión sobre su origen.
- 2.º Fijar hasta donde sea posible, si los adelantos de la civilización influyen ventajosa o desventajosamente en las condiciones físicas, morales e intelectuales del hombre.
- 3.º Examinar los resultados del cruzamiento de las razas y variedades de la especie humana.
- 4.º Progresos de la libertad individual, en la literatura y en el arte modernos.
- 5.º Razas aborígenes de la Península española y de las islas Baleares y Canarias, y su cruzamiento con todas las demás que las han poblado hasta nuestros días.
- 6.º Estudio físico-químico del hombre.

El primer discurso del presidente de la Sociedad Antropológica Española, el Dr. Matías Nieto Serrano, se refirió al objeto de estudio de la antropología<sup>14</sup>, que para la gran mayoría de los médicos socios consistirá en el estudio físico del hombre, aunque ya Francisco María Tubino indica la parcialidad de esta idea, que entiende exclusivamente a la Antropología como la historia natural del hombre:

---

<sup>12</sup> DELGADO JUGO, F. A. (1865), Discurso leído en la solemne inauguración de la Sociedad Antropológica Española, verificada el 5 de junio de 1865..., *El Genio Quirúrgico*, 1865, pp. 348-51 365-66 y 398.

<sup>13</sup> *El Pabellón Médico*, 1865, p. 299.

<sup>14</sup> *El Siglo Médico*, 1865, pp. 388-89 y 421-24. Aparece también en la *Anthropological Review*, 1866, pp. 186-197.

«La historia natural del género humano es distinta, tanto por su inteligencia, cuanto por la lengua, la vida social y política, las voluntarias emigraciones, las conquistas realizadas sobre la naturaleza, difiere el hombre de una manera tan señalada de los demás animales, cuanto que para acometer el estudio de este grupo excepcional debe el naturalista recurrir a procedimientos de investigación de un orden particular, en los cuales se incluyen pesquisas históricas, arqueológicas y lingüísticas que en nada se relacionan con las otras ramas de la historia natural.

Véase la razón por qué no se debe de aceptar la anterior definición: decir que la Antropología es la historia natural del género humano induciría a pensar que se trataba de una ciencia puramente descriptiva, circunscrita a distinguir y clasificar las razas según su tipo físico, interpretación violenta que conviene alejar con tanto más ahínco cuanto que ya hubo una época en la que la Antropología estuvo limitada dentro de ese círculo reducido»<sup>15</sup>.

Manuel M.<sup>a</sup> José de Galdo se aproxima a esta idea y en su Discurso sobre la «Importancia del estudio de la antropología en la medicina» declara:

Limitándome sólo al objeto principal de este trabajo os diré que todavía entre las Ciencias de Observación hay un objeto de estudio más alto, esto es, *el hombre individual, en familia y social*. (...) La ciencia que así le estudia es la Antropología, que comprende en sí dos ramos importantes e inseparables: *la Antropología Fisiológica y la Antropología Psicológica*<sup>16</sup>.

De cualquier forma la noción de lo que debía ser la antropología como disciplina científica irá evolucionando en función de las nuevas ideas que llegan a la Sociedad Antropológica con la incorporación de nuevos socios de formación bastante heterogénea y el contacto con otras corporaciones interesadas en el desarrollo de la antropología como ciencia.

La actividad de la Sociedad en los primeros años es muy escasa debido fundamentalmente a las presiones de tipo político y religioso que recibe por sus discusiones de temas como la evolución y el origen del hombre, a pesar de que el ministro Orovio había prometido «toda la tolerancia que se debe a la ciencia» en el discurso que pronunció con motivo de la inauguración de la Sociedad Antropológica<sup>17</sup>.

---

<sup>15</sup> TUBINO, F. M.<sup>a</sup> (1874), «Antropología», *Revista de Antropología*, I, p. 47.

<sup>16</sup> GALDO, M. M.<sup>a</sup> J. de (1864), *Importancia del estudio de la antropología en la Medicina*. Discurso leído por... en la Sesión inaugural de la Academia Médico-Quirúrgica Matritense celebrada el 17 de abril de 1864, p. 24.

<sup>17</sup> *El Siglo Médico*, 1865, p. 383.

Las explicaciones de esta escasa actividad nos las da el propio Secretario de la Sociedad, Delgado Jugo:

No ha podido hacer más porque sus reuniones han sido periódicas, obediendo en esto a la fatalidad de las épocas que España ha atravesado desde 1865, en cada una de las etapas en que la libertad ha presentado batalla al régimen del terror en política y del oscurantismo para la ciencia. En los largos y casi constantes períodos de la ley marcial, en que el sable sustituía a la balanza de la justicia, nuestra Sociedad ha tenido que enmudecer. ¡Harto ha conseguido con no ser disuelta como otras corporaciones científicas!<sup>18</sup>.

A pesar de la libertad momentánea que se logra con la Revolución de 1868, la Sociedad continúa aletargada hasta 1874, año en que se reinstala y comienza a publicar su *Revista de Antropología*, con el deseo de que España no vive apartada del movimiento científico que se desarrolla en el resto de Europa. Con esta idea contacta con las sociedades hermanas de Moscú, Viena, París, Florencia, Munich, Berlín, Manchester y con el Instituto Antropológico de Londres.

Comienzan en esta época los primeros trabajos prácticos de antropología por equipos interdisciplinarios compuesto por médicos, historiadores, naturalistas, etnólogos y prehistoriadores.

La *Revista de Antropología* sirve de puerta de entrada al evolucionismo, en especial de Darwin y Haeckel, que son comentados y discutidos a través de una serie de artículos firmados por Rafael Ariza, Joaquín Hysern, Juan Vilanova y Piera y muy especialmente por Francisco M.<sup>a</sup> Tubino, elegido nuevo secretario de la Sociedad y principal impulsor del nombramiento como socio honorario de Haeckel<sup>19</sup>.

Aparecen asimismo artículos traducidos de Jagor y Virchow sobre Filipinas, otros de contenido etnográfico y dos de aspectos técnicos de antropología física, pero queda claro que lo más interesante que aparece en la Revista son los artículos que discuten el evolucionismo desde posiciones opuestas, pero con serenidad de polémica científica, intentando la demostración o negación atendiendo a criterios científicos (datos suministrados por la paleontología, la anatomía comparada, la embriología, etc.), aunque es evidente que la ideología de cada autor influye claramente en lo que escribe.

---

<sup>18</sup> DELGADO JUGO, F. A. (1869). Discurso leído en la inauguración de las sesiones de la Sociedad Antropológica Española, verificada el domingo 21 de febrero de 1869; Madrid, Est. Tip. de T. Fortanet, p. 21.

<sup>19</sup> Reflejado en las Actas del 14 de marzo de 1874, *Revista de Antropología*, I, 1874.

Otro órgano de expresión de la Sociedad Antropológica Española, aunque no con la exclusividad de la *Revista de Antropología*, es el periódico fundado por el Dr. González de Velasco *El Anfiteatro Anatómico Español* (1873-1880). Esta revista fue una de las de mayor nivel científico de su época, y en ella colaboraron los médicos de la Escuela Libre de Medicina, con artículos de diferentes especialidades, siendo Simarro uno de sus redactores.

El 29 de abril de 1875, el gran impulsor de la antropología española Pedro González de Velasco logra uno de sus mayores objetivos: la creación de un Museo Arqueológico, nacido por su iniciativa y costeado íntegramente por él. El contenido del Museo era muy heterogéneo, aunque dedicaba especial atención a la Anatomía y la Historia Natural. Aparte de las salas de exposición el Museo disponía de un Gabinete de Estudios Microscópicos y un Laboratorio de Química, instalaciones que respondían a los deseos de Velasco y el grupo de médicos de la Escuela<sup>20</sup>.

La segunda gran corporación con la que Simarro contacta a su llegada a Madrid es la Institución Libre de Enseñanza<sup>21</sup>, surgida como consecuencia de las llamadas «Cuestiones Universitarias» promovidas por el ministro ordenancista Orovio que separó de sus puestos universitarios a intelectuales de formación krausista como Francisco Giner, G. Azcárate, Salmerón, etc., en un intento de suprimir la libertad de cátedra que éstos practicaban.

En la Institución Libre de Enseñanza, cuya junta de accionistas se reúne por primera vez en mayo de 1876, se encuentran personalidades de relieve como Francisco Giner, Laureano Figuerola, Joaquín Costa, etc. y hombres ligados a los círculos antropológicos del momento como Manuel M.<sup>a</sup> J. de Galdo, F. Fernández y González y el propio Pedro González de Velasco. Hay que destacar que desde el primer momento se encuentran en la Institución Libre de Enseñanza hombres del círculo krausista de Sanz del Río junto a otros de ideología positivista (Cortezo, Simarro), lo que dio origen a una ideología peculiar que se ha denominado krausopositivismo o krausismo abierto que dentro del institucionismo originó distintas líneas o corrientes<sup>22</sup>.

Desde el primer momento Luis Simarro se encarga de los cursos de Física, estableciendo en el centro un laboratorio de esta especialidad. Consecuencia de esta actividad parece la publicación de dos

---

<sup>20</sup> PULIDO, A. (1875). Reseña del Museo Antropológico del doctor Velasco. *El Anfiteatro Anatómico Español*, III, pp. 426-28; 463-74.

<sup>21</sup> VIQUEIRA, J. V. (1830). *La Psicología contemporánea*, Ed. Labor; pp. 50-64.

<sup>22</sup> TUÑÓN DE LARA, M. (1977). *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*. Madrid, Ed. Tecnos, 3.<sup>a</sup> ed., pp. 44 y 53.

pequeños artículos de divulgación en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza de 1877<sup>23</sup>.

Al año siguiente Simarro pasa a ocuparse de cuestiones de neurofisiología, que resume en las páginas del Boletín de la Institución<sup>24</sup>, y pronuncia conferencias en la corporación, de la que es una buena muestra la que lleva por título «Teorías modernas sobre la Fisiología del sistema nervioso»<sup>25</sup>, en la que resume de forma histórica los principales conocimientos de esta materia y se apunta la relación progresiva entre la neurología y la psicología.

La inclinación de Simarro hacia los estudios de anatomía y fisiología del sistema nervioso, que aparece reforzada a partir de 1877, se debió sin duda a dos factores: el contacto con el núcleo de histólogos de la Escuela Libre del Dr. Velasco y el nombramiento de médico del Manicomio de Santa Isabel de Leganés (1877). Su amigo Cortezo indica cómo Simarro encontró con este nombramiento una especialidad en la que centrar todos sus esfuerzos, preparándose especialmente para conseguir su meta en psicología y fisiología.

En 1880, después de haber dejado su cargo de Leganés en 1879, decidió partir hacia París en busca de una mayor preparación en los campos de su interés. Permaneció cinco años en la capital francesa durante los cuales se dedicó al estudio de la neurohistología con Ranvier<sup>26</sup>, la psiquiatría con Charcot y Magnan y la antropología con Mathias Duval<sup>27</sup>.

El curso de antropología lo realizó Simarro en la Escuela de Antropología de París, que años antes había fundado el creador de la antropología positivista Paul Broca. El sucesor de Broca desarrolló su curso con el título de «La embriogenia del cerebro», siguiendo así los gustos de su predecesor por los estudios del cerebro, en los que tanto había destacado desde el punto de vista antropológico y anatómico<sup>28</sup>.

<sup>23</sup> SIMARRO LACABRA, L. (1877). «Teoría de la combustión y de la llama», *BILE*, t. I, p. 3. «Teoría de las llamas sensibles y cantantes», *BILE*, t. I, pp. 73-74.

<sup>24</sup> SIMARRO LACABRA, L. (1878-79), «Fisiología general del sistema nervioso», *BILE*, t. II, pp. 167-68 y 176-77; t. III, pp. 22-23, 31-32, 37-38, 46-47, 53-54, 61-62, 79 y 126-27. «Sobre el espectro de absorción de los medios transparentes del ojo», *BILE*, II, p. 60.

<sup>25</sup> SIMARRO LACABRA, L. (1878), *Teorías modernas sobre la fisiología del sistema nervioso*, Madrid, Est. Tip. J. C. Conde y Compañía, 26 pp.

<sup>26</sup> SIMARRO LACABRA, L. (1880-81), «El curso de Mr. Ranvier», *BILE*, t. IV, pp. 190-91; t. V, pp. 5-7.

<sup>27</sup> SIMARRO LACABRA, L. (1880), «La enseñanza superior en París. Escuela de Antropología. Curso de Mr. Matías Duval», *BILE*, t. IV, pp. 173-74.

<sup>28</sup> ARQUIOLA, E. (1976), «Paul Broca y la antropología positivista francesa», *Asclepio*, XXVIII, pp. 51-92.

Hay que recordar, como indica Elvira Arquiola, que el sistema nervioso va a ser la materia predilecta de los científicos positivistas por la posibilidad potencial que ofrecían para aclarar hechos psicológicos y fisiológicos. En el caso de los médicos antropólogos franceses el interés aumenta cuando intentan relacionar el cerebro con la inteligencia buscando una diferenciación individual, racial o específica.

La formación antropológica francesa de Simarro no constituye, dentro de la historia de la antropología española, un hecho aislado sino todo lo contrario. Su maestro González de Velasco se había formado como antropólogo junto a Broca, al igual que el otro fundador de la Sociedad Antropológica Española F. Delgado Jugo, G. Chil y Naranjo y Manuel Almagro, el antropólogo que formó parte de la Comisión de Naturalistas de la expedición al Pacífico (1862-66).

Coincidiendo, al menos temporalmente, con Simarro en París, aparece la figura de otro colaborador de Velasco, H. Tomás del Valle, médico de la Armada que realiza en 1881 el curso de Antropología con Topinard y colabora con Quatrefages, Hamy y Manouvrier, con el objeto de clasificar parte del material que reunía Velasco en su Museo. Asimismo, aunque más tarde, coincide con Manuel Antón Ferrándiz que llega a París a estudiar Antropología con Quatrefages y Vernau, en 1884, después de la desaparición del Dr. González de Velasco en 1882 y la fundación por Antón (1883) de una Sección de Antropología en el Museo de Historia Natural de Madrid. El viaje de Antón será trascendental para la continuación de la línea francesa, al menos en antropología física, ya que constituye el primer eslabón de una segunda generación de antropólogos españoles, de los que pueden destacarse a L. Hoyos Sainz, T. Aranzadi y F. Borrás de Aragón, y llegará con el tiempo a ser el primer catedrático de Antropología en España (1892).

Luis Simarro volvió en 1885, dedicándose al ejercicio de la neuropsiquiatría de forma privada. Vuelve a colaborar con la Institución Libre de Enseñanza y su Boletín, en el que publica artículos de psicología e histología<sup>29</sup>.

La dedicación a los estudios de antropología dentro de la Institución es temprana ya que en 1877 Hermenegildo Giner publica su programa de Biología y Antropología, en el que divide a esta última en Antropología individual, Antropología psíquica, Antropología

---

<sup>29</sup> SIMARRO, L., «El exceso de trabajo mental en la enseñanza», *BILE*, t. XIII, 1889, pp. 37-39, 88-91 y 369-73. «La teoría del alma, según Remkke», *BILE*, t. XXI, 1897, pp. 383-384. «Bosquejo de anatomía y fisiología del sistema nervioso», *BILE*, t. XXIII, 1899, pp. 19-26 y 82-88. «Sobre el concepto de locura moral», *BILE*, t. XXIV, 1900, pp. 24-27. «La iteración», *BILE*, t. XXVI, 1902, pp. 348-252.

física y Antropología social<sup>30</sup>. Coincide así con la división que había hecho Antonio Machado y Núñez en 1871, al inaugurar la Sociedad Antropológica de Sevilla<sup>31</sup>, una de las corporaciones en las que con más rapidez se aceptan las tesis darwinistas. No hay que olvidar, para explicar de alguna forma estas coincidencias, que Machado Núñez había fundado con Federico Castro la *Revista mensual de Filosofía, Literatura y Ciencias* (1869), en la que se entremezcla el krausismo con el nuevo positivismo y evolucionismo (como luego sucedería en la Institución Libre de Enseñanza), y que su hijo Antonio Machado Alvarez fue más tarde profesor en la Institución.

La variedad de los estudios es muy amplia, distinguiéndose los realizados por Barras de Aragón en antropología física, J. Casado y L. Simarro en antropología pedagógica, Fernández González en antropología lingüística, Bernaldo de Quirós, Posada y Dorado Montero en antropología criminal, Salés Ferré y Salvador Calderón en antropología prehistórica, Joaquín Costa en etnología y Machado Alvarez en folklore, además de otros de interés general de H. y F. Giner.

A partir de 1888 Luis Simarro colabora con la primera corporación oficial creada por iniciativa de la Institución Libre de Enseñanza, el Museo Pedagógico (1882), que dirigía Manuel Bartolomé Cossío. Se reconocían así los esfuerzos de la Institución por conseguir la institucionalización de la pedagogía. Simarro da cursos de Psicología fisiológica (se le nombra profesor ayudante en 1894) y crea el primer Laboratorio de Antropología pedagógica que dedica su actividad a la antropometría y la psicología experimental<sup>32</sup>. Una de sus primeras aplicaciones serán los estudios antropológicos sobre la población escolar que asiste a las colonias escolares, creadas por Cossío.

Las palabras de M. B. Cossío aclaran la idea que impulsa la creación del Laboratorio:

En todas partes, a partir de la higiene y de la antropología general sobre todo, se han formado las ciencias de la antropología y de la antropometría escolar; la psicofisiología, como la psicología comparada, sea en los animales, sea en las personas anormales o en las razas y sociedades primitivas, ha contribuido a crear la psicología pedagógica experimental<sup>33</sup>.

<sup>30</sup> GINER, H. (1877), *Programas de Biología y Antropología*, Málaga, Imp. de la Revista de Andalucía, 27 pp.

<sup>31</sup> MACHADO Y NÚÑEZ, A. (1892), *Sociedad Antropológica de Sevilla: Discurso inaugural sobre la ciencia antropológica* (4 de octubre de 1871), Madrid, Imp. de Luis Carrión, 16 pp.

<sup>32</sup> COSSIO, M. B. (1897), *La enseñanza primaria en España*, Madrid, Fortanet, 2.ª ed., pp. 202-203.

<sup>33</sup> COSSIO, M. B. (1897), *De su jornada: Los problemas contemporáneos en la ciencia de la educación*. Primera lección a las Escuelas de Estudios Superiores

No hay que olvidar tampoco la relación estrecha entre Luis Simarro y el Ateneo de Madrid, donde junto al Dr. Cortezo conoce a Manuel de la Revilla y José Perojo y comienza su actividad en defensa del positivismo. Ya en el curso de 1875 a 1876 participa activamente en el debate que con el título «Si el actual movimiento de las ciencias naturales y filosóficas en sentido positivista constituye un grave peligro para los grandes principios morales, sociales y religiosos en que descansa la civilización», se desarrolla en el Ateneo<sup>34</sup>, y en el que se enfrentan los grupos de signo positivista (spencerianos, neokantianos, etc.) con los krausistas, representados en este caso por Moreno Nieto.

En el Ateneo contactará con antropólogos como Vilanova, Antón, Olóriz, Mérida, Tubino y Salillas, que participan como profesores en los cursos, que se desarrollan durante varios años, de antropología general, etnografía, antropología física, antropología criminal, prehistoria, etc., completando así sus conocimientos sobre la antropología de la época. El mismo se ocupará de temas relacionados con la medicina legal y la antropología criminal junto a Rafael Salillas, con el que colaborará posteriormente en la Escuela de Criminología (1905)<sup>35</sup>, el cual, junto a Costa, Bernaldo de Quirós, Puyol, Pedregal, etc., desarrollará una importante labor, dentro del Ateneo, en la redacción de Cuestionarios de carácter antropológico de los que es digno representante el redactado en 1901<sup>36</sup>.

En 1893 Simarro fue nombrado médico supernumerario del Hospital de la Princesa, continuando además con sus actividades como neurólogo<sup>37</sup>. En esta época desarrolla el método de tinción por las sales de plata<sup>38</sup> que, perfeccionado, dio tan buenos resultados a Ramón y Cajal.

del Ateneo de Madrid, *BILE*, t. XXI, pp. 33-36, 70-77. En esta misma dirección se pronunció años más tarde Luis de Hoyos Sainz (1917): *La Antropología. Métodos y problemas*. Conferencias de la Sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales del Ateneo de Madrid. Mayo de 1915, Madrid, Imp. Clásica Española, pp. 30-31.

<sup>34</sup> REVILLA, M. de la (1876), Revista crítica. *Revista Contemporánea*, II, p. 505.

<sup>35</sup> SIMARRO, L., *Mata y la medicina legal. Orfila y la toxicología*. (25 Conferencia sobre la España del siglo XIX, del curso del Ateneo de Madrid, 1885-86). Colección de Conferencias Históricas, t. II, Libr. de A. San Martín, Madrid, 1886. «Manicomios judiciales», *La Medicina Práctica*, 2, 1889, pp. 181-184. (En colaboración con R. Salillas).

<sup>36</sup> LISÓN, C. (1977), *Antropología social en España*, Madrid, 2.ª ed., Ed. Akal, pp. 158-179.

<sup>37</sup> SIMARRO, L., «Nota sobre Histología de los centros nerviosos», *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, XIX, 78 (1890); «Enfermedades del sistema nervioso», *Vademecum clínico-terapéutico*, Madrid, Romo y Fursel, 1898, pp. 465-575.

<sup>38</sup> SIMARRO, L., «Nuevo método histológico de impregnación por las sales fotográficas de plata», *Revista Trimestral Micrográfica*, t. V (1900), pp. 45-71;



En 1902 tomó posesión de la primera cátedra de Psicología experimental de España, en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid. Desde su cátedra divulgó las nuevas ideas en Psicología (Wundt)<sup>39</sup> y estableció las bases para que la psicología experimental tuviera continuidad en nuestro país a través de sus discípulos Martín Navarro Flores, Julián Besteiro, Domingo Barnés, J. Verdes Montenegro, J. V. Viqueira, Herrero Bahillo, Santamaría, etc.

Al año siguiente fundó un laboratorio particular de investigaciones biológicas con Madinaveitia, en el que se formaron Achúcarro, Lafora, Gayarre y otros<sup>40</sup>, y en 1907 impulsó la creación de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias y la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.

En 1909 defendió la causa del pedagogo anarquista Ferrer i Guardia en el Ateneo y publicó en 1910 su libro *El proceso Ferrer y la opinión europea*<sup>41</sup>, lo que le ocasionaría ciertos problemas. En 1913 fundó la Liga Española para la Defensa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano y cuatro años más tarde fue elegido Gran Maestre de la Masonería, cargo en el que sucedió a Miguel Morayta<sup>42</sup>.

Luis Simarro Lacabra falleció en junio de 1921, año en que muchos de sus amigos fundaron la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria.

Para terminar esta pequeña comunicación leeré un párrafo de Luis Simarro que resume su visión sobre la Ciencia:

La libertad es la condición necesaria para la Ciencia; si los hombres perdiesen el amor a la libertad y si a este amor no lo sacrificasen todo, incluso la vida, veríamos al mundo volver a la barbarie<sup>43</sup>.

---

«Un nuevo método histológico fundado en la impregnación de los tejidos por las sales fotográficas de plata», *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, t. XXIX, p. 255, actas (1900).

<sup>39</sup> SIMARRO, L., Prólogo de *Principios de Psicología individual y social* de Carlos Octavio Bunge, Madrid, 1903, i-xiv; Prólogo de *Psicología fisiológica en quince lecciones* de Theodore Ziehen, trad. de R. Lafora, Madrid, 1910, v-vii.

<sup>40</sup> VALENCIANO GAYÁ, L. (1977), *El Doctor Lafora y su época*, Ed. Morata, Madrid, pp. 35-38 y 45-46; R. LAFORA, G. (1921), «El profesor Simarro», *Arch. Neurobiol.*, 2, 3; IZQUIERDO ROJO, J. M.<sup>a</sup> (1978), *Historia de la Neurología Clínica española* (1882-1936), Madrid, Universidad Complutense; ULLERSPERGER, J. B. (1954), *La Historia de la Psicología y de la Psiquiatría en España*, Madrid, Ed. Alhambra, pp. 199-200.

<sup>41</sup> SIMARRO, L. (1910), *El proceso Ferrer y la opinión europea*, t. I. Imp. Eduardo Arias, San Lorenzo, 5, Madrid.

<sup>42</sup> FERRER BENIMELI, J. A. (1980), *Masonería española contemporánea*, vol. 2, *desde 1868 hasta nuestros días*, Madrid, Siglo XXI de España Ed., p. 54.

<sup>43</sup> VIQUEIRA, J. V. (1930), *op. cit.*, p. 54.

## *Relaciones del Dr. Simarro con la Antropología pedagógica*

F. Javier GARCÍA CASTAÑO  
*Asociación Madrileña de Antropología*

La tarea de historiar las disciplinas científicas no podemos decir que es un hacer reservado a filántropos que pretenden rellenar sus espacios de ocio. Hoy en día, se reconoce ya una importante tarea epistemológica en la historia de las ciencias que viene aportando, ya no sólo datos sobre aparición, orígenes y otros detalles de mayor o menor relevancia, sino que también aporta el análisis del propio corpus teórico en el tiempo de tal o cual disciplina y con ello se nos aclara, en algún aspecto, el estado actual de la ciencia a la que queramos referirnos. Este espíritu clarificador que desde un punto de vista epistemológico puede aportar el historiar una ciencia, es lo que me movió a retroceder en el tiempo y analizar las vicisitudes de una disciplina denominada en nuestros días «Antropología de la Educación»<sup>1</sup>.

En el comprender la necesidad y obligación que la Antropología tiene de estudiar los procesos de transmisión de la cultura —con la amplitud con que tal término puede ser entendido—, siendo esta última, la cultura, su objeto de estudio, es lo que me motivó a dedicarme a esta disciplina de trabajo tan poco desarrollada en nuestro país y que ya cuenta con una importante literatura al otro lado del océano. En esta preocupación es como surgió la indagación histórica de, remontándonos a un pasado no muy lejano, tratar de encontrar algún dato que me pusiera sobre la pista de estudios antro-

---

<sup>1</sup> Como se podrá comprobar por el texto, este escrito se enmarca en otro de mayor amplitud dedicado a la historia de la Antropología Pedagógica, al que ya llevo dedicado algún tiempo. Véase GARCÍA CASTAÑO (1983a, 1983b).

pológicos desde o para el campo de la educación. Así, entre finales del siglo pasado y principios del actual es donde se sitúa una cierta preocupación por una disciplina denominada «Antropología Pedagógica» y que al hablar de ella hay que hacer obligada referencia a D. Luis Simarro Lacabra. De esta forma, no quiero dejar de aclarar que lo que en adelante trataré de explicar, serán los pormenores de esta disciplina referida, haciendo puntual mención de la relación con quien, en definitiva, es excusa de esta conferencia: el Dr. L. Simarro.

## I

Por razón de rigor científico, creo obligado el hacer mención, aunque sea breve, de los parámetros en los cuales me muevo cuando hago referencia al apartado epistemológico en el historiar de una ciencia, en nuestro caso una subdisciplina de una ciencia social como la Antropología. Y de igual manera, los autores por los que me oriento en tal hacer, reconociendo no ser original en esta aportación de la faceta de historiador.

El principio animador es encontrar razones y motivos para explicar la aparición de una disciplina, pero no quedándonos tan sólo en encontrar las fechas de aparición y de relevantes movimientos y cambios teóricos, sino el llegar a explicar y comprender el todo de su evolución. De esta forma, nos guiaremos por ciertos principios que marca J. Llobera (1977) (1980) en este aspecto de historiador de la Antropología.

El considera, con otros autores, que puede fijarse el nacimiento de la Antropología en el período de la Ilustración, y al referirse a ello lo hace consciente de que entonces puede hablarse ya de conocimiento científico. De cualquier manera, existen una serie de hechos que dificultan la formación de tal disciplina científica: hechos epistemológicos, como la aceptación acrítica del modelo de las ciencias naturales y hechos ideológicos, que los refiere de la siguiente manera:

El efecto de estos obstáculos es arrastrar a las Ciencias Sociales del nivel puramente cognitivo al social y práctico, donde puede ser utilizado directa o indirectamente por la ideología y los intereses de la clase dominante.

(J. LLOBERA, 1980, 56)

Como se puede ir observando, el problema no es tan sólo saber sobre la existencia o no de ideas antropológicas, sino en saber si dichas ideas pueden ser consideradas como conocimiento científico. Por ello, no vale tan sólo el limitarnos a descubrir precursores, que

nada pueden aportar al intento que proponemos. Como de igual forma se ha de tener cuidado de no caer en aplicar el modelo actual de división de las Ciencias Sociales en el análisis del pasado. La cuestión está en encontrar criterios discriminatorios si de lo que se trata es de hablar de los orígenes. Por supuesto, sin olvidar que tendremos que defender la existencia de criterios específicos para el campo de las Ciencias Sociales, no sometiéndonos al poderío de lo dictado para las Ciencias Naturales <sup>2</sup>.

Estos criterios discriminatorios que también J. Llobera refiere, los expresa siguiendo a otro autor. Son los siguientes:

Los exponentes expresan un marcado sentido diferencial de otras disciplinas y buscan definir y delimitar un área distinta de investigación. Implícita o explícitamente existe una teoría especial de la realidad para guiar la explicación; se utiliza una metodología distinta; se acumulan hechos especiales que son contrastados con los empleados normalmente en disciplinas hermanas.

(VOGET, 1967, citado por J. LLOBERA, 1980, 60)

Criterios éstos que nos guían en el análisis de nuestra disciplina: Antropología Pedagógica, incluyendo además el efecto que sobre ella puede haber ejercido lo que también J. Llobera ha denominado «externalismo científico». Tal externalismo se enmarca en los ya referidos obstáculos epistemológicos que tuvo una ciencia como la Antropología, y en general, todas las sociales, al encontrarse sometida a un mimetismo con respecto a las Ciencias Naturales. Se trata, por aclarar aún más, del concepto de la aplicación mecánica de modelos importados de las ya referidas Ciencias Naturales <sup>3</sup>.

Sentado el modelo teórico sobre el que nos moveremos y que utilizaremos referencialmente a la hora de elaborar algún tipo de conclusiones, bueno será también aclarar algún aspecto que sitúe nuestra breve aportación en un ciclo de intervenciones dedicado a la figura del fisiólogo e histólogo Dr. L. Simarro, aun habiendo referido ya cierto particular sobre este aspecto al encuadrarlo en un intento de historiar la Antropología Pedagógica. Creemos, como digo, obligado el aclarar este particular, que por otra parte nos dará unas primeras claves de análisis.

---

<sup>2</sup> J. LLOBERA, en cierto momento, aclara este particular: «(...) contra las filosofías imperialistas de la ciencia que imponen criterios abstractos resultantes de una experiencia limitada, en el mejor de los casos, a las ciencias naturales, siempre es posible, no obstante, predecir unos criterios específicos para las ciencias sociales». (J. LLOBERA, 1980, 54).

<sup>3</sup> J. Llobera refiere más concretamente los efectos que supusieron la aplicación estricta de modelos tales como el mecanicista, el materialista vulgar, el inductivista y empirista.

## II

Luis Simarro Lacabra (1851-1921) nació en Roma y murió en Madrid, dedicando toda su vida profesional a aspectos relacionados con la Medicina, ciencia de la que era Doctor (1875) con la Memoria: «Relaciones materiales entre el organismo y el medio como fundamento de una teoría general de higiene». De entre sus tareas en la referida vida profesional, destacaría su papel como psiquiatra (Manicomio de Leganés), o profesor de Psicología Experimental (I.L.E. y Universidad Central), o la dedicación como histólogo. Pero sobre estos detalles pueden encontrarse muchos más datos y posiblemente mejor trabajados entre los conferenciantes que estos días se refieran a este médico ilustre del siglo XIX, e incluso entre algunos de los estudios que sobre esta figura se han dado<sup>4</sup>.

Lo que realmente nos interesa reseñar son las aportaciones que desde su ciencia médica trató de hacer a la pedagógica y, sobre todo, en cuanto que esas aportaciones fueran hechas desde otra de sus facetas que fue la de antropólogo. Fueron varios los trabajos que en este apartado podríamos incluir: *El exceso del trabajo intelectual en la enseñanza* (1988) y del que se puede encontrar un análisis pormenorizado en Navarro Utrilla (1981-249 y ss.), y otro de ellos *Antropología Escolar* (1896), que fueron unas lecciones que diera en el Museo Pedagógico Nacional, pero de las que hasta ahora el que suscribe no ha encontrado «rastros» de la publicación.

Su relación puede verse ya, aunque sólo por titulares, en los campos por los que nos sentimos interesados; pero además, y esto es verdaderamente aquello que perseguíamos, nos interesa indagar la metodología, intencionalidad, e incluso actitud con la que se movía en estos campos. Por otra parte, de ello encuentro necesaria la mención aquí, pues aun siendo la figura del Dr. L. Simarro la que preside el espíritu de este ciclo de conferencias, se inserta más exactamente en el interés de todos el promover investigaciones y estudios sobre historia de las ciencias. Así, encontramos claramente un motivo para hablar de la inserción de planteamientos positivistas en la ciencia española, planteamientos que claramente encontraremos en los modelos que utiliza para sus análisis el Dr. L. Simarro en

---

<sup>4</sup> Existen, entre otros, el estudio de RODRÍGUEZ LAFORA, G., «El profesor Simarro» (1921); la conferencia de CORTEZO, C. M., «Luis Simarro» publicada en 1926; el de SALCEDO, E., «Infancia, pubertad y juventud de Luis Simarro y Lacabra» (1926); la Tesis Doctoral de KAPLAN, T., «Luis Simarro and the development of science and politics in Spain» (1969), y por último, la Memoria de Licenciatura de NAVARRO UTRILLA, P. (1981) que dedica un amplio capítulo al Dr. Simarro, y al que he de agradecer las anotaciones y ayudas prestadas para el desarrollo de este tema.

campos que hoy denominaríamos como iniciadores a la Psicología Evolutiva pero que en aquellos tiempos se consideraba como una aplicación de los métodos y conocimientos de la Antropología a la Pedagogía.

### III

Con este apartado, lo que se viene a hacer es obligada referencia a la entrada de las corrientes positivistas a finales del siglo XIX en España, y más especialmente en los campos científicos en los que nos estamos moviendo<sup>5</sup>. El origen está para muchos en las primeras ideas krausistas llegadas de la mano de Sanz del Río y que toma cuerpo en el llamado Krauso-positivismo. Sería ya una actitud cercana al positivismo el intentar sacar a la ciencia del oscurantismo intelectual donde se encontraba sumida, de hacer honradamente libre la tarea de ejercer con el pensamiento y de expandir la cultura, así como la de apuntar al hacer científico español a la marcha que Europa ya había comenzado:

Sanz del Río y su escuela no importan el panteísmo que aprendieron en las cátedras germánicas. Aportan la inquietud intelectual y el deseo de abrir los cauces a la incultura nacional, al intercambio con otros países. La decisión en el llamado krausismo español es su oposición al oscurantismo, su actitud de libre examen y también de simpatía —un poco difusa— a lo popular.

(TUÑÓN DE LARA, 1982, 232)

Ahondando más en este hecho, decir que se trata de posibilitar la idea del «hombre nuevo». Un hombre que debiera imprimir los cambios fundamentales del país como para que se generara una modificación burguesa pero que, como decíamos, no perdiera el tren de nuevo de la historia de las comunidades más cercanas. Un tipo de hombre diferente al modelo que se poseía, que resultaba incapaz de generar ciencia y sabiduría diferente a la de tonos de filosofía medieval.

Es el hombre racional, que rechaza las explicaciones sobrenaturales o mágicas, poniendo la razón por delante de cualquier dificultad; el hombre consciente de su dignidad, su libertad y su autonomía; y precisamente por ello, el hombre que se interesa profundamente por su entorno. Las ciencias naturales y la historia son los campos de investigación preferidos

---

<sup>5</sup> Llobera refiere más concretamente los efectos que supusieron la aplicación estricta de modelos tales como el mecanicista, el materialista vulgar, el inductivista y empirista.

por este tipo humano; la filosofía racionalista incluyendo en ella desde el idealismo hasta el positivismo, su estructura marco fundamental.

(RODRÍGUEZ DE LECEA, 1977, 91)

Y este principio que en educación también pasa a ser considerado con buenos ojos, es el que permitirá que estudiosos de otras ciencias, médicos como es el caso que nos ocupa con Luis Simarro, aportarán o aplicarán los conocimientos de sus estudios a la tarea pedagógica. Así se facilitarán los estudios del cuerpo, con lo que ello tiene de importancia en la consideración de los contenidos de una Antropología Pedagógica en la época. Se trataba de conocer aquellas cuestiones que influían en el hacer educativo, y el cuerpo era una parte que muchas veces se había olvidado como componente del niño, con lo que suponía su estudio para un mejor desarrollo de las facultades intelectuales<sup>6</sup>. No ha de sorprender por ello preguntas que se hacían en la época, como la siguiente:

¿Cuáles son las condiciones óptimas para que el desarrollo físico acompañe y sostenga el desarrollo intelectual?

(J. MARTINO, citado por TURÍN, 1967, 57)

Aquí ya corresponde el recordar lo que sí pueden ser consideradas influencias positivistas de primera mano, permítasenos la expresión. Pero también puede ser fácilmente explicable el camino que siguieran estas influencias a que nos referimos para su introducción en España. Uno de los espíritus que marcó a ese hombre con deseos de renovación fue el carácter viajero, por el deseo de encontrar fuera aquellos avances que ya se habían dado en la ciencia y que aquí seguían siendo desconocidos. Los hombres de la I.L.E. fueron a la cabeza de visitas y asistencias a congresos y reuniones científicas internacionales, y de ellas aportaron a España el movimiento renovador que ya por toda Europa había comenzado décadas atrás.

#### IV

Los hombres de la I.L.E. fueron los grandes impulsores de los viajes a países europeos donde ampliar estudios y participar en altas reuniones de carácter científico, así como también se encargaron de

---

<sup>6</sup> I. Turín (1967) también marca este aspecto de los inicios del estudio del cuerpo como reacción al intelectualismo y como resultado de la evolución de la ciencia médica. Será fuera de nuestras fronteras donde se generarán y hombres de la Institución quienes lo importan.

traer a España escritos de intelectuales y estudiosos de renombre, y ello a través de las páginas del Boletín de la citada Institución (B.I.L.E.)<sup>7</sup>.

En general, la influencia, o por mejor decir, las miradas al exterior como fuente de información y «razón suplementaria» de obrar, estuvieron centrados en Inglaterra y Francia, aunque la influencia alemana que abriera camino el maestro Sanz del Río no desapareciera. El historiador Tuñón de Lara matiza esta influencia en el caso inglés:

En 1882 importa la Institución, de Inglaterra, el empleo de juegos y deportes en la educación. También es interesante el ascendiente que tuvo sobre Giner el matrimonio Riaño-Emilia de Gayangos, educada ésta en las normas británicas. Confirma esta tendencia britanizante el autorizado institucionalista que, con el seudónimo Lafuente y Tejuca publicó el trabajo «Los orígenes de la Institución Libre de Enseñanza», *Boletín de V.I.E.*, París, 1947, donde dice: «Visitando repentinamente este país (Inglaterra) por miembros y discípulos, la vida inglesa influye poderosamente en la Institución».

Y más adelante:

Forja de minorías selectas... realizándose el esfuerzo de hacerles españoles y distinguidos, soñando con los tipos ideales de Eton, de Oxford o de Cambridge, que se ponían por modelo.

(TUÑÓN DE LARA, 1982, 102)

La influencia francesa no es menor, y más en el caso de la disciplina concreta que nos ocupa: la Antropología. Pero sobre este aspecto, más adelante mencionaremos algún dato aclaratorio. Por ahora, baste reseñar lo que en este sentido de receptor de influencia e impulsor de la misma pudo tener que ver quien sigue siendo objeto de esta comunicación: el Dr. Simarro. Aún de forma telegráfica, recordemos sus estudios postgraduados de París, aun cuando ya tenía plaza en el Manicomio de Leganés, donde actuaba como psiquiatra, pero que renuncia a la plaza para aumentar su formación con las nuevas corrientes que en Europa se dan. Con este espíritu, realizó curso en la ciudad francesa con V. Magnan, especialista en enfermedades mentales; con uno de los iniciadores de la Neurología y especialista en enfermedades del sistema nervioso, así como profesor de anatomía patológica J. M. Charcot; con el fisiólogo Premio Nobel en 1913, Ch. Richet; con el profesor de anatomía e histología, L. A. Ranvier; y con el profesor M. Duval<sup>8</sup>. Pero el Dr. Simarro también fue un

<sup>7</sup> Puede consultarse para más detalle sobre la participación extranjera en el B.I.L.E. la nómina bibliográfica elaborada por ESTEBAN MALEO, L. (1978).

<sup>8</sup> El curso que realizara con este último en la Escuela de Antropología en París está resumido por él en el B.I.L.E. SIMARRO (1880).



promotor de este necesario enriquecimiento científico fuera de nuestras fronteras, como lo demuestra el hecho de ser fundador de la Sociedad Española para el Progreso de la Ciencia, y organizador de la Junta de Ampliación de Estudios. Parece, por todo ello, lógico el suscribir lo que su biógrafo y amigo C. M. Cortezo dice sobre su marcado carácter positivista y con influencia darwiniana, producto muy posiblemente de sus contactos con el exterior.

Llegado este punto de lo escrito y descrito hasta aquí, convendría entrar ya en materia más específica, como es el tema general de la Antropología en cuanto a objetivos, desarrollos y otros detalles de la disciplina en la época, para descender posteriormente en la materia específica de la Antropología Pedagógica.

## V

En cuanto a los aspectos generales de la Antropología no nos extenderemos en exceso, por considerar que ya existen algunos escritos que pueden ser consultados y son varios los investigadores dedicados a la tarea de historiar la Antropología en nuestro país<sup>9</sup>, e incluso por tener ya, en estas conferencias, prevista la atención a tal tema por parte de otros investigadores.

Podría quedar definida la Antropología de la época como:

(...) La historia natural del hombre hecho monográficamente y basada en los fecundos métodos de las Ciencias Naturales, estudia el hombre como animal, el más perfecto de la serie, utilizando de la Anatomía y Fisiología lo que puede tener relaciones con el resto de los seres, y le estudia como ser pensante y de razón, pero descubriendo en sus más elevadas manifestaciones, analogías y diferencias, ya entre las diversas razas del mismo, ya como término superior de la especie. Le estudia, en resumen, con el criterio taxonómico que lo hace siempre la Historia Natural.

(HOYOS SAINZ, 1917, 4)

Y utilizo esta definición como ilustración de uno de los espíritus que presidía el hacer antropológico en la época. Me refiero a las dos formas que se tenían de entender la Antropología: la tendencia naturalista que sin duda viene influida del extranjero, y la tendencia filosófica que tiene sus más fieles seguidores en los sectores eclesiásticos que no dudan en propagar el peligro de seguir ese otro modelo de hacer antropológico. Podríamos matizar la primera corriente con las siguientes palabras:

<sup>9</sup> Aun a costa de olvidar alguno, citemos los estudios de C. LISON (1971); L. HOYOS (1911, 1915); ANTÓN y FERRÁNDIZ (1912); A. M. VERDE (1977); PUIG-SAMPER y GALERA (1983); F. DEL PINO (varios años), etc. Todos ellos tocan algún aspecto de la Antropología desde un punto de vista histórico.

(...) Las Ciencias Sociales han de estar enmarcadas, aunque de una manera peculiar, en la historia natural, porque tanto el individuo como las sociedades, obedecen a las leyes generales de la educación y del transformismo.

(LISÓN TOLOSANA, 1971, 113)

Parece claro el porqué del rechazo de la iglesia decimonónica a este nuevo modelo de ciencia del hombre. Recuérdese que en la época en la que nos movemos (Restauración y años siguientes), la cuestión religiosa tomó unos tintes especiales referidos al poderío eclesiástico, que había mermado durante la época isabelina. En la Constitución de 1876 se declararía el Estado Español como confesional católico, dándoles a los obispos un puesto en el senado, alzándose, en definitiva, el trono y el altar. Este poderío repercutirá en el hacer científico que se sumirá de nuevo en el oscurantismo ya referido en estas páginas, y con el que pretendían acabar las mentes más progresistas. Pero aclarando su concepto de Antropología, podemos decir:

(...) La Antropología pertenece al campo de las Ciencias Filosóficas y morales, porque el hombre, además de tener una naturaleza que puede estudiarse según los rigurosos métodos naturalistas, es esencialmente temporal e histórico. La escolástica, Bossuet, Maine de Biran, Kant, Perty, etcétera, indican ya el camino a seguir. El P. Zacaras Martínez dice que los antiguos, al estudiar el orden material, inmaterial, moral y espiritual humanos, no hicieron uso del microscopio porque no existía, pero en cambio usaron un instrumento que vale infinitamente más que los mejores y más potentes microscopios del mundo: la luz intelectual. Con esa luz estudiaron el espíritu y sus actos, y pudieron deducir consecuencias muy legítimas, relativas a nuestro origen y destino futuro.

(LISÓN TOLOSANA, 1971, 114)

Y estas palabras ya nos indican el enfrentamiento con la nueva ciencia, influida por las corrientes más críticas de tinte positivista<sup>10</sup>.

En cuanto al desarrollo de la Antropología en el siglo XIX en España, refiriéndonos como parece lógico a la que preferimos llamar de corte científico, podríamos seguirla a través de la cronología elaborada por Puig-Samper y Galera (1983, 21-27), que después ellos mismos desarrollan en su obra, o también a través de la obra de Lison Tolosana (1971).

Este acercamiento a tesis más científicas positivas es lo que sirve de explicación para muchos sobre la dedicación tan especial que se da en la Antropología de la época hacia el campo de la anatomía y de la historia natural. Y no resulta descabellada la idea si

---

<sup>10</sup> El propio Hoyos Sainz llegará a decir: «La llamada Antropología Filosófica, aceptada por sí siguiendo muchos autores, y a mi maestro, creo no tiene sustantividad propia, quedando como el proceso deductivo y generalizador, a veces hipotético, de toda construcción científica» (H. Sainz, 1917, 6).

pensamos en los presupuestos de un hacer científico que se caracterizaban por la necesidad de demostración empírica de aquello que se concluía, o sea, el recurso ineludible a la «verdadera observación», entendida ésta como:

(...) única base posible de los conocimientos accesibles en verdad, adaptados sensatamente a nuestras necesidades reales.

(CONTE, 1980, 27)

Un espíritu positivo que se fundamenta en el «ver para prever», en «estudiar lo que es, a fin de concluir de ello lo que será».

Como decía, la necesidad de recoger estos principios es lo que animó a la Antropología a dirigirse hacia el campo que hoy denominamos Antropología Física:

Después de la organización de los estudios antropológicos en Francia, la noción de lo que es la Antropología derivó en gran parte hacia el campo de la anatomía y la historia natural, debido entre otros factores al intento de dar un carácter científico desde el punto de vista positivista a los estudios en torno al hombre.

(PUIG-SAMPER Y GALERA, 1983, 9)

Pero con ello no queremos caer en la tentación de reconocer que sólo en el campo anatómico-fisiológico y biológico fue donde se desarrolló la Antropología. Otros campos como el de la Etnografía, Folklore, etc., también fueron desarrollados en la época.

También hay que reseñar el hecho notable de que las primeras sociedades antropológicas estuvieran compuestas en la mayoría de los casos por médicos, cosa que no sabríamos muy bien explicar si la razón se debe a esa derivación de la Antropología hacia campos cercanos a los temas que ellos estudiaban, o si son ellos mismos los que se inscriben bajo el epígrafe de antropólogos al tratar ya de antemano temas que por considerarlos estudios del hombre incluyen en la Antropología. La cuestión que no cabe duda es que la Escuela Antropológica Francesa estaba compuesta en su mayor parte por médicos, encabezados por P. Broca, y la primera Sociedad Antropológica Española, que tanto hereda de sus colegas franceses, tiene una composición idéntica: de los cincuenta y siete socios fundadores, cuarenta eran médicos, lo que nos da una clara información sobre los posibles intereses y temas de estudios a los que se dedicara la Asociación que se creara a instancia del Dr. González de Velasco en 1865<sup>11</sup>. Justamente, la aparición de esta Sociedad es considerada

<sup>11</sup> A. M. Verde se mueve en los mismos parámetros de consideración de los autores ya citados:

«Según la documentación recogida, el número de médicos fue elevado, lo que explicaría que el primer impulso dado respecto a la llamada Antropología

para algunos historiadores de la materia, como Hoyos Sainz (1911), como el comienzo del período científico de la Antropología española. Uno de los grandes puntos de estudio de la Sociedad, aparte de los de ámbito etnográfico fue el «estudio físico-químico del hombre».

El Dr. Velasco que representa la línea extra-universitaria, según Arquiola (1981), en cuanto a la relación entre Anatomía y Antropología, no cansará en remarcar continuamente esta referida relación. Un ejemplo de ello puede ser la revisión de la comunicación que en 1878 presentara a la Sociedad Antropológica con el título «Nociones antropológicas o breve resumen anatómico del cuerpo humano dedicado a la juventud», y ésta es ya en la que el carácter antropológico ha quedado más marcado, pues en anteriores escritos la preocupación había sido claramente anatomista:

El interés con que Velasco se movió fue prioritariamente anatómico. Por ello, en sus diversas observaciones y reseñas sobre la estructura de los museos, éstos eran museos anatómicos y anatomopatológicos, y sólo en 1875 incluye una sección de anatomía comparada de las razas, que no existía en los proyectos de 1869».

(ARQUIOLA, 1981, 11)

Con los años será otro médico quien siga las líneas de relación entre Anatomía y Antropología, y que seguirá siendo fiel a las influencias francesas. Nos referimos al Dr. Calleja:

Igualmente fue sensible a la importancia que el desarrollo de los estudios antropológicos podía rendir a la propia anatomía, y llegado su momento colaboró y defendió la independencia de la nueva disciplina, e intercedió desde sus puestos de poder —fue Decano y Director General de Instrucción Pública— para conseguir la creación de una Cátedra de Antropología Física.

(ARQUIOLA, 1981, 12)

El propio Dr. Calleja defenderá la necesidad de estudiar Antropología en un discurso leído ante la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en 1982, donde reiterará la necesidad de una cátedra sobre tales estudios en nuestro país. También Hoyos Sainz reconoce estos intentos del Dr. Calleja:

Debe figurar a la cabeza de la que por su posición oficial han realizado más trabajos en pro de la Antropología, el catedrático y decano de la Facultad de Medicina, Dr. Julián Calleja, que propuso, siendo Director General de Instrucción Pública en 1886, la creación de una Escuela Superior de Antropología, y posteriormente planeó el establecimiento de un instituto de nuestras ciencias, procurando realizar el pensamiento del Dr. Velasco de que en su Museo, creado en 1872 y adquirido por el Estado

---

Física fue muy superior, y una vez desaparecida la Sociedad florecieran también de forma mayor este tipo de estudios, estando enclavada la primera cátedra de esta materia en la Facultad de Medicina» (VERDE CASANOVA, 1977, 23).

diez años más tarde, se creara una escuela libre y gratuita de Antropología, a semejanza de las establecidas en varias capitales de Europa.

(HOYOS SAINZ, 1911, 14)

La cumbre de la relación entre Anatomía y Antropología la considera E. Arquíola (1981) realizada con el Dr. Olóriz, quien en su *Manual de Técnica Anatómica* (1890) ya dedica una parte importante a cuestiones antropológicas. La creación en la Facultad de Medicina de Madrid, por instancia suya, de un laboratorio y Museo de Antropología, da alguna muestra más de lo que decimos. Pero sobre todo es de interés reseñar su dedicación en el campo de la Antropometría, considerándola como una nueva metodología que aporta rigorismo y exactitud matemática a los estudios anatómicos. En la última etapa de su vida se dedicó con mayor detalle a lo que en la época se consideraba como una aplicación de los estudios antropológicos: la Antropología Criminal, que tenía, como otras ramas, sus orígenes en el extranjero, con los estudios en Italia de C. Lombroso<sup>12</sup>.

En las tres figuras citadas se puede observar una idéntica influencia y por ende, y en general, en toda la Antropología española, nos estamos refiriendo a lo que supuso para los estudiosos e investigadores en el campo antropológico los avances que sobre este mismo tema ya se habían dado y se estaban dando en Francia. Alguno de nuestros médicos-antrópologos fueron alumnos de Broca, Topinard y Quatrefages, y ya nos hemos referido como en el caso que nos ocupa: el Dr. Simarro, también se produjeron influencias francesas, gracias a sus viajes que a este país realizara. El caso español que ya hemos reseñado en cuanto a la influencia de Medicina en la Antropología es idéntica a la situación francesa. De los diecinueve fundadores de la Société d'Anthropologie, dieciséis eran médicos que aun teniendo un amplio concepto de Antropología en cuanto a las ciencias que abarcaba, dirigen más especialmente sus miras hacia la anatomía y fisiología:

Todos ellos vuelven a coincidir al resaltar la prioridad del estudio de los caracteres físicos, por ser los más objetivos y perdurables. De aquí que se inclinasen preferentemente por el examen físico del hombre, intentando aclarar cómo era físicamente en su conjunto y en cada uno de los grupos o subgrupos en que físicamente podía subdividirse.

(ARQUIOLA, 1979, 21)

---

<sup>12</sup> Para mayor detalle sobre la figura de Olóriz puede consultarse a ARQUIOLA, E. (1981a); sobre la Antropología Criminal y el Dr. Lombroso puede consultarse a PUIG-SAMPER y GALERA (1983), en el último capítulo de la obra, así como la bibliografía citada allí.

Y como se ve, aparecen también las llamadas a la creación de una nueva ciencia que considerase la base diferencial de los seres humanos, y para ello tienen que crear sus propios métodos, pero al amparo de los propios positivistas:

Este será el procedimiento a seguir en las pesquisas antropológicas: realizar observaciones mensurativas individuales y repetidas en gran número de sujetos, hombres vivos, cadáveres y restos óseos, y con las series de cifras obtenidas, establecer las medidas máxima, media y mínima para cada característica estudiada.

(ARQUIOLA, 1979, 22)

El propósito era claro, y los difusores de esta ciencia en España lo siguieron muy de cerca. Ya nos hemos referido a ello: desarrollar una ciencia positiva, resultado de la observación de hechos mensurables.

Llegado este punto, considero importante entrar ya en el contenido y recorrido de la ya referida en un principio Antropología Pedagógica, y que es el punto de conexión para nosotros con la figura del Dr. Simarro. Espero que no se entienda lo hasta aquí dicho como una larga introducción que no aporta nada clarificador a lo que en adelante se relatará. Sirva de antemano reseñar que considerábamos de interés, en primer lugar, encuadrar en un marco teórico de estudio lo que para nosotros es una investigación histórica; en segundo lugar, la necesidad de referencia a la época en cuanto corrientes filosóficas-científicas se refiere, para situar al autor que nos ocupa; y en tercer lugar, la mención de la situación de una Antropología general que deriva especialmente hacia la Antropología Física y que considerará la posible aplicación de sus estudios en el terreno pedagógico.

## VI

Con las últimas palabras podemos enlazar haciendo ver cómo se situaba la Antropología Pedagógica dentro de la llamada Antropología aplicada y de esta forma entrar en la consideración de ser y hacer de esta disciplina.

La más moderna, pero la más interesante y actual de las Antropologías aplicadas<sup>13</sup>, es la Antropología Pedagógica, cedida por la aplicación de

---

<sup>13</sup> PUIG-SAMPER y GALERA (1983) también consideran a la Antropología Pedagógica como surgida de la aplicación de algunos aspectos de la Antropología. Citan los numerosos exámenes antropométricos realizados por Rufino Blanco, así como el laboratorio antropométrico que existía en el Museo Pedagógico y del que fue director el propio Dr. Simarro. Como nota interesante hay que decir que este laboratorio existía antes de 1899, fecha que señala Hoyos Sainz como aparición del primer laboratorio antropológico creado por el Dr. Melzi.

los métodos al estudio del niño y constituida en la actual crisis de la Pedagogía como base objetiva de la misión, al ser considerado el niño como una realidad concreta, no como una abstracción ni como una reducción cuantitativa, pero no esencial, de hombre.

(HOYOS SAINZ, 1917, 30)

Este mismo autor continuará diciendo, para tratar de aclarar el concepto y hacer de esta disciplina:

Así nacida, ha englobado en su sentido amplio el conocimiento de las formas y del crecimiento de las mismas con los dos modos con que la morfología humana y la Antropología concreta los estudian; el de las actividades y funciones fisiológicas, esencialmente en lo que al desarrollo y formación en las edades escolares añade, y el del origen y evolución de los procedimientos psíquicos en este período formador y plástico, cuyo conocimiento permite excitarlos y dirigirlos.

(HOYOS SAINZ, 1917, 30)

Los iniciadores de esta rama de la Antropología los sitúa Hoyos en Italia y son para él el profesor Melzi, que en 1899 creara el primer laboratorio de esta ciencia, el profesor Pizzoli, que denomina más exactamente, desde nuestro punto de vista, a la disciplina Biología Pedagógica, y la doctora M. Montessori, de quien se conserva una obra dedicada a la disciplina y titulada *Antropología Pedagógica* que ya contaba en 1913 con una edición inglesa.

Son médicos en su mayoría los que se dedican a estos estudios antropométricos de la infancia, pero resultaría innecesaria tal mención al haber reconocido ya la dedicación de tales profesionales por el campo de la Antropología, si no fuera por el hecho coincidente de que son también médicos los que se empiezan a ocupar en el campo de la educación del estudio del cuerpo y la necesidad de ser considerado a la hora de educar. Ya hicimos breve mención al referirnos a la I.L.E. y nuevas corrientes de educación. Son J. Itard con la educación del niño salvaje (Víctor de Aveyron) y E. Seguin quienes son considerados los primeros médicos en actuaciones educativas con principios científicos de por medio para poder sustentar sus situaciones, aunque éstos no resultan un tanto distantes al dedicarse al campo más específico de la llamada educación de deficientes<sup>14</sup>. De cualquier manera son muchos más y varios países los que empiezan a preocuparse por el estudio del niño desde un punto de vista de la Psicología y con una metodología experimental positivista que en definitiva era lo que se escondía tras gran parte del título de la Antropología Pedagógica.

---

<sup>14</sup> Puede consultarse DEBESSE y MIALARET (1974, 118-120) y AVANZINI (1979, 235-241).

En 1893, Stanley Hall crea la Asociación Nacional para el Estudio de los Niños, que inspira en James Sully la idea de una Asociación Británica para el Estudio del Niño (1894). En 1896 se constituye la Sociedad Polaca para el Estudio del Niño; en 1847, en Arona, Italia, se abre un gabinete de Antropología Pedagógica. En 1899 ven la luz en Anvers un Instituto de Psicología; en Berlín, un Instituto de Psicología Infantil, y en París, una Sociedad Libre para el Estudio Psicológico del Niño, que animará Ferdinand Buisson, y más tarde, Alfred Binet. En 1900, el Museo Pedagógico de Petrogrado organiza una enseñanza de Psicología Experimental, mientras en Upsala (Suecia) expone un seminario de Psicopedagogía. En 1904 se funda en Milán un Instituto de Psicología Experimental. El año 1906 ve nacer en Belgrado una Sociedad para la Psicología del Niño, y en Budapest una Sociedad Húngara de Psicología. En 1908 se abre en Santiago de Uribe un Instituto de Psicología y Pedagogía Experimental. El Instituto Nacional de Psicología (Bélgica) y la Sociedad Rusa de Pedagogía Experimental se fundan en 1909 (y siguen algunos datos más en el texto).

(AVANZINI, 1979, 108)

Pasemos ahora a analizar alguno de los escritos que en la época que tratamos se dieron en España y que fueron claramente dirigidos a aclarar el campo de la Antropología Pedagógica<sup>15</sup>:

## VI. a

En primer lugar nos encontramos con la obra de Pedro de Alcántara García (Prof. de las Escuelas Nacionales Centrales), titulada «Prolegómenos a la Antropología Pedagógica» (1880), en la que nos resume el hacer de unos estudios que él justifica como imprescindibles para la educación. Así, refiriéndose a los principios de los que ha de partir la educación, llega a mencionar:

Estos principios a los que nos referimos, no son otros que los que suministra la ciencia que estudia al hombre, o sea, los principios antropológicos...

(P. DE ALCÁNTARA, 1880, 8)

Y esta disciplina que tanta importancia pretende justificar, tiene unos presupuestos científicos claros para el autor, pues no habrá Pedagogía exacta, ni científicamente construida, sin la existencia de estos conocimientos antropológicos. Unos conocimientos que no han de olvidarse ser adquiridos bajo presupuestos de las modernas teorías en la época, que ampara el criticismo y el positivismo, y que tantos resultados están obteniendo en el campo de la experimentación fisiológica y en su aplicación a la Psicología Infantil.

---

<sup>15</sup> Este tema ya lo hemos tratado con cierta extensión en una reciente reunión científica internacional (GARCÍA CASTAÑO, 1983a, 3-6).



El contenido que una Antropología Pedagógica ha de tener, según el autor citado, son los siguientes:

— Nociones antropológicas que partirán de estudiar qué es el hombre en general, pasando luego al hombre puramente físico con la aplicación de tales conocimientos a la educación, pasando también una revisión a la vida, en relación con la del espíritu.

— Estudios del niño, que supondrá un conocimiento de él bajo el doble aspecto de la naturaleza psico-física.

— Estudios del desarrollo individual del hombre, que no van más lejos de todo aquello que hoy podamos incluir bajo la denominación de Psicología Evolutiva.

Pero, amén de poder consultar esta obra que citamos, existe ya un pequeño análisis hecho por Navarro Utrilla (1981) en el que se pasa revisión a la misma.

Otro de los escritos de la época es el *Compendio de Antropología y Pedagogía* de P. Díaz Muñoz (1914). En él se define la Antropología Pedagógica de la siguiente manera:

La Antropología Pedagógica consiste en el detenido estudio que de la naturaleza humana se hace para conocer, no sólo su desenvolvimiento en el orden físico y psíquico, sino también la armonía que en todas las funciones de la vida debe existir entre los elementos materiales y espíritu, constituyendo el orden psicofísico. Y estos conocimientos han de ser valiosos e imprescindible precedente para que el maestro haga una acertada distribución del tiempo y del trabajo, elija los métodos, las formas, los procedimientos y el material, es decir, todas las medidas que conceptúe idóneas para que nada deje que desear la educación de la niñez.

(DÍAZ MUÑOZ, 1914, 15)

Los temas de estudio que cubren esta Antropología Pedagógica serían la Fisiología y la Psicología. Entendida la primera como una parte de la Antropología que estudia las funciones de la vida orgánica, las causas de las que dependen estas funciones, sus leyes de manifestación y los fenómenos que se realizan. Y entendida la segunda como la ciencia que estudia la misma naturaleza del sujeto en la que se suceden fenómenos anímicos.

También será parte de la Antropología Pedagógica la Psicofísica Pedagógica, que marcará el posicionamiento sobre el concepto del hombre y su origen, así como las diversas teorías enfrentadas. Teorías como el monogenismo, el poligenismo, el transformismo, la selección natural, que están valoradas en la obra con un marcado carácter conservador católico y cristiano.

Se incluirá en una parte final de la dedicada a la Antropología el tema de la Antropometría, entendida ésta como muestra de la «medida del hombre»:

La Antropometría es muy importante si consideramos que es una ciencia experimental que nos suministra datos relacionados con el proceso educativo, y que nos permite apreciar periódicamente el desarrollo del organismo del niño.

(DÍAZ MUÑOZ, 1914, 178)

Esta faceta antropométrica que se adjunta al campo de la Antropología Pedagógica resulta de máxima importancia en el tema general que nos ocupa por haberle dedicado el Dr. Simarro parte de su tiempo como investigador. Por ello, más adelante volveremos sobre ella.

Por último, una obra de mayor brevedad en cuanto al tema dedicado de la Antropología Pedagógica, es la de G. Herrainz: «Tratado de Antropología y Pedagogía» (1897). En ella se define la Antropología como estudio del hombre tanto en su aspecto físico como psíquico, y es alma y cuerpo el objeto de tales estudios, para una mejor comprensión del niño y la posterior facilidad a la hora de educarle.

No quiero dejar de mencionar una interpretación etimológica que hace el autor sobre la palabra Antropología, entendiéndola como conducción del hombre, obteniendo así el motivo cercano al concepto etimológico de la palabra Pedagogía.

## VI. b

Otro de los aspectos que nos interesa recoger, en cuanto que informa sobre el proceso seguido por la Antropología Pedagógica, es el legislativo en lo referente a los cambios de estudios que se sucedieron en las Escuelas Normales de Maestros lugar claramente propicio para que se dieran estos estudios.

Desde la creación en 1848 de las Escuelas Normales, muchos cambios y reestructuraciones se sucedieron, casi todos ellos ligados a cambios políticos y administrativos. Analicemos tan sólo los cambios en los planes de estudio, y en cuanto pueda aportar algún dato de interés para la materia que nos ocupa.

El 23 de septiembre de 1898 es modificado y reorganizado el plan de estudios de Escuelas Normales. Tal modificación aparece oficialmente en la *Gaceta de Madrid* del 25 de septiembre del mismo año. En la ley promulgada podemos leer:

### Art. 21.

En las Escuelas Superiores de Maestras y Maestros se estudiará el grado elemental de Magisterio en las mismas condiciones que se estudia en las Escuelas Elementales.

El Grado Superior se estudiará en dos cursos académicos y comprenderá las siguientes asignaturas:

(...)

6.º Antropología, Psicología y Teoría completa de la Educación.

(GACETA, 1898)

En sucesivos artículos se explica que tales asignaturas se estudiarán en el primer curso en tres lecciones semanales de hora y media (art. 22) y será un profesor quien se encargue de ello por completo (art. 24). Para las maestras quedarán reducidas las clases a dos lecciones semanales, también de hora y media (art. 26).

En el curso de Escuelas Normales no superiores, la asignatura será denominada «Antropología y Pedagogía Fundamental» (art. 29).

Por último, nos interesa recoger sobre esta reorganización del plan de estudios lo que se menciona en el art. 30:

Los principios de Antropología y Pedagogía comprenderán lecciones de Psicología y de Fisiología, teniendo en cuenta los adelantos modernos de estas ciencias (...)

(GACETA, 1898)

En julio de 1900 se sucede un nuevo cambio en la Escuela de Magisterio. En esta ocasión no aparece la Antropología como asignatura, aunque un año más tarde, el 17 de agosto de 1901, en una nueva reestructuración del plan, volverá a aparecer (*Gaceta* del 19 de agosto de 1901). En esta ocasión la asignatura completa llevará el nombre de Antropología y Principios de Psicogénesis \*, y se impartirá igualmente en primer curso.

Posteriormente se sucedieron de nuevo varios planes de estudios en los que deja de aparecer la Antropología como disciplina. Incluso cuando en 1909 se crea la Escuela Superior de Magisterio, tampoco aparece en su plan de estudios. De cualquier manera, sí se puede leer en la ley de creación de esta última Escuela Superior las siguientes palabras:

Así puede observarse que en plan de estudios de la E.S.M., no sólo se dan los medios de adquirir los modernos conocimientos científicos, poco atendidos hasta ahora en las E.N., sino que se transforman y especializan los estudios de Pedagogía, realizando los ejercicios prácticos, dando a cada una de las ramas fundamentales científicas en que estaban su valor y solidez, e incorporando a ella por primera vez en España estudios tan importantes como la Fisiología, Psicología y Psiquiatría del niño, que van renovando en ambos hemisferios el sentido de la pedagogía tradicional.

(GACETA, 1909, 1402)

---

\* Estudia los orígenes y evolución de las funciones psíquicas o de las perturbaciones.

Hasta la reforma del plan de estudios de esta escuela que se diera en 1930, no volverá a aparecer la Antropología como asignatura, y esta vez con la denominación de Antropología Pedagógica. En la aprobación de dicho plan que se diera al año siguiente, aparece en el tercer curso y en el quinto semestre del mismo para ser impartido. De cualquier manera, hemos de tener presente que sin darse estudios con esta denominación, sí se impartían materias cercanas a lo que en su contenido se incluía (Fisiología, Psicología, etc.), y era precisamente una persona que ha de ser considerada como antropólogo: L. Hoyos Sainz, quien era catedrático de esa materia. Y este aspecto que reseñamos para la época en la que ya apareció la Escuela Superior de Magisterio, ha de tenerse igualmente en cuenta para períodos anteriores en el pensar que aun sin recogerse con tal título una asignatura en el plan de estudios, sí se impartían contenidos muy cercanos.

#### VI. c

De cualquier manera, esta serie de fechas y citas legislativas no nos resolverán nada si no acudimos a conocer aquello que se estudia e imparte detrás del título de la ya mencionada asignatura.

Escogemos, por ejemplo, el programa que nos ofrece el profesor Casado y Mesa de la asignatura de Antropología, Psicología y Teoría Completa de la Educación. En él se puede leer en alguno de los títulos de sus lecciones:

*Lección 3.ª*—Antropología. Razón de orden. Las acepciones y verdadero carácter. Su definición. Elementos que descubre el análisis. Ciencia que supone y ciencias que de ella se derivan. Sus diferencias y relaciones con las ciencias Psico-Humanas y Físico-Humanas. Carácter sintético de los estudios antropológicos. Conclusiones.

*Lección 4.ª*—Antropología. Razón de orden. La naturaleza y distinción de la Psicología y Fisiología, Biología, Anatomía y Patología. Lugar que le corresponde en la ciencia. Su definición y objeto. Errores fisiológicos sobre este punto. Conclusiones.

*Lección 5.ª*—Nociones sintéticas del hombre físico indispensables en la Antropología. Razón de orden. Elementos del cuerpo humano. Clases de elementos y órdenes de los mismos. Su composición en órdenes superiores. Organos, aparatos, sistemas, actos y funciones. Examen sucinto de ellos. Conclusiones.

(CASADO Y MESA, de su expediente personal)

Y aún continúa una larga lista de lecciones sobre otros particulares, algunos de los cuales serían de interés para la Antropología, pero escapa del campo en el que estamos más directamente interesados, como es el físico-anatómico.

De igual forma, presentamos como dato el programa de Pedagogía utilizado por las Escuelas Normales para los exámenes de la Reválida Superior en la última década del siglo pasado. De entre todas las lecciones nos interesa resaltar para nuestro trabajo las siguientes:

- 2.<sup>a</sup> La Antropología como base de los estudios pedagógicos. Carácter y extensión que debe darse a este estudio en las Escuelas Normales.
- 3.<sup>a</sup> Material de estudio e instrumentos empleados por los antropólogos. Cuáles pueden emplearse en la Escuela.
- 4.<sup>a</sup> Importancia del cráneo. Antropometría. Su valor pedagógico. Medidas diversas. Proyecciones.
- 5.<sup>a</sup> Estudios de los caracteres psico-físicos. Psicometría. Índices y valores. Su aplicación en la Escuela.
- 6.<sup>a</sup> Hojas de observación y registros antropométricos en las escuelas. Su importancia.

(DOCUMENTACIÓN ARCHIVO DE LA ADMÓN. LEGAJO 6367)

Como se notará, nos movemos en este punto a un mero nivel de información y recopilación de datos, tarea etnográfica que denominamos los antropólogos. Amén de realizar un análisis global a partir del modelo teórico propuesto ya en la introducción, resultaría altamente peligroso el sacar consecuencias más allá del reconocimiento de la mención y estudio de la disciplina que estudiamos en la época que nos preocupa. El ir más lejos, como digo, careciendo del contenido real que tras estos epígrafes se encerraba, sería muy aventurado y entraría en el terreno de la especulación.

## VI. d

Continuando con lo que se refiere al desarrollo de estudios antropológicos en la escuela no hay que dejar, aunque sólo sea de reseñar los artículos que J. Caso publicara en el *B.I.L.E.* (1883) sobre la enseñanza de la Antropología en la escuela, en los que se pasa examen a asuntos de higiene y sanidad escolar <sup>16</sup>.

Por último, queremos traer a mención algo que ya hemos tocado cuando hablamos de la obra de Díaz Muñoz (1914) y que irá referido a los estudios antropométricos. El Dr. L. Simarro, directa o indirectamente, intervino en alguno de los procesos de desarrollo de la Antropología Pedagógica, en cuanto a los subsistemas que la componen se refiere, y que hasta ahora hemos reseñado. No olvidemos que ya en el año 1896 dictó unas lecciones en el Museo Pedagógico

---

<sup>16</sup> Puede consultarse el *B.I.L.E.* para seguir el desarrollo del autor, así como leer algún comentario en la obra de NAVARRO UTRILLA (1981, 224-228).

Nacional de Antropología Escolar, pero la tarea que más vivamente desarrolló en el campo pedagógico va referida a los estudios antropométricos con la confección de las famosas hojas antropométricas<sup>17</sup>.

Todo el hacer de esta parte de la Antropología se puede ver recogida, entre otras, en la obra de Hoyos Sainz (1893), donde hay un amplio capítulo dedicado al tema. Los datos antropométricos eran utilizados especialmente para la clasificación de razas. También, y siguiendo al italiano Lombroso, se utilizaban en criminología para la descripción del delincuente tipo, y una muestra de este hacer está recogida en la *Cartilla Antropométrica* que publicara el Gobierno Civil de Barcelona. Por último, también fueron utilizadas las técnicas antropométricas en la Antropología Pedagógica.

Aun a costa de repetirnos, tenemos que volver a señalar el marcado carácter de ciencia positiva que este mero hecho viene a reflejar. Todo se mide, tratando de esta forma de descubrir el ser más interno del hombre. Las curvas cefálicas pretenden significar la mayor o menor inteligencia; la adecuada robustez indica una predisposición hacia el rendimiento escolar. Sin duda, la medición era considerada como una forma para acercarse al conocimiento más exacto, riguroso, y, por ende, científico del ser humano.

La Antropometría que se reseñaba, como las observaciones en vivo, se dividía en caracteres descriptivos (señales como la edad y el sexo, y etnias como el color de la piel y ojos, formas de la cabeza, etc.), caracteres métricos (cefalómetro, tronco y extremidades), caracteres fisiológicos (respiración, fuerza, expresión mímica, etc.) e índices y proporciones. Aunque sobre alguna de estas medidas el escepticismo era muy grande a la hora de reconocer la aplicación que la obtención de dichas medidas puede reportar al hacer educativo, no deja de sorprender hoy el hecho de leer palabras como las siguientes de Díaz Muñoz:

Una caja torácica desarrollada, un peso regular, una talla proporcionada, el crecimiento normal y el pulso fuerte son signos de robustez. El niño que reúne estas condiciones puede entregarse a los trabajos ordinarios de la escuela.

(DÍAZ MUÑOZ, 1914, 192)

Aunque en este caso, el conservadurismo del autor en materias como las referidas al origen del hombre, etc., es chocante con la aceptación de principios positivistas como los que pueden estar detrás de la afirmación en materia antropométrica.

---

<sup>17</sup> Con ocasión de una reunión científica de Historiadores de la Educación, presentamos ya un breve estudio sobre los aspectos antropométricos en la escuela (GARCÍA CASTAÑO, 1983b).

Las hojas antropométricas eran el material que se utilizaba para la recogida de los datos de la medición, y de ellos pueden consultarse muchos ejemplos. La primera de la que tenemos referencia data de 1887<sup>18</sup>, fecha en la que se realizó por el Dr. Salillas y el Dr. Sáiz Campillo. En esta hoja antropológica se destacaban la estatura, la dinamometría, la circunferencia mamilar y el peso, así como algunos detalles de interés sobre enfermedades. De todo ello se obtienen datos tanto a la ida como a la vuelta de la colonia<sup>19</sup>.

Otros estudios antropológicos que pueden ser consultados son el de A. Mac Donald (1899) sobre los niños de las escuelas de Washington, donde se incluye la detallada hoja antropológica empleada. El estudio de G. Florez (1887) desarrolla lo que entiende por un Gabinete Antropológico para ser aplicado en Pedagogía. Lo hace siguiendo al italiano G. Sergi, y presenta lo que denomina «carta biográfica de los alumnos». Por último, F. Balleteros (1882) presentó en el Congreso Pedagógico de 1882 un Registro Pedagógico para uso de las escuelas primarias, y que constituyó, en definitiva, una hoja antropométrica.

Todo lo hasta aquí mencionado en lo que se refiere a la Antropología Pedagógica es lo que, en definitiva, vendrá a constituir la. Aun habiendo dejado de mencionar todo el carácter higienista y sanitario que se esconde tras el hacer de esta disciplina, al considerar y saber que mi sucesor en la palabra, el Prof. Navarro Utrilla, podrá dedicarle mejor atención. En definitiva, un todo que configuraba una disciplina y de la que desde muy temprano se fue consciente en nuestro país de su necesidad. Baste para demostrarlo las palabras que se mencionaron en la sesión 5 del 2 de julio del Congreso Pedagógico de 1882:

En las Escuelas Normales deben enseñarse aquellas asignaturas y conocimientos que conciernen directamente a la conservación del individuo, es decir, la fisiología, la higiene y la antropología.

(J. FONS, 1882, 212)

Y se continúa diciendo:

... deben incluirse estas asignaturas en los programas de esos establecimientos, consideradas como asignaturas importantísimas, con personal docente y adecuado para este fin, con el objeto de generalizar este conocimiento.

(*Ibidem*)

---

<sup>18</sup> Puede consultarse en Museo Pedagógico (1888).

<sup>19</sup> Sobre el análisis de resultados, puede consultarse Museo Pedagógico (1888, 52-53).

## VII

Y hasta aquí, sirva esta acumulación de datos e información sobre los contenidos y fundamentos de la disciplina Antropología Pedagógica en la época en la que ejerció en ella, de algún modo, el Dr. Simarro. Pasaremos ahora a hacer análisis de los mismos partiendo del modelo teórico que propusimos en las primeras páginas.

Hemos de partir de una consideración importante y que ya determina todo nuestro planteamiento en cuanto a la tarea de historiar la Antropología de la Educación. Esta última, como ya anoté brevemente, nace de la llamada Antropología Cultural, y da sus primeros pasos con la escuela configuracionista nacida entre los alumnos de F. Boas (R. Benedict, M. Mead, etc.) que se preocuparon por estudiar procesos de socialización en comunidades primitivas. Sin duda, se marca la diferencia en cuanto a la Antropología Pedagógica que hemos venido reseñando, que, al igual que toda la Antropología, tenía una marcada orientación: el carácter físico del estudio del hombre. Ahora bien, esta consideración que hacemos hemos de matizarla con una premisa de la que partíamos como era la necesidad de no aplicar el modelo actual de la división de las ciencias sociales a las estructuras de esta misma al pasado. Indudablemente, cada época ha estado «presa», en cierta forma, a sus preocupaciones, y ello ha determinado no sólo problemas peculiares, sino incluso nacimientos de disciplinas encargadas de dar solución a estos problemas. Se trataba de estudiar al hombre y la Antropología podía hacerlo, pero en los tiempos que corrían era necesario el hacerlo con presupuestos y métodos acordes a los modelos de ciencia que aceptaba la ciencia natural. Por ello, el acercamiento a sus métodos se debió ver como la salida más airosa para la inclusión de la Antropología en el árbol de las ciencias. En definitiva se pretendía sacar a los estudios de la especie humana del exclusivo campo de la especulación con claros tintes metafísicos. En este sentido, sí podemos hablar no sólo de intentar construir una ciencia, sino también de aplicar sus resultados e investigaciones como se pretendía de hecho con la llamada Antropología Pedagógica. Y en este punto sí podemos considerar coincidentes aquella Antropología de corte positivista y la llamada Antropología de la Educación, que con los métodos propios de la observación sistemática y la comparación, pretende acceder a un movimiento científico de la realidad de los procesos de transmisión de la cultura.

Podemos encontrar otras coincidencias que nos parecen de interés en el campo educativo. En la Antropología Pedagógica, y en sus estudios, se está escondiendo un principio básico para la educación: la diferenciación, la noción de no considerar a todos con



iguales condiciones para acceder al conocimiento, y, por ello, la necesidad de analizar esas diferencias (bien es verdad que partían de una concepción de diferencia físico-psíquica, naturales, etc.). Uno de los principios que también se inscribe entre las premisas de los configuracionistas que iniciaran los estudios educativos en comunidades primitivas, aunque en su caso va referido al grupo como entidad cultural diferenciada, que dará origen al concepto de relativismo cultural. Nosotros lo vemos hoy día como un principio básico de libertad, la necesidad de las condiciones tan diferentes en las que hacemos y por las que pasamos siendo educados en ellas, han de ser consideradas como un punto de diferenciación que no permitan «medir a todos con la misma regla».

En cuanto a las premisas que marcamos sobre la concepción de orígenes de la disciplina, hemos de decir como primer punto importante la necesidad de considerar un estudio geográfico más amplio para poder llegar a conclusiones definitivas sobre ello. Nos referimos a la necesidad de ampliar a otros países la información que sobre el nuestro hemos recogido, dado que como hemos visto, no seríamos pioneros del campo, y sin querer ni desear encontrar precursores, no debemos por ello negar que tales estudios se iniciaran con anterioridad fuera de nuestras fronteras. De cualquier manera ello no justifica un dato que creemos necesario resaltar, como es el de no encontrar referencias mínimas de los estudios en nuestro país sobre estos temas entre los historiadores de la Educación que hemos tocado. Incluso ya comprobamos cómo el propio Hoyos Sainz no hace referencia al Laboratorio Antropológico del Museo Pedagógico Nacional cuando se refiere a la disciplina, teniendo ya varios años de historia desde su creación hasta el momento en el que él expone la información sobre otros países.

Siguiendo dentro de este mismo aspecto de los orígenes, sí hemos de reconocer por otra parte alguna de aquellas premisas que expusimos, siguiendo a Voguet en Llobera (1980), (1977). Sí parece claro que los exponentes expresen un marcado sentido diferente de otras disciplinas, así como también se empieza a definir y delimitar un área distinta de investigación, aunque ese área hoy puede ser caracterizada y denominada de otra forma. En justa razón hemos de reconocer que estos primeros estudios antropológicos con idea de investigar sobre el desarrollo y crecimiento óptimo del infante para la mejor comprensión de los hechos de la acción educativa, son un claro exponente de los estudios de Psicología Evolutiva.

También encontramos la existencia de una metodología diferente y distinta, pero el carácter aplicativo del que surge la Antropología Pedagógica ha de ser achacado más exactamente a la Antropología en general. Y por otra parte, el espíritu del que surge esta nueva

metodología es el positivista que como ya conocemos pudo pecar en orígenes con un excesivo mimetismo respecto a las ciencias naturales.

Y esto nos hace entrar en el último aspecto a considerar y que denominamos «externalismo científico». Poco habrá que decir en cuanto a la clara influencia que modelos como el mecanicista, inductivista, empirista y, en fin, positivista, tuvieron sobre el nacimiento y primeras épocas de las ciencias sociales, y por ende, sobre la Antropología. Ahora bien, lejos de considerar exclusivamente perniciosa esta influencia, nosotros creemos que supusieron en cierta medida un paso en la construcción definitiva de nuevas ciencias y en la creación para las ciencias sociales de los propios criterios de validación, investigación, etc. En definitiva, su propio rigor científico fuera del amparo de las ciencias naturales.

## BIBLIOGRAFIA

### ANTÓN Y FERRÁNDIZ:

- 1912 *Antropología o Historia Natural del Hombre*, Madrid, Est. Tipográfico Suc. de Rivadeneyra.

### ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN:

Ministerio de Educación y Ciencia, Legajos núms. 6354, 6367, 6368, 6369, Alcalá de Henares.

### ARQUIOLA, E.:

- 1977 «Anatomía y Antropología en el Positivismo Francés», *Actas del V Congreso de Historia de la Medicina*, t. II (19-32), Madrid.  
1981 «Anatomía y Antropología Física en el Positivismo Español», *Asclepio*, núm. 33 (3-22).

### AVANCINI, G. (ed.):

- 1979 *La Pedagogía en el siglo XX*, Narcea, Madrid.

### BALLESTEROS, F.:

- 1982 «Registro Pedagógico para uso de las Escuelas Primarias», *Actas del Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano*, Madrid (191-196).

### BATANAZ PALOMARES, L.:

- 1976 «La Educación Española a través de los Congresos Pedagógicos (siglo XIX)», Tesis Doctoral inédita, Universidad Complutense, Madrid.

### CALLEJA Y SÁNCHEZ, P.:

- 1892 «Necesidad de proteger los estudios Antropológicos en España», Discurso leído en la Real Academia de CC. Exactas, Físicas y Naturales (1-80).

CARR, R.:

1969 *España 1808-1939*, Ariel, Barcelona.

CARTILLA ANTROPOMÉTRICA:

s/f. *Cartilla Antropométrica*, editada por el Gobierno Civil de Barcelona.

CASADO Y MESA:

v/f. «Expediente Personal», del Archivo General de la Administración, Ministerio de Educación y Ciencia, Exp. núm. 2097-1.

CASO, J.:

1883 «La Enseñanza de la Antropología», en *B.I.L.E.*, t. VII (152-56) (187-90) (235-38) (285-87).

1884 «La Enseñanza de la Antropología», en *B.I.L.E.*, t. VIII (266-68).

1885 «La Enseñanza de la Antropología», en *B.I.L.E.*, t. IX (125-27) (134-37).

CONGRESOS:

1882 *Actas del Congreso Nacional Pedagógico*, editado por «El Fomento de las Artes», Madrid.

1892 *Actas del Congreso Hispano-Portugués-Americano*, Madrid.

COMTE, A.:

1980 *Discurso sobre el Espíritu Positivo*, Alianza Editorial, Madrid.

CORTEZO, C. M.:

1926 «Luis Simarro», *Médicos Ilustres del siglo XIX* (5-32).

DEBESSE, M., y MIALARET, G.:

1973 *Historia de la Pedagogía*, Oikos-Tau, Barcelona.

DÍAZ MUÑOZ, P.:

1914 *Compendio de Antropología y Pedagogía*, Imprenta Andrés Martín, Valladolid.

FLÓREZ, G.:

1887 «Un Gabinete de Antropología Pedagógica», en *B.I.L.E.*, t. XI (33-35).

FONS, J.:

1882 Comunicación presentada en el Congreso Nacional Pedagógico, *Actas del Congreso Nacional Pedagógico* (p. 212).

GACETA DE MADRID:

1898 Del 25 de septiembre, núm. 268 (1253-54).

1901 Del 19 de agosto, núm. 231 (p. 792).

1909 Del 3 de junio, núm. 155 (1395-402).

1930 Del 8 de noviembre.

GARCÍA CASTAÑO, F. J.:

1983 «La Antropología Educativa Española. Perspectiva Histórica», Comunicación presentada al XI I.C.A.E.S., Canadá.

1983a «La Aplicación de la Antropología Pedagógica a la Escuela», *Actas del II Coloquio de Historia de la Educación*, Valencia.

GUTIÉRREZ ZULUAGA, I.:

- 1980 «Un siglo de participación española en Congresos Pedagógicos», *Actas del VI Congreso Nacional de Pedagogía* (11-21).

HERRAINZ, G.:

- 1896 *Tratado de Antropología y Pedagogía*, Vda. Hernando y G.<sup>a</sup>, Madrid.

GARCÍA, P. A.:

- 1880 *Prolegómenos a la Antropología Pedagógica*, English y Gas. Madrid.

BLANCO ALCÁNTARA, E.:

- 1909 *Antropología Pedagógica*, Imprenta Perlado, Madrid.

HOYOS SAINZ, L.:

- 1893 *Técnica Antropológica*, Imp. de los Huérfanos, Madrid.  
1911 «Notas para la Historia de las Ciencias Antropológicas en España», Asociación Española para el Progreso de la Ciencia, Congreso de Granada, T. V.  
1915 *La Antropología. Métodos y Problemas*, Imprenta Clásica Española, Madrid.

LISÓN TOLOSANA, C.:

- 1971 *Antropología Social en España, Siglo XXI*, Madrid.

LLOBERA, J. R.:

- 1980 *Hacia una Historia de las Ciencias Sociales*, Anagrama, Barcelona.  
1980a «Algunos Problemas Epistemológicos de la Historia de la Antropología», *Actas del I Congreso de Antropología*, Barcelona (73-85).

MACDONALD, A.:

- 1899 «Estudio Antropológico y Psicofísico de los niños de las Escuelas de Washington», en *B.I.L.E.*, t. XXIII (82-102).

MONTESORI, M.:

- 1921 *Antropología Pedagógica*, Araluce, Barcelona.

NAVARRO UTRILLA, P.:

- 1981 «Anotaciones introductorias para el estudio histórico de la Medicina e Higiene Escolar en la *I.L.E.*», Memoria de Licenciatura, Madrid.  
s/f. «D. Pedro de Alcántara García, Animador de la Antropología Pedagógica y la Higiene Escolar en España», Comunicación multicopiada sin publicar, Madrid.

OLÓRIZ, F.:

- 1899 «El Laboratorio de Antropología de la Facultad de Medicina de Madrid», *Revista Iberoamericana de Ciencias Médicas*, I (p. 76).

PUELLES BENÍTEZ, M.:

- 1980 *Educación e Ideología en la España Contemporánea*, Labor, Barcelona.

PUIG-SAMPER, M. A., y GALERA, A.:

- 1983 *La Antropología Española del siglo XIX*, C.S.I.C., Madrid.

RODRÍGUEZ LÁFORA, G.:

- 1921 «El profesor Simarro», *Archivo de Neurobiología*, 2 (209-211).

SIMARRO, L.:

- 1880 «El Curso de Mr. Ranvier», *B.I.L.E.*, t. IV (190-91).  
1881 «El Curso de Mr. Ranvier», *B.I.L.E.*, t. V (5-7).  
1880a «La Enseñanza Superior en París», *B.I.L.E.*, t. IV (173-74).  
1889 «El exceso de Trabajo Mental en la Enseñanza», *B.I.L.E.*, t. XIII (37-39) (88-91) (369-73).  
1897 «La teoría del Alma, según Remkke», *B.I.L.E.*, t. XXI (383-384).  
1903 Prólogo a *Los Principios de Psicología de Bunge*, Madrid, Imprenta A. Marzo.  
1910 Prólogo a *El Compendio de Psicología Fisiológica* de J. Ziehen, Bailly-Bailliere, Madrid.

TOURIN, I.:

- 1967 *La Educación y la Escuela en España de 1874 a 1902*, Aguilar, Madrid.

TUÑÓN DE LARA, M.:

- 1982 *La España del siglo XIX*, Laia, Barcelona.

VERDE CASANOVA, A.:

- 1980 «La primera Sociedad Antropológica de España», *Actas del I Congreso de Antropología*, vol. II (17-38), Barcelona.

## *La antropología criminal española de fin de siglo*

Andrés GALERA

*Centro de Estudios Históricos  
C.S.I.C.*

El concepto de antropología criminal tiene su origen en la Italia de mitad del siglo XIX, aparece en esencia de la mano del médico italiano Cesar Lombroso concretamente con la publicación en 1875 de la primera edición de su obra *El hombre delincuente*, compendio de toda su doctrina antropológico-criminal. En síntesis, se viene a reclamar para el delincuente una serie de atavismos antropológicos que lo identifiquen como tal y que estarían relacionando al criminal con un resurgimiento del hombre primitivo, del instinto salvaje de los animales. Nos remontaríamos a un pasado oscuro y sombrío donde el hombre apenas sobresaldría del mundo animal, de todo ello se entrevé la influencia, apresuradamente asimilada, de las ideas evolucionistas de Darwin que empezaban a extenderse.

Entre los principales estigmas que la nueva escuela señala podemos citar los siguientes: la frente huidiza y baja; acusada prominencia de los arcos ciliares, recordando a las formas antropoides; existencia del tubérculo de Darwin, frecuente en los mamíferos y en especial en los monos; gran desarrollo de los arcos zigomáticos y de la mandíbula, que recuerda a los animales carnívoros; existencia de asimetría craneal, etc.

La idea antropológica sobre el delincuente fue concebida por Cesar Lombroso en 1870 cuando al diseccionar el cráneo de un célebre criminal italiano, Villella, quedó sorprendido ante la serie de anomalías que presentaba y concretamente por la presencia de un hoyuelo occipital medio, cavidad donde se aloja la vermis inferior del cerebelo, análogo al que se encuentra en diversos animales; a partir de este momento inicia un exhausto trabajo de investigación:

diseccionó cerca de cuatrocientos cadáveres de criminales y observó a más de seis mil delincuentes vivos en busca de los estigmas antropológicos. Estos estudios eran periódicamente publicados a partir del año 1871 en las *Actas del Instituto Lombardo* bajo el título de «Estudio antropológico experimental del hombre delincuente» y que culminarían con la publicación de *El hombre delincuente* en 1875.

El rápido conocimiento de lo que genéricamente se llamaría *escuela positivista italiana*, se debió fundamentalmente a dos motivos: la publicación de sus teorías en revistas de alto prestigio como el *Boletín de la Sociedad Antropológica de Bruselas* y la *Revista Filosófica de París*, así como por la creación de los Congresos de antropología criminal, de los cuales se celebraron cuatro, siendo el primero el de Roma en el año 1885, y de la revista *Archivos de Psiquiatría, Ciencia penal...*

En España no será hasta al menos doce años más tarde de la publicación de *El hombre delincuente*, es decir, 1887, cuando se inicie de una forma clara el movimiento antropológico español, cuya columna vertebral será el Dr. don Rafael Salillas como más adelante veremos. Es necesario destacar esta fecha de 1887 de forma patente pues en ella se dan toda una serie de sucesos acumulativos alrededor del hecho antropológico criminal que la señalan inexcusablemente como el punto de partida: en primer lugar el rechazo oficial por parte del Presidente del Tribunal Supremo de las ideas de la escuela positivista. En segundo lugar la aparición de la primera traducción de una obra de la escuela italiana, *Los nuevos horizontes del Derecho y del procedimiento penal*, de Enrico Ferri, y que marca el interés existente por las nuevas teorías en nuestra comunidad científica. En tercer lugar y más principalmente la publicación de *La nueva ciencia penal* por don Félix de Aramburu y Zuloaga, catedrático de Derecho penal, Decano de dicha Facultad y Vicerrector de la Universidad de Oviedo.

Constituye esta obra una recopilación de cinco conferencias dadas en dicha ciudad, las cuales tuvieron un amplio auge en la prensa y ambiente ovetense; en ellas se exponen de una forma clara, al tiempo que se analizan y critican severamente todos los aspectos y enfoques de la doctrina lombrosiana.

No cabe duda de la importancia de 1887 para el inicio de la antropología criminal en España de una manera concisa, si bien es necesario señalar la existencia de una etapa previa en la cual la medicina legal y más concretamente los médicos alienistas tendrían una patente influencia en la introducción del nuevo pensamiento antropológico, como bien diría el Dr. don Victoriano Garrido y Escuin: «Los estudios de Ferri, Marro y Lombroso... absorben hoy de tal modo la atención de juriconsultos, médicos y legisladores, que

no podemos sustraernos a la corriente general». Será el propio Dr. Simarro quien en una conferencia dada en el Ateneo de Madrid, reclame para la medicina legal y personalmente para el Dr. don Pedro Mata, el prestigio de haber sembrado la semilla que adecuadamente cultivada originó la escuela italiana. Las siguientes palabras reflejan el deseo del Dr. Simarro: «Penetrando del asunto y teniendo clara idea del fin que se proponía, no pudo Mata dar demostración alguna concreta y precisa de los principios que sobre aquella materia asentó, principios y fundamentos que revalidados después por una adecuada investigación científica, han servido de base a los estudios de Lombroso en Italia, que hoy son la gloria de la moderna escuela penal italiana».

En los informes periciales encontramos referencias difusas, empleando el estudio antropológico de los procesados como reseña habitual de sus anomalías morfológicas. Es en este punto donde se marca la diferencia clara entre las ideas de la escuela italiana y la utilización de las anomalías antropológicas por la medicina alienista: para la antropología criminal estas anomalías morfológicas son señas inequívocas del atavismo histórico y de la identificación del individuo como criminal en su proceso de regresión evolutiva, por oposición, el médico alienista, ante la evidencia de tales anomalías, reconoce la enfermedad, locura, y no al delincuente. Ambos caminos convergen en pos de la transmisión hereditaria de estos caracteres, si bien el antropólogo se remonta en el tiempo en busca de los orígenes humanos y el médico alienista se refiere a su antecesor o antecesores en su árbol genealógico próximo.

La figura clave, como se mencionó anteriormente, en el desarrollo de la antropología criminal en España, recae sin duda en la persona del Dr. D. Rafael Salillas. Ya tempranamente eran conocidos y destacados sus trabajos en publicaciones extranjeras, como lo demuestran las reseñas que a sus trabajos realizó el propio Cesar Lombroso, con el cual estuvo siempre en marcada relación. Pero de una forma concisa y patente no se deja sentir su presencia en el concierto nacional hasta 1888, año en el cual en la sección de ciencias exactas, físicas y naturales del Ateneo de Madrid, el 6 de diciembre, ofrecía una conferencia bajo el título de *La antropología en el derecho penal*. Iniciaba con ello de manera contundente su lucha por introducir de una forma directa, las ideas que la escuela de Lombroso esparcía por todo el mundo. La conferencia fue publicada, además de como texto independiente, en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* y así mismo en la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*. En ella intenta D. Rafael Salillas descubrir los orígenes de la antropología criminal en nuestra literatura y más concretamente en la novela picaresca. Nos habla de la obra del licen-



ciado Chaves, «Relación de la cárcel de Sevilla», como una auténtica recopilación de observaciones sobre el delincuente y las asociaciones criminales, describiendo su jerga, el arte, el tatuaje, etc..., toda una serie de caracteres que bien precisados aparecen en la obra de César Lombroso. Destaca en Mateo Alemán su aspecto intuitivo ante los factores biológicos y sociales de la delincuencia y recuerda en el mismo Quevedo, verdaderos bocetos antropológicos de su obra picaresca. En conjunto, auténticos apuntes sobre una ciencia, la antropología criminal, que él mismo reclama debió de ser de origen español.

Calificó al código penal español como plausible estudio antropológico del criminal, donde sólo existían diferencias de conceptos que serían mero reflejo de una falta de observación y conocimientos biológicos, debidos a que aún no habían sido precisados en la época en que se redactó. Diferencias tales como el hecho de considerar hombre normal al que ha cumplido dieciocho años, a lo cual Rafael Salillas opone que esa presumible normalidad está fundada en una también presumible ley de desarrollo idéntico a partir de una cierta edad, dejando a un lado las condiciones individuales, la herencia y los modificadores fisiológicos.

Concluía su conferencia haciendo responsable a la propia enseñanza universitaria de la repulsión hacia los conceptos del método positivo en lo jurídico, de tal modo que las escasas inclinaciones positivistas no serían el resultado de una enseñanza consciente y objetiva, sino el resultado de la experiencia. Todo ello debería conducir a una necesaria transformación de la enseñanza jurídica de acuerdo con el predominio de las investigaciones antropológicas.

Uno de los núcleos importantes en el trabajo de Salillas fue sin duda la cátedra de Filosofía del Derecho regida por D. Francisco Giner de los Ríos en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid. Allí creó y dirigió el laboratorio de criminología, desde donde pudo aglomerar y conducir sus estudios que se verán recopilados en los *Anales del laboratorio de criminología*, en donde además encontramos estudios del mismo Giner de los Ríos, Bernaldo de Quirós y Simarro, entre otros.

En su ardua labor por divulgar los conocimientos antropológico criminales, acumuló numerosos artículos publicados entre otros en B.I.L.E, la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, la *España moderna* y la *Nueva ciencia jurídica* en la que disponía de una sección propia bajo el título de *museo criminal*, donde exponía estudios sobre casos criminales de gran repercusión social, como ejemplo podemos mencionar el caso del cura Galeote, asesino del Obispo de Madrid-Alcalá, al cual dedicaría numerosas páginas en esta sección. Estudios sobre los instrumentos para la práctica del delito,

el tatuaje en los delincuentes y toda serie de matices relacionados con el ámbito antropológico del criminal. Dirigió durante algún tiempo la revista penitenciaria y lo que es aún más destacable, fue el organizador de la única revista existente en España con un carácter netamente antropológico criminal: la *Revista de antropología criminal y ciencias médico-legales*, cuya publicación se inició en 1888 y según Bernaldo de Quirós en 1909 ya no se publicaba. La revista tuvo una marcada resonancia, lo cual hizo que tuviese un amplio reconocimiento en el exterior en especial en Italia donde con frecuencia se mencionaba su existencia.

Los estudios de Salillas estaban encaminados en una dirección clara: el delincuente español. Constituyeron lo que se vino a denominar como la antropología criminal nacionalizada. En este sentido caben señalar diversos trabajos: «El delincuente español: el lenguaje»; «El delincuente español: hampa»; «Golfines y golfos»; «La teoría básica bio-sociológica». En relación con esta última cabe señalar el fracaso que en cierto modo constituye, pues bien lejos está de ser el compendio sobre el delito que antes de publicarla él mismo había prometido.

La culminación de la obra de D. Rafael Salillas fue la consecución de una escuela de criminología, creada por R. O. de 12 de marzo de 1903, y que no empezó a funcionar hasta 1906. En las asignaturas impartidas participaron los más brillantes científicos del momento: las clases de antropología física y antropometría correspondían al Dr. D. Federico Oloriz, la antropología étnica el Dr. Antón, la psicología el Dr. Simarro, la pedagogía el Dr. Cossío y él personalmente se encargaba de la antropología criminal. En 1907 dentro de la Escuela crearía un museo criminal donde almacenaba todo lo relacionado con el hecho criminal. El museo sirvió de modelo a otros que aparecieron posteriormente, por ejemplo el de la Facultad de Derecho de Oviedo, y se podía comparar con los más importantes de Italia.

La muerte de D. Rafael Salillas acaecida en 1923 arrastraría todo el movimiento antropológico criminal español, al igual que ocurriera en el resto de Europa tras la muerte de César Lombroso en 1909. La Escuela de Criminología poco a poco iría perdiendo su carácter doctrinal y sería sustituida rápidamente, 1926, por el Instituto de Estudios Penales.

Años más tarde la Facultad de Derecho de Madrid creará una cátedra de antropología criminal dirigida por D. Quintiliano Saldaña que a su vez también sería el director del laboratorio de criminología de dicha cátedra. Sin embargo el espíritu lombrosiano había desaparecido totalmente y los estudios caminaban por una senda

propia: la tipología del delincuente en parámetros sociológicos y psicológicos.

Dos importantes núcleos antropológicos habían surgido en España como consecuencia de la labor de Salillas: el primero situado en Andalucía y de un menor volumen productivo, del que se pueden destacar dos estudios, «La oreja en los delincuentes andaluces» y «La piel y el sistema piloso en los delincuentes andaluces», ambos debidos a la labor investigadora de D. José Joaquín Arráez y Carrias. El segundo debido a la labor realizada por D. Enrique de Benito y la Llave, catedrático de Derecho Penal de la Universidad de Oviedo, en cuya cátedra creó un museo y un laboratorio criminológico; en el cual él mismo impartía las nociones sobre antropología criminal a sus alumnos de derecho penal. Allí se llevaron a cabo interesantes estudios sobre la generación climatológica del crimen y más concretamente sobre la delincuencia asturiana. Es de destacar el precario desarrollo de este laboratorio en sus primeros años debido a la falta de asistencia económica que sufrió por parte de la administración y que sólo gracias al ímpetu de su creador y la ayuda de la propia Facultad de Derecho de Oviedo lograría superar.

No quisiera finalizar sin destacar las figuras del Dr. D. Federico Olóriz y de su discípulo, el Dr. D. Antonio Lecha-Marzo. Representa Federico Olóriz el movimiento antropométrico dactiloscópico en España que tan marcadas relaciones se pueden verificar con la antropología criminal. Numerosos fueron sus cargos relacionados con estas actividades, entre los cuales caben citar: inspector técnico de identificación judicial de la cárcel modelo y del registro central en el Ministerio de Gracia y Justicia, director del gabinete antropométrico de la cárcel celular de Madrid, etc..., es sin duda el gran innovador de la dactiloscopia con sus intentos continuos de perfeccionarla a la vez que dotarla de cierta sencillez que hiciera más fácil su empleo. En este sentido señalar su intento por sustituir las huellas dactilares por fórmulas transmisibles incluso por teléfono.

El Dr. D. Antonio Lecha-Marzo es un símbolo destacado de la medicina legal española de finales de siglo. Sus conexiones con la propia escuela positivista italiana son patentes como lo marca el hecho de que ya a sus dieciocho años publicase su estudio cristalización del hemocromógeno y las sales de hematina» en la revista *Archivo de psiquiatría*, dirigida por Lombroso. Marcados son sus éxitos en sus estudios sobre identificación, no limitándose tan sólo a la dactiloscopia, que le llevaron a una fama internacional en especial en Italia y Bélgica donde su labor se traduce en abrumadora profusión de publicaciones.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Para mayor información sobre el tema, véase M. A. PUIG-SAMPER y A. GALERA (1983), *La Antropología española del siglo XIX*, Madrid; A. GALERA (1986), «Rafael Salillas: medio siglo de antropología criminal española», *Llull*, 9: 8-104; A. GALERA, «La antropología criminal en España: su proceso de asimilación y evolución», *Asclepio* (en prensa).

PSICOLOGIA

## *Los orígenes de la Psicología Científica en España: Las “Lecciones sumarias de Psicología”, de Giner de los Ríos*

Enrique LAFUENTE

*Universidad Nacional de Educación a Distancia*

En su excelente libro sobre *La psicología contemporánea*, J. Vicente Viqueira incluía una «breve noticia acerca de la *Psicología experimental de España*» en la que, por lo que hace a sus orígenes, destacaba sobre cualesquiera otros dos nombres. Uno, desde luego, el del «eminente neurólogo y psiquiatra Luis Simarro y Lacabra», a quien consideraba el «primer representante de la Psicología experimental en España»<sup>1</sup>. Muchos se han ocupado ya, y habrán de ocuparse todavía a lo largo de estas Jornadas, de la significación psicológica e histórica de Simarro. Permítaseme a mí recordar, en cambio, el otro nombre: el de Francisco Giner de los Ríos, cuyas *Lecciones Sumarias de Psicología* pasan por ser el primer escrito que en España se hace eco de los desarrollos de la nueva ciencia psicológica europea<sup>2</sup>. Esta consideración, unida a la de la indudable influencia que Giner ejerció sobre la cultura española de su tiempo —a ella atribuye Viqueira además, no se olvide, la creación de la cátedra de Psicología Experimental que habría de ocupar Simarro<sup>3</sup>— hace de su figura y su obra elementos indispensables para comprender la situación de la psicología en España en la época de Wundt.

Ahora bien, si se repara con algún detenimiento en los testimonios que han llevado a consolidar la opinión de que las menciona-

---

<sup>1</sup> VIQUEIRA, J. V., *La psicología contemporánea* (2.ª ed.), Barcelona, Labor, 1937, p. 51.

<sup>2</sup> Cfr., por ejemplo, VIQUEIRA, J. V., *op. cit.*; NÚÑEZ, D., *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*, Madrid, Túcar, 1975; CARPINTERO, H., «La psicología española: pasado, presente y futuro», *Revista de Historia de la Psicología*, 1 (1980), pp. 33-58.

<sup>3</sup> VIQUEIRA, J. V., *op. cit.*, p. 51.

das lecciones ginerianas ocupan un lugar crucial en la historia del pensamiento psicológico español del último cuarto de siglo pasado, puede observarse que todos ellos son afirmaciones realizadas sobre la base de la «advertencia preliminar» que en ellas inserta su autor; en la cual afirma éste haber completado «el punto de vista antropológico» de la primera edición con los «progresos que en los últimos años han realizado la Antropología, la Fisiología psicológica, y la novísima Psicofísica (merced a los trabajos de Wundt, Fechner, Lotze, Helmholtz, Spencer y tantos otros como han contribuido a ensanchar los horizontes de la Psicología propiamente dicha)»<sup>4</sup>.

Atender sólo, sin embargo —como se ha solido hacer— a esta afirmación preliminar de las *Lecciones Sumarias* puede dar lugar a no pocos equívocos acerca del contenido real de las mismas. Porque los nombres mencionados son, sin duda, sumamente significativos como representantes de las nuevas corrientes de la psicología mundial; podría pensarse que Giner, al incorporar sus aportaciones, pretendía sumarse a la misma orientación y dar a su obra, por tanto, el carácter de un manual elemental de «nueva psicología».

No debe pasarse por alto, empero, que lo que Giner explícitamente se propone no es sino *completar* el punto de vista expresado en la primera edición de sus lecciones; el cual, «principalmente inspirado en Krause y Sanz del Río, Ahrens y Tiberghien», era considerado por su autor «perfectamente compatible... con aquellos progresos»<sup>5</sup>. ¿Cómo era posible, sin embargo, conjugar la orientación puramente especulativa de la psicología krausista con la científico-experimental de la nueva investigación psicológica? Responder a esta pregunta exige realizar una comparación detallada de las dos ediciones de las *Lecciones Sumarias de Psicología*, sin la cual una valoración efectiva de la novedad y alcance de la segunda —y, por tanto, de la psicología gineriana en general— carecerá del debido fundamento.

En este trabajo nos proponemos, por tanto, revisar primero la concepción que tiene Giner de la psicología, así como el tratamiento que da a los grandes temas de la misma en la primera edición de su obra psicológica por excelencia, las *Lecciones Sumarias de Psicología* (1874), donde los desarrolla de una manera sistemática; en segundo lugar, destacaremos aquellos aspectos que incorpora su segunda edición (1877) y que representan alguna novedad respecto de su tratamiento en la primera; finalmente, realizaremos un ensayo

---

<sup>4</sup> GINER DE LOS RÍOS, F., *Lecciones Sumarias de Psicología* (2.ª ed.), Madrid, Imp. de Aurelio J. Alaria, 1877, p. VII. En lo sucesivo citaremos esta obra de Giner con la abreviatura LS 1 o LS 2 —según nos refiramos a la 2.ª o a la 1.ª edición (Madrid, Imp. de J. Noguera, a cargo de M. Martínez, 1874) de la misma— seguida del número de página.

<sup>5</sup> LS 2, VII.

de valoración de la psicología gineriana a la luz de las dos grandes alternativas que la «nueva psicología» planteaba al pensamiento psicológico de la época.

### I. Las «Lecciones Sumarias de Psicología»<sup>6</sup>

Las *Lecciones Sumarias de Psicología* componen un libro pequeño, esquemático, «casi un catecismo»<sup>7</sup>, como se ha dicho aludiendo a su brevedad y presentación dogmática. En ellas recogió Giner el contenido de sus clases en la Escuela de Institutrices, en las que procuró sintetizar su pensamiento psicológico planteando, en trabazón coherente, los temas y problemas de la psicología que consideró fundamentales.

Publicadas por primera vez en 1874 —el mismo año, por tanto, que las obras de Brentano y Wundt que habrían de ser decisivas para el futuro de la psicología—, las *Lecciones Sumarias* se adscriben decidida y explícitamente a una orientación krausista de pensamiento. Desde el primer momento, en efecto, expresa Giner su intención de ofrecer «un sumarísimo compendio, no de propias investigaciones, sino de la doctrina más sana y autorizada, expuesta principalmente en las obras de Krause y Sanz del Río, Ahrens y Tiberghien»<sup>8</sup>. Por si ello no fuera suficientemente indicativo de la perspectiva doctrinal adoptada, las obras a que Giner remite «para un estudio más amplio de la Psicología en general» son todas de autores cuya filiación krausista es bien notoria: Romualdo Alvarez Espino, Federico de Castro, Guillermo Tiberghien, Enrique Ahrens, Julián Sanz del Río y Nicolás Salmerón<sup>9</sup>.

Pues bien, ¿qué perfil presenta la psicología desde la atalaya krausista en que Giner se instala? ¿Cuáles son sus grandes temas y cuál el modo de abordarlos? Veamos, ante todo, su idea de psicología, los rasgos que la definen como saber.

### II. La idea de psicología

Giner concibe la psicología como una ciencia del alma<sup>10</sup>; y esta definición, que no parece ir más allá de lo que la propia etimología del término revela, tiene sin embargo, en el contexto krausista en que es utilizada, un contenido bien definido.

<sup>6</sup> Para un mayor desarrollo de las cuestiones tratadas en este epígrafe y en el siguiente, ver LAFUENTE, E., «La psicología de Giner de los Ríos y sus fundamentos krausistas», *Revista de Historia de la Psicología*, III, 3 (1982), pp. 247-269.

<sup>7</sup> CARPINTERO, H., *op. cit.*, p. 47.

<sup>8</sup> LS 1, 1.

<sup>9</sup> LS 1, nota 13.

<sup>10</sup> LS 1, 1.



Para empezar, el concepto de *alma* anuncia ya los temas principales a los que, en una primera aproximación, el psicólogo deberá enfrentarse. Porque el alma que va a constituir el objeto de la psicología krausista no es simplemente el espíritu, sino el espíritu *humano*, y ello implica su vinculación a un cuerpo del que va a recibir influencias diversas. La idea krausista de alma, pues, lleva consigo la de un espíritu *con* un cuerpo, sujeto en alguna medida a las determinaciones de éste. El espíritu, el cuerpo y la relación entre ambos se presentarán como los temas fundamentales de la «Psicología General» gineriana, según se desprende de la idea misma de su objeto.

Por otra parte, su condición de *ciencia* impone al conocimiento del alma unos caracteres muy precisos. Se tratará ante todo de una disciplina *filosófica*<sup>11</sup>, por paradójico que ello pueda parecer desde una consideración actual. No hay contradicción, en efecto, entre ciencia y filosófica en el pensamiento krausista; por el contrario la ciencia, para serlo verdaderamente, ha de ser filosófica. Ello no quiere decir sino que debe orientarse a conocer lo esencial y permanente de su objeto, y ése es, desde luego, el tipo de conocimiento al que sobre el alma aspira la psicología.

La psicología, además, deberá ser considerada como una ciencia *particular*, esto es, una parcela de la ciencia toda, que los krausistas conciben como organismo articulador en una unidad superior de todas ellas. No obstante, la psicología poseía en el pensamiento krausista una dignidad especial por cuanto era considerada como la ciencia primera en el orden del conocer. Esto le otorgaba un cierto papel fundamentador que explica, a mi juicio, la atención que los krausistas, tanto los ortodoxos como los krausopositivistas posteriores, prestaron siempre a la psicología<sup>12</sup>.

La psicología se caracterizaba también por ser una ciencia *empírica*, lo que, desde la perspectiva krausista, no se contradecía con su carácter de ciencia filosófica. Porque los aspectos permanentes de la realidad del alma, que son lo que hace filosófico al conocimiento psicológico, sólo se patentizan en la intimidad de la conciencia del sujeto cuando éste vuelve reflexiva y sistemáticamente su atención sobre ella<sup>13</sup>. La psicología gineriana se configura, pues, como una ciencia introspectiva en la que la conciencia se erige en fuente principal de sus datos.

Finalmente, la psicología tendrá un carácter *sistemático* entre otras razones por esta fundamental: el conocimiento científico debe ser adecuado a la naturaleza de su objeto, y para los krausistas la

<sup>11</sup> LS 1, 3.

<sup>12</sup> LAFUENTE, E., «Sobre los orígenes de la psicología científica en España: el papel del movimiento krausista», *Estudios de Psicología*, 1 (1980), pp. 139-147.

<sup>13</sup> LS 1, 10.

realidad toda es sistemática. Y ello no sólo porque todas las cosas forman un organismo jerárquicamente ordenado bajo la suprema unidad del Ser-Dios, sino también porque cada una de ellas revela una estructura de relaciones internas de índole asimismo sistemática.

Pues bien, este engranaje interior o estructura sistemática interna de cada cosa con las partes que la integran se expresa en lo que los krausistas llamaban el *plan* de la ciencia<sup>14</sup>, esto es, un orden invariable que debe presidir la investigación y exposición de los contenidos de la misma, según el cual toda ciencia particular habría de desarrollarse en tres partes: una parte *general* o primer acercamiento a su objeto de estudio, en el que éste se considerase en lo que pueda tener de unitario; una parte *especial*, en la que se estudiarían las partes o elementos que pueden distinguirse en él; y una parte *orgánica*, en la que se destacarían las relaciones entre las partes, permitiendo una nueva contemplación del objeto como totalidad integrada.

De acuerdo, pues, con las prescripciones impuestas por el plan de la ciencia, la psicología gineriana se desarrolla previsiblemente en tres partes. La *Psicología General* realizará el «análisis del alma en su concepto de unidad»; la *Psicología Especial* estudiará «las tres actividades particulares en que se desenvuelve y cumple su destino: el pensar, el sentir y el querer»; y la *Psicología Orgánica* considerará finalmente «la unión orgánica de ambos términos»<sup>15</sup>.

### III. *La Psicología General*

La Psicología General gineriana se ocupa de tres grandes temas: el espíritu, el cuerpo y el hombre, que no son sino los aspectos que toma el Yo en una primera aproximación reflexiva, científica, sobre él. Sin que nos sea posible mostrar aquí la trabazón sistemática con que la exposición de Giner va conectando unas ideas con otras, señalaremos, al menos, algunas de las más salientes, para que pueda seguirse, así, en sus rasgos principales, su hilo argumental.

1. El *espíritu* es para Giner, en línea con otros pensadores krausistas, un ser sustantivo, unitario y total cuya existencia se despliega en dos momentos opuestos: uno *permanente*, que expresa la inmutabilidad de la naturaleza espiritual, y otro *mudable* o temporal, que refleja la constante variedad de sus estados. La *vida* del espíritu consiste en la armonización de estas dos propiedades aparentemente contrapuestas; en otras palabras, vida es la propiedad del espíritu por la que éste, permaneciendo inmutable e inagotable en su esencia,

<sup>14</sup> LS 1, 148.

<sup>15</sup> LS 1, 9.

despliega la misma en estados diversos <sup>16</sup>. El espíritu aparece entonces como *fundamento* y *causa* de los estados particulares en que se manifiesta su esencia; aparece también como *facultad* o posibilidad de actuar antes de que cada acto sea efectivamente realizado; y como *actividad* que hace efectivos esos estados en que se determina temporalmente su esencia.

Una mayor determinación reflexiva del espíritu conducirá a verlo como pensamiento, sentimiento y voluntad, temas que corresponden, sin embargo, a la segunda parte o Parte Especial de la Psicología.

2. El *cuerpo* aparece en la psicología gineriana y krausista revestido de un doble carácter: por un lado es parte del Yo, expresión máxima de una de sus propiedades fundamentales, la totalidad, así como el espíritu representaba la expresión máxima de otra de ellas, la sustantividad o mismidad. Los krausistas pretendían zanjar definitivamente los problemas derivados del dualismo psicológico haciendo del espíritu y del cuerpo meras «expresiones» distintas de la unidad del Yo.

Pero, por otra parte, el cuerpo aparece como «lo otro que Yo», lo que no soy «yo mismo», en rigor. El «yo mismo» es más bien el espíritu; de ahí que Giner aplique el nombre «Yo» preferentemente a éste: yo soy, en definitiva, espíritu; el cuerpo no es propiamente Yo, sino únicamente *mío* <sup>17</sup>.

La reflexión revela la «íntima unión» del espíritu con el cuerpo, pero poco más. El hecho más llamativo cuando se atiende al cuerpo para determinar reflexivamente sus propiedades es precisamente éste: que nos es prácticamente desconocido. Mientras que el espíritu se muestra transparente al análisis, el cuerpo se oculta a la conciencia en la mayor parte de sus propiedades y procesos. Sólo puede considerarse parte del Yo, en consecuencia, aquella parte del cuerpo de la que poseemos conciencia inmediata; el resto debe ser referido a la *Naturaleza*, desde la cual debe por tanto enfocarse su estudio.

Las observaciones que realiza Giner sobre el cuerpo Humano se enmarcan, pues, en el concepto krausista de Naturaleza, de la cual viene a ser una especie de resumen armónico, un *microcosmos* <sup>18</sup>. En él se dan los mismos procesos dinámico (movimientos), químico (principalmente reacciones de descomposición) y orgánico de aquella <sup>19</sup>.

Pero junto al plano físico en que se desenvuelve la vida del cuerpo como ser sustantivo, los krausistas reconocen un plano antropológico y psíquico, plano de relación del cuerpo con el espíritu,

<sup>16</sup> LS 1, 66.

<sup>17</sup> LS 1, 20.

<sup>18</sup> LS 1, 31.

<sup>19</sup> LS 1, 34-7.

en el que aquél aparece como órgano utilizado por éste para entrar en contacto con el mundo natural en que el cuerpo se desenvuelve<sup>20</sup>. En estas relaciones, el aspecto del cuerpo que adquiere un mayor relieve es el sistema nervioso cerebro-espinal o neuropsíquico, en su doble función: receptiva o *sensibilidad*, en cuanto transmite al espíritu los estados corporales; y reactiva o *motricidad*, en cuanto traduce en estado corporal y plasma en la naturaleza las incitaciones del espíritu.

3. Ello nos lleva a la tercera gran cuestión de las tratadas en la Psicología General gineriana: la de la *relación espíritu-cuerpo*, la aparición del *hombre*.

En opinión de los krausistas, el supuesto cartesiano de la heterogeneidad radical espíritu-cuerpo hacía estéril todo intento de establecer entre ellos comunicación o punto de contacto alguno. De ahí la idea de que una misma esencia debía fundar al mismo tiempo lo espiritual y lo material, lo cual les conducía a una concepción de la materia, más inspirada en Leibniz que en Descartes, como un conjunto de *fuerzas* en actividad. El cuerpo, a su vez, lejos de concebirse como un autómatas, se entiende más bien como un *organismo vivo* con propiedades, tendencias y funciones análogas a las del espíritu.

Espíritu y cuerpo, pues, no son realidades absolutamente heterogéneas e inconciliables, sino seres dotados de propiedades comunes, lo cual hace posible su unión. Ambos poseen, en efecto, esencia, forma, existencia; ambos tienen vida y actividad. No hay más propiedades en uno que en otro, sino que puede observarse en ambos un desarrollo paralelo que debe interpretarse como signo de su cooperación y armonía. Las diferencias entre ambos son una mera cuestión de grado: las mismas cualidades se hallan repartidas en cada uno de distinta forma. Así, por ejemplo, la actividad es una propiedad común, aunque en el espíritu se despliegue de una manera independiente y en el cuerpo lo haga en solidaridad con los procesos naturales; espontaneidad y receptividad se dan también en ambos, aunque el cuerpo esté mejor organizado para la receptividad y el espíritu para la espontaneidad; y así sucesivamente con todas las propiedades de uno y de otro<sup>21</sup>. Espíritu y cuerpo, pues, se conciben como organismos en los que se da una semejanza fundamental de la que derivan después sus diferencias y a la que se acude para explicar la unión y correspondencia entre lo psíquico y lo corporal<sup>22</sup>. Su

<sup>20</sup> LS 1, 48-51.

<sup>21</sup> TIBERGHIE, G., *Psychologie. La science de l'ame dans les limites de l'observation*, Bruxelles: Librairie polytechnique de Decq, 1862, p. 17.

<sup>22</sup> AHRENS, H., *Curso de Psicología* (2 vols.), trad. G. Lizarraga, Madrid, Librería de D. Victoriano Suárez, 1873, I, p. 188.

fundamentación en una esencia común, en la que coinciden antes de manifestarse diferentes, garantiza su comunicación.

Ahora bien, cómo se articula exactamente esta comunicación es algo que, como era previsible, dista mucho de estar claro, y sobre lo cual no parece darse un acuerdo unánime entre los propios pensadores krausistas. Giner no llega a entrar directamente en el problema de la articulación de las relaciones espíritu-cuerpo, y hay que entresacar sus ideas de las diversas y no muy consecuentes referencias que hace de pasada al tema. Por un lado, parece aceptar una especie de interacción<sup>23</sup> entre espíritu y cuerpo, lo que sería defendible una vez salvado el escollo de la radical heterogeneidad de ambos; por otro lado, sin embargo, rechaza lo que él llama la «doctrina del mutuo influjo»<sup>24</sup>. Su declaración más explícita sobre esta cuestión consiste en la afirmación de la «compenetración y enlace» o «unión orgánica» entre lo corporal y lo espiritual<sup>25</sup>. Pero en qué consiste esto es algo que, por desgracia, queda sin explicitar suficientemente.

En todo caso, la unión de espíritu y cuerpo es para los krausistas un hecho de conciencia que hay que admitir aunque no se sepa explicar<sup>26</sup>. Se manifiesta, en efecto, en una serie de relaciones *constantes* entre ellos, como las que se revelan en el cuidado que el espíritu tiene del cuerpo al ocuparse de su régimen de alimentación y del mantenimiento y restablecimiento de las fuerzas corporales; o en las posibilidades y límites que el cuerpo impone a la vida espiritual, abriéndole las puertas de la naturaleza y dificultando su acción con defectos físicos, enfermedades y muerte. Espíritu y cuerpo mantienen también unas relaciones *periódicas* que se manifiestan en los estados de vigilia y sueño y se explican por el predominio sucesivo y relativo de las dos propiedades características de la acción de los seres vivos: la espontaneidad y la receptividad. Las relaciones espíritu-cuerpo pueden ser también *anormales*, dando lugar a dos tipos de fenómenos extremos: el sonambulismo y la locura<sup>27</sup>.

#### IV. *La Psicología Especial*

El análisis del Yo en las partes relativamente opuestas —espíritu y cuerpo— que componen armónicamente la realidad humana cons-

<sup>23</sup> Cosa que, por otra parte, admiten otros pensadores krausistas sin reservas. Cfr., por ejemplo, AHRENS, H., *op. cit.*, I, p. 82.

<sup>24</sup> LS 1, 52.

<sup>25</sup> LS 1, 52.

<sup>26</sup> TIBERGHIEU, G., *op. cit.*, p. 20.

<sup>27</sup> LS 1, 55-8.

tituye para Giner un primer acercamiento científico al tema del alma: la parte general de su psicología o Psicología General. Ahora bien, la esencia espiritual, como hemos visto, se expresa o despliega temporalmente, y lo hace en una serie de determinaciones que pueden agruparse en tres tipos: el conocer, el sentir y el querer, cuyo estudio abre una nueva etapa en la investigación psicológica: la Psicología Especial.

1. El *conocer* expresa la relación de presencia de un objeto ante el espíritu, de la cual éste es consciente. El conocer (como el sentir y el querer) se revela a la reflexión de tres maneras distintas y complementarias: como *posibilidad* de formar conocimientos; como *actividad* productora de los mismos sobre el vago «darse cuenta» en que consiste la primera conciencia que el espíritu toma de los objetos; y como *estado* de conocimiento o conocimientos efectivos y temporales en que se despliega la posibilidad y actividad de conocer<sup>28</sup>.

En tanto que *posibilidad* o facultad de conocer (la facultad intelectual), el espíritu se manifiesta a su vez como un *organismo de facultades* cognoscitivas, ya que el conocimiento verdadero de un objeto obliga a pensar éste de muy diversos modos, cada uno de los cuales es susceptible de ser pensado por separado. Las facultades que integran orgánicamente la facultad intelectual aparecen clasificadas en las *Lecciones Sumarias* en dos grandes grupos: facultades intelectuales *inmediatas*, que hacen posible el conocimiento inmediatamente, como causa directa suya, y las *mediatas*, mera condición del mismo, que precisan la intervención de aquellas. Las primeras admiten una segunda división, según que se ejerciten sobre conocimientos ya formados (*entendimiento* y *memoria*) o sobre los objetos de pensamiento mismos, proporcionando los datos que precisan las anteriores para desarrollarse (*razón* y *fantasía*). Las segundas están constituidas por los *sentidos corporales*<sup>29</sup>.

En tanto que *actividad*, el conocer presenta dos aspectos, según que se contemple desde las determinaciones que recibe de parte del sujeto (*funciones* del pensamiento) o desde las que recibe del objeto (*operaciones* lógicas). Las primeras incluyen la *atención* o dirección hacia el objeto con intención de fijarlo o reflejarlo de alguna manera; *percepción* o captación del objeto atendido; y *determinación* o aplicación sucesiva de la atención y la percepción a todos los aspectos de la realidad objetiva<sup>30</sup>. Las segundas están constituidas por el *concepto* o consideración del objeto en sí mismo; el *juicio* o cono-

---

<sup>28</sup> LS 1, 102-3.

<sup>29</sup> LS 1, 106-32.

<sup>30</sup> LS 1, 116-8.

cimiento del objeto en sus relaciones consigo mismo y con otros objetos; y el *raciocinio* o conocer de las relaciones entre los juicios<sup>31</sup>.

En tanto que *estado* de conocimiento o conocimiento efectivo y concreto, el conocer puede ser clasificado de acuerdo con los grandes modos de existencia que ofrece lo conocido: inmutable y permanente, objeto del conocimiento *ideal*; mudable e histórico, objeto del conocimiento *experimental*; combinación de ambos, permanente y mudable, objeto del conocimiento *compuesto* (o ideal-sensible); y, finalmente, el conocimiento *absoluto*, cuyo objeto es el modo de existencia que todo objeto posee antes de cualquier escisión interior en modos particulares de existir<sup>32</sup>.

El grado máximo de la actividad de conocer, aquel en que el conocimiento adquiere su mayor plenitud y perfección y al que se orienta la acción de las diversas facultades intelectuales, es el *conocimiento científico* o *ciencia*. Se distingue de todos los demás por sus caracteres de *verdad* (conformidad del conocimiento con el objeto conocido), *certeza* (conciencia de esa verdad) y *sistematicidad* («orden y riguroso enlace interior de todo lo particular del conocimiento, bajo la unidad de la ciencia misma, como el todo de este orden de la realidad»)<sup>33</sup>. Su análisis pone punto final al estudio gineriano del conocer.

2. El análisis gineriano del *sentir* sigue la misma pauta que el del conocer. Frente a la relación de presencia o enfrentamiento sujeto-objeto que caracterizaba la relación cognoscitiva, el sentir se caracteriza más bien por la adhesión o interpenetración de ambos; que tienden a perder su individualidad y a constituir un todo superior que los abarca sin distinción, confundidos y compenetrados<sup>34</sup>.

El sentir, como el conocer, se revela primero como mera posibilidad de producir estados de sentimiento, esto es, como *facultad* originante de sentimientos efectivos y temporales. Pero lo hace también como *actividad* que verifica el tránsito de la pura posibilidad a la facticidad concreta. Esta, como la actividad cognoscitiva, se despliega en una serie de funciones y operaciones. Son *funciones* del sentir la *inclinación* o *interés*, primer movimiento que realiza el sujeto para intimar sentimentalmente con el objeto; la *emoción* o adhesión del espíritu al objeto de su inclinación; y la *penetración* o *posesión*, resultado de la combinación de las funciones anteriores, grado máximo de la relación sentimental, que expresa la consolidación o identificación más plena entre sus dos términos. Las *operaciones* del

<sup>31</sup> LS 1, 120-4.

<sup>32</sup> LS 1, 126-39.

<sup>33</sup> LS 1, 151.

<sup>34</sup> LS 1, 153.

sentir, por su parte, son también de tres tipos: el *sentimiento simple* o *elemental* consiste en la recepción del objeto antes de distinguir en él parte o relación alguna; el *sentimiento de relación* supone la adhesión del sujeto a todas las partes y aspectos relacionales del objeto; y el *sentimiento compuesto*, que se refiere a la «unión del sujeto con el objeto en todo el sistema de relaciones de éste, constituyéndose por tanto el sentimiento en esta operación orgánicamente, sometiendo cada afecto particular al superior y todos a un sentimiento supremo, expresión de la unidad absoluta de la realidad»<sup>35</sup>. En su determinación última, el sentir se concreta en unos *estados* efectivos de sentimiento, clasificables según múltiples criterios que sería demasiado largo consignar aquí<sup>36</sup>.

El estudio gineriano del sentir concluye con una reflexión sobre el *sentimiento estético* que constituye el grado máximo de perfección de la facultad de sentir y que consiste en la relación sentimental que se establece entre el espíritu y las cosas en razón de la belleza como propiedad de éstas<sup>37</sup>. La belleza, por otra parte y de acuerdo con la estética krausista, no es un asunto opinable que dependa del «gusto» del sujeto, sino que es una propiedad objetiva, como la verdad y el bien, que hace referencia a la «armonía interior del objeto percibida por el espíritu, en tanto que siendo éste en sí también un organismo real, muestra perfecta correspondencia con aquél»<sup>38</sup>. La actividad que tiene por finalidad exclusiva la realización de la belleza recibe el nombre de *arte estético*, cuya forma primordial es el *arte de la vida*, en tanto que ésta debe ser efectuada bella y orgánicamente.

3. El mismo esquema expositivo que en el conocer y el sentir es repetido por Giner en el *querer*. Lo decisivo de esta propiedad del espíritu es que su objeto lo constituyen los propios actos espirituales: sólo se quiere de modo inmediato la realización de acciones determinadas. Como el conocer y el sentir, el querer puede considerarse como facultad, como actividad y como estado del espíritu. En cuanto actividad se despliega, como las anteriores, en una serie de funciones (predisposición, propósito y resolución) y operaciones (voliciones simples, complejas y orden de voliciones)<sup>39</sup>. También los estados de la voluntad pueden clasificarse de acuerdo con criterios múltiples, y de nuevo ofrece aquí Giner una clasificación sumamente prolija en la que no creemos de interés entrar<sup>40</sup>.

<sup>35</sup> LS 1, 156.

<sup>36</sup> LS 1, 161-7.

<sup>37</sup> LS 1, 167.

<sup>38</sup> LS 1, 169.

<sup>39</sup> LS 1, 186-7.

<sup>40</sup> LS 1, 187-91.



La actividad voluntaria culmina en el orden ético, nivel propio de la *voluntad moral*, en el que desemboca el estudio gineriano del querer<sup>41</sup>. La psicología de Giner se asocia en este punto a cuestiones que no son, en rigor, psicológicas sino éticas, sobre las cuales tiene, sin embargo, mucho que decir. Porque desde el momento en que el orden moral es recibido por la voluntad para su realización, constituye un *estado* del espíritu del que la psicología debe, en consecuencia, ocuparse. Así lo entendía ya Sanz del Río cuando, en unas lecciones de ética que no llegó a publicar, introducía cada tema con un resumen de las nociones psicológicas que consideraba presupuestas en él<sup>42</sup>; y otro tanto ocurre con el resto de los autores krausistas que escriben sobre temas éticos. El estudio gineriano del querer concluye, pues, en la voluntad moral como grado máximo que puede alcanzar esta facultad en la vida, de la misma manera que el estudio del conocer concluía en el del conocimiento científico y el del sentir en el del sentimiento estético, grados máximos también, a su vez, de sus respectivas facultades.

## V. La Psicología Orgánica

Llegamos así a la tercera parte de la psicología gineriana, la Parte o Psicología Orgánica, en la que Giner pretende examinar la manera en que las propiedades particulares de conocer, sentir y querer se articulan como miembros de la armónica totalidad en que el espíritu consiste. Ello se lleva a cabo en los dos planos en que dicha articulación se manifiesta: el *universal*, en el que se realiza de modo idéntico en todo espíritu finito; y el *individual*, en el cual se expresa diversamente en cada uno.

1. Por lo que se refiere al primero, la psicología gineriana presenta el espíritu como un *organismo* en el que las distintas propiedades espirituales se hallan *subordinadas* con respecto al espíritu mismo que las contiene y abraza (es el espíritu mismo quien conoce, siente y quiere) y *coordinadas* entre sí<sup>43</sup>. Coordinación, por su parte, que no consiste en una mera yuxtaposición, sino que se realza como *referencia recíproca* (cada facultad se refiere a las otras dos), *reflexividad* (cada una se refiere también a sí misma) y *condicionalidad* (la determinación y desarrollo de cualquiera de ellas depende de la

<sup>41</sup> LS 1, 194.

<sup>42</sup> SANZ DEL RÍO, J., Manuscritos inéditos conservados en la Real Academia de la Historia, serie A, carpeta 20.

<sup>43</sup> LS 1, 200.

determinación y desarrollo de las demás)<sup>44</sup>. Esta condicionalidad recíproca de las facultades que Giner destaca como uno de los aspectos importantes de la relación entre ellas se halla claramente en la línea del intento que llevará a cabo la psicología diferencial posterior de reconstruir empíricamente (factorialmente) las interrelaciones de facultades y procesos, estados y propiedades. Aunque a un nivel puramente especulativo, puede verse en la tradición krausista que Giner recoge un anticipo sumamente interesante de la psicología diferencial en un momento en que aún estaba muy lejos de hallarse consolidada como rama de la psicología.

El alma alcanza su perfección cuando el desarrollo de estas tres propiedades, conocer, sentir y querer, resulta proporcionado, esto es, cuando se den en ella el equilibrio de todos los elementos que integran su vida. La armonía o equilibrio del alma se patentiza desde cualquiera de sus propiedades manifestándose como *sabiduría*, desde el punto de vista del conocer, como *amor* desde el del sentir, y como *bondad* desde el del querer. La *belleza* del alma consiste, así, en la plena armonía de sus facultades<sup>45</sup>.

2. La psicología gineriana, que tan fiel pretendía ser a los datos de la observación, no podía quedarse en meras consideraciones aplicables a todos los espíritus en general: necesariamente tenía que reparar en el hecho de las diferencias individuales, abordar la descripción de los rasgos que distinguen a unos espíritus de otros, e intentar dar razón de ellos.

Pues bien, según Giner, los espíritus finitos difieren por el modo peculiar en que se da en cada uno la esencia espiritual que les es común a todos. Porque las diversas propiedades del espíritu se unen e interpenetran constantemente en su vida sin llegar nunca a realizar plenamente el equilibrio a que aspiran, y es de estas múltiples combinaciones de donde surgen las diferencias individuales. Algunas de estas diferencias son el resultado de combinaciones tan fugaces que la ciencia no puede ocuparse de ellas; sólo las que resultan de combinaciones permanentes o habituales pueden ser consideradas por la psicología. La experiencia descubre, en opinión de Giner, cuatro factores principales de diferenciación espiritual: el *sexo*, el *carácter*, el *temperamento* y la *aptitud*, factores que en las lecciones gineriana se estudian con algún detenimiento, configurando así un esbozo de psicología diferencial<sup>46</sup>.

---

<sup>44</sup> LS 1, 200-1.

<sup>45</sup> LS 1, 204-5.

<sup>46</sup> LS 1, 212-9.

## VI. *Un apéndice sobre el lenguaje*

Las *Lecciones sumarias de Psicología* se cierran con un «Apéndice sobre el lenguaje». Es sabido que Krause sintió una profunda preocupación por el lenguaje, que aparece en sus *Lecciones sobre Antropología Psíquica* considerado como el «testimonio de toda la vida espiritual»<sup>47</sup>. Pero cuál fuera el lugar que correspondía al tema dentro de la doctrina del espíritu no debía estar muy claro ya que, bien desaparece por completo de los tratados psicológicos de la escuela (es el caso de los fundamentales de Ahrens y Tiberghien), bien, cuando aparece, lo hace como un apéndice a la ciencia del alma. Esto es lo que ocurre en las *Lecciones* de Giner, quien, por otra parte, se ciñó en esta cuestión a las directrices marcadas por su maestro Sanz del Río en un *Programa de Psicología* redactado para la segunda enseñanza<sup>48</sup>.

El lenguaje, leemos en la primera edición de las lecciones ginerianas, es y no es, al mismo tiempo, un tema del que la psicología deba ocuparse; de ahí su ambigua condición de apéndice. No lo es, en cuanto que la expresión lingüística implica elementos ajenos a la consideración psicológica; lo es, sin embargo, en la medida en que lo que el lenguaje humano expresa de forma inmediata es la naturaleza misma del espíritu (si bien, a través de ésta, el lenguaje puede tener como objeto la realidad toda). La relación que existe entre la manifestación exterior del lenguaje (lo expresante, cuya forma principal es la palabra) y su objeto (lo expresado) es, por lo demás —según Giner—, una relación de estricta correspondencia: las palabras son el medio de expresión espiritual de un objeto cualquiera, y se combinan entre sí de modo análogo al de las ideas, constituyendo el lenguaje como un organismo o sistema de signos perfectamente isomórfico con ellas<sup>49</sup>.

## VII. *¿Hacia una psicología positiva?*

Como puede apreciarse, la psicología expuesta en la primera edición de las *Lecciones* ginerianas era una psicología sistemática que respondía a los planteamientos netamente filosóficos e idealistas de la filosofía krausista. En la segunda edición, sin embargo, Giner pretendía incorporar los «progresos» de las nuevas corrientes de la psi-

<sup>47</sup> KRAUSE, K. C. F., *Vorlesungen über die psychische Anthropologie*. Herausgegeben von Dr. H. Ahrens, Göttingen: In Commission der Dietrich'schen Buchhandlung, 1848 (Lección 7, pp. 262-75).

<sup>48</sup> SANZ DEL RÍO, J., *Programas de Segunda Enseñanza. Psicología, lógica y ética*. Madrid: Imp. de M. Galiano, 1862 (p. 24).

<sup>49</sup> LS 1, 221-6.

cología europea, en la creencia de que éstos eran «perfectamente compatibles» con la perspectiva doctrinal adoptada en la edición anterior. ¿Cuáles eran los «progresos» a los que se refería Giner, y hasta qué punto resultaban efectivamente «compatibles» con el idealismo krausista defendido en 1874? ¿Qué balance arroja, en definitiva, una comparación detenida de ambas ediciones?

Según el propio Giner, la segunda edición de sus lecciones introduce innovaciones de tres tipos: en primer lugar, *reduce* «casi una tercera parte» la extensión de la edición anterior; en segundo lugar, *completa* «muchas de sus lagunas»; por último, *aclara* «un tanto el lenguaje»<sup>50</sup>. La comparación que se realice, pues, deberá atender principalmente a estos tres órdenes de cuestiones: determinar a qué se debe la mayor brevedad de la edición del 77, esto es, qué temas son excluidos de ella y qué interpretación cabe dar a su ausencia; presentar los temas que la nueva edición añade; y recoger aquellas variaciones del texto que, destinadas a proporcionar una mayor claridad expositiva, comportan además cambios significativos en las posiciones sustentadas anteriormente por el autor. Porque el proceso de clarificación que sufren las *Lecciones* no es sólo una cuestión lingüística o estilística, sino que a menudo se convierte en una cuestión *temática*: las aclaraciones se logran, en no poca medida, mediante la supresión lisa y llana de algunos de los temas más difíciles.

Resumiendo aquí los resultados de la minuciosa comparación realizada, y destacando de ella sólo los rasgos a nuestro juicio más significativos, las diferencias entre las dos ediciones de las *Lecciones Sumarias* podrían condensarse quizá en los siguientes puntos.

1. Entre los cambios de ordenación que sufre el texto de la edición de 1877 por referencia a la edición anterior, sólo el relativo al lenguaje parece responder a un auténtico cambio de concepción acerca del tema, y no meramente a conveniencias de tipo expositivo o didáctico. Esta diferencia de consideración, por otra parte, no afecta sino al lugar que ocupa en las *Lecciones* —de mero apéndice final pasa a formar parte preeminente de la Psicología General, integrándose en la cuestión más amplia de las relaciones espíritu-cuerpo— sin que ello comporte, por lo demás, alteraciones significativas en su contenido.

2. De entre las cuestiones que la segunda edición incorpora como novedades frente a la primera, nos parecen especialmente dignas de destacar:

a) Las orientadas hacia una mayor profundización de las relaciones cuerpo-espíritu. En cada una de las tres partes de las *Lecciones*

<sup>50</sup> LS 2, VIII.

se constata alguna innovación en este sentido, y es precisamente en ellas donde Giner revela mejor su intento de aproximación a los enfoques propios de la nueva psicología científica. Especialmente destacable es el capítulo sobre la «vida del espíritu en relación con el cuerpo», un capítulo casi enteramente nuevo que constituye una de las aportaciones más notables de la segunda edición de las lecciones ginerianas. En él se acentúa la dimensión fisiológica del problema, subrayando la importancia del sistema nervioso<sup>51</sup>, así como el momento propiamente fisiológico de la sensibilidad<sup>52</sup>. Se recoge asimismo la problematicidad de cuestiones candentes de la nueva psicofisiología tales como la velocidad de transmisión del impulso nervioso<sup>53</sup> y la «localización de las facultades anímicas»<sup>54</sup>. Se distingue también entre la cualidad y la cantidad sensoriales, mencionando, en relación con esta última, el tema de los umbrales sensoriales y la ley de Weber-Fechner en una de las escasísimas referencias explícitas a los hallazgos de la nueva psicología<sup>55</sup>. En la mayor parte de las ocasiones, por el contrario, el acercamiento gineriano a ésta no pasa de alusión velada. Así, el llamar «específicas»<sup>56</sup> al tipo de sensaciones que en la primera edición denominaba «particulares» pudiera ser un eco de la teoría de la energía específica de los nervios, de Johannes Müller; la mención de la existencia de sensaciones musculares<sup>57</sup>, un implícito reconocimiento de las investigaciones sobre el sentido muscular realizadas por Bell, Müller, Weber y tantos otros; la afirmación de que algunos fenómenos de magnetismo animal «parecen hallarse autorizadamente comprobados»<sup>58</sup>, un tributo al reconocido prestigio de Charcot, cuyas investigaciones sobre el tema se recogían por entonces en los *Anales de Ciencias Médicas*<sup>59</sup>, etc., etc.

b) Las destinadas a mostrar la proyección pedagógica de la psicología. Giner manifiesta, por ejemplo, preocupación por el tema de la «fatiga mental» en la referencia que hace a lo que él llama «ley de la alternativa entre el *trabajo* y el *descanso*»<sup>60</sup>; tema de eminente aplicación pedagógica que empezaba por entonces a atraer la atención de los psicólogos interesados en cuestiones educativas. Asimismo se refiere en la nueva edición al papel esencial que desempeña la

---

<sup>51</sup> LS 2, 63.

<sup>52</sup> LS 2, 65.

<sup>53</sup> LS 2, 66.

<sup>54</sup> LS 2, 67.

<sup>55</sup> LS 2, 69.

<sup>56</sup> LS 2, 69.

<sup>57</sup> LS 2, 70.

<sup>58</sup> LS 2, 84.

<sup>59</sup> *Anales de Ciencias Médicas* (1877): 229 y (1878): 163, 414 y 542.

<sup>60</sup> LS 2, 56.

educación en acelerar o retrasar las edades del espíritu, y a la posibilidad de corregir los defectos, tanto corporales como anímicos, del individuo<sup>61</sup>. Como es sabido, las cuestiones educativas habían pasado a ocupar desde 1876 el primer plano de los intereses de Giner. Muchas de las ideas pedagógicas ginerianas no son sino una consecuencia de toda una serie de concepciones psicológicas previas; y la Institución Libre de Enseñanza, donde aquellas ideas van a ir poco a poco cobrando forma, muy pronto se hará eco, desde las páginas de su *Boletín*, de las posibilidades inmensas de aplicación que posee la psicología en el ámbito de la educación.

c) Las que inciden sobre la cuestión de las dimensiones sociales del hombre<sup>62</sup>, que enlazan con otras que Giner abordará posteriormente. La referencia a la dimensión social del espíritu apunta ya, en efecto, en la dirección en que sus trabajos sobre *La persona social* habrían de incidir con más detalle. El interés de Giner por las cuestiones sociales y su vinculación con el campo de la psicología es reconocido por éste en aquella obra y se enmarca dentro del clima general de recepción española de las corrientes positivas a partir de 1875, que en muchos krausistas y krausopositivistas (el propio Giner, Azcárate, Sales y Ferré, Posada...) adoptó la forma de esfuerzo por introducir en nuestro país las aportaciones más sobresalientes de la nueva ciencia sociológica.

3. Finalmente, por lo que hace a las omisiones de la segunda edición, si se exceptúa la del singular papel que la fantasía desempeñaba en la primera (que se consideraba allí como el medio más adecuado por parte del espíritu para poner en contacto a éste con el cuerpo, así como el sistema neuro-psíquico lo era por parte de este último), y que parece apuntar a la renuncia gineriana a una posición típicamente krausista, las demás responden aparentemente a dos objetivos fundamentales:

a) El de descargar un texto elemental de psicología de matices, subdivisiones, discusiones críticas y referencias bibliográficas, cuya complejidad o prolijidad los hacía inadecuados para una obra de estas características.

b) El de despojarlo en lo posible de cuestiones no estrictamente psicológicas (metafísicas, gnoseológicas, epistemológicas, lógicas, éticas y estéticas) que abundaban en la primera edición y que, acaso por la conciencia más clara que Giner, en contacto ahora con los «nuevos desarrollos» de la psicología europea, había ido adquiriendo

<sup>61</sup> LS 2, 198.

<sup>62</sup> LS 2, 87, 202, 206 y 208.

acerca del ámbito propio de la ciencia psicológica, estaban en la segunda fuera de lugar.

En suma, pues, el resultado más notable de nuestra comparación acaso sea el hecho de que ninguna de las modificaciones observadas en la segunda edición parezca comportar un cambio profundo de orientación en el pensamiento psicológico gineriano. Encontramos, sí, la incorporación de hallazgos que iban siendo moneda corriente en la psicología de la época, así como la acentuación de aspectos que enlazaban con los intereses predominantes de nuestro autor hacia 1877. Pero, al mismo tiempo, hallamos la pervivencia de los principios básicos, determinantes de un enfoque que permanece anclado en los planteamientos especulativos e idealistas de 1874. Preciso es tener esto bien presente a la hora de realizar una valoración que pretenda hacer justicia a la psicología de Giner de los Ríos.

#### VIII. *Las «Lecciones Sumarias» y la «nueva psicología»*

Consideradas globalmente, pues, las lecciones ginerianas se revelan como expresión de una doctrina que tiene su raíz en los planteamientos metafísico-especulativos del idealismo krausista, y que evoluciona posteriormente hacia concepciones más próximas a los enfoques naturalistas de la psicología de la época. La atención que Giner prestaba en 1877 a temas tales como el «momento fisiológico» de la sensibilidad, por no citar sino uno de los ejemplos que cabe entresacar de la comparación que antecede, apunta precisamente en esa dirección.

Ahora bien, si las modificaciones que la segunda edición comporta parecen significar, en general, un intento de puesta al día de las lecciones de cara a los desarrollos que estaba experimentando por entonces la psicología fuera de España, no es menos cierto, sin embargo, que las variantes que se observan no alteran para nada sus planteamientos fundamentales, y que, en 1877, las *Lecciones Sumarias* continuaban siendo, en lo esencial, tan krausistas como tres años antes. Seguimos estando, en efecto, ante una psicología que afirma la realidad del espíritu (a la que se accede en virtud de la intimidad o conciencia de sí mismo que éste posee en todo momento) como fundamento explicativo de los fenómenos psíquicos en su triple manifestación cognoscitiva, sensitiva y volitiva. Las variantes entre ambas ediciones, por consiguiente, afectan a la actualización de los datos, a la noticia de los *hechos* que las nuevas corrientes psicológicas, en sus investigaciones particulares, habían ido estableciendo como tales o, simplemente, como objeto de controversia; quedaban, no obstante, inmovibles los *principios*, las concepciones y planteamientos de fondo.

1. No parecía posible otra cosa. La nueva psicología experimental que Wundt había consolidado se oponía en algunos aspectos esenciales a la que los krausistas propugnaban, y Giner no podía adoptarla sin abdicar previamente de todo el ideario filosófico que había sustentado su actividad privada y pública, que había reemplazado, incluso, a su fe religiosa. La oposición radicaba, a nuestro juicio, en el modo fundamentalmente diverso de entender el objeto mismo de la psicología. Para Wundt, en efecto, se trataba de explicar la experiencia inmediata (conciencia) concebida como un conjunto de fenómenos psíquicos: para establecer la psicología como nueva disciplina científica entendida al modo positivo había que desvincularla de sus hipotéticos substratos metafísicos, de modo que la investigación psicológica sólo atendiera a la pura fenomenalidad de los hechos psíquicos. Desprovistos éstos de su substrato permanente, se mostrarían como «acontecimientos y no cosas; ocurren, como todos los acontecimientos, en el tiempo, y no son jamás, en un momento dado, los mismos que en el momento precedente»<sup>63</sup>. Este carácter de constante movilidad otorgaba un enorme «valor típico» a los procesos volitivos para la comprensión de todos los demás: «por la analogía del proceso volitivo, debe interpretarse todo otro proceso psíquico; esto es, cual un hecho que siempre muda en el tiempo»<sup>64</sup>.

A la vista salta que semejante concepción de la psicología no resultaba integrable en los planteamientos krausistas de Giner. Los puntos de enfrentamientos eran múltiples. Para empezar, el fenomenismo defendido por la psicología wundtiana suponía hacer de esta ciencia lo que los krausistas llamaban una «ciencia histórica», una ciencia de hechos, de lo individual y concreto, cuando desde un comienzo habían recabado para ella el carácter de «ciencia filosófica», esto es, de lo inmutable y permanente de su objeto. Lo cual, claro está, no equivalía a negar los hechos que fuera revelando la investigación empírica, ni tampoco el constante fluir de los mismos, sino a rechazar la interpretación que de ellos hacía la nueva psicología wundtiana: desde la perspectiva krausista no cabía ver los hechos psíquicos sino como estados mudables de una realidad permanente y subyacente a ellos, el espíritu, sólo por referencia a la cual podían éstos explicarse. A la tesis fenomenista del wundtismo, por consiguiente, Giner oponía una tesis sustancialista, una afirmación, en definitiva, metafísica que había heredado del krausismo anterior.

La concepción del objeto de la psicología determinará también la naturaleza misma de la explicación psicológica. Para Wundt, «cuando

---

<sup>63</sup> WUNDT, W., *Compendio de Psicología*. Trad. J. González Alonso. Madrid: La España Moderna, S. A. (p. 26).

<sup>64</sup> *Ibidem*.



se reconoce la *inmediata* realidad de la experiencia psicológica, se excluye por sí mismo el estudio de la derivación de determinadas partes del proceso psíquico de otras que del mismo difieren específicamente»<sup>65</sup>. Esto es, las mismas razones que pueden esgrimirse para desautorizar las explicaciones de tipo metafísico abonan igualmente el rechazo de explicaciones fisiológicas o físicas en psicología: sólo explicaciones obtenidas al propio nivel del psiquismo deben resultar aceptables. Aquí tiene su raíz la concepción wundtiana de la conciencia como estructura formada a partir de ciertos elementos psíquicos (sensaciones y sentimientos) cuyas combinaciones dan razón de los procesos más complejos de la experiencia. Para Giner, por el contrario, no se trataba de explicar unos hechos psíquicos por otros más simples, sino de reconocer la espontaneidad y causalidad del espíritu en la determinación de su propia esencia. Al «atomismo emergente» de Wundt, por el que se buscaba la explicación de los procesos psíquicos más complejos a partir de sus componentes elementales, se contraponen lo que podríamos llamar un «totalismo descendente», una concepción del espíritu como ser unitario que no se deja explicar por la sucesión o composición de sus estados, de los cuales, antes bien, se erige él mismo en razón explicativa.

Los estados o hechos psíquicos, además, responden en la psicología de Giner a tres dimensiones del espíritu (conocimiento, sentimiento y voluntad) perfectamente identificables y dotadas cada una de una función característica. De ello parece derivarse la necesidad de que cada cual sea entendida en su propia esfera, y el hecho de que ninguna de ellas resulte, por tanto, particularmente esclarecedora para la comprensión de las otras. El singular valor típico que Wundt reivindicaba para la voluntad choca, pues, con la apreciación gineriana de la coordinación de las facultades. La estructura del psiquismo (si es que es posible utilizar este término para referirse a la posición krausista) que se deriva de una tal concepción de la psicología nada tenía que ver con la wundtiana. Se trataba, más bien, del reconocimiento de una trabada urdimbre en la que, desde la propiedad esencial y permanente hasta el estado más fugaz, todo lo psíquico se mostraba articulado bajo la suprema unidad orgánica del espíritu.

2. Ahora bien, si de lo expuesto en esta sintética referencia comparativa entre algunos principios fundamentales de la psicología de Giner y de la nueva psicología wundtiana podría desprenderse un enjuiciamiento negativo de aquélla, en la medida en que sus supuestos básicos se oponían a lo que la historia posterior ha mostrado como paso decisivo en la configuración de la psicología contemporánea, no

---

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 27.

es menos cierto que, en contrapartida, la posición gineriana mostraba no poca afinidad con algunas de las nuevas tendencias que, también en franco desacuerdo con el enfoque de Wundt, fueron surgiendo posteriormente en psicología. Porque la psicología de Giner venía a acentuar precisamente los aspectos de espontaneidad y causalidad propias del espíritu; en suma, la dimensión activa y dinámica del psiquismo que la psicología de Wundt, al concebir la realidad mental como un resultado de elementos psíquicos que se combinan diversamente en virtud de unas pocas leyes asociativas básicas, terminaba por perder de vista. Las *Lecciones Sumarias*, por el contrario, ponían en primer término los conceptos de *vida* y *actividad* para caracterizar el alma humana, y era constante en ellas la referencia a los aspectos dinámicos de sus facultades.

Considerada desde este ángulo, la psicología gineriana parecía situarse en la línea del funcionalismo psicológico que iba cobrando forma en Europa y América a finales del siglo pasado como respuesta a la perspectiva de Wundt. Porque, en efecto, lo que caracterizaba fundamentalmente al punto de vista funcional en psicología era su especial interés en los problemas dinámicos derivados del reconocimiento de las dimensiones activas de lo psíquico. Como ha escrito Pinillos, la tendencia funcionalista, «en lugar de insistir sobre la descripción precisa de los elementos constitutivos de los estados de conciencia, se preocupaba más de estudiar la actividad mental con una actitud fenomenológica amplia»<sup>66</sup>; palabras que podrían igualmente aplicarse a la psicología de Giner, tanto por el énfasis de ésta en el lado activo de la vida psíquica como por la «actividad fenomenológica» con que se enfoca: la atención a los datos de conciencia quiso ser siempre el principio rector de la indagación psicológica y científica krausista.

Claro está que no todo eran semejanzas, y que calificar de funcionalista a la psicología de Giner sería, sin duda, forzar excesivamente la aproximación. Entre otros, el escollo metafísico se interponía entre ambas psicologías: el funcionalismo se inscribía dentro del marco positivista dominante en la ciencia del momento y evitaba, por tanto, en lo posible, comprometerse en afirmaciones metafísicas de cualquier tipo. Con todo, lo que nos parece indudable es que, entre el estructuralismo y el funcionalismo, «la tesis y la antítesis de las que, a través de vacilaciones y tanteos, había de surgir poco a poco la psicología contemporánea»<sup>67</sup>, era más bien en la dirección de este

---

<sup>66</sup> PINILLOS, J. L., *Introducción a la psicología contemporánea*. Madrid: CSIC, 1962 (p. 111).

<sup>67</sup> *Ibid.*, 116.

último hacia donde la doctrina psicológica de las *Lecciones Sumarias* parecía apuntar.

La idea de que era ésta la vía que la psicología nueva ofrecía al pensamiento psicológico del krausismo español parece confirmarse, por otra parte, si reparamos en que el sentido funcionalista que, si quiera como larvado anuncio, se descubre en la obra de Giner, viene a hacerse patente sin reservas en la de otro autor krausista, José de Caso, asiduo colaborador de Giner y primer profesor de psicología en la Institución Libre de Enseñanza<sup>68</sup>. Y en que muchas de las traducciones al español de autores vinculados al funcionalismo europeo y americano sean debidas precisamente a miembros de dicha Institución. Así, por ejemplo, Domingo Barnés traduce los *Principios de psicología* de William James, uno de los principales inspiradores del movimiento funcionalista en América; otro tanto cabe decir de J. M. Baldwin, cuya *Historia del alma* vierte al castellano Julián Besteiro; este último prologa asimismo la *Introducción a la psicología experimental* de A. Binet, traducida por Angel do Rego; etc., etc. Así se explicaría también la numerosa inclusión de autores funcionalistas en el *Boletín* de la Institución Libre (Dewey, S. Hall, J. M. Baldwin, Bergson, Claparède, etc.), perfectamente natural, por lo demás, si se cae en la cuenta de que fue la psicología educativa una de las primeras ramas de la psicología aplicada cuya constitución y desarrollo fueron potenciados precisamente por el enfoque funcional.

## IX. Conclusión

De Giner se ha dicho que «se esforzó en hacer toda clase de generosas concesiones» al espíritu de su tiempo, «pero manteniendo recatada su alma»<sup>69</sup>. Estas palabras podrían haber sido escritas para su psicología, ya que a ella resultan máximamente aplicables. Las *Lecciones Sumarias*, en efecto, dieron cabida a un buen número de

<sup>68</sup> José de Caso y Blanco fue discípulo de Sanz del Río, de quien publicó, con el título de *Análisis del pensamiento racional* (Madrid: Imp. de Aurelio J. Alaria, 1877), los manuscritos correspondientes a los cursos impartidos por éste en 1862-3 y 1863-4. Ocupó la cátedra de «Sistema de la Filosofía», fundada por su maestro, de 1884 a 1926. Colaboró estrechamente con Giner, cuyos ideales pedagógicos compartía, y desempeñó funciones diversas en la Institución Libre de Enseñanza. Caso llegó a adoptar un punto de vista funcional como el medio más adecuado para introducir a alumnos de cinco y seis años en las cuestiones psicológicas fundamentales. Así lo manifiesta en su serie de artículos sobre «La enseñanza de la Antropología en la escuela». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (1883): 152-6, 187-90, 235-8, 285-7; (1884): 266-8; (1885): 125-6, 134-7.

<sup>69</sup> RIVERA PASTOR, F., «Nota preliminar» a Giner de los Ríos, F., *Obras Completas*, VIII. *La persona social. Estudios y Fragmentos*. Madrid: La Lectura, 1923 (p. VI).

cuestiones que revelan en su autor un interés grande por la psicología y un empeño considerable por estar informado e informar de sus adelantos más recientes. No obstante, la conservación del «retrato de su alma» le llevó a permanecer fiel a los principios filosóficos que las inspiraban. Cuando no se trató sino de incorporar datos empíricos a un cuerpo de doctrina ya formado, Giner se abrió sin reservas a las nuevas tendencias; cuando lo que estaba en juego eran cuestiones de fondo, su actitud se tornaba decididamente crítica.

Así, la psicología de Giner se manifiesta al lector de sus lecciones como una psicología filosófica, sistemática, introspectiva. Ninguno de estos rasgos resultaba del todo ajeno a la psicología que por entonces se hacía fuera de España. En las lecciones ginerianas se echa en falta, sin embargo, lo que parece haber sido la capital aportación a la historia de la psicología de aquellos nombres (Fechner, Helmholtz, Wundt...) con los que Giner abría la segunda edición de las mismas: el intento de aproximar la experimentación científico-natural a los problemas psicológicos, rompiendo así con una larga tradición de psicología puramente especulativa apegada a planteamientos filosóficos y metafísicos heredados de la vía cartesiana de la *res cogitans*. La pervivencia de los principios filosóficos krausistas parece haber constituido aquí un obstáculo insalvable: porque, como decía Giner de acuerdo con ellos, lo experimental hace referencia a la experiencia sensible, externa, pasajera, temporal; y la psicología, en tanto que ciencia filosófica, debía ocuparse de lo inmutable y eterno. Desde la perspectiva krausista en que Giner se hallaba instalado, la idea misma de un saber psicológico científico y, al mismo tiempo, experimental, resultaba contradictoria.

Esto no impidió a Giner, y merece la pena insistir en ello, realizar un importante esfuerzo por abrirse a las nuevas tendencias de la psicología científica de su época. Tal apertura, según se patentiza en la segunda edición de sus *Lecciones*, quedó casi exclusivamente en mera *información*. Pero, aún dentro de estos límites indudables, la información que Giner poseyó de algunos de los nombres e ideas más representativos de la nueva psicología científica favoreció, gracias a la poderosa influencia de su personalidad intelectual, la difusión de la misma, y hubo de propiciar la constitución en España de un clima general de conocimiento y acercamiento a sus nuevos planteamientos: otros pensadores de filiación krausista habrían de llevarlos a más cumplido efecto<sup>70</sup>, pero no puede negarse la decisiva contribución de las *Lecciones Sumarias* a que la psicología científica lograra finalmente abrirse paso en el ambiente cultural español.

---

<sup>70</sup> Ver LAFUENTE, E., «Sobre los orígenes de la psicología científica en España: el papel del movimiento krausista», citado ya más arriba.

## *El Dr. Simarro y la Psicología Científica en España*

Helio CARPINTERO  
*Universidad de Valencia*

Entre los nombres gloriosos, si bien con frecuencia olvidados, de nuestra tradición científica figura indiscutiblemente el de don Luis Simarro, el primer catedrático de psicología en la Universidad española.

Junto con el señalado mérito de haber tomado parte esencial en la institucionalización de la nueva ciencia psicológica en nuestro país, hay en su figura también ciertas dimensiones de fracaso que exigen explicación, y que posiblemente sólo la tienen desde el marco de condiciones sociales e históricas en que le tocó vivir. El doctor Simarro, sin duda, ha sido una de esas personalidades con vocación por la investigación y por la clínica, que, dotada de recursos personales, se encontró a pesar de todo con un país en donde su proyecto no encontraba el adecuado apoyo.

Tal vez el primer dato que nos pone en la pista de ese desajuste con su mundo sea la escasez de su obra escrita. En cierto sentido, Simarro es un autor «ágrafo», del que no es posible reunir más allá de dos docenas de artículos divulgativos. Quedan noticias de su encanto personal, de su profundo influjo en algunos de los jóvenes que le rodearon un tiempo —Viqueira, Achúcarro, Lafora y otros—, pero todo ello obliga a reconstruir su pensamiento con los escasos restos que dejó, y a explicar su silencio.

El horizonte sobre el cual se levanta su figura puede ser entendido desde dos dimensiones, una colectiva, otra más específicamente individual.

Colectivamente, Simarro aparece, inicialmente, dentro de una España que se debate entre dos tendencias; la apertura al mundo

europeo, y la consolidación de un estado de cosas, sociales y mentales, dominado por el temor a la innovación. Las guerras carlistas, las insurrecciones militares, la guerra de Africa, luego la revolución del 68 y la caída de la monarquía de Isabel II, preludiada por conspiraciones y revueltas en que los estudiantes tomaron parte activa, prestan el fondo a los años juveniles de Simarro, en Valencia, donde se significó como una figura políticamente radical, orientada al republicanismo, y al final enfrentado con alguno de sus profesores de la Facultad de Medicina hasta el punto de tener que abandonar Valencia y trasladarse a Madrid, a fin de poder terminar su licenciatura (Salcedo, 1926, 26-28). Había hecho, pues, su personal elección al respecto, una elección progresista que mantendría a lo largo de su vida.

Si en Valencia le había ayudado, cuando estudiante, el catedrático Eduardo Pérez Pujol, una figura próxima al grupo de la Institución Libre de Enseñanza (Esteban, 1974), en Madrid su vinculación a ese núcleo tuvo como consecuencia intelectual una serie de conferencias y de artículos que constituyen la parte más considerable de su exigua obra escrita.

La Institución tuvo en la España de la Restauración una extraordinaria significación cultural. Sus fundadores, y singularmente Francisco Giner de los Ríos, estaban interesados básicamente en la reforma y transformación de la sociedad española, pero, como en otra ocasión he indicado, pronto advirtieron que semejante reforma suponía una transformación espiritual previa, sólo realizable a través de la educación (Carpintero, 1982, 262). Había en el país una intrincada maraña de problemas ideológicos, denunciados una y otra vez por espíritus progresistas como Galdós o *Clarín*. Era preciso imponer un talante ético a la vida colectiva, y dotarla, al mismo tiempo, de unos conocimientos que más allá de nuestras fronteras progresaban incesantemente, y a través de los cuales el hombre descubriría la compleja estructura de la realidad y alcanzaba poco a poco a dominarla.

Ahora bien, por lo que hace a nuestro caso, tal vez la Institución alentó ciertas dimensiones poco convenientes para el efectivo desarrollo de una nueva ciencia positiva como era entonces la psicología. La Institución orientó sus esfuerzos muy pronto hacia la enseñanza básica, por considerarla fundamental, pero con ello en buena medida abandonó el nivel universitario, que era a fines del siglo XIX el único marco posible para el desarrollo de una ciencia experimental. Y la psicología era una ciencia que al iniciar su despegue de la filosofía comenzaba requiriendo condiciones materiales suficientes para realizar su investigación, para consolidar grupos de estudio, que sólo la Universidad podía proporcionar. Esto vino a suceder

en Alemania y en Estados Unidos, en Italia, algo menos en Francia, y casi nada en España, donde la única cátedra establecida para la docencia de la psicología experimental, en Madrid, quedó situada en la Facultad de Ciencias de modo marginal, sin grandes posibilidades para disponer de estudiantes en cuyo *curriculum* tuviera esa disciplina un peso decisivo. Ni la Universidad oficial, ni la Institución Libre de Enseñanza prestaron el nivel de institucionalización y apoyo social que hubiera sido oportuno tener.

Pero Simarro no fue sólo un hombre de la Institución Libre de Enseñanza, su personalidad aparece ligada a otras instituciones culturales, como el Ateneo de Madrid, a movimientos sociales como la masonería, dentro de la cual fue figura destacada, y a personas bien significadas en el mundo político de la España de fin de siglo. Recuérdese tan sólo a este respecto que Simarro fue una persona muy cercana a Jaime Vera, el psiquiatra y el primer gran teórico del marxismo en España, como autor del «Informe de la Agrupación socialista madrileña», de 1884 (Iglesias, y Elorza, 1973); Vera y Simarro hicieron algunas peritaciones psiquiátricas juntos, lo que da idea de su proximidad profesional y personal.

Esa trayectoria social y política, que va desde sus primeros años juveniles hasta el final de su vida, está incardinada en una determinada personalidad que hay que imaginar a partir de ciertos datos de sus biógrafos. En primer término, Simarro parece haber sido un hombre con una extraordinaria memoria, capaz de repentizar una disertación erudita sobre un tema surgido ocasionalmente en una conversación. Por otro lado, parece haber tenido problemas de instalación en su clase social; así, junto a la anécdota de carecer de un traje aceptable para comenzar a ir a la Universidad, lo que requirió la ayuda de algunos espíritus generosos valencianos, está también su primera independencia económica «dando lecciones 'a los hijos de los ricos', como decía, con un tono de agrio desdén» (Cortezo, 1926, 12). Era también un gran clínico, del que sin embargo Cortezo cuenta que pasaba visita en el Hospital de la Princesa «sin interrumpir la lectura del volumen o de la revista que, al entrar en el hospital, iba leyendo» (Cortezo, 1926, 16). Todo ello da idea de un distanciamiento en el joven Simarro entre su contorno y sus intereses profundos. Semejante distanciamiento es, con gran probabilidad, el factor que le impulsa en cierto momento a abandonar el país e irse a París, buscando nuevos estímulos intelectuales.

Simarro se fue a París en 1880. Allí trató a Nicolás Salmerón, y acudió a lecciones de Charcot, de Richet, de Magnan. Pasó cinco años en aquel ambiente lleno de vida intelectual y de inquietud cultural, y no se encontró con Sigmund Freud, venido de Viena,

casi por casualidad: Simarro se volvió en 1885, y Freud llegó a París en 1886.

Simarro volvió a Madrid y, en muy poco tiempo, logró los mayores éxitos del «favor social», como recuerda Cortezo (Cortezo, 1926, 18). Ello le permitió, entre otras cosas, disponer de recursos para adquirir una extraordinaria biblioteca, así como un laboratorio privado en torno al cual iban a converger algunos jóvenes llenos de inquietud científica. En un momento determinado, Simarro opositó a la cátedra de Histología normal y Anatomía patológica de la Facultad de Medicina de Madrid (1898): fueron las oposiciones que llevaron a Ramón y Cajal a la cátedra madrileña, y que de algún modo ocasionaron roces entre estos dos grandes espíritus. Diez años más tarde, había Simarro de obtener la recién creada Cátedra de Psicología experimental (1902) de la Facultad de Ciencias, en cuyo marco iba a comenzar el lento progreso de esa disciplina en nuestro país.

Pero ¿qué psicología podía hacer Simarro? ¿Hacia dónde se orientaba su pensamiento?

Para contestar esas preguntas es necesario reconstruir su doctrina, dado que nunca fue expuesta de modo cabal y adecuado. Contamos, para ello, con algunos restos y fragmentos, que creo que pueden darnos, con alguna aproximación, el contorno de su pensamiento, un pensamiento que hubiera debido constar de un modo mucho más formal y explícito para bien de todos.

A mi juicio, la primera formulación del pensamiento de Simarro, al menos de su pensamiento psicológico, se encuentra en su conferencia acerca de las «Teorías modernas sobre la Fisiología del Sistema Nervioso», pronunciada en 1878 en el marco de la Institución Libre de Enseñanza. Anterior a su viaje a París, en ella recogía lo que era una inquietud profunda dentro del núcleo de la Institución. En efecto, la psicología, para los krausistas españoles, aparecía como el punto donde engarzaban a un tiempo las preocupaciones científicas y las filosóficas (Lafuente, 1980, 1982). En unos momentos en que en el resto de Europa está en su esplendor el positivismo, una filosofía que aspira últimamente a ser una reflexión sobre el conocimiento de las ciencias, muchos de los hombres vinculados a la Institución Libre de Enseñanza rechazaron tanto la renuncia a la metafísica de muchos científicos, como la renuncia a la ciencia de otros muchos filósofos.

Uno de los textos más claros, a la par que curioso, donde se expresa esa voluntad de síntesis es, sin duda, el prólogo que Salmerón puso a los ensayos sobre *Filosofía y Arte* de Hermenegildo Giner de los Ríos, en 1878 —el año de la conferencia de Simarro.



Salmerón reconoce el avance de la libertad de conciencia en nuestro país, por obra de aquellos espíritus que han impulsado la difusión de una mentalidad científica entre nosotros, y singularmente los discípulos de Sanz del Río. Pero, en un nivel más profundo, preocupa a Salmerón el problema filosófico central, «la contradicción histórica entre el empirismo y el idealismo», la unidad bajo la oposición del sujeto y el objeto, la integración de la física y la metafísica. Y desde esa perspectiva escribe: «Fechner, Wundt, Spencer, Hartmann y tantos otros sabios naturalistas y pensadores eminentes, se dan ya la mano, reconociendo los unos que del fondo de la experimentación brotan datos especulativos, afirmando los otros que la especulación no es abstracta, ni persigue entidades extrañas a la concreción de la realidad. El punto de cita, si vale decir, en que se prepara este grandioso concierto, es el cerebro del hombre. De aquí, el inmenso interés y la decisiva trascendencia que ofrece al presente la Psicología fisiológica. Ella puede, en rigor, ser considerada como la prenda de unión entre las dos tendencias en que se ha dividido hasta ahora la construcción científica» (Salmerón, 1878, xiii-xiv).

Salmerón admite, pues, que el análisis del cerebro, esto es, el estudio que realiza la psicología fisiológica, contiene la clave de la unidad de los conocimientos. En esta psicología que, para Salmerón, ha de reconstruirse como una «Antropología psíquica», el conocimiento empírico de la realidad va enlazado con la conciencia del ser racional supraindividual, y junto a la vida consciente hay todo un previo proceso evolutivo inconsciente. Tales ideas apuntan a la construcción de un Monismo filosófico, aún no conquistado, que habría de superar los dualismos anteriores (Salmerón, 1878, xxvi).

Para los institucionistas —más en general, para los krausistas—, la pieza clave de la realidad es precisamente el hombre. En él se encuentra, como en la vieja idea del microcosmos, idealidad y empirismo, ser y deber ser, individualidad y sociedad, ciencia natural y metafísica de lo absoluto. Tal es el horizonte en que se mueve la conferencia de Simarro en 1878.

Simarro, por lo pronto, tiene una visión histórica de la fisiología del sistema nervioso amplia y sumamente rica. Tiene, además, perfecto conocimiento del cambio que se ha producido, al pasarse de las teorías antilocalicistas de Flourens a las localicistas nuevamente postuladas por los descubrimientos de Broca, de Frisch y Hitzig. Y ello lleva a una nueva precisión: «la fibra y la célula son los elementos primarios del complicadísimo mecanismo nervioso», y añade: «la fibra es... un conductor... La célula... es tenida como el órgano principal, cuyas funciones ignoradas dan ocasión al pensamiento y a la voluntad» (Simarro, 1878, 201). El localicismo, al postular una co-

respuesta entre centros y funciones, permitía la hipótesis de un psiquismo celular, sobre todo cuando a ello se le añadía una perspectiva evolutiva. Eran éstas las ideas de Verworn, pero sobre todo de Haeckel, interesado en establecer una filogenia del psiquismo que arrancaba del alma celular (o cito-psique) de los protozoos unicelulares, que parecen resonar aquí. En la célula debe haber una función, si bien «completamente desconocida», que sea la «condición de la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad» (Simarro, 1878, 202). Desde las primeras funciones biológicas deberíamos encontrar los rudimentos de lo que va a ser en su despliegue, la vida psicológica de los organismos superiores, hombre incluido.

Sobre esa base celular, el desarrollo psicológico aparece entendido desde una posición reflexológica. En efecto, dice Simarro, «toda acción del sistema nervioso puede considerarse como una suma de actos reflejos simples» (Simarro, 1878, 205), actos que enlazan de modo determinístico y causal ciertos estímulos con otras respuestas.

La idea no era original. Ya en 1863 había escrito Sechenov su trabajo sobre los reflejos cerebrales, donde el reflejo fisiológico se convertía en el factor explicativo de toda suerte de conductas, tanto las elementales como las más complejas. Pero no es probable que Simarro hubiera leído a Sechenov; desde luego, no lo cita. La influencia le llega, en cambio, de Inglaterra: de los trabajos de Carpenter (*Mental physiology*), y de la teoría del automatismo de T. H. Huxley; a ambos cita junto con otros nombres a este respecto: por algunos «el cerebro es tenido como un apéndice ganglionar de la médula, apéndice en el cual se realiza una nueva y complicada distribución de los reflejos»; y aquí siguen los nombres de Descartes, Claudio Bernard, Luys y Hartmann, que vienen a unirse a los dos ya mencionados, y que componen una compleja imagen de esta primera reflexología a la que parece haber venido a sumarse el doctor Simarro en su primer momento.

Según esta concepción, «los actos responden a las excitaciones que nacen de las circunstancias y se adaptan a estas mismas circunstancias» (Simarro, 1878, 211). La respuesta es desencadenada por la excitación periférica, pero está orientada justamente a la adaptación del organismo al medio, una idea que los evolucionistas, de Darwin a Spencer, habían ido consolidando en ese tiempo.

Para que se produzca la respuesta, ha de haber un proceso de conducción del impulso nervioso. Simarro parece admitir la continuidad entre un conductor y las células adyacentes al establecer la existencia de «filetes eferentes» entre aquéllos (Simarro, 1878, 203); le importa, sobre todo, comprender la adquisición de respuestas cada vez más precisas, y supone, junto a una inicial difusión de la excitación en múltiples direcciones, una progresiva y paulatina concentración

por la «línea de menor resistencia» que va quedando cada vez más expedita y accesible (ibidem). Lo que luego será núcleo de su teoría de la iteración aparece ya aquí prefigurado; en conjunto, Simarro no iba más allá de admitir la teoría de la difusión de la impresión, elevada a categoría de ley por Alexander Bain (Bain, 1881, 60 ss.), junto con la idea de facilitación que Carpenter y otros habían de recoger en la fisiología, pero tampoco ha de olvidarse que tales ideas —formación de hábitos, teoría del automatismo reflejo— iban a reaparecer como conceptos básicos en los *Principles of Psychology* de James unos años después, y desde luego, la idea de una modificación fisiológica ligada a la adquisición de experiencias había parecido esencial ya a Herbert Spencer (Spencer, s. a., II, 286 ss.) para comprender un paso de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo indiferenciado a lo diferenciado a través de la experiencia y el aprendizaje.

Simarro recogía esta idea de la formación de hábitos por la plasticidad y facilitación nerviosas, que suponía la adquisición de una estructuración individual de base biológica gracias a la cual se completa la adaptación al medio. Ahora bien, ¿cómo compaginar todo ello con la conciencia individual, con el libre albedrío, con la voluntad? ¿Cómo asignar localizaciones a esas dimensiones psicológicas? Al llegar a esos temas, Simarro adopta una posición agnóstica: habla de «suspender todo juicio» (Simarro, 1878, 213), habla de «misterio profundo» (ibidem, 218), y traslada a la filosofía la responsabilidad de hacer compatibles el automatismo nervioso y la libertad humana, cosa que parece estar más allá del límite de la propia ciencia fisiológica.

En síntesis, cuando tratamos de precisar la posición de Simarro en 1878, antes de su viaje a París, y a partir de esta conferencia tan sólo, no se olvide, le encontramos situado más o menos en el nivel de su tiempo, y admitiendo unas tesis de tipo determinista en torno a los fenómenos fisiológicos, que incluyen una línea reflexológica, una idea de adaptación biológica, y una visión del sistema nervioso dotado de plasticidad; la conciencia aparece con el valor de una incógnita, y su esclarecimiento queda reservado para la filosofía y no para la ciencia positiva. Hay, además, una información extraordinariamente actual, junto con un profundo conocimiento histórico, indicativo todo ello de la amplitud de perspectiva con que se acercaba a estos temas psicofisiológicos. Simarro acredita aquí una gran familiaridad con los autores ingleses —Maudsley, Carpenter, Spencer— y los franceses —Claude Bernard, Charcot, Ranvier—, y algo menor con los alemanes —Müller, Helmholtz o Meynert. Simarro, al menos desde un punto de vista informativo, estaba al día de lo que estaba haciéndose en Europa.

A este mismo nivel parecen pertenecer los varios artículos que entre 1878 y 1879 publicó en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, y dedicados a exponer la «Fisiología general del sistema nervioso». En ellos podemos encontrar algunos elementos complementarios de la imagen que acabamos de trazar. Uno es la presencia de un cierto rasgo funcionalista que aparece con claridad cuando sostiene que «la percepción y tal vez todas las operaciones intelectuales ofrecen para el individuo un carácter instrumental, por el que se subordinan constantemente a los fines» (Simarro, 1879, 127); evidentemente se trata de la adaptación producida por las funciones psíquicas que da a éstas su sentido de utilidad subrayado por el evolucionismo. Junto a ello, hay una marcada resonancia de las ideas de Helmholtz, al afirmar que los datos sensoriales son objeto de interpretación y permiten una posterior construcción de nociones: empirismo frente a innatismo, inferencia en la percepción, constructivismo de nociones. Por eso, ante las ilusiones, dice Simarro, «interpretamos todas las sensaciones y construimos las nociones respectivas como si las sensaciones se produjeran siempre en las condiciones habitualmente normales» (Simarro, 1878-1879, 127). Datos sensibles y nociones conceptuales cumplen así una función últimamente instrumental y adaptativa, concorde con el funcionalismo indicado. Tal sería el conjunto de ideas que parece corresponder a la etapa anterior al viaje a París.

Simarro se fue a París en 1880. Cortezo recuerda el talante de su amigo en aquellos tiempos: «a diario se quejaba en nuestras conversaciones de la necesidad de maestros, de investigadores y de especialistas serios, que él sentía. 'Con sólo los enfermos y los libros —decía— no se puede hoy hacer ciencia sólida y durable; es necesario oír las lecciones de los mismos que han contribuido al avance científico; es necesario frecuentar sus laboratorios para las investigaciones histológicas, y sus gabinetes de experimentación para la investigación fisiológica; yo necesito ir a París, y después... adonde haga falta.» (Cortezo, 1926, 17). Necesitado de maestros, necesitado de laboratorios, necesitado de un clima intelectual en que desarrollarse, Simarro piensa en París, y al fin consigue pasar allí cinco años. Durante ese tiempo trabajó con figuras médicas relevantes: con Mathias Duval, que «confirmó su adhesión al darwinismo»; Ranvier, que «le orientó de modo definitivo hacia la neurohistología», y Charcot y Magnan, «los principales responsables de su posterior orientación como neuropsiquiatra» (López Piñero, 1983).

En nuestro contexto, resulta interesante sobre todo la presencia y el influjo de Charcot. Porque Charcot fue, desde luego, una figura central en el desarrollo de la psicología a finales del siglo pasado. No en balde fue el presidente de honor del primer congreso inter-

nacional de Psicología fisiológica, celebrado en París en 1889, una figura respetada por Ribot, Binet, o Janet. Charcot, además, fue uno de los que más trabajaron por dotar de preparación psicológica a los psiquiatras; a este respecto, Janet recuerda cómo en una ocasión, animándole a trabajar en psicología, Charcot le había regalado unos libros para que le sirvieran de orientación: las *Observations on man* de Hartley, es decir, algo así como la biblia del asociacionismo mental con base fisiológica, dos volúmenes llenos de anotaciones del propio Charcot (Janet, 1895). Esa era, pues, la psicología en que estaba pensando el maestro al animar a sus discípulos.

¿Qué sucede con Simarro cuando vuelve a España, después de haber absorbido el clima intelectual francés?

Hay un texto dolorido, lleno de patriotismo y amargura, que parece expresar bastante bien esa situación del hombre de ciencia que vive en su patria como un exiliado intelectual. Simarro, que ha estado unos años fuera, buscando alimento para su espíritu, al retornar choca de nuevo con la dura realidad que hace del hombre de ciencia español un ser alejado de su sociedad, desconectado del mundo exterior, náufrago destinado a ser olvidado por todos.

En efecto, el Ateneo de Madrid organizó un curso sobre la España del siglo XIX, y encargó a Simarro una conferencia sobre dos figuras médicas de ese tiempo: Pedro Mata y Mateo Orfila. Orfila, exiliado de España, había llegado a ser gloria para Francia, científico estimado y potenciado por un medio estimulante y acogedor; Mata, en cambio, combatido y discutido por sus compatriotas, había quedado aislado, como «extranjero en su patria». «Las obras del genio —decía Simarro— exigen siempre la colaboración del medio»; tras estar España en el mundo, en el siglo XVI, la reforma produjo un «movimiento retrógrado» entre nosotros, que hace que los autores del siglo XVI, como Vives, parezcan más modernos que los de los siglos siguientes, desconectados de la cultura creadora europea; en fin, añade, «¡Que ésta es la última desdicha de los hombres de ciencia de España, después de gastar la mayor parte de su vida en trabajo negativo, si algo positivo producen, como no engrana con la cultura nacional que no existe, ni con la extranjera que se desarrolla por sí misma e independiente de nosotros, caen pronto en el olvido!» (Simarro, 1886, 558-559).

Hay aquí algo más que la expresión renovada de la crítica a la historia de la ciencia española; hay algo más que la reaparición de la polémica sobre nuestra ciencia y nuestra cultura y la influencia de nuestra religiosidad y espíritu de contrarreforma. Hay, de algún modo, el sentimiento personal y auténtico de quien ha experimentado en su propia carne las dificultades y limitaciones de que habla; hay una conciencia aguda de la desconexión de los científicos

españoles respecto de sus colegas extranjeros, y de la inutilidad de unos esfuerzos que están llamados a caer en el olvido. Simarro acababa de repasar una doble situación paradigmática, la historia de estos dos talentos, dedicados a la medicina legal, en dos medios bien distintos, uno lleno de facilidades y el otro de impedimentos, con unos resultados que presentaban el medio social como el factor explicativo principal del éxito o del fracaso del científico.

Es curioso, con todo, que en este momento Simarro está no demasiado lejos del conservadurismo intelectual de Menéndez Pelayo por lo que se refiere a su admiración hacia Luis Vives. ¿Es un problema de afinidad política? Sin duda, no. ¿Acaso ese «vivismo» nace de añoranzas valencianas? Pienso que tampoco. Lo que ocurre es que Simarro ve en Vives la cabeza teórica del asociacionismo psicológico, en sus estudios sobre el alma, y ese asociacionismo es el que ha reencontrado en París de la mano de Charcot; de ahí esa modernidad del hombre renacentista que no tienen otros sabios posteriores. Y desde este momento, Simarro encaja dentro de una línea de pensamiento psicológico orientada hacia el asociacionismo, en una línea que sintoniza predominantemente con la orientación del psiquiatra y psicólogo alemán Theodor Ziehen.

Tal vez la última pieza psicológica escrita por Simarro que conocemos sea su prólogo a la traducción del *Compendio de psicología fisiológica* de Ziehen aparecido en 1910. En esta obra creía advertir algunas particularidades que la hacían especialmente atractiva a sus ojos. En efecto, Ziehen, dice Simarro, «siendo de nación alemana adopta el sistema asociacionista, de origen inglés», renovando así ideas de Aristóteles y de Juan Luis Vives (Simarro, en Ziehen, 1910). Así convergen en él lo que parecían ser las dos grandes líneas de la psicología moderna, a que se había referido unos años atrás Ribot en sendos estudios: la psicología inglesa y la alemana, más descriptiva la primera, más experimental la segunda. Ribot plasmó la imagen de esas dos corrientes, Simarro la aprovechó —aunque cuando lo hizo las cosas habían cambiado mucho, y habían pasado seis congresos internacionales de psicología para evidenciar el auge de otras corrientes nacionales al margen de aquellas dos. Pero la frase dejaba ver el interés por el experimentalismo y el cuantitativismo germánicos, junto al esfuerzo por conservar otras dimensiones —la descripción introspectiva, la información psicopatológica— a las que Simarro no quería renunciar. Todo ello no hacía sino enriquecer y matizar su asociacionismo básico, un asociacionismo que encontramos en un curso de psicología profesado hacia 1896 ó 1897 en el Ateneo de Madrid, un año antes de que se viniera a producir 'la Derrota del 98'.

De ese curso no nos queda nada más que el programa, que además se ha publicado con erratas y un sinnúmero de defectos (García Martí, 1948, 198-200). Reconstruyendo a partir del mismo lo que podía pretender Simarro con sus lecciones, hallamos aproximadamente lo que sigue. Primero, se trata de un curso de Psicología fisiológica, que comienza con unas lecciones de tema biológico —naturaleza de la vida, acción y reacción entre organismo y medio, e ideas de adaptación, variación y evolución con mención expresa de Darwin. Siguen luego unos puntos sobre evolución del sistema nervioso, y ya de lleno entra el autor a exponer el sistema nervioso mencionando la dinámica de las excitaciones, los niveles de organización central y, en fin, la relación entre psiquismo y fisiología. Los epígrafes son bien indicativos: «De las funciones psíquicas y su paralelismo con las funciones fisiológicas del sistema nervioso. De lo consciente y lo inconsciente. Del asiento de la conciencia. El problema metafísico bajo el punto de vista de la psicología. La psicología trascendental. Idealismo psicológico y materialismo fisiológico. Teoría del agnosticismo» (García Martí, 1948, 199).

Resuenan aquí, sin duda, muchas de las ideas de Simarro ya expuestas en 1878, que antes vimos también relacionadas con otras de Salmerón. La psicología tiene una dimensión filosófica irrenunciable; esta podría consistir en alumbrar, bajo el dualismo inicial —idealismo, materialismo—, un principio unitario de solución, una posición monista. Resulta, además que a eso mismo llega Ziehen en las páginas finales de su *Compendio*: «Por todas partes sólo nos es dada la serie psíquica de las sensaciones y de sus imágenes mnemónicas, y solamente es una hipótesis universal el aceptar una serie material que está en relación causal con esta serie psíquica... Así, pues, se nos presenta el dualismo o paralelismo psico-físico sólo como aparente... Cada paso ulterior sería un paso metafísico, y conduciría a una metafísica problemática...» (Ziehen, 1910, 378-380). Desde el idealismo psicológico llegaríamos, tal vez, a la construcción de un materialismo fisiológico: de las sensaciones subjetivas llegaríamos a la construcción de un mundo de objetos materiales entre los que se hallaría el cuerpo; pero el trasfondo último sustancial de la realidad, a un tiempo ideal y material, libre y determinada, que había quedado fuera del alcance del científico en cuanto tal en la conferencia de 1878 como un misterio (un *ignorabimus* como el de Du Bois Raymond de unos años antes), aparece recogido ahora como «teoría del agnosticismo».

Simarro continúa su curso tratando de la evolución psicológica, tanto en su filogenia (Haeckel, Verworn, Romanes), como en su ontogenia (Preyer, Baldwin, B. Pérez, entre otros). Plantea la existencia de unos niveles de comportamiento de complejidad progresiva —re-

flejo, acto automático, y acto voluntario—, esquema análogo al ofrecido por Ziehen, y llega finalmente al análisis de la conciencia, su campo, su contenido y sus elementos básicos: emoción y representación. Como se ve, ahí iba incluida la dualidad cognición-afección que los estructuralistas habían destacado, y que Ziehen recogía en su obra bajo la dualidad representaciones —emociones, para luego abrir un amplio campo de desarrollo y enriquecimiento de la vida psíquica a través de las asociaciones de ambos elementos.

En este asociacionismo encontramos ideas muy próximas a las que iba a proponer Bechterev en su teoría del reflejo asociativo. Ziehen, en su libro suponía que en el progreso hacia niveles superiores de comportamiento lo que sucedía es que representaciones mnemónicas y excitaciones intercurrentes modificaban y adaptaban un curso de excitaciones producidas por estímulos y lo acompañaban, entonces, de un proceso psíquico paralelo (Ziehen, 1910, 30). El asociacionismo abría así el camino a la memoria, la concepción y el pensamiento abstracto, y a la integración de ideas con emociones, hasta la suma integración de la personalidad (lecciones XIV a XVIII del programa del Ateneo). Simarro terminaba su curso con unas ideas sobre la patología del espíritu, que incluía los grandes síndromes y las alteraciones del sentimiento y la personalidad.

Hacia 1896, pues, Simarro estaba presentando un curso de psicología dentro de las líneas vigentes en el resto del mundo occidental. Nada llama la atención en él, y tal vez debiera sorprendernos la modernidad y equilibrio de aquel programa que va desde la base biológica a los aspectos psicopatológicos tras pasar por los procesos psicológicos básicos. Lo que sorprende es que sea un curso de Ateneo, que haya de impartirse fuera de un marco universitario, y que a su espalda no tenga una labor de investigación experimental publicada y contrastada. En cualquier caso, Simarro aparece cercano a la psicología europea de su tiempo, excelente conocedor de sus autores y un gran organizador y expositor de sus conocimientos.

Por esos años publicó también otro trabajo poco atendido, y que da algunas pistas de cierta línea de preocupación que está presente en su obra. Me refiero a «El exceso de trabajo mental en la enseñanza» (Simarro, 1889), aparecido en varios números del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. Aquí Simarro desarrolla una línea de pensamiento que guarda relación con los estudios de Galton y de Lombroso a propósito del genio o talento y su difusión dentro de un cierto medio social. En el artículo recoge la idea de que el hombre está, en el mundo moderno, situado en un medio que le somete a tensiones, a un estrés para el que sus dotes biológicas no están preparadas. De ahí que el hombre que quiere triunfar se vea forzado a realizar excesos, sobrecargas, «surmenage» dice Simarro, y



esto conduce a un desgaste mental. Tomada la sociedad en bloque, esto lleva no tanto a la propagación de genios por herencia, sino al desgaste que introduce una degeneración creciente entre individuos. «La libertad de pensar y la facultad de difundir las ideas —dice Simarro (Simarro, 1889, 38)— que caracterizan a nuestro tiempo, han acelerado de tal modo el progreso de la cultura, que la capacidad de acomodación del hombre resulta excedida en mucho». Y añade: «Hoy no amenazan los bárbaros a la civilización, demasiado extendida para que una invasión la destruyese totalmente; pero la amenazan en cambio los efectos de una educación que impone un trabajo mental excesivo, y que además lleva sobre sí el deplorable carácter de ser mecánica y destructora de toda iniciativa personal» (idem, 39).

Este texto reúne las posiciones educativas de los hombres de la Institución, siempre opuestos a la enseñanza mecánica y a la pérdida de creatividad del espíritu, con las preocupaciones psicosociales de un psiquiatra próximo a los temas de la herencia de la inteligencia y de los estigmas degenerativos. Su tema era, para su tiempo, perfectamente oportuno, y relacionaba los problemas de fatiga con los de la inteligencia. Simarro sostenía que había una continuidad energética, que iba, en sus términos negativos, desde la fatiga a la neurastenia, de ésta el agotamiento, y de éste, en fin, a la degeneración. Nuestro mundo cultural podría sentirse, por el hecho de haber logrado esa cultura, libre de amenazas sociales interiores; Simarro, sin embargo, percibía una amenaza biológica para este organismo humano creador en un medio excesivamente complejo; al hacerlo, repetía, sabiéndolo o sin saberlo, una tesis de Galton, en *Hereditary Genius*, y es que por obra de la civilización nuestra raza está sobrecargada, y ese exceso de demandas puede conducir hacia la degeneración (Galton, 1869, 345). Una vez más, reencontramos la huella de la psicología inglesa sobre su pensamiento, y precisamente en torno al problema de la adaptación y el desajuste del hombre a su medio social. Este tema era también en buena medida su personal problema, como científico inadaptado en un mundo que carecía de medios institucionales y vías estabilizadas para la creación científica, aunque su caso no nacía de la limitación de facultades mentales, sino, antes al contrario, de la limitación de recursos sociales con que ejercitar aquéllas.

Así llegamos a lo que podemos estimar como su planteamiento teórico definitivo, que se infiere de los apuntes de un curso profesado en 1904 y 1905, y al que asistió Juan Vicente Viqueira, quien luego lo incluyó en su libro sobre *La psicología contemporánea* aparecido póstumamente en 1930 (Viqueira, 1930, 55-60).

En este curso, Simarro ofrece una profundización de las líneas de su pensamiento en la dirección funcionalista. En línea con William James, considera la psicología como una ciencia de «hechos que constituyen el fluir de la conciencia» (*idem*, 55), y que emplea la observación y la reflexión como métodos. Tras reconocer la distinción entre sujeto y objeto, considera aquél como un «tejido de sentimientos» —posiblemente, la traducción de los *feelings* en que para Bain consistía la vida de la conciencia. Con Bain admite la «relatividad psíquica», que supone una interacción entre los estados psíquicos, y con James, la aparición de varios núcleos o niveles del 'yo': el 'Yo sentido', estado de ánimo, y el Yo activo, «la personalidad» espiritual, corporal e histórica; el primero es un mero sujeto de vivencias, mientras que el segundo es un ser concreto y personal (*idem*, 56) capaz de proyectar su vida en otros cuerpos análogos a los nuestros y reconocer así a sus semejantes (Baldwin). Simarro recoge la idea del organismo-máquina que había propuesto Loeb, pero reconoce la aparición del nivel de conciencia como determinante de un cambio fundamental, y si bien no deja de ser un «factor vital» (*idem*, 57), supone la conversión del excitante en representación y, con ello, se «agrande el radio de acción de la respuesta» (*idem*, 58).

Desde ese funcionalismo, la memoria es interpretada como un mecanismo protector hacia el futuro mediante el uso del pasado, sus datos y situaciones; la inteligencia, como un instrumento para interpretar mediante conceptos. «Sus operaciones se basan en la asociación de ideas», y su «condición fisiológica... es la iteración, o sea 'el proceso fisiológico de formación de vías organizadas en los centros nerviosos' (Asociaciones)» (*idem*, 58). En su resumen del curso Viqueira une, muy coherentemente, sus apuntes de clases con un texto breve de Simarro, *De la iteración*, aparecido en la revista de la Institución en 1902. Esta iteración, o facilitación, suponía a la vez una «diferenciación funcional» y una «complicación estructural», que no es hábito, ni instinto, ni memoria ni inteligencia, sino, según dice, la condición fisiológica que hace posibles todos esos diversos niveles de comportamiento. Por aquellos días, recordémoslo, Claparède admitía la ignorancia sobre las condiciones anatómicas de la asociación (Claparède, 1903), y Pavlov, unos años más tarde, aprovecharía para explicar sus asociaciones condicionales, verdaderas iteraciones, la idea de la facilitación nerviosa (*Bahnung*) que se entrevé en Simarro. Pero nuestro autor postulaba para ello la existencia no sólo de una conducción definida de impulsos en tejido nervioso, sino también una cierta conducción difusa, que fuera encauzándose y determinándose paulatinamente (Simarro, 1902, 351).

Pienso que semejantes ideas, atractivas desde la perspectiva psicológica, no terminaban de encajar con la teoría de la transmisión nerviosa que proponía Cajal en su monumental *Histología*. Cajal veía en el impulso nervioso un fenómeno de polarización dinámica bien definida: 'la excitación no puede, manifiestamente, progresar más que en un sentido', y toda posible difusión estaría limitada al crecimiento de conexiones interneuronales, a su fortalecimiento por el ejercicio y a su aumento por ramificación y crecimiento (Ramón y Cajal, 1909, I, 135; II, 887), no transmisión difusa, sino ramificada, diversificada. Habría que investigar a fondo, por especialistas, las posiciones relativas de Simarro y Cajal. Es, al menos, intrigante que en el estudio sobre la iteración el nombre de Cajal no aparezca, a pesar de que a éste le había interesado explícitamente el problema de la asociación de ideas y su base fisiológica, y lo mencionaba en su obra capital. Se dirá que había, o puede haber habido, distanciamientos personales tras el episodio de la oposición a cátedras; Cajal lo admitió en una carta al doctor Cortezo (Cortezo, 1926, 29) en que parece sentir que Simarro se distanciara del antiguo amigo. También puede haber habido algunas otras cosas; por ejemplo, la inferioridad de la investigación de Simarro frente a la de Cajal. Cuando se piensa en el artículo que Simarro publicó sobre tinción del tejido nervioso con sales de plata, un artículo de histólogo aparecido en la revista editada por Cajal, en 1900, y se comparan los dibujos de neuronas que ofrece, con los que ofrecía por todas partes Cajal; cuando se ve que Simarro ingenuamente confiesa que, de tener un mejor microscopio, se podrían ver mejor unas 'estrias de Froman', de las que Cajal decía en su libro que parecían ser unos inventos o imaginaciones de los investigadores sin mayor base real; cuando se ve a Simarro forzado por la clínica a restar tiempo a la investigación; cuando se toman esos datos juntos se ve el distanciamiento profundo que se había ido abriendo, irremediablemente, entre las dos figuras.

En todo caso, el curso de Simarro de 1905 presentaba un funcionalismo psicológico no exento de interés; reasumía la idea evolucionista spenceriana —de lo homogéneo a lo heterogéneo—, e integraba varios niveles de actividad, del mecanicismo de los tropismos al nivel superior de conciencia y propositividad, reuniendo una psicología de procesos automáticos a otra de procesos superiores, simbólicos y conscientes. Y todo ello conducía a centrar los varios procesos psicológicos sobre el de asociación, y sobre su supuesta base fisiológica, la iteración.

En el curso, como se ve, integraba y reasumía sus posiciones precedentes, dándoles una mayor cohesión y sistematismo. Pero, al mismo tiempo, Simarro se iba alejando de lo que era la psicología

de vanguardia de la época. Estaba perdiendo de vista los desarrollos de la psicología experimental alemana y americana; la psicología del pensamiento, de Binet, de Titchener o de la Escuela de Wurzburg, la psicología genética y social, la psicofisiología más avanzada, los trabajos del último Wundt sobre psicología de los pueblos, tantas y tantas cosas como aparecían a comienzos de siglo —cuando ya William James empezaba a no creer en la existencia de la conciencia.

¿Por qué razón?

Es bien conocida la tesis de que la psicología prosperó en Alemania en la medida en que determinados científicos, que procedían del mundo médico, se incardinaron en un marco institucional filosófico, dando origen a una 'hibridación de roles', dentro de una estructura social bien definida (Ben-David y Collins, 1966). En Alemania, algunos médicos distinguidos hallaron un nuevo campo de especialización trabajando sobre una temática próxima a la filosofía, si no puramente filosófica: fue el caso de Wundt. En cambio, esto no fue posible a Simarro en nuestro país. Simarro parecía dar pasos para injertar la psicología en la Facultad de Ciencias, pero él mismo era una figura extraña a aquel mundo; era una figura médica con una actividad clínica bien definida, que no había ingresado en el marco universitario médico y había quedado situado en aquella nueva disciplina, la psicología, de difícil ubicación. Estructuralmente, Simarro aparece como una figura desplazada tanto en el ámbito de los filósofos como en el de los médicos teóricos, investigadores, y sin una posición socialmente fuerte en su marco universitario específico, en su Facultad de Ciencias. Con ello, la institucionalización de la nueva disciplina psicológica quedaba gravemente debilitada.

Tal vez por aquí haya que buscar la explicación del silencio científico en que entra Simarro, casi desde el momento en que logra ser catedrático. Pasados los primeros años de nuestro siglo, sólo el prólogo al libro de Ziehen, y alguna otra pieza extraña como el prólogo a un libro de Bunge llevan alguna palabra de reflexión psicológica al lector de nuestro país proveniente del nuevo catedrático. También, en estos años, Simarro iba a publicar su único libro, o mejor, la primera parte de lo que pensaba ser su obra *El proceso Ferrer y la opinión europea*, un inmenso volumen que recoge traducidas innúmeras opiniones de extranjeros sobre el proceso al fundador de la escuela moderna, con un pequeño prólogo personal de corto aliento y ajeno a cualquier pretensión científica (Simarro, 1910). Simarro decía allí que en el caso Ferrer se cifraba «el porvenir de nuestra patria» (*idem*, xii). Mientras tanto, por esos años, Cajal obtenía el premio Nobel, y algunos discípulos de Simarro se aproximaban, tímidamente, hacia el enorme histólogo aragonés. De esta suerte, mientras Lafora y otros jóvenes se orientaban hacia la histología y neuro-

patología, pienso que Simarro vino a quedar en una cierta situación de aislamiento, sin escuela, como investigador sin discípulos, y sin una línea de trabajo que se pudiera continuar.

¿Qué es lo que había realizado? ¿Qué línea de pensamientos había ofrecido a sus compatriotas interesados en psicología?

Hay ciertas constantes en su pensamiento que no son difíciles de desgajar. Procuró, en primer lugar, mantener una base fisiológica en la comprensión de los procesos psicológicos. Sostuvo, por otro lado, una continua orla de reflexión filosófica, en una línea agnósticista no demasiado lejana de la posición de algún filósofo como Spencer, cuyo evolucionismo también compartió. Mantuvo, en relación con lo psíquico, una visión funcionalista que acentuaba el valor de la adaptatividad, y esa su explicación recurrió al mecanismo de la asociación. Recogió, junto con el interés por los aspectos patológicos, la preocupación por integrar niveles de comportamiento mecánicos con otros propositivos en el hombre; pero, por otro lado fracasó en la institucionalización de la nueva psicología. Simarro, psiquiatra con gran fama, con clínica abierta, con compromisos sociales y políticos, veía crecer junto a él el núcleo investigador de Cajal, que en ciertos aspectos no resultaba demasiado lejano de preocupaciones y temas de interés para el psicólogo, y sobre todo para el psicofisiólogo. En realidad, Simarro parece haberse hallado en una situación de compromiso entre la vida social y la vida dedicada a la investigación, entre una entrega a la ciencia positiva y una atracción por la reflexión filosófica, entre su interés por el laboratorio y su dedicación a la clínica, entre su cátedra universitaria y su restante figura y protagonismo sociales.

Como se puede comprender, Simarro no podía triunfar en todas las direcciones. En cierto modo, su silencio como investigador y profesor expresa bien claramente un cierto fracaso en su empresa de institucionalizar la naciente psicología española, en esos años que van desde el prólogo al libro de Ziehen (1910) hasta su muerte, en 1921.

Evidentemente, no todo iba a morir con él. En 1920, un grupo de personas entre las que se contaban algunos de sus antiguos discípulos, como el doctor Lafora, pusieron en marcha la primera publicación especializada en toda la temática que interesó a Simarro, los *Archivos de Neurobiología*. Y mientras algún joven, como Emilio Mira, aprovechaba un pequeño test para medir la inteligencia que inventara en un rato creativo como tantos suyos el doctor Simarro, otros difundían las nuevas ideas —Martín Navarro, Francisco Santamaría, Juan Vicente Viqueira, entre otros. No quedaba, sin embargo, una auténtica escuela, ni una obra de investigación que sentara las bases de una efectiva tradición.

El esfuerzo de Simarro es, a mi juicio, un esfuerzo fracasado. Simarro fue como científico un extranjero en su sociedad, y careció de los apoyos y estímulos sociales que hubieran podido animarle a mantener una vida investigadora dedicada a la psicología, la ciencia de que había llegado a ser primer catedrático. En muchos sentidos, su caso es un ejemplo para los psicólogos españoles, un ejemplo que presenta los peligros y dificultades que ha entrañado —y tal vez aún entraña— hacer ciencia en este país.

## BIBLIOGRAFIA

- BEN DAVID, J., y COLLINS, R., «Social factor in the origins of a new science: The case of psychology», *Amer. Sociol. Rev.*, 31 (1966): 451-465.
- BAIN, A., *Espíritu y cuerpo*, Madrid, A. Jubera, 1881.
- CARPINTERO, H., «The introduction of scientific psychology in Spain. 1875-1900», en Woodward W. y Ash, M. eds., *The problematic science: Psychology in Nineteenth-Century Thought*, New York, Praeger, 1982.
- CARPINTERO, H., «La psicología española: pasado, presente, futuro», *Rev. Hist. de la Psicol.* (1980).
- CLAPARÈDE, E., *La asociación de ideas*, Madrid, Jorro, 1907 (orig. 1903).
- CORTEZO, C. M., «Luis Simarro», en *Médicos ilustres del siglo XIX*, Madrid, 1926, 3-32.
- ESTEBAN, L., *La Institución Libre de Enseñanza en Valencia*, Valencia, Bonaire, 1974.
- GALTON, F., *Hereditary Genius*, London, Friedman, 1979 (orig. 1869).
- GARCÍA MARTÍ, V., *El Ateneo de Madrid (1835-1935)*, Madrid, Dossat, 1948.
- IGLESIAS, M. C., y ELORZA, A., *Burgueses y proletarios. Clase obrera y reforma social en la Restauración (1884-1889)*, Barcelona, Laia, 1973.
- JANET, P., «J. M. Charcot, son oeuvre psychologique», *Rev. Philosophique*, 39 (1895): 569-604.
- LA FUENTE, E., «Sobre los orígenes de la psicología científica en España: el papel del movimiento krausista», *Est. de Psicol.*, 1 (1980): 138-147.
- LA FUENTE, E., «La psicología de Giner de los Ríos y sus fundamentos krausistas», *Rev. Hist. Psicol.*, 3 (1982): 247-270.
- LÓPEZ PIÑERO, J. M., «Simarro Lacabra», en *Diccionario histórico de la ciencia en España*, Barcelona, Península, 1983.
- RAMÓN Y CAJAL, S., *Hystologie du système nerveux de l'homme et des vertébrés*, Madrid, C.S.I.C., reimp. 1972 (orig. 1909-1911), 2 vols.
- SALCEDO GINESTAL, E., *El doctor Luis Simarro Lacabra*, Madrid, Imp. Teodoro, 1926.
- SALMERÓN, N., Prólogo a GINER DE LOS RÍOS, H., *Filosofía y Arte*, Madrid, Imp. Minuesa, 1878.
- SIMARRO, L., «Fisiología general del sistema nervioso», *Bol. Inst. Lib. Enseñanza*, 2 (1878): 167-168, 176-7; 3 (1879): 22-3, 31-2, 37-8, 46-7, 53-4, 61-3, 79, 126-7.
- SIMARRO, L., «El exceso de trabajo mental en la enseñanza», *Bol. Inst. Lib. Enseñanza*, 13 (1889): 37-39, 88-91, 369-373.
- SIMARRO, L., «Mata y la Medicina legal. Orfila y Toxicología. La ciencia médica y las teorías modernas ante los tribunales y la ley», en *La España del siglo XIX*, Conferencias históricas del Ateneo de Madrid, Madrid, Lib. A. San Martín, 1886, vol. II, 521-560.
- SIMARRO, L., *El proceso Ferrer y la opinión europea*, Madrid, vol. I, 1910.

SPENCER, H., *Principios de Psicología*, Madrid, La España Moderna, s. a., 4 vols.

TUÑÓN DE LARA, M., *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 3 ed. 1977.

VIQUEIRA, J. V., *La psicología contemporánea*, Madrid, Labor, 1930.

ZIEHEN, T., *Compendio de psicología fisiológica en 15 lecciones*, con un prefacio del Dr. L. Simarro, Madrid, Bailly-Baillière, 1910.

## MASONERIA



## *El Dr. Simarro y la masonería*

José A. FERRER BENIMELI  
*Universidad de Zaragoza*

### *Apuntes biográficos*

El Boletín Oficial del Grande Oriente Español, en su número del 30 de junio de 1921, con motivo de la muerte del Dr. Simarro, incluyó una breve biografía —no del todo exacta— del Dr. D. Luis Simarro Lacabra, en la que, entre otras cosas, se decía lo siguiente:

«Don Luis Simarro nació en Roma el 4 de noviembre de 1851. El niño Simarro, huérfano antes de los tres años, fue recogido por su madrina, y ésta lo ingresó, cuando fue mayorcito, en una institución llamada de Damas Nobles, fundada en Játiva a fines del siglo xv por el Papa Alejandro VI (Borgia), nacido en dicha ciudad. El prior de la institución sentaba todos los días a su mesa al niño Luis Simarro, por el gusto de escuchar los rasgos de talento y gran ingenio que el niño acusaba con gran precocidad.

»Fue doctorado a los veinte años<sup>1</sup>. El año 74<sup>2</sup> estuvo en las barricadas de Valencia. Desempeñaba el cargo de tesorero de la Junta

---

<sup>1</sup> De hecho se doctoró a los 24 años.

<sup>2</sup> Debe decir 1873, ya que la sublevación de Valencia tuvo lugar el 19 de julio de 1873. Dos días después lo haría Castellón. Pero el general Martínez Campos sofocó la rebelión valenciana el 8 de agosto. Cfr. MEDIONE, M.<sup>a</sup> Alice, *El cantón de Cartagena*, Madrid, Siglo XXI, 1979, pp. 49. La enciclopedia Espasa, Madrid, 1927, t. 56, p. 339, dice que «por haber tomado parte en el movimiento cantonal de 1873 se vio obligado a trasladarse a Madrid». Según el profesor J. Javier CAMPOS BUENO, *El Dr. Simarro y la tradición experimental en la psicología española*, Informes de Psicología [Madrid, Facultad de Psicología] (1983) 109-131, el traslado de Simarro a Madrid fue para terminar los estudios de medicina, al haber sido suspendido en Valencia por el cirujano Enrique Ferrer Viñeta.

revolucionaria, y extendía los salvoconductos para entrar y salir en la plaza, que estaba sitiada. Marchó luego a París<sup>3</sup>, desterrado, y allí conoció e intimó con el admirable y sabio republicano D. Nicolás Salmerón, otra gloria nacional bien pronto olvidada.

»Después volvió a España, desempeñando la cátedra de Psicología Experimental de la Universidad Central, donde muchos hombres se matriculaban solamente por escuchar las enseñanzas que siempre se desprendían de las charlas familiares (jamás empleaba otro tono que el de charla familiar, ni aún en cátedra) don Luis Simarro...»<sup>4</sup>.

Como se observará no hay ninguna alusión a su vida masónica, a pesar de tratarse del órgano oficial de la masonería española, y del que hasta su muerte había sido su máximo representante primero como Soberano Gran Comendador del Supremo Consejo del Grado 33, y luego como Gran Maestre y Presidente del Gran Consejo de la Orden.

### *Soberano Gran Comendador del Supremo Consejo del Grado 33*

Por su parte, la *Reseña histórica del Grande Oriente Español y de su Consejo Federal Simbólico*, publicada en Sevilla en 1926, y que viene a ser como la historia oficial de la masonería española —en su versión del Grande Oriente Español<sup>5</sup>— es algo más explícita al decir que:

«Vacante el cargo de Gran Comendador<sup>6</sup> por fallecimiento en 1909 del Ilt. h.º Jorge Girod, fue designado con el carácter de interino para sustituirle en la Presidencia del Supremo Consejo del grado 33, el Ilt. y Poderoso h.º Dr. José Moreira Espinosa<sup>7</sup>, quien lo desempeñó a satisfacción de dicho Alto Cuerpo y de los Capítulos

<sup>3</sup> Su traslado a París fue en 1880. CAMPOS BUENO, J. Javier, *op. cit.*, p. 114.

<sup>4</sup> *Boletín Oficial del Grande Oriente Español* [Madrid], núm. 350, 30 junio 1921, pp. 71-72.

<sup>5</sup> En aquellas fechas existía también la Gran Logia Española.

<sup>6</sup> Gran Comendador: Alto dignatario que preside un Supremo Consejo. Supremo Consejo: Potencia masónica que dispone de la jurisdicción filosófica, es decir, de los grados 4.º al 33.º

<sup>7</sup> José Moreira Espinosa, médico notable, nacido en Cádiz en 1845. Falleció en Madrid en 1930. Fue uno de los fundadores del Grande Oriente Español. A él se debe la redacción de los rituales españoles de todos los grados del escocismo.

Jorge Girod Hentzi, importante industrial y relojero nacido en Suiza. Contribuyó a la fundación del Grande Oriente Español, financiándolo con largueza. Murió el 10 de febrero de 1909.

y Cámaras<sup>8</sup> de su dependencia, hasta el año de 1913, en que fue elegido por el Supremo Consejo y Cuerpo de su jurisdicción, por gran mayoría de votos, para el cargo de Gran Comendador, el Ill. y Pod. h.º Dr. Luis Simarro Lacabra, 33.º, cuyos trabajos en bien de la Orden y conservación del Rito<sup>9</sup> merecieron especial encomio, hasta cesar en el citado cargo de Gran Comendador en junio de 1917»<sup>10</sup>.

Entre los documentos masónicos conservados en el Archivo Histórico Nacional<sup>11</sup> figuran precisamente algunas actas de votación de distintas Cámaras y Capítulos. Así, el Soberano Capítulo de Rosa Cruces *Morayta n.º 56*, ubicado en Tánger, envió, con fecha 14 de febrero de 1913, el acta correspondiente, en la que se dice:

«Con suma satisfacción contestamos a vuestra grata de 7 del actual, en la que nos ordenáis que en sesión extraordinaria procedamos a la elección para el cargo de Soberano Gran Comendador para la Legislatura de 1913 a 1916. Este Soberano Capítulo, conocedor de vuestros deseos, convocó una sesión extraordinaria exclusivamente para la elección de dicho cargo con fecha de ayer, resultando la elección para Soberano Gran Comendador de ese Supremo Consejo al Ilustre y Poderoso h.º Dr. D. Luis Simarro, grado 33, aclamado por unanimidad»<sup>12</sup>.

Por su parte la Sublime Cámara Kadosch *Igualdad n.º 1*, de Madrid, comunicó al Supremo Consejo, el 31 de mayo de 1913, que, «en sesión celebrada al efecto, con carácter de Extraordinaria por esta Sublime Cámara, según previenen nuestros Estatutos y Reglamentos generales, salió elegido para desempeñar el Cargo de Gran Comendador Presidente del Supremo Consejo del Grado 33, el Ilustre y Poderoso h.º Dr. Luis Simarro (simbólico Franklin) grado 33»<sup>13</sup>, lo que tenían el honor de poner en conocimiento de ese Alto Cuerpo para los efectos consiguientes.

<sup>8</sup> Los Capítulos los constituyen los masones investidos de grados capitulares, es decir, del 4.º al 18.º, de una o más logias. La Cámara legislativa se constituye con representantes de todos los Capítulos.

<sup>9</sup> Rito: Conjunto de grados masónicos formando un todo coherente. Conjunto de reglas que fijan el desarrollo y las formas del trabajo en logia.

<sup>10</sup> *Reseña histórica del Grande Oriente Español y de su Consejo Federal Simbólico*, Sevilla, Ed. Minerva, 1926, p. 45.

<sup>11</sup> Sección Guerra Civil, de Salamanca. Sobre la formación y vicisitudes de este Archivo cfr. FERRER BENIMELI, José A., *Archivo de la Guerra Civil de Salamanca*, Rev. Historia 16 [Madrid], núm. 69, enero 1982, pp. 109-115.

<sup>12</sup> Soberano Capítulo de Rosa Cruz *Morayta núm. 56* al Supremo Consejo del Grado 33. Tánger, 14 febrero 1913. Archivo Histórico Nacional [A.H.N.], Sección Guerra Civil, Salamanca, Fondo *Masonería*, Leg. 663, Exp. 24 (Expediente personal del Dr. Simarro). **Apéndice núm. 1.**

<sup>13</sup> Sublime Cámara Kadosch *Igualdad núm. 1* al Supremo Consejo del Grado 33. Madrid, 31 mayo 1913. *Ibidem*. **Apéndice núm. 2.**

La también oficial *Historia del Supremo Consejo del Grado 33.º para España y sus dependencias y de la Masonería Española*, publicada en el exilio, en México en abril de 1961 «en el 150 aniversario de su fundación»<sup>14</sup> nos da el equipo que constituyó el Supremo Consejo en tiempos de Simarro, a saber:

Sob. Gr. Comendador: Luis Simarro Lacabra.  
 Ten. Gr. Comendador: Andrés López-Rodríguez.  
 Gr. Orador: José Moreira Espinosa.  
 Gr. Secretario y Canciller: Víctor Gallego.  
 Gr. Tesorero: Victoriano Alonso Rodríguez.  
 Gr. Maestro de Ceremonias: Alonso López del Villar.  
 Gr. Experto: Enrique Gras Morillo.  
 Gr. Capitán de Guardias: Félix Gámir.

Finalmente aporta una muy breve referencia biográfica:

«El muy Poderoso Hermano Luis Simarro Lacabra nació en Roma en noviembre de 1851 y murió en junio de 1921. Fue un médico insigne, especializado en Neuropatología y desempeñó la Cátedra de Psicología Experimental en la Universidad de Madrid. Escribió numerosos e interesantes libros»<sup>15</sup>.

Apenas elegido el Dr. Simarro como Soberano Gran Comendador fue enviado el 8 de julio de 1913 como Delegado del Grande Oriente Español, a la Asamblea anual del Bureau Internacional de Relaciones Masónicas que debía reunirse en La Haya en el Templo Masónico del Grande Oriente de los Países Bajos<sup>16</sup>. Con este motivo se le proporcionaron sendas cartas de presentación para la Gran Logia de Francia (París)<sup>17</sup>, y para el Supremo Consejo del Grado 33.º para Bélgica (Bruselas)<sup>18</sup>.

El prestigio que pronto alcanzó el Dr. Simarro, como Soberano Gran Comendador, quedó reflejado en el deseo de varios masones de Tángier (Marruecos) en posesión del grado 30, de constituir un

<sup>14</sup> Cfr. FERRER BENIMELI, José A., *Masonería española contemporánea*, Madrid, Siglo XXI, 1980, t. I, pp. 106-109.

<sup>15</sup> *Historia del Supremo Consejo del grado 33 para España y sus Dependencias y de la Masonería Española*, México, 1961, pp. 35-36. Cfr. igualmente el *Boletín Oficial del Grande Oriente Español*, núm. 254, Madrid, 30 junio 1913, pp. 81-83.

<sup>16</sup> Miguel Morayta, Gran Maestre, a la Asamblea de Delegados del Bureau Internacional de Relaciones Masónicas en 1913. Madrid, 8 julio 1913. Archivo particular del Dr. Simarro, Facultad de Psicología de la Universidad Complutense, de Madrid. Carpeta 6, sobre 1, núm. 40. **Apéndice núm. 3.**

<sup>17</sup> Miguel Morayta, Gran Maestre, a la Muy Respetable Gran Logia de Francia (París). Madrid, 8 julio 1913. *Ibidem*, núm. 38. **Apéndice núm. 4.**

<sup>18</sup> Andrés López, Soberano Teniente Gran Comendador al Supremo Consejo del Grado 33 para Bélgica (Bruselas). *Ibidem*, núm. 39. **Apéndice núm. 5.**

Consejo de Caballeros Kadosch en esa ciudad, con el título de *Luis Simarro*; deseo que fue concedido por decreto del 31 de julio de 1916, otorgando Carta Patente Constitutiva del expresado Sublime Consejo de Caballeros Kadosch, *Luis Simarro*, al que se le adjudicó el número 16 en el Registro de Cuerpos Filosóficos activos, según consta en el Boletín Oficial del Grande Oriente Español, de fecha 31 de julio de 1916.

### *Gran Maestre y Presidente del Consejo de la Orden*

El cese de Simarro como Gran Comendador en 1917, fue debido por una parte a que la legislatura de cuatro años para la que había sido elegido terminaba en 1917, y por otra a que su presencia era requerida en otro puesto de más responsabilidad. Pues precisamente en enero de 1917 había fallecido el Gran Maestre del Gran de Oriente Español, Dr. Miguel Morayta<sup>19</sup>, Catedrático de Historia Universal de la Universidad de Madrid y fundador de dicho Grande Oriente Español constituido el 5 de abril de 1888 por la fusión de la mayoría de las Logias del Grande Oriente de España y del antiguo Grande Oriente Nacional<sup>20</sup>. Fusión que adoptó el título de Grande Oriente Nacional de España, y a partir del 21 de mayo de 1889, el de Grande Oriente Español, cuya dirección ostentó Morayta hasta su muerte.

Al quedar vacante el cargo fue ocupado interiormente, desde enero de 1917, hasta junio del mismo año, por Antonio López Villar y José Lescura Borrás, Vicepresidentes 1.º y 2.º del Gran Consejo de la Orden. Y en junio de 1917, la Gran Asamblea proclamó como Gran Maestre por «haber sido elegido casi por unanimidad por el pueblo masónico, al Ilt. y Pod. h.º Dr. Luis Simarro, cuyo cargo desempeñó con gran entusiasmo y actividad hasta su muerte»<sup>21</sup>, en junio de 1921, siendo sustituido por Augusto Barcía Trelles<sup>22</sup>.

<sup>19</sup> Miguel Morayta Sagrario nació y murió en Madrid (3 septiembre 1834 y 14 enero 1917). Doctor en Derecho y en Filosofía, catedrático de Historia Universal en la Universidad de Madrid, y diputado a Cortes, sucesivamente, por Loja, Valencia y Madrid. Durante la primera República desempeñó el cargo de secretario general del Ministerio de Estado y los de embajador en Constantinopla, Roma y Jerusalén. Sobre su abundante bibliografía cfr. FERRER BENIMELLI, José A., *Bibliografía de la Masonería*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982.

<sup>20</sup> FERRER BENIMELLI, José A., *Masonería Española contemporánea*, Madrid, Siglo XXI, 1980, t. II, pp. 13-15.

<sup>21</sup> *Reseña histórica...*, op. cit., pp. 45-46.

<sup>22</sup> Que desempeñó el cargo hasta 1922. El 15 de diciembre de 1928 fue nuevamente elegido. En esta ocasión Augusto Barcía estuvo al frente del Supremo Consejo hasta 1933, en que por vicisitudes políticas y para gozar de mayor libertad en sus actuaciones de tal índole, renunció al cargo.

La elección del Dr. Simarro como Gran Maestro fue precedida de la preceptiva convocatoria de la Gran Asamblea del pueblo masónico, que se hizo en el Boletín Oficial del Grande Oriente Español del mes de febrero de 1917. La Asamblea debía proceder no sólo a la elección del Gran Maestro, sino que debía señalar las orientaciones y dictar las reglas a que hubiera de sujetarse el Poder Ejecutivo en el año masónico entrante<sup>23</sup>.

El decreto de convocatoria para la elección de Gran Maestro fue precedida de un cambio de impresiones en el seno del Gran Consejo<sup>24</sup> para buscar una coincidencia de todas las opiniones, respecto de la persona a la que se podía imponer la aceptación de las responsabilidades y los trabajos que las circunstancias del momento exigían para tal cargo. En la circular que con este motivo envió el Gran Consejo a todas las logias de su jurisdicción se decía lo siguiente:

«Buscamos esta coincidencia de criterios, en previsión de que como en ocasiones análogas ha sucedido, se dirigieran las Logias o los hermanos, a los que en el Gran Consejo ejercen cargos, pidiéndoles una indicación oficiosa respecto del nombre a que debían sumar sus sufragios. Consideramos preferible la diafanidad de la recomendación oficial a la insinuación particular y oficiosa, que puede ser germen de procedimientos perniciosos.

»Afortunadamente, la coincidencia de opiniones surgió desde el primer momento, y por acuerdo unánime se resolvió indicar a los Talleres<sup>25</sup> el nombre del Ilustre y Poderoso h.º Dr. Luis Simarro, actual Gran Comendador, por si los hermanos tienen a bien aceptar esta indicación del Gran Consejo.

»Omitimos todo elogio del Ilustre y Poderoso h.º Simarro, para que este acuerdo del Gran Consejo quede encerrado en los límites

---

<sup>23</sup> El año masónico comienza el mes de marzo. Sobre el calendario masónico cfr. el extra *La masonería*, de Historia 16, extra IV, noviembre 1977, p. 134.

<sup>24</sup> Con arreglo a la Constitución del Grande Oriente Español promulgada el 8 de marzo de 1903, el Grande Oriente adoptó en su organización el sistema federativo. El poder legislativo residía en la Asamblea de Representantes de los Talleres de todos los grados, la cual se reunía anualmente en la Sede Federal, y cuyos poderes se renovaban o confirmaban cada cuatro años. El gobierno y dirección de los altos grados quedaron encomendados al Supremo Consejo del grado 33, presidido por el Gran Comendador, y el de la Masonería Simbólica por el Gran Consejo de la Orden, compuesto de representantes ante la Asamblea, con residencia en la Sede de Oriente, elegidos por la misma Asamblea cada cuatro años y cuyo cuerpo presidía el Gran Maestro. El Gran Consejo de la Orden y el Supremo del grado 33 quedaron estrechamente unidos por pactos de solidaridad, teniendo una administración común y trabajando de acuerdo con cuanto interesaba al bien general de la Orden y de la Federación. Los dos organismos así federados constituyeron la Federación Masónica, que llevó por título el de Grande Oriente Español.

<sup>25</sup> Equivalente de Logias.

de una orientación que este Alto Cuerpo se ha creído obligado a señalar. Y no obstante ella, todos los hermanos tienen completa libertad de acción para proceder con arreglo a su conciencia, para lo cual acompañamos la lista de todos los Maestros residentes en la Sede, que por tener aptitud legal pueden ejercer el cargo»<sup>26</sup>.

La circular —que lleva la firma del Gran Maestre interino José Lescura— concluye excitando fraternal y reiteradamente a las logias el envío de un representante directo a la Asamblea:

«La complejidad e importancia de los asuntos que suponemos serán tratados en esta Asamblea, con relación a los diferentes problemas que las circunstancias presentes plantean, tanto en el orden masónico como en el profano, imponen a los Talleres el deber de hacer un esfuerzo, un sacrificio en este sentido. La representación delegada no puede tener la eficacia de la representación directa, en un momento como el presente, que hace indispensable conocer en toda su integridad el pensamiento de los organismos de la Federación, para trazar con arreglo a él, la línea de conducta en el porvenir»<sup>27</sup>.

Efectivamente el año 1917, tanto para la historia de España, como para la mundial era un año especialmente crítico. Eran momentos de especial ebullición social y crisis política en el interior. Es el año de las Juntas Militares de Defensa, de la huelga revolucionaria de 1917 que adquirió caracteres especialmente virulentos en Barcelona; las tendencias separatistas se agudizaron en Cataluña y País Vasco; el pistolero hizo acto de presencia en no pocos sindicalistas y patronos; los anarquistas acabarían, un año después, con el presidente de Gobierno, Dato; seguía sin resolverse el problema de Marruecos —que ya en 1909 había protagonizado la llamada semana trágica de Barcelona y el subsiguiente proceso y fusilamiento de Ferrer y Guardia. 1917 es también el año de la revolución bolchevique y de la repercusión de la guerra mundial en España que, con su neutralidad, se enriqueció por el comercio mantenido con los aliados, provocando una considerable alza de precios de las subsistencias, y el correspondiente malestar y miseria en el pueblo.

En estas circunstancias tuvo lugar la elección del Dr. Simarro como Gran Maestre y Presidente del Consejo de la Orden del Grande Oriente Español. La impresión que causó su elección y nombramiento, que se hizo público en el Boletín Oficial del Grande Oriente Español del mes de junio de 1917, fue unánime, y en todas las logias

---

<sup>26</sup> El Gran Consejo de la Orden a la logia *Luz y Prosperidad* núm. 369 de Palma de Río (Córdoba). Madrid, 14 marzo 1917. A.H.;. [Salamanca], Leg. 663, Exp. 24. **Apéndice núm. 6.**

<sup>27</sup> *Ibidem*.

se tributaron en su honor triples baterías de júbilo<sup>28</sup>. En concreto la logia *Aurora* n.º 234, de Cartagena, celebró una tenida especial, el 18 de julio, en la que Venerable, en su discurso, puso de manifiesto el acierto que había informado a los Talleres de la Federación, «al conceder sus votos a tan Ilustre hermano, cuyo demostrado amor a la Orden, inteligencia, actividad y su elevada merecida posición en el Magisterio y en la Ciencia, le dan los elementos necesarios de clarividencia para encauzar y dirigir las actividades de la Masonería Española, al cumplimiento de la misión que le está encomendada»<sup>29</sup>.

En la misma carta en la que felicitan al Dr. Simarro, se hacen eco de las múltiples incógnitas sociales, económicas, políticas y religiosas que se ventilaban en el exterior, a las que no podían, ni debían dejar de prestar atención, confiando que el nuevo Gran Maestro encontrara las soluciones oportunas, tanto en el universal, como en lo familiar<sup>30</sup>.

El 23 de junio de 1917, el Dr. Simarro fue nombrado por el Gran Consejo de la Orden, para representar al Grande Oriente Español en el Congreso masónico que debía celebrarse en París los días 28 a 30 de ese mes<sup>31</sup>.

Un año después, la elección no había defraudado, y la Logia *Fénix* n.º 381 de Barcelona le nombró, el 14 de noviembre 1918, Venerable Maestro Honorario, rogándole aceptara el nombramiento «que si bien modesto, representa la devoción de este Taller a vuestra persona y su adhesión inquebrantable al Grande Oriente Español, cuya primera figura sois vos»<sup>32</sup>.

### *Logia Ibérica n.º 7 de Madrid*

Como acabamos de ver, lo que del Dr. Simarro dicen las historias oficiales de la masonería española, ciertamente no es mucho. Sin

<sup>28</sup> Batería: rito masónico que consiste en golpear con las manos según un ritmo que difiere con cada grado. Es sobre todo practicado en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, y en el Rito Escocés Rectificado.

<sup>29</sup> Respetable Logia *Aurora* núm. 234 al Gran Consejo de la Orden del Grande Oriente Español. Cartagena, 26 julio 1917. A.H.N. [Salamanca], Leg. 663. Exp. 23. **Apéndice núm. 7.**

<sup>30</sup> *Ibidem*.

<sup>31</sup> El Gran Consejo de la Orden al Ilustre y Poderoso H.º Luis Simarro. Madrid, 23 junio 1917. Archivo Particular de Simarro [Madrid]. Sobre sin clasificar. **Apéndice núm. 8.** A Simarro le acompañó Salmerón también como representante del Grande Oriente Español, cfr. Boletín Oficial del Grande Oriente Español, núm. 304, Madrid, 31 agosto 1917.

<sup>32</sup> Logia *Fénix* núm. 381 al Ilustre y Poderoso H.º Dr. Luis Simarro. Barcelona, 21 noviembre 1918. Archivo Particular de Simarro [Madrid]. Carpeta 6, sobre 2. También suplicaban les enviara un retrato suyo, decorado con los atributos



embargo nos sitúan bien los momentos cumbres de la carrera masónica del Dr. Simarro: de 1913 a 1917 como Soberano Gran Comendador del Supremo Consejo del Grado 33, es decir responsable directo de la masonería filosófica y capitular, y a la vez Presidente del Alto Tribunal Constitucional de la masonería española; y a continuación, como Gran Maestre del Grande Oriente Español, y Presidente del Consejo de la Orden, desde enero de 1917 hasta prácticamente su muerte en junio de 1921. En este caso su cargo sería el equivalente al de Presidente del Poder Ejecutivo de la masonería simbólica que agrupaba en torno al Grande Oriente Español las diversas logias de que constaba la federación de dicho Grande Oriente.

Por desgracia en los archivos de la masonería tampoco es mucho lo que de Simarro se ha conservado<sup>33</sup>. Ignoramos dónde y cuándo se inicia en la masonería. Uno de los primeros datos que tenemos es el de su afiliación a la logia *Ibérica n.º 7*, de Madrid (de la Federación del Grande Oriente Español) el 17 de octubre de 1912<sup>34</sup>. Su nombre simbólico dentro de la masonería era *Franklin*; ya tenía entonces el grado 33 y era viudo. Su domicilio estaba en la calle General Oraa, n.º 5<sup>35</sup>. Se inscribe en la logia *Ibérica n.º 7* como médico y profesor. Tenía 61 años de edad. Permaneció en dicha logia hasta su fallecimiento, y no ocupó en la logia ningún cargo.

La logia a la que se afilió el Dr. Simarro fue fundada con el nombre *Luz de Mantua* el día 10 de febrero de 1870. Unos años después —el 12 de enero de 1881— se colocó bajo los auspicios del Grande Oriente de España, en cuya obediencia trabajó hasta que en el año 1889 desapareció dicho Grande Oriente al constituirse el Grande Oriente Español<sup>36</sup>. Entonces se afilió, el 7 de julio de 1889, a la Federación del Grande Oriente Español con el n.º 7. El 14 de diciembre de 1889 se fusionó con la logia *Hijos del Progreso n.º 53* y adoptó el nombre de *Ibérica*. El 1.º de enero de 1909 se incorporó a ella la logia *El Progreso n.º 88*, de Madrid.

Debido a estas fusiones de logias no es extraño que la *Ibérica n.º 7* tuviera en 1911 un centenar<sup>37</sup> de miembros. Desgraciadamente no dis-

---

masónicos para que presidiera la galería de Venerables Maestros del Taller, que habían inaugurado recientemente. **Apéndice núm. 9.**

<sup>33</sup> La documentación masónica del Dr. Simarro tiene dos orígenes: el Archivo Histórico Nacional, Sección Guerra Civil, de Salamanca (más conocido como el Archivo Secreto de la Masonería), y el Archivo particular del Dr. Simarro, depositado en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense (Campus de Somosaguas).

<sup>34</sup> A.H.N. [Salamanca], Leg. 663, Exp. 24. **Apéndice núm. 10.**

<sup>35</sup> Sin embargo en algunas tarjetas de visita, conservadas en su archivo particular, figura el domicilio anterior: Conde de Aranda, núm. 1.

<sup>36</sup> Cfr. nota 20.

<sup>37</sup> Exactamente 101.

ponemos del cuadro lógico de 1912 (que es cuando se afilia a ella el Dr. Simarro ni del año siguiente 1913. En 1914 la logia tenía 116 miembros<sup>38</sup>, y el Dr. Simarro figura con el número de orden 88<sup>39</sup>, lo que hace suponer que entre 1912 y 1914 hubo al menos 17 bajas. El Venerable Maestro era José Moreira Espinosa<sup>40</sup>, grado 33, y el secretario Luis Balmes y Ovalle, grado 4.º El templo masónico tenía su sede en la calle Pretel de los Consejos, n.º 5, entresuelo izda.<sup>41</sup>. Entre alguno de los miembros más destacados que formaban también parte de esta logia podemos citar a Miguel Morayta Sagrario (catedrático), Emilio Menéndez Pallarés (abogado), José Lescura Borrás (Jefe Administrativo de la Armada), Antonio López del Villar (industrial)... que desempeñaron altos cargos, al igual que el Dr. Simarro, dentro de la masonería española<sup>42</sup>.

La composición social de los compañeros de logia del Dr. Simarro viene dada por las profesiones ejercidas, que abarcan una gama muy variada:

7 Abogados.	2 Estudiantes.
1 Agente consular.	1 Farmacéutico.
2 Aparejadores.	1 Forniturista.
1 Arquitecto.	7 Industriales.
1 Ayudante de Farmacia.	3 Ingenieros (1 industrial).
1 Cartero.	1 Jefe Administrativo Armada.
2 Catedráticos.	1 Litógrafo.
4 Comerciantes.	5 Médicos.
5 Comercio.	1 Montador de máquinas.
3 Comisionistas.	1 Negociante.
1 Confitero.	1 Notario.
1 Corredor de granos.	1 Obrero peluquero.
1 Dibujante.	1 Oficial de Ejército retirado.
1 Doctor en Derecho.	5 Periodistas.
2 Electricistas.	2 Pintores.
20 Empleados.	1 Profesor.
1 Escribiente.	1 Profesor ciencias.
1 Escritor.	2 Profesores idiomas.

<sup>38</sup> En 1915 son 122, a pesar de haber 15 nuevos miembros. La diferencia radica en las bajas experimentadas en ese año.

<sup>39</sup> Sin embargo en el Cuadro del año siguiente (1915) tiene ya el núm. 81. **Apéndice núm. 11.**

<sup>40</sup> Cfr. nota 7.

<sup>41</sup> Esta era la sede oficial del Grande Oriente Español, y en las tarjetas de visita del Dr. Simarro, como Soberano Gran Comendador y Presidente del Supremo Consejo del Grado 33, es ésta la dirección que allí figura. **Apéndice núm. 12.**

<sup>42</sup> Algunos, como Morayta y Menéndez Pallarés, eran o habían sido Grandes Maestros.

1 Profesor normal.	1 Secretario Embajada EE.UU.
3 Profesores primera enseñanza.	1 Técnico mecánico.
1 Profesor veterinaria.	1 Telegrafista.
2 Propietarios.	5 Tenedores de libros.
1 Rentista.	1 Viajante.
1 Representante comercio.	2 Viajantes de comercio.
1 Representante industrial.	1 Zapatero.
2 Sastres.	

Como se puede apreciar, el grupo que más destaca es el de empleados, con un total de veinte; le siguen los diversos profesores (hasta un total de nueve), los industriales y abogados (siete en cada caso), y los comerciantes (nueve entre los comerciantes y comercio <sup>43</sup>), cinco periodistas y otros tantos tenedores de libros y médicos; tres ingenieros, viajantes y comisionistas; dos aparejadores, catedráticos (Morayta de 81 años y Simarro de 63, en 1914), electricistas, estudiantes (de 18 y 23 años), propietarios y sastres; y finalmente un representante de toda una gama de oficios que van desde el agente de aduanas y arquitecto hasta el telegrafista y zapatero, pasando por el confitero, escribiente, dibujante, litógrafo, notario, obrero peluquero, rentista... técnico mecánico... Resulta llamativo que el único militar presente en la logia es un oficial retirado, que, sin embargo, sólo tenía 43 años <sup>44</sup>.

Respecto a la pirámide de edades van desde los más jóvenes, los estudiantes de 18 y 22 años hasta el de más edad, el catedrático Morayta con sus 81 años. Se observa una mayoría de jóvenes en la logia, pues frente a 68 masones de menos de 40 años (el 58,62 %), sólo hay 48 que los superan (41,38 %). Por décadas la más numerosa es la de los años treinta, seguida por igual por las de los años 20 y 40. En detalle encontramos, menores de 20 años, solamente a uno (0,86 %); entre 20 y 29 años: 23 (23 %); entre 30 y 39: 44 (37,93 %); entre 40 y 49: 23 (23 %); entre 50 y 59: 15 (12,95 %); entre 60 y 69: 7 (1,72 %); y con más de 80 años solamente uno (0,86 %).

Un índice de la importancia de esta logia radica en el hecho de que estuviera hermanada por medio de garantes de amistad con 33 logias, de las que 26 eran extranjeras: 7 de Filadelfia (EE.UU.), 6 de Puerto Rico, y una de la República Dominicana, Turquía, Francia, República San Salvador (sic), Guatemala, Costa Rica y Argentina <sup>45</sup>.

<sup>43</sup> Como es tradicional en los Cuadros lógicos no siempre resulta fácil saber el verdadero alcance de la profesión manifestada.

<sup>44</sup> A título de curiosidad hay que añadir la Columna de Adopción —o femenina—, compuesta de sólo cuatro mujeres, y la de Lowetones (o hijos menores de masones adoptados por la logia) que eran 11 en 1914.

<sup>45</sup> A.H.N. [Salamanca], Leg. 550-A: Respetable Logia *Ibérica* núm. 7.

El Dr. Simarro estuvo cotizando fielmente a la logia *Ibérica n.º 7* hasta su muerte, la cantidad de 2 pesetas mensuales, como «donativo» a la logia <sup>46</sup>.

En el programa invitación a una ceremonia masónica celebrada por la *Ibérica n.º 7*, el año 1913, figura una frase que sintetiza el pensamiento masónico de quienes, como Simarro, estaban vinculados con dicha logia:

Todo Masón está obligado a conservar la paz, cultivar la armonía y vivir en concordia y amor fraternal con sus semejantes <sup>47</sup>.

Por su parte el organismo del que dependía la logia a la que pertenecía el Dr. Simarro, es decir el Grande Oriente Español, en contestación a una serie de preguntas que le había formulado *la United Grand Lodge of England*, el 25 de noviembre de 1912 —es decir apenas un mes después de la afiliación del Dr. Simarro— nos manifiesta algunos aspectos de la Declaración de Principios de la Constitución del dicho Grande Oriente. Así, por ejemplo, se dice que «La Francmasonería cree, pues así la razón lo dicta, en la existencia de un Principio regulador absoluto e infinito, bajo el nombre de Gran Arquitecto del Universo», advocación con la que encabezaban todas sus planchas <sup>48</sup>, y se abrían y cerraban los trabajos en todas las logias de su jurisdicción. En consecuencia, se añade que «la Biblia está constantemente colocada sobre la mesa de la Cámara de Reflexiones <sup>49</sup> en todas las iniciaciones de los profanos y en cuanto a los libros que ponemos sobre el Altar de Juramentos, son los que contienen las Leyes Masónicas; esto, no obstante, como según los Principios fundamentales de nuestra Institución, admite a todos los hombres honrados sin distinción de creencias religiosas, según sean las del que se inicia, así se acompañan los libros de nuestras Leyes en el Altar <sup>50</sup>, ya con el Antiguo Testamento, ya con la Biblia completa, o bien con el Korán, etc., etc.» <sup>51</sup>.

<sup>46</sup> Archivo Particular del Dr. Simarro. Carpeta num. 6, sobre núm. 5, fols. 157 y 159. **Apéndice núm. 13.**

<sup>47</sup> Aug. Ben. y Resp. Logia *Ibérica núm. 7*, de la Federación del Grande Oriente Español. Tenida Magna para adopción de Lowetones. Madrid, 10 octubre 1913. A.H.N. [Salamanca], Leg. 550-A.

<sup>48</sup> Plancha: Significa todo trabajo escrito, bien se trate de un discurso, de correspondencia, etc.

<sup>49</sup> Cámara de Reflexión: Lugar secreto y fúnebre en el cual permanecen los candidatos a la masonería, para que mediten acerca de las cosas del mundo material y espiritual y dispongan su testamento o última voluntad. También se llama Cuarto o Gabinete de Reflexión.

<sup>50</sup> Altar: Mesa situada delante del Venerable, sobre la que están situadas las tres Grandes Luces, es decir, el Volumen de la Santa Ley, la escuadra y el compás. Ante el altar los nuevos iniciados prestan su juramento.

<sup>51</sup> El Gran Consejo de la Orden del Grande Oriente Español, a la United Grand

*Santiago Ramón y Cajal*

Si el Dr. Simarro, en 1912, era ya grado 33, quiere decir que su militancia en la masonería se remontaba a muchos años atrás, de los que no tenemos la menor información directa ni indirecta. Si bien consta de su presencia en Madrid, desde 1873<sup>52</sup> donde alcanzaría el grado de doctor dos años después —a los 24 años de edad—, y luego en París, de 1880 a 1885<sup>53</sup>, donde alternó con Valentín Magnan, Jean-Marie Charcot, Nicolás Salmerón..., ignoramos dónde y en qué circunstancias ingresó en la masonería, pues en ninguno de los documentos masónicos conservados se dice nada sobre el particular. ¿Fue en Valencia? ¿En Madrid durante su primera estancia? ¿En París?<sup>54</sup>. ¿O más bien al instalarse definitivamente en Madrid a su regreso de Francia? El Dr. Simarro guardó un silencio total sobre este aspecto de su vida, que no comentó con sus amigos y allegados. Por otra parte, ni en el archivo oficial de la masonería, ni en el suyo particular hay ninguna referencia a cuándo y dónde ingresó Simarro en la masonería, a pesar de su afición a guardar toda clase de papeles y diplomas<sup>55</sup>. Lo mismo ocurre con los diferentes apuntes biográficos y notas necrológicas que sobre el Dr. Simarro se conservan.

El profesor J. Javier Campos Bueno nos habla —entre otras cosas— de las relaciones y vocación común con D. Santiago Ramón y Cajal por una parte, y con la Institución Libre de Enseñanza por otra. La vocación común de Ramón y Cajal y Simarro por la Histología les llevó a un encuentro que sería decisivo para el desarrollo de la obra de Cajal. En 1887 puede decirse que en Madrid sólo existían dos centros de investigación histológica: el de Simarro y el de Ramón y Cajal; centros que acabarían fundiéndose en uno solo

---

Lodge of England. Madrid, 7 enero 1913. Archivo Particular del Dr. Simarro [Madrid]. Carpeta 6, sobre 1, fols. 36 y 37. El hecho de que este documento lo guardara Simarro en su archivo particular puede ser índice de la importancia que Simarro le daba, quizás con vistas a un posible reconocimiento de la masonería española, por parte de Inglaterra. En este sentido, en el original de este documento hay una nota, a lápiz, que dice: 18 enero 1913 «Acusaron recibo de la comunicación y reglamentos remitidos. Pero nada más».

<sup>52</sup> Sin embargo Giner de los Ríos, en la nota necrológica que hizo a la muerte del Dr. Simarro, dice que lo conoció a poco de llegar a Madrid, allá por los años de 1876 al 77. H. GINER DE LOS RÍOS, «Simarro», de *El Progreso* de Barcelona, 12 de julio de 1921.

<sup>53</sup> En la reseña biográfica del Espasa (ed. 1927, vol. 56, p. 339) se dice que marchó a París en 1885.

<sup>54</sup> CAMPOS BUENO, J. Javier, *op. cit.*, p. 123, dice que ingresó durante su período parisino; noticia que toma de LÓPEZ PIÑERO, J. M. y VV.AA., *Diccionario Histórico de la Ciencia Moderna en España*, Barcelona, Península, 1983, vol. 2, pp. 327-330.

<sup>55</sup> En su Archivo particular, en la carpeta que contiene una gran cantidad de diplomas, nombramientos, títulos honoríficos, etc., no hay ninguno que nos permita establecer la fecha de su ingreso en la masonería.

bajo la dirección de Ramón y Cajal. En 1892 Simarro fue contrincante de Ramón y Cajal en las oposiciones a la cátedra de Histología y Anatomía Patológica de la Facultad de Medicina, ganadas por este último. Diez años después Simarro ganaría las oposiciones a la cátedra de Psicología Experimental de la Universidad de Madrid<sup>56</sup>. En 1907 vuelven a encontrarse colaborando juntos en la organización inicial de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas; Junta que en aquel entonces dirigía don Santiago Ramón y Cajal. Todavía en 1920 —es decir, un año antes de la muerte de Simarro<sup>57</sup>— se les ve colaborar juntos en el consejo editorial de la revista *Archivos de Neurobiología, Psicología, Fisiología, Histología, Neurología y Psiquiatría*<sup>58</sup>.

Como recoge Luis Araquistain en la nota necrológica que sobre el Dr. Simarro publicó en *La Voz*<sup>59</sup>, puede decirse que el Dr. Simarro fue el precursor e iniciador de don Santiago Ramón y Cajal —a pesar de que sólo se llevaban un año de diferencia<sup>60</sup>—, como el mismo Cajal lo reconoce en el tomo segundo de sus *Recuerdos de mi vida*<sup>61</sup>:

«Debo al Dr. Luis Simarro, el afamado psiquiatra y neurólogo de Valencia<sup>62</sup>, el inolvidable favor de haberme mostrado las primeras buenas preparaciones efectuadas con el proceder del cromato de plata, y de haber llamado mi atención sobre la excepcional importancia del libro del sabio italiano Camilo Golgi consagrado a la inquisición de la íntima estructura de la sustancia gris»<sup>63</sup>.

A este hecho, que ocurre en 1887, le atribuye Ramón y Cajal una importancia decisiva en su carrera. Años más tarde, es otra vez el doctor Simarro el que orienta al doctor Ramón y Cajal. Después de

---

<sup>56</sup> Ginner de los Ríos, hablando de estas últimas oposiciones, que califica de brillantes, dice: «Pocas veces se ha creado una cátedra con más justificación, y pocas se otorgó con mayor unanimidad oficial y pública. Salmerón presidía el Tribunal y todos los jueces vocales eran también competentísimos. La cátedra sería común a los Doctorados de Filosofía y Medicina. Y desde su funcionamiento ya se ha notado el programa de estos estudios en los jóvenes opositores a las asignaturas de Universidad y de Institutos de la misma materia o de materia análoga, lo que confirma el acierto de la creación de la clase, y en la elección de la persona». GINER DE LOS RÍOS, H., *op. cit.* en *El Progreso de Barcelona*, 12 julio de 1921.

<sup>57</sup> Simarro falleció en 1921, y Ramón y Cajal en 1934.

<sup>58</sup> Datos tomados de CAMPOS BUENO, J. Javier, *op. cit.*, pp. 116-117.

<sup>59</sup> El 20 de junio de 1921.

<sup>60</sup> Ramón y Cajal nació en 1852, y Simarro en 1851.

<sup>61</sup> RAMÓN Y CAJAL, Santiago, *Recuerdos de mi vida*, Madrid, 1920, t. II, p. 74 (ed. 1923, p. 190).

<sup>62</sup> De hecho había nacido en Roma, aunque su infancia y juventud las pasó en tierras valencianas.

<sup>63</sup> *Ibidem.* ARAQUISTAIN, Luis, *El Doctor Simarro*, en *La Voz*, 20 junio 1921; CAMPOS BUENO, J. Javier, *op. cit.*, p. 118.

infructuosas tentativas con las técnicas precedentes, escribe el que tres años después sería premio Nobel: «Consagré en 1903 particular atención al método del Dr. Simarro, primer autor que logró teñir las neurofibrillas mediante las sales de plata». El desarrollo y perfeccionamiento de este método es el que condujo a la fórmula que hizo célebre a Ramón y Cajal, «obtenida —escribe él mismo— mediante el análisis experimental de la reacción de Simarro»<sup>64</sup>.

Las referencias que Ramón y Cajal hace de Simarro son numerosas<sup>65</sup>; pero esta compenetración profesional entre ambos médicos tenía además otra connotación extraprofesional, no demasiado conocida. Y es que ambos eran masones. Cuando Ramón y Cajal se traslada a Madrid, en 1877, con motivo de la realización de los ejercicios del grado de doctor, ya era masón, pues D. Santiago había ingresado en la masonería, a los 25 años de edad, en los primeros meses de 1877, en la logia zaragozana «Caballeros de la Noche n.º 68», dependiente del Grande Oriente Lusitano Unido. Tenía dentro de la logia el número de orden 96, aunque en la práctica sólo eran 43 los miembros activos ese año. Adoptó el nombre simbólico de «Averroes»<sup>66</sup>.

La estructura interna de la logia «Caballeros de la Noche n.º 68», de Zaragoza, era muy semejante —a pesar de pertenecer a obediencias masónicas distintas—, en su composición social, a la madrileña logia «Ibérica n.º 7» en la que se afilió Simarro unos años después. Encontramos a nueve comerciantes, siete empleados, tres médicos, y otros tantos militares y propietarios, dos abogados y viajeros de comercio, y toda una gama de profesiones y oficios:

2 Abogados.	1 Licenciado en Filosofía y Letras.
1 Ayudante de Obras.	1 Maestro de Obras.
1 Catedrático.	3 Médicos.
9 Comerciantes.	3 Militares (1 Coronel Infantería).
1 Constructor de coches.	1 Panadero.
3 Empleados.	1 Periodista.
4 Empleados particulares.	3 Propietarios.
1 Fabricante de guantes.	
1 Grabador.	

<sup>64</sup> RAMÓN Y CAJAL, *op. cit.*, p. 419.

<sup>65</sup> *Ibidem*, cap. 3, 19 y 20.

<sup>66</sup> El mismo día que Ramón y Cajal ingresó en la masonería, lo hicieron Clemente Herranz Laín, licenciado en Filosofía y Letras, que adoptó el nombre masónico de *Alejandro*; Eduardo Romeo Soda, médico, que tomó el de *Hipócrates*; Manuel Martínez de la Cuesta, coronel de infantería, que en logia se llamó *Prim*. Cfr. FERRER BENIMELI, José A., *La Masonería en Aragón*, Zaragoza, Librería General, 1979, t. I, pp. 138-139.

1 Relojero.	2 Viajantes de Comercio.
1 Sastre.	1 Vidriero.
1 Sobrestante de Obras.	1 Zapatero <sup>67</sup> .

Al regresar de nuevo a Zaragoza debió de seguir frecuentando la logia, pues en el cuadro lógico de 1878 aparece ya con el grado 2.º o de compañero <sup>68</sup>. A partir de este momento la logia experimenta una grave crisis interna y se pierde la pista masónica de Ramón y Cajal, del que no sabemos —dada la escasa documentación masónica de la época que se ha conservado— si en Madrid continuó frecuentando las logias, como lo había hecho en Zaragoza.

### *La Institución Libre de Enseñanza*

El que Simarro y Ramón y Cajal fueran masones viene a ser un elemento más que añadir a la amistad y trato profesional de todos conocidos que ambos mantuvieron a lo largo de sus vidas. El que la Institución Libre de Enseñanza esté impregnada del ideario y filosofía del masón Krause <sup>69</sup> es otro dato a tener en cuenta también a la hora de analizar la colaboración de Simarro con dicha institución ya desde 1876 cuando empezó a impartir clase de Física Experimental y de Fisiología del sistema nervioso en la Escuela Libre de Medicina y Cirugía que funcionaba en el Museo Antropológico, donde estableció un pequeño laboratorio de Física.

Hermenegildo Giner de los Ríos nos relata cómo fueron los primeros contactos de Simarro con la Institución. Fue su amigo y protector el médico sevillano don Federico Rubio, fundador del Patronato que llevó su nombre, el que le presentó en la Institución Libre de Enseñanza, que se estaba precisamente organizando, y de cuya Junta directiva formaba parte el doctor Rubio. «Desde un principio figuró Simarro en el cuadro de sus profesores, encargado de la clase y gabinete de Física, no solamente explicando esta materia, sino dando conferencias sobre los últimos descubrimientos de Helmholtz en

<sup>67</sup> *Ibidem*, pp. 138-145. **Apéndice núm. 14.**

<sup>68</sup> *Ibidem*

<sup>69</sup> KRAUSE, Karl, Christian, Friedrich (1781-1832). Estudió en Jena, siendo posteriormente profesor y después en Dresde, donde fue iniciado en abril de 1805 en la logia *Archimède*. Orador de la Logia *Zu den drei Schwestern* en Dresde, presentó a sus hermanos sus trabajos antes de publicarlos. Entre ellos *La espiritualización de los Símbolos naturales de la Masonería* (1811), y *Los Tres más antiguos documentos profesionales de la Fraternidad de los Francmasones*. Sobre la bibliografía masónica de Krause cfr. SCHNEIDER, Herbert, *Deutsche Freimaurer Bibliothek*, Hamburg, 1977.



acústica y Tyndall en óptica. Recordamos perfectamente sus lecciones de investigación propia y con curiosas experiencias —añade Giner de los Ríos— en el salón de la calle de Esparteros, donde se inauguró la Institución, siendo yo a la sazón también profesor y secretario»<sup>70</sup>.

Desde entonces hasta 1910 ó 1912 nunca se interrumpieron las relaciones de cordial intimidad entre Simarro y la Institución. «Pero diferencias de apreciación, tal vez, en determinada campaña mantenida por él con vehemencia tan noble como inesperada, dado su carácter, operó en su espíritu cierto retraimiento, que relajó los cariñosos vínculos, al parecer atados, en el comienzo, para una eternidad»<sup>71</sup>.

Como miembro de la Junta de Ampliación de estudios e investigaciones científicas recibió una serie de propuestas y recomendaciones masónicas, como la realizada desde Mieres (Asturias) por el h.º Pedro Moisés Sánchez Gali, miembro activo de la logia «Jovellanos n.º 337» de Gijón. Se trataba de una beca o pensión para que el interesado pudiera desplazarse a Suiza en calidad de Maestro a fin de estudiar métodos y procedimientos de enseñanza en las Escuelas primarias de dicho país. En esta gestión también intervino Ramón y Cajal.

El interesado justificaba su deseo de salir de España para poder aportar desde fuera «a este nuestro desventurado país, corrientes de espíritu moderno, de que tan necesitado se halla precisamente en materia de enseñanza»<sup>72</sup>. Por su lado la logia «Jovellanos», de Gijón, nos lo presenta como «uno de los obreros más entusiastas en sus convicciones masónicas». Como maestro racionalista «es un modelo de profesores y se halla al frente de la Escuela para hijos de obreros de Mieres, donde se hacen verdaderos progresos en la enseñanza, teniendo gran ascendiente entre aquellos proletarios»<sup>73</sup>.

En este caso el Dr. Simarro poco pudo hacer, pues en su breve contestación señala que la Junta había agotado ya sus fondos para pensiones, y no se podían conceder más hasta que se arreglara la cuestión de los presupuestos<sup>74</sup>.

En esta misma línea de recomendaciones académicas figura la del h.º Antonio Tuñón de Lara, quien solicitó ayuda a Simarro desde Almería, el 19 de febrero de 1919, para que aportara en su favor «su

<sup>70</sup> GINER DE LOS RÍOS, *op. cit.*, cfr. nota 52.

<sup>71</sup> *Ibidem*. Tal vez se refiere Giner de los Ríos a la campaña nacional e internacional, que Simarro organizó en favor de Francisco Ferrer y Guardia, reivindicando su memoria tras su fusilamiento de 1909. Sobre este asunto cfr. nota 79.

<sup>72</sup> Moisés Sánchez Gali al Sr. D. Luis Simarro. Mieres, 10 junio 1918. Archivo Particular de Simarro [Madrid]. Carpeta 6, Sobre 2, fol. 77.

<sup>73</sup> Alberto Lera, Venerable de la Logia *Jovellanos* núm. 337 al Ilmo. Gran Maestro Luis Simarro. Gijón, 17 junio 1919. *Ibidem*, Sobre 3, fol. 104.

<sup>74</sup> La nota del Dr. Simarro lleva la fecha de junio 1919.

valiosa influencia y la de mis queridos hermanos» en la resolución del concurso de méritos que le permitiera el traslado a la cátedra de Matemáticas del Instituto General y Técnico de Alicante <sup>75</sup>.

El 19 de mayo del mismo año, la recomendación venía desde Valencia, concretamente de la logia «Federación Valentina n.º 93», y era a favor del h.º Manuel de Espinosa Ventura, miembro activo de ese taller, quien solicitaba al Dr. Simarro interpusiera su «valiosa influencia y buenas amistades con que contáis» para que se le nombrara profesor auxiliar de la Facultad de Medicina de Valencia <sup>76</sup>.

Dentro de este capítulo vinculado con la enseñanza, hay que destacar también las gestiones llevadas a cabo desde la logia «Progreso n.º 5», de Blanes, con la ayuda de la logia «Lealtad n.º 6», de Barcelona, a fin de que el Dr. Simarro interesara al Ministro de Instrucción Pública en un proyecto de gran valor para el pueblo y logia de Blanes; a saber: el permiso para la edificación de unas escuelas laicas «tan necesarias para nuestra juventud» <sup>77</sup>.

### *Liga de los Derechos del Hombre*

Como hemos visto, los primeros documentos masónicos conservados que hablan del Dr. Simarro se remontan a 1912, que es cuando se afilia a la logia «Ibérica n.º 7» de Madrid. Un año después, en la sesión del 9 de enero, se informó a la logia que en Barcelona se trataba de fundar un centro titulado «Los derechos del hombre», para el que había sido propuesto como director del mismo al querido hermano Simarro <sup>78</sup>. Propuesta que debió de inspirarse en la gran obra realizada por Simarro en la cuestión de Ferrer y Guardia, sobre el que había publicado en 1910 dos gruesos volúmenes con el título de *El proceso de Ferrer y la opinión europea* <sup>79</sup>.

<sup>75</sup> Antonio Tuñón de Lara al Venerable Maestre de la Logia *Ibérica* núm. 7 de Madrid. Alicante, 19 febrero 1919. *Ibidem*, Sobre 3, fol. 108. Y el Secretario de la Logia *Ibérica* núm. 7 al Gran Consejo de la Orden. Madrid, 25 febrero 1919. *Ibidem*, Sobre 3, fol. 107.

<sup>76</sup> J. Martínez Tasso, Venerable Maestre de la Logia *Federación Valentina* núm. 93 al Ilmo. y Pod. h.º Dr. Luis Simarro. Valencia, 10 mayo 1919. *Ibidem*, Sobre 3, fol. 100.

<sup>77</sup> Venerable Maestre de la Logia *Progreso* núm. 5 al Ilmo. Gran Maestre Simarro. Blanes, 9 diciembre 1919. *Ibidem*, Sobre 3, fol. 102. Emilio Garriga, de la Logia *Lealtad* núm. 6 al Ilmo. y Pod. H.º Luis Simarro. Barcelona, 2 febrero 1920. *Ibidem*, Sobre 4, fol. 131.

<sup>78</sup> En esta ocasión se preguntó si convendría se uniese a dicho centro «La Liga Anticlerical» para juntos continuar luchando por la libertad de conciencia. A.H.N. [Salamanca]. Leg. 663, Exp. 24.

<sup>79</sup> SIMARRO, Luis, *El proceso de Ferrer y la opinión europea*, Madrid, Impr. Arias, 1910, 2 vol. SIMARRO, Luis, *Un martyr de la liberté de conscience. Le procès*

La idea de la creación de la «Liga Española para la Defensa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano» cristalizó a fines del año 1913, a raíz de una campaña en defensa de la libertad de conciencia. Su objetivo era convertirse en instrumento de acción permanente que pudiera hacer eficaces los distintos esfuerzos en pro de una labor «tan necesaria en nuestro país». En una de sus primeras circulares se especifica que la Liga «sólo se encamina a la consecución de un objetivo determinado, que interesa igualmente a hombres de diversas religiones y partidos políticos y a individuos y agrupaciones de todo género, pues el fin de ella es precisamente la defensa de los derechos individuales inherentes a la personalidad humana, que por ser considerados anteriores a toda legislación y convención social, se han llamado por antonomasia inalienables e ilegislables y que históricamente se funden en los principios de justicia comunes a todos los pueblos civilizados».

Y se añadía: «La Liga sólo se propone la defensa del derecho, no en modo alguno la conquista del poder, y en esto se distingue precisamente de todo partido político. Es, por tanto, la Liga, una asociación fuera de dichos partidos y colocada entre unos y otros y por encima de todos ellos, y a su obra pueden concurrir todos los que aspiren al fin concreto de afirmar y extender los derechos del hombre, sin renunciar a sus compromisos de escuela, religión o bando político»<sup>80</sup>.

El Comité Nacional estaba encabezado por Luis Simarro, Benito Pérez Galdós<sup>81</sup> y Roberto Castrovido. Entre los demás componentes

---

*Ferrer et l'opinion européenne*, Ixelles-Bruxelles, M. J. Andresypen, 1910. Sobre la vinculación de Simarro a la causa de Ferrer y Guardia se conserva una interesante correspondencia. Así, por ejemplo, el 8 de septiembre de 1911, la Logia N.º 415 *Francisco Ferrer*, al oriente de París, y miembro de la Gran Logia de Francia (42, Rue Rochechouart), comunicaba al Dr. Simarro la próxima celebración, el 16 de octubre (Ferrer y Guardia fue fusilado el 13 octubre 1909) de una solemne Tenida para conmemorar la memoria del que la logia llevaba su nombre. Tras pedir información sobre los bienes dejados por Ferrer a disposición de sus establecimientos de educación racional, concluían confesando que se habían atrevido a dirigirse a él porque «se había empleado con la mayor entrega a defender la memoria de Ferrer y a poner de relieve la utilidad de sus obras laicas. Archivo Particular de Simarro [Madrid]. Carpeta 6, Sobre 1, fol. 33. Por su parte la Logia *La Catoniana* núm. 336, de la Federación del Grande Oriente Español, comunicaba el 8 de octubre de 1914 al Ilmo y Pod. Luis Simarro, que el próximo día 13 de octubre iba a celebrar tenida magna «en honor del inolvidable h.º Francisco Ferrer Guardia, por el aniversario de su fusilamiento». *Ibidem*, Sobre 1, fol. 43.

<sup>80</sup> Liga Española para la Defensa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Madrid, agosto 1915. *Ibidem*. **Apéndice núm. 15.**

<sup>81</sup> Sobre Galdós y la Masonería, cfr. FERRER BENIMELI, José A., *La Masonería en los Episodios Nacionales de Pérez Galdós*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982.

del comité nos encontramos a no pocos masones, como Augusto Barcia, Enrique Barea, Odón de Buen, Eduardo Barriobero, Nicolás Salmerón...

A la Liga española se le dio carácter internacional adoptando la misma denominación y análogo Reglamento a las de Francia, Bélgica, Suiza, Italia y Portugal, con cuyas Ligas se confederó. Entre las numerosas acciones que la Liga realizó <sup>82</sup> y en las que el Dr. Simarro cobró un especial protagonismo, cabría citar el llamado «nuevo *affaire Ferrer*» con la condena a muerte por un consejo de guerra de Barcelona del obrero sindicalista Manuel Villalonga en 1919, símbolo de «los atropellos de que eran víctimas los proletarios catalanes y sus hermanos los obreros del campo andaluz» <sup>83</sup>.

Ese mismo año, la logia «Justicia n.º 9», de Barcelona, también recabó ante el Dr. Simarro «el poder masónico y las influencias políticas» en favor del fundador de esa logia, Ramón Aguiló, y al mismo tiempo miembro de la Asociación de la Defensa de los Derechos del Hombre, quien se encontraba «injustamente encarcelado» <sup>84</sup>.

En 1917 se ocupaba Simarro, a través de la Liga, del problema de los trabajadores españoles emigrados a Francia, y especialmente de las garantías que se debían conceder a los obreros, y, sobre todo, a los campesinos españoles que iban a Francia <sup>85</sup>. El tema de la huelga general de 1917 provocó una especial actividad de la Liga, que organizó una suscripción nacional en favor de las víctimas de la huelga general del mes de agosto <sup>86</sup>.

Un par de años antes, en 1915, fueron objeto de la atención del Dr. Simarro, el obrero anarquista Jesús Vega, perseguido por el jefe

<sup>82</sup> Para las realizadas en 1914 cfr. la citada Circular de la Liga Española. Nota 80.

<sup>83</sup> Cfr. la convocatoria del mitin en favor de la vida de Villalonga. *Ibidem*, fol. 31. **Apéndice núm. 16.** Sobre este tema la Liga Francesa para la Defensa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano pidió al Dr. Simarro, el 31 de julio de 1919, una amplia información. Liga de Derechos del Hombre, núm. 1: Secretario General Adjunto, Eduard Bernard, al Monsieur Simarro, París, 31 julio 1919. *Ibidem*, Carpeta 4, núm. 1, fol. 60. En el Consejo Supremo de Guerra y Marina, defendió al obrero Manuel Villalonga, el masón Melquíades Alvarez, a quien el Gran Consejo de la Orden le agradeció el interés y voluntad con que había cumplido la delicada y difícil misión que se le había encomendado. Madrid, agosto 1919, A.H.N. [Salamanca], Expediente personal de Melquíades Alvarez, Leg. 161, Exp. 8.

<sup>84</sup> José M.ª Bosch, Venerable de la Logia *Justicia* núm. 9 al H.º Dr. D. Luis Simarro. Barcelona, 16 abril 1919. Archivo Particular de Simarro [Madrid]. Carpeta 4, sobre 3, fol. 97.

<sup>85</sup> Por el Secretario General, E. Gray, miembro del Comité Central a Monsieur le docteur Simarro, París, 27 julio 1917. *Ibidem*, Carpeta 4, Sobre 1, fol. 62.

<sup>86</sup> Sobre esta cuestión hay abundante documentación en el Archivo particular del Dr. Simarro.

de la brigada policial de anarquismo y socialismo, Sr. Martorell<sup>87</sup>, y el soldado sanitario Vicente Madrid, detenido en el Hospital Militar de Valencia porque habiendo asistido a la comunión encontrándose mal de salud, «repitió o escupió, sin mala intención, la hostia que había tomado»<sup>88</sup>.

La acción del Dr. Simarro en pro de la defensa de los Derechos del Hombre no resulta fácil de separar de su calidad de masón y de masón cualificado. Uno de los casos más claros es el relativo a la campaña en favor de Miguel de Unamuno, perseguido en 1920 por supuestos delitos de imprenta.

En este caso la iniciativa de Simarro, como Presidente de la Liga Española, se sirvió de su influencia como Gran Maestre. En calidad de tal envió a todas las logias de su jurisdicción la siguiente circular:

«Venerable Maestre y queridos hermanos:

»El Gran Consejo de la Orden, aun cuando en ella, por razones que comprenderéis, no se dice, ha patrocinado la carta que va a continuación, que hoy publican todos los periódicos liberales de Madrid, y os la enviamos, para que os sirváis dar cuenta de ella a esa Respetable Logia, e interesar de los hermanos que la integran que procuren que la prensa afín a nosotros en esa ciudad, la reproduzca para la debida propaganda, y envíen esos queridos hermanos su adhesión personal a nuestro Gran Maestre, para que todas ellas sirvan de justificación y apoyo a cuanto convenga hacer en defensa de la causa a que se refiere dicha carta.

»Espera el Gran Consejo que esa Respetable Logia, como siempre, atenderá esta solicitud, tanto más cuanto que se trata de una causa tan simpática como la defensa de un atropellado por la razón de exponer leal y noblemente en la prensa su pensamiento.

»Recibid, Venerable Maestre y queridos hermanos, la expresión del afecto que, por nuestro conducto, os envía el Gran Consejo de la Orden»<sup>89</sup>.

Firman la circular el Gran Secretario General, José Lescura, y el Gran Maestre, Luis Simarro.

La carta de referencia, remitida a los directores de los periódicos más o menos afines ideológicamente, decía así:

---

<sup>87</sup> Comité Pro-Vega al Dr. Simarro. Barcelona, 14 abril 1915. *Ibidem*, Carpeta 4, Sobre 1, fols. 27 y 28.

<sup>88</sup> Cuadro Republicano Federal de Madrid al Dr. D. Luis Simarro. Madrid, 28 mayo 1915. *Ibidem*, Carpeta 4, Sobre 1, fol. 30.

<sup>89</sup> Circular enviada por Luis Simarro, en calidad de Gran Maestre, a todas las logias en favor de Miguel de Unamuno. Madrid, 14 septiembre 1920. *Ibidem*, Sobre 4, fol. 118. **Apéndice núm. 17.**

«Muy señor mío y estimado amigo: Agradecería a usted muchísimo que, si lo juzga oportuno, hiciera público en el periódico de su digna dirección, que:

»Considerando el caso del Sr. Unamuno, que sufre actualmente persecución por la justicia, con motivo de supuestos delitos de imprenta, la Junta Directiva de la Liga Española para la Defensa de los Derechos del hombre y del Ciudadano ha acordado, respondiendo a las apremiantes excitaciones de muchos de sus miembros, acudir al amparo de la libertad de pensar, principio y raíz de todas las libertades públicas, atropellada en la persona del catedrático de la Universidad de Salamanca, y eximio escritor, Sr. Unamuno, que durante veinte años ha influido poderosamente en la dirección espiritual de la cultura de España y de todos los países de lengua española.

»La Liga Española, que cuenta con el apoyo de sus confederadas las Ligas francesa, belga, italiana y portuguesa de la misma denominación, ruega a las personas, sean o no miembros de la Liga, que quieran prestar su adhesión a esta campaña, que lo comuniquen al doctor Simarro (General Oraa, 5, Madrid), que ha recibido el encargo de la Junta para organizar y coordinar los esfuerzos de todos los que se interesen en esta trascendental cuestión.

»Muy agradecido y devoto servidor, que besa su mano, Luis Simarro.

»Madrid, 14 de septiembre de 1920»<sup>90</sup>.

La respuesta fue masiva, y todavía hoy se conservan las miles de adhesiones que con este motivo recibió el Dr. Simarro en su domicilio particular<sup>91</sup>.

Por esos mismos días, el 11 de septiembre de 1920, la logia «Fénix n.º 381», de Barcelona, se dirigía a Simarro, en su calidad de Gran Maestre y Presidente del Gran Consejo de la Orden, para solicitar su influjo y ayuda en favor de dos masones, llamados Américo Lugo y Fabio Fiallo, que, en la República de Santo Domingo, y por razones políticas y patrióticas, habían sido condenados a muerte por las autoridades norteamericanas de ocupación en aquel país. De la personalidad de cada uno de los condenados decían lo siguiente:

«Don Américo Lugo ha sido delegado de su país en la Conferencia Pan-Americana, celebrada hace algunos años en Río Janeiro, en la cual fue autor de la proposición que invitaba a los EE. UU. a declarar formalmente que la aplicación de la doctrina de Monroe, no afectaba en lo más mínimo la libertad e independencia de la repúblicas hispano-americanas, habiendo también desempeñado varias carteras ministeriales en su país.

---

<sup>90</sup> *Ibidem*.

<sup>91</sup> *Ibidem*: Carpeta Unamuno.

»Don Fabio Fiallo es un poeta eminente y diplomático, que ha representado a su país, entre otros sitios, en La Habana, Bruselas y Hamburgo.»

Como se ve —añadían desde Barcelona— «se trata de personas distinguidas, de relevantes cualidades, que en su país han sido firmes puntales de nuestra Orden, cuyo único delito ha sido sostener su ideal político y social. Y concluían diciendo que la logia «preocupada por estos dos casos había acordado, por unanimidad, dirigirse a ese alto cuerpo [el Gran Consejo de la Orden], para que con la premura que requiere el asunto, se dirija a los altos poderes masónicos y profanos de los EE. UU. para hacer una activa campaña en pro de estos hermanos, a fin de que no se cumpla tan terrible sentencia»<sup>92</sup>.

Todavía tenemos datos de que el profano Manuel Menéndez Valdés, recomendado por la logia «Jovellanos», fue indultado de la pena de muerte en París por las gestiones del Dr. Simarro con el Gran Oriente de Francia y la Liga de los Derechos del Hombre. En vista de lo cual se le pidió a Simarro que hiciera nuevas gestiones a fin de obtener el indulto total, al igual que se le había concedido, el 8 de mayo, a otro español que también estaba condenado por delito de guerra<sup>93</sup>.

### *Primera Guerra Mundial*

Intimamente vinculada con la Liga de Derechos del Hombre y con la Masonería estuvo la campaña de paz a raíz de la Primera Guerra Mundial; campaña en la que, una vez más, el Dr. Simarro estuvo profundamente comprometido, a juzgar por la documentación que, sobre esta cuestión, se conserva en su archivo particular. Esta campaña culminó en un manifiesto titulado *La Guerra Europea. Palabras de alumnos españoles*<sup>94</sup>, que, en septiembre de 1915, contaba ya con el apoyo de más de setecientos firmantes de profesiones liberales «consagrados a las puras actividades del espíritu».

La difusión del manifiesto pretendía interesar «en los elevados ideales por que se batalla, no sólo entre unas y otras naciones beligerantes sino también dentro de cada pueblo neutral», y en especial en la opinión española, en un momento cuya influencia podía repercutir «en los futuros destinos de nuestra patria»<sup>95</sup>. El manifiesto en cuestión decía así:

<sup>92</sup> La Logia *Fénix* núm. 381 al Gran Maestre y Consejo de la Orden. Barcelona, 11 septiembre 1920. *Ibidem*, Sobre 4, fol. 120.

<sup>93</sup> Escura a Simarro. Nota manuscrita, sin fecha. *Ibidem*, Carpeta 6, Sobre 1, fol. 48.

<sup>94</sup> De este manifiesto impreso se conservan todavía ejemplares en el Archivo particular del Dr. Simarro.

<sup>95</sup> *Ibidem*.

«Levantamos la voz para pronunciar nuestra palabra, con modestia y sobriedad, como españoles y como hombres. No sería bien que, en esta coyuntura máxima de la historia del mundo, la historia de España se desarticulase del curso de los tiempos, quedando de lado, a modo de roca estéril, insensible a las inquietudes del porvenir y a los dictados de la razón y de la ética. No sería bien que en estos momentos de gravedad profunda, de intensa religiosidad, cuando la especie humana sufre sin cuento engendrando una más apretada y fraterna solidaridad, España, por el apocamiento de los políticos responsables, apareciera como una nación sin eco en las entrañas del mundo. ¡Y aún fuera peor que sus ecos propagasen la acrimonia de voces encendidas por pasiones ciegas y los denuestos de plumas y gacetas mercenarias!%».

»Nosotros, sin más representación que nuestras vidas calladas, consagradas a las puras actividades del espíritu, sentimos que, para servir a la Patria y ser ciudadano honrado y de provecho, es fuerza ser hombre honrado y de provecho para todos los pueblos. Y así, estamos ciertos de cumplir un deber de españoles y de hombres declarando que participamos, con plenitud de corazón y de juicio, en el conflicto que trastorna al mundo. Nos hacemos solidarios de la causa de los aliados, en cuanto representa los ideales de la justicia, coincidiendo con los más hondos e ineludibles intereses políticos de la nación. Nuestra conciencia reprueba donde quiera todos aquellos hechos que menoscaban la dignidad humana y los respetos que los hombres se deben, aun en el más enconado trance de la lucha.

»Nosotros, sin más representación que nuestras vidas calladas, consagradas a las puras actividades del espíritu, sentimos que, para servir a la Patria y ser ciudadano honrado y de provecho, es fuerza ser hombre honrado y de provecho para todos los pueblos. Y así, estamos ciertos de cumplir un deber de españoles y de hombres declarando que participamos, con plenitud de corazón y de juicio, en el conflicto que trastorna al mundo. Nos hacemos solidarios de la causa de los aliados, en cuanto representa los ideales de la justicia, coincidiendo con los más hondos e ineludibles intereses políticos de la nación. Nuestra conciencia reprueba donde quiera todos aquellos hechos que menoscaban la dignidad humana y los respetos que los hombres se deben, aun en el más enconado trance de la lucha.

---

% En 1915, Romanones, que había sustituido a Dato, era Presidente del Gobierno, y la sociedad española se escindió en favor o en contra de los contendientes enfrentando en duras polémicas a germanófilos y aliadófilos. En líneas generales la corriente de oponión democrática y socialista sintonizaba con el bloque aliado, y la extrema derecha —tipo Vázquez de Mella— no ocultaba sus simpatías hacia los imperios centrales.



»Deseamos con fervoroso anhelo que la paz futura sirva a las naciones todas de honrada y provechosa enseñanza, y esperamos que el triunfo de la causa que reputamos justa afirmará los valores esenciales con que cada pueblo, grande o pequeño, débil o fuerte, ha dado vida a la cultura humana, destruirá los fermentos de egoísmo, de dominación y de impúdica violencia, generadores de la catástrofe, y afirmará el cimiento de una nueva hermandad internacional, donde la fuerza cumpla su fin: el de garantizar la razón y la justicia»<sup>97</sup>.

Esta solidaridad por la causa de los aliados estaba respaldada por demócratas y socialistas, y por supuesto por los masones. Basta fijarnos en algunos de los firmantes del manifiesto, entre los que encontramos a

Albornoz, Alvaro de, abogado, escritor, ex diputado a Cortes.  
Alcalá Galiano, Alvaro, escritor. Madrid.

Alvarez, Melquíades, catedrático Universidad Oviedo, abogado, diputado a Cortes.

Aranda, Francisco, catedrático. Universidad de Zaragoza.

Azaña, Manuel, publicista, abogado, secretario del Ateneo de Madrid.

Azcárate, Gumersindo de, catedrático de la Universidad de Madrid, de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, presidente del Instituto de Reformas Sociales.

«Azorín», Martínez Ruiz, José, novelista, periodista, diputado a Cortes.

Barcia Trelles, Augusto, abogado, escritor. Madrid.

Barea, Enrique, periodista. Madrid.

Barriobero, Eduardo, abogado, escritor, diputado a Cortes.

Becerra, Pablo, director del diario de Madrid *El Globo*, profesor mercantil.

Buen, Odón de, catedrático Universidad de Madrid, ex senador.

Carande, Manuel, doctor de Filosofía, publicista, economista. Madrid.

Castrovido, Roberto, director del diario de Madrid *El País*, diputado a Cortes.

Cossío, Manuel B., catedrático Universidad de Madrid, publicista.

Covián, Manuel, médico de la Beneficencia Municipal. Oviedo.

Dalí, Salvador, notario. Barcelona.

Dicenta, Joaquín, escritor, dramaturgo. Madrid.

---

<sup>97</sup> Las adhesiones había que remitirlas a D. Ramón Martínez Sol, que era también el Secretario de la Liga de Derechos del Hombre.

- Domingo, Marcelino, director del diario de Barcelona *La Publicidad*, diputado a Cortes, publicista.
- Falla, Manuel, compositor de música. Madrid.
- Gallego, Víctor, secretario del G.O.E. Madrid.
- García Sanchís, Federico, escritor. Madrid.
- Gascón y Marín, José, catedrático Universidad de Zaragoza.
- Giner de los Ríos, Hermenegildo, catedrático Instituto Barcelona, diputado a Cortes.
- Gómez de la Serna, Ramón, escritor. Madrid.
- Granados, Enrique, compositor de música. Barcelona.
- Infante Pérez, Blas, abogado. Sevilla.
- Karr, Carmen, escritora, directora de *Feminal*. Barcelona.
- Lozano «Demófilo», Fernando, publicista, ex profesor auxiliar de la Universidad de Madrid.
- Machado, Antonio, escritor, catedrático. Instituto de Baeza.
- Machado, Manuel archivero-bibliotecario y arqueólogo, escritor. Madrid.
- Madariaga, Salvador, ingeniero de minas, publicista. Madrid.
- Madinaveitia, José, doctor en Medicina. Bilbao.
- Madinaveitia, Juan, profesor agregado de la Facultad de Medicina. Madrid.
- Maeztu, Ramiro de, escritor.
- Marañón, Gregorio, profesor auxiliar. Universidad de Madrid.
- Martínez Sol, Ramón, periodista, secretario de la Liga Anticlerical Española. Madrid.
- Massó y Torrents, J., de l'Institut d'Etudis Catalans y de la Biblioteca de Cataluña. Barcelona.
- Menéndez Pallarés, Emilio, doctor en Filosofía y Letras, abogado del Colegio de Madrid, ex diputado a Cortes.
- Menéndez Pidal, Ramón, catedrático. Universidad de Madrid. De la Academia de la Lengua.
- Miró, Joan, publicista. Barcelona.
- Morato, Juan José, escritor, tipógrafo. Madrid.
- Morayta, Miguel, catedrático. Universidad de Madrid.
- Moreira Espinosa, José, doctor en Medicina. Madrid.
- Morente, Manuel, catedrático. Universidad de Madrid.
- Nakens, José, escritor, director de *El Motín*. Madrid.
- Nicolau D'Olwer, Ll., doctor del Claustro de F y L., escritor. Barcelona.
- Núñez de Arenas, Manuel, doctor en Filosofía y Letras, periodista, presidente de la Escuela Nueva. Madrid.
- Ortega y Gasset, José, catedrático, Universidad de Madrid, publicista, director de la revista de Madrid *España*.

Palacio Valdés, Armando, novelista. Madrid.  
Pérez de Ayala, Ramón, novelista. Madrid.  
Pérez Galdós, Benito, novelista, autor dramático, publicista, ex diputado a Cortes, de la Real Academia de la Lengua.  
Pey-Ordeix, Segismundo, doctor en Teología, publicista. Madrid.  
Pi Suñer, Augusto, del Institut d'Etudis Catalans, catedrático excedente de la Facultad de Medicina. Barcelona.  
Picón, Jacinto Octavio, novelista, crítico de Arte, de la Real Academia de la Lengua Española. Madrid.  
Ríos, Fernando de los, Catedrático, Universidad de Granada.  
Rivas Cherif, Cipriano de, escritor, abogado. Madrid.  
Roso de Luna, Mario, abogado, licenciado en Ciencias, astrónomo. Madrid.  
Rosón, Eduardo, Periodista. Madrid.  
Rusiñol, Santiago, pintor, novelista, dramaturgo. Barcelona.  
Salmerón y García, Exoristo «Tito», pintor y caricaturista. Madrid.  
Salmerón y García, José, ingeniero de Caminos. Madrid.  
Salmerón y García, Pablo, abogado, doctor en Filosofía y Letras. Madrid.  
Sánchez Pizjuán, Francisco, catedrático. Universidad de Sevilla.  
Simarro, Luis, catedrático. Universidad de Madrid.  
Tuñón de Lara, Antonio, catedrático del Instituto. Almería.  
Turina, J., compositor de música. Madrid.  
Unamuno, Miguel de, catedrático Universidad de Salamanca, novelista, dramaturgo.  
Ureña, Rafael de, catedrático de la Universidad de Madrid, de la Academia de la Historia.  
Valenti y Camp, S., escritor. Barcelona.  
Valle-Inclán, Ramón del, novelista, dramaturgo. Madrid.  
Vázquez, José A., publicista, presidente de la Sección de Prensa del Ateneo. Sevilla.  
Vives, Amadeo, compositor de música. Madrid.  
Zabala y Lera, Pío, catedrático. Universidad de Madrid.  
Zuloaga, Ignacio, pintor.  
Zulueta, Luis de, profesor de la Escuela Superior del Magisterio, publicista, ex diputado a Cortes. Madrid.

La relación podría extenderse, pero creo que es significativa del poder de convocatoria del Dr. Simarro.

El mismo año 1915 la masonería española empezó una suscripción en favor de los heridos de la guerra y alivio de los enfermos y necesitados tanto de Francia como de Bélgica. De ella daban puntual cuenta en el «Boletín Oficial».

Uno de los últimos actos del Dr. Simarro, en su calidad de Soberano Gran Comendador, fue el mensaje que, al comenzar el año 1917, dirigió a todos los masones de la Federación del Grande Oriente Español. En dicho mensaje hacía «fervientes votos porque en el año actual renazca potente y esplendorosa la aurora de la paz y terminen para siempre los horrores de la guerra que tantas víctimas ocasiona y tan destructores efectos viene produciendo en el suelo de Europa». Concluía con estas palabras: ¡Paz, paz entre los hombres, y formemos en el porvenir una inmensa familia de hermanos!»

Uno año más tarde el Dr. Simarro, en su calidad de Gran Maestre de la Masonería española, dirigía un extenso y apocalíptico mensaje a la Gran Asamblea del Grande Oriente Español, dedicado precisamente al tema de la Primera Guerra Mundial y de la paz universal; mensaje que fue publicado en el Boletín Oficial del Grande Oriente Español, en el número 316, correspondiente al 31 de agosto de 1918.

### *La Sociedad de Naciones*

Otro de los temas que ocupó la atención del Dr. Simarro fue el derivado de la Primera Guerra Mundial, a saber: la búsqueda de una sociedad internacional que, en adelante, garantizara la paz entre las naciones. En esta línea del 28 al 30 de junio de 1917, y organizado por el Grande Oriente de Francia y la Gran Logia de Francia —las dos obediencias masónicas más importantes de aquel país entonces— tuvo lugar un Congreso de los masones de las naciones aliadas y neutrales<sup>98</sup>, al que, lógicamente, fue invitado el Dr. Simarro, quien participó activamente al lado de Salmerón.

Poco después, a finales de agosto de 1917, era la Liga Francesa para la Defensa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la que invitaba al Dr. Simarro a formar parte de la Comisión que debía preparar y elaborar los textos para el próximo Congreso (a celebrar el 1.º de noviembre) que iba a debatir la cuestión de la organización de la Sociedad de Naciones.

Se trataba de elaborar un nuevo estatuto del mundo civilizado, ante la experiencia de la Primera Guerra Mundial. En este sentido los aliados pensaban en una Sociedad de Naciones, con sus instituciones democráticas, con sus órganos judiciales y legislativos, con un conjunto de sanciones contra las que no se pudiera levantar ninguna fuerza. Y la proyectaban como la más eficaz de las garantías que

---

<sup>98</sup> Cfr. el Programa en el Archivo Particular de Simarro [Madrid], Carpeta 6, Sobre 1, fol. 50.

podieran imponer al mundo para hacer imposible nuevos atentados a la libertad de los pueblos <sup>99</sup>.

La masonería por una parte y la Liga de los Derechos del Hombre por otra, se habían propuesto la creación de un organismo internacional capaz de garantizar la paz mundial. Pero en este ambicioso proyecto, al igual que en otros de carácter supranacional, como el de la Cruz Roja, fue también la masonería la que llevó la iniciativa, no sólo de su formación, sino de su consolidación. A este efecto se constituyó la Federación Internacional Masónica para la Sociedad de Naciones, a la que fue invitado a adherirse el H.<sup>o</sup> Luis Simarro, Gran Maestre del Grande Oriente de España, a fin de que constituyera la correspondiente sección en España <sup>100</sup>.

En los Estatutos del grupo francés, remitidos al Dr. Simarro, se puede leer que el pacto de la Sociedad de Naciones, que han establecido los Tratados de Paz <sup>101</sup> es una obra considerable, pero todavía precaria e imperfecta. Por eso añadían que «era indispensable —como lo proclama nuestro H.<sup>o</sup> León Bourgeois <sup>102</sup>— que esta obra sea conocida de todos y completada... en un espíritu de concordia y sana comprensión» <sup>103</sup>.

Es de sobras conocida la fragilidad inicial de la Sociedad de Naciones, fragilidad que preocupó especialmente a los masones europeos que habían lanzado, ya en 1917, la idea de su formación. Por esta razón en la circular en la que daban a conocer los Estatutos de la Federación Masónica Internacional para la Sociedad de Naciones, se decía que estaban convencidos de que la Franc-Masonería debía emplearse enteramente en salvaguardar lo conseguido y hacerlo progresar «porque el fin esencial de la Masonería era hacer reinar la fraternidad». A este fin el primer artículo de los Estatutos de la Federación explicaba que se había constituido, en el seno de la masonería francesa «una asociación destinada a propagar los principios sobre los cuales debía reposar la Sociedad de Naciones y favorecer la aplicación» <sup>104</sup>.

---

<sup>99</sup> F. Buillon, Presidente de la Liga Francesa para la Defensa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano al Dr. Simarro. París, 21 agosto 1917. *Ibidem*, Carpeta 4, Liga de Derechos del Hombre, Sobre 1, fol. 64.

<sup>100</sup> El Presidente de la Federación Internacional Masónica para la Sociedad de Naciones al Muy Ill. H.<sup>o</sup> Luis Simarro, Gran Maestre del Grande Oriente de España. París, 2 julio 1920. *Ibidem*, Sobre 4, fols. 121 y 122.

<sup>101</sup> La Conferencia de Paz se reunió en Versailles el 18 de enero de 1919.

<sup>102</sup> León Bourgeois (1815-1925). Abogado y hombre político francés, teórico de la doctrina llamada *solidarismo* que desarrolló en *Solidaridad* (1897). Uno de los promotores de la Sociedad de Naciones. Miembro de varias logias del Grande Oriente de Francia.

<sup>103</sup> Los Estatutos llevan la fecha de París, 2 julio 1920. Archivo Personal de Simarro [Madrid]. Carpeta 4, sobre 4, fol. 123.

<sup>104</sup> *Ibidem*, fol. 124. **Apéndice núm. 18.**

El 1.º de diciembre de 1920 volvían a insistir desde París pidiendo al Dr. Simarro que, en su calidad de Gran Maestre, favoreciera en España, por medio del Grande Oriente, las iniciativas dirigidas a fortalecer la Sociedad de Naciones <sup>105</sup>.

En España la creación de la Sociedad de Naciones parece ser que no interesó demasiado a la opinión pública. Sin embargo sí provocó una corriente de simpatía en determinados círculos intelectuales y políticos en los que no debió de estar ausente el Dr. Simarro. Así, en noviembre de 1918, un grupo de escritores, entre los que figuraban Unamuno, Menéndez Pidal, Marañón, Pérez de Ayala y Azaña, lanzó un manifiesto a la opinión pública y constituyó la Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres <sup>106</sup>.

### *El bloqueo de Rusia*

Intimamente ligado con el tema de la Primera Guerra Mundial y el de la Sociedad de Naciones, el Dr. Simarro tomó partido, a finales de 1919 en contra del bloqueo internacional que se pretendía establecer a Rusia a fin de crear dificultades e incluso la caída del régimen que la revolución bolchevique de 1917 había implantado en aquel país.

El Dr. Simarro, en los últimos años de su vida, actuó con mayor intensidad en la política, a pesar de hacer rehusado por dos veces figurar en la candidatura radical de diputados a Cortes <sup>107</sup>. Desde su puesto de Gran Maestre de la masonería creía que su labor podía ser más eficaz. A este fin convocó a los diputados y periodistas masones a una reunión, a mediados de diciembre de 1919, en un lugar próximo a la Cámara de los Diputados, como era el Ateneo. Los citados como diputados masones fueron: Alejandro Lerroux —cuya carta manuscrita excusándose de no haber podido asistir a la reunión se conserva <sup>108</sup>—, Melquíades Álvarez (que se excusó verbalmente), Augusto Barcia, Eduardo Barriobero (que estaba de viaje), Miguel Morayta, Teodomiro Menéndez, Francisco de Moxó, Marcelino Domingo (también de viaje) y Albert.

Entre los periodistas masones convocados estaban: Augusto

<sup>105</sup> El Presidente de la Federación Internacional Masónica para la Sociedad de Naciones al Muy Ill. H.º Luis Simarro, Gran Maestre del Grande Oriente Español. París, 1.º octubre 1920. *Ibidem*, fol. 132.

<sup>106</sup> Sobre esta cuestión cfr. *España y la Sociedad de Naciones*, en Historia 16, Extra S. XX. Historia Universal 11, p. 44.

<sup>107</sup> Sobre este tema cfr. más adelante.

<sup>108</sup> Alejandro Lerroux a D. Luis Simarro, Madrid, 19 diciembre 1919. Archivo Particular de Simarro [Madrid]. Sobre sin clasificar. **Apéndice núm. 19.**

Vivero, Torralba Beci, Francisco Escola, Antonio Fernández de Velasco, Ramón Martínez Sol, Paul y Almarsa, Nicolás Salmerón <sup>109</sup>.

En esta reunión el Dr. Simarro, en su calidad de Gran Maestre del Grande Oriente Español, y presidente del Gran Consejo de la Orden, leyó la siguiente resolución, suficientemente expresiva de la forma de pensar del Dr. Simarro en torno al pacifismo y la fraternidad entre todos los pueblos:

«Los principios fundamentales de la Francmasonería nos obligan a estudiar las cuestiones de orden social y político internacional y muy particularmente los problemas de esa índole que corresponden a nuestro país.

»Nuestra Constitución declara, de conformidad con aquellos principios, que la Francmasonería abomina de todo procedimiento de fuerza; y labora con constancia para que la justicia sea la reguladora en la vida del hombre en sus relaciones con la sociedad.

»Es así que nuestra Augusta Institución es esencialmente pacifista, sin que esto signifique que pueda mirar con indiferencia cuanto se relaciona con la ley evolutiva del progreso en la gobernación de los pueblos, y estudia, por tanto, el desarrollo evolutivo que una vez terminada la guerra mundial, viene significándose democráticamente en las naciones europeas, y muy especialmente en Rusia.

»Se dice que los países aliados y asociados intentan reclamar el concurso de las naciones que han permanecido neutrales durante la guerra, para bloquear al pueblo ruso con el propósito de destruir la forma de gobierno por el que se viene rigiendo dicho país, aunque sin haber conseguido la consolidación del régimen adoptado, ni terminado los actos de represión de que se ha hecho eco la Prensa europea.

«La Francmasonería española, fiel a sus tradiciones, lamenta esas procedimientos de fuerza y el total olvido del establecimiento de la fraternidad entre los hombres, y declara que influirá en la medida de sus fuerzas para evitar que el Gobierno español acuerde la intervención de esta nación neutral en el bloqueo de Rusia si éste se llevara a cabo, sin que esto signifique adhesión alguna a la causa que los rusos defienden, sino únicamente cumpliendo los deberes de humanidad y coadyuvando a evitar derramamiento de sangre que la hasta ahora vertida en los campos de batalla, anhelando, en fin, que en este período de renovación mundial se consiga la paz entre los hombres, amparados en el lema sacrosanto de nuestra Orden, en la Igualdad, la Libertad y la Fraternidad.

«Tal es la resolución adoptada por el Gran Consejo de la Orden en nombre y representación de la Francmasonería española, y al tener el honor de participároslo para vuestro conocimiento, deseamos que

---

<sup>109</sup> Nota manuscrita. *Ibidem*. Sobre sin clasificar.

os sirváis cursar recibo de la presente circular, y comunicarnos, si lo juzgáis oportuno, vuestra autorizada opinión acerca de tan importante asunto» <sup>110</sup>.

Alejandro Lerroux, en su calidad de diputado a Cortes por Barcelona, escribió el 19 de diciembre de 1919 al Dr. Simarro, excusando su asistencia a la reunión y manifestando al mismo tiempo su adhesión y conformidad, expresada en la Cámara por la minoría republicana que había adoptado el acuerdo a propuesta suya <sup>111</sup>.

A pesar de los esfuerzos del Dr. Simarro y sus amigos, el Gobierno <sup>112</sup> —que se adhirió a la Sociedad de Naciones—, sin embargo no reconoció a la Unión Soviética.

### *La 3.ª Internacional*

Intimamente relacionado con lo anterior está la actitud que el Grande Oriente Español adoptó frente a la Tercera Internacional comunista, cuyos tres primeros congresos tuvieron lugar entre 1919 y 1921, es decir, en los últimos años de mandato y vida del Dr. Simarro.

Si bien es cierto que los dos primeros congresos de la Internacional no abordaron directamente el tema de la masonería, sin embargo en el segundo se votó por unanimidad una resolución que se había tomado por separado, relativa a la incompatibilidad del Comunismo y la Masonería. No obstante sería ya en el tercer congreso, organizado por Lenin y Trotsky donde este último pidió que la adhesión a dicha organización fuera prohibida a todo miembro del partido, y dijo: «Por sus estatutos, su administración y la manera como son escogidos sus miembros, la Masonería no representa otra cosa que un proceso de infiltración de la pequeña burguesía en todas las capas sociales.» Y añadió que «la solidaridad, principio básico de la Masonería, constituía un serio obstáculo para la acción proletaria, y que la libertad, reivindicada por la masonería, era una libertad de concepción burguesa, opuesta a la de la dictadura del proletariado».

Más adelante dijo que «la Masonería, por sus ritos, recuerda las costumbres religiosas, y se sabe que toda religión sojuzga al pueblo». Su último argumento fue que «la Masonería representaba una gran fuerza social, y por lo secreto de sus sesiones, y la discreción absoluta de sus miembros, era una especie de Estado dentro del Estado». El punto de vista de Trotsky fue aprobado por el Congreso, y la Tercera

---

<sup>110</sup> Sobre sin clasificar.

<sup>111</sup> Cfr. nota 108.

<sup>112</sup> Presidido en aquel entonces por Allende Salazar.



Internacional prohibió a sus miembros el formar parte de las logias masónicas <sup>113</sup>.

Esto tenía lugar en el Congreso de Moscú, celebrado del 22 de junio al 1.º de julio de 1921. El Dr. Simarro falleció el 19 de junio de 1921, es decir, tres días antes de la apertura del Congreso, y por lo tanto no llegó a conocer la actitud que los comunistas adoptarían en Moscú respecto a la masonería, confirmando la resolución del 2.º Congreso y extendiéndola a los partidos comunistas europeos.

Sin embargo, sí conocemos la actitud que la masonería que presidió el Dr. Simarro había adoptado ya unos meses antes, frente a la 3.ª Internacional. Pues precisamente el tema de la 3.ª Internacional fue una de sus últimas preocupaciones. El 15 de abril de 1921 recibía el Dr. Simarro del Secretario General del Grande Oriente Español, José Lescura, un informe remitido desde Barcelona acerca de la tenida colectiva celebrada en esa ciudad, el 27 de febrero de 1921, entre las logias «Lealtad n.º 6» y «Fénix n.º 381», en la que trataron de las condiciones de la 3.ª Internacional. Informe que debía ser examinado en la próxima reunión del Consejo de la Orden a celebrar el lunes próximo, día 18, bajo la presidencia del Dr. Simarro. En dicho informe, que era en realidad una copia del Acta de la reunión catalana, se observa la actitud decididamente contraria que en aquella ocasión se adoptó frente a la Internacional.

Uno de los oradores hizo la contraposición existente entre la tolerancia y ecuanimidad, criterios masones, frente a la tiranía que el comunismo encarnaba. Otro de los que intervino dijo que, a su modo de ver, «la Tercera Internacional se había presentado de una forma violenta y agresiva, lo cual había producido un movimiento de sorpresa y repulsión, por cuanto con sus bases pretendía revolucionar al mundo de un modo radical. Más adelante, hablando de la Dictadura del Proletariado, afirmó que «abominaba de ella, no precisamente por ser del proletariado, sino por considerar igualmente aborrecibles todas las dictaduras, sean las que fueren, y cualquier los fines que persiguieran» <sup>114</sup>.

Un tercer orador se mostró igualmente contrario a la Tercera Internacional por ser partidario de la libertad individual, «cosa que

---

<sup>113</sup> Sobre esta cuestión cfr. FERRER BENIMELI, José A., *El contubernio judeo-masónico-comunista*, Madrid, Istmo, 1982.

<sup>114</sup> «Que en este caso esta dictadura no es más que una sustitución de la ejercida por la plutocracia Rusa en tiempos de Czares [*sic*], consistiendo tan sólo en un cambio de personas, ya que en el puesto de aquéllos, ejercen hoy ésta un Lenin, un Trotski y sus secuaces apoyados por gentes a sueldo, procedentes de otros países, especialmente asiáticos y letones, que sólo pueden equipararse a las terribles guardias pretorianas que sembraron el terror en la época de la decadencia del imperio romano.» Archivo particular de Simarro [Madrid], Carpeta 4, sobre 5, fols. 146-150.

no sucede con el actual comunismo, que sustituye con una tiranía a otra tiranía». Y a este propósito aludió al criterio de incompatibilidad y excomunión que contra la Francmasonería había lanzado la Tercera Internacional.

En esta tónica siguen las demás intervenciones, tras las cuales el Orador oficial de la logia organizadora del acto afirmó que «la Tercera Internacional no podía ser la panacea que curara los males de la humanidad». Sin embargo la Segunda Internacional, netamente socialista, debía ser considerada como la verdadera. En este sentido se expuso con detalle el origen y desarrollo de las dos primeras Internacionales que «fueron patrocinadas y dirigidas por masones», las cuales respondían al verdadero sentir del proletariado. Respecto a la excomunión de la masonería, hecha por la Tercera Internacional, dijo: «Debemos estar satisfechos, ya que sus principios son destructivos, y los nuestros constructivos». Y en un intento de sacar conclusiones concretó los cuatro puntos siguientes:

- «1.º Que debemos oponernos a todas las tiranías.
- 2.º Que deben desaparecer las dictaduras.
- 3.º Que la Francmasonería debe mantener su Tolerancia frente a todas Intolerancias.
- 4.º Que debe nombrarse una ponencia que dictamine sobre todo lo manifestado para que su dictamen constituya una obra verdaderamente fructífera»<sup>115</sup>.

### *Testamento político*

El Dr. Simarro vivió los últimos años de su vida el enrarecimiento de la situación política, no sólo internacional, sino española. En 1920 es nombrado Dato presidente de Gobierno. El 8 de marzo de 1921 sería asesinado facilitando así el acceso al poder del segundo gobierno Maura-Cambó. Las juventudes socialistas deciden, en abril de 1920, entrar en la Tercera Internacional, y fundan el Partido Comunista Español. Las agitaciones campesinas de Andalucía, y las huelgas, especialmente de Barcelona, no estaban lejanas. Se acababa de conseguir la jornada laboral de ocho horas. El anarquismo y el pistoleroismo agudizaban la situación. Las Juntas de Defensa habían reaparecido con motivo del fallo de un tribunal de honor separando del servicio a 16 oficiales del Estado Mayor del arma de Infantería. La guerra de Africa continuaba y no tardaría en llegar el desastre de Annual<sup>116</sup>.

<sup>115</sup> *Ibidem*. Como fruto de esta reunión fue publicado un libro con todas las intervenciones *in extenso*, titulado *La Tercera Internacional revolucionaria de Moscou y la Franc-Masonería. Tres conferencias*, Barcelona, Publicaciones «Fénix», 1921.

<sup>116</sup> El 21 de julio de 1921.

Todos estos problemas preocupaban especialmente al Dr. Simarro, quien los dejó plasmados, pocos meses antes de morir, en un largo borrador de lo que después sería una Circular dirigida por el Consejo de la Orden a todas las logias masónicas del país.

Dicho borrador— que lleva la fecha del 30 de octubre de 1920— empieza así:

«La situación actual del mundo, todo él en plena transformación, y en especial la de España, donde la cuestión social está planteada en términos agrios por los sendos extremismos de clase de patronos y obreros <sup>117</sup>, y la cuestión política está envenenada por los mauro-ciervistas ciegamente obstinados en los procedimientos de violencia apoyados en esas Juntas militares facciosas y desaforadas que desde junio de 1917 vienen perturbando la vida civil de España, nos mueve a informar a las logias de los acontecimientos políticos, sobre todo de aquellos de que no dan cuenta los periódicos sino veladamente, o peor aún, de un modo equívoco o confuso, para que estos nuestros informes sirvan a las logias de clave para interpretar las noticias políticas y de medio para orientarse y dirigir la opinión de las respectivas localidades.

«Es preciso, hoy más que nunca, porque más que nunca están en riesgo nuestros ideales de libertad, igualdad y fraternidad, que los masones, cada uno de por sí y todos a una, velemos por ella y los defendamos; para lograrlo es preciso que todos estemos informados exactamente de lo que pasa y de lo que se trama para poder actuar rápido y debidamente como un solo hombre.

«El Consejo espera ser entendido y atendido.»

A continuación divide la circular en dos apartados, uno internacional y otro nacional. En el primero vuelve a referirse a la solidaridad internacional y a la Sociedad de Naciones:

«La primera cuestión que debemos tratar es la internacional. La guerra contribuyó grandemente a crear una íntima solidaridad internacional y a hacerle indestructible, de tal modo que haya o no una Sociedad de Naciones que la haga efectiva y visible, quedan desde ahora los pueblos sometidos a la opinión conjunta del mundo civil-

---

<sup>117</sup> La cuestión social se hizo cada vez más grave en Cataluña. Según datos recogidos y publicados por Ballesteros y el duque de Maura, desde comienzos de enero de 1920, hasta mediados de octubre del mismo año, registró la prensa 311 atentados sociales. Los atentados se extendían también al resto de la Península; el 11 de octubre estallaba una bomba en el salón Pompeya de Barcelona, y el 26 de noviembre de 1920 se incendiaba el *Alfonso XIII* en los astilleros del Nervión, en Bilbao. En este mismo año de 1920, las huelgas alcanzaron la cifra, según Ballesteros, de 1.361. El 30 de noviembre de 1920 era asesinado en pleno día don Francisco Layret. El general Martínez Anido había organizado los *Sindicatos libres* para luchar contra los *Sindicatos únicos*, utilizando, como éstos, la táctica del pistolerismo.

lizado e imposibilitado por tanto de seguir una política opuesta a la que rige en las demás.»

Simarro asegura que «nuestra política nacional» dependerá no sólo de los políticos españoles, de un Romanones, un Lerroux..., sino, sobre todo, de los acontecimientos internacionales, del resultado de las elecciones francesas, de la transformación social de Inglaterra, y hasta de las luchas políticas de los EE. UU. Y añade:

«De aquí esa situación expectante de los partidos políticos españoles que con más o menos claridad se dan cuenta de esta influencia, y de aquí también la única explicación lógica del viaje del Rey. No va, sin duda, solamente a hacerse perdonar su germanofilia sino, además, a recabar un puesto para España en el naciente grupo de naciones que llamaremos occidentales» <sup>118</sup>.

Y aquí el Dr. Simarro vuelve nuevamente la mirada a la Sociedad de Naciones, en cuya creación se vio tan involucrado ya desde los años 1917, manifestando una clara vocación occidentalista:

«La solidaridad social internacional, si no se encarna en una Sociedad de Naciones desde hace tanto tiempo perseguida, habrá de manifestarse en grandes grupos o federaciones de pueblos que comprendiendo la vida de un modo parecido y completándose económicamente unos a otros se concierten y convengan en una mutua penetración. Nuestra situación geográfica, nuestra orientación y antecedentes políticos, nuestros intereses económicos, nos llevan forzosamente al gran grupo de occidente en que la sajona Inglaterra dé la mano a los pueblos latinos de Italia, Francia y España.»

Y concluye esta primera parte haciendo una llamada a la Hermandad Occidental masónica:

«Nosotros los masones debemos actuar para que esta Hermandad de Occidente sea pronto una realidad, porque no sólo nos son ventajosos económicamente, sino, sobre todo, espiritualmente por ser los cuatro pueblos de Europa en que más firmes y arraigados están el liberalismo y la democracia, sin los cuales ningún progreso es posible» <sup>119</sup>.

La segunda parte de la circular, dedicada a la política española, empieza así:

«La situación interior es en sus términos generales de todos conocida y no hay para qué detenerse en exponerla, y es también notorio que el actual gobierno (actual el 30 de octubre en que esto se redacta) ha comprendido mejor que todos los anteriores la necesidad de orientar la política nacional por la de las naciones del grupo occi-

---

<sup>118</sup> Alusión al viaje del Rey a Londres para visitar a la real familia británica.

<sup>119</sup> Archivo particular de Simarro [Madrid]. Sobre sin clasificar.

dental y preparar la transformación necesaria de las instituciones sociales.»

Y más adelante comenta:

«Esta actitud razonable del Gobierno Sánchez Toca<sup>120</sup> levantó la oposición de todos los intereses reaccionarios. La de los mauro-ciervistas que de todos modos se oponen a que se abra una era de estudio y reforma, y preconizan la violencia dictatorial empujándonos a una espantosa guerra civil. Se manifestó primero en una de esas innobles conspiraciones de los políticos españoles y por fin en la oscura carta del Sr. Maura»<sup>121</sup>.

A esta oposición de los políticos —prosigue Simarro— «que creen que gobernar es «liarse la manta a la cabeza» se une la del elemento patronal troglodítico firme en su obcecación de que el mundo debe seguir como hasta aquí, sin concesión alguna, convertido el obrero en un mecanismo, en un animal de labor, sujeto como ellos a la ley de la oferta y la demanda y sin intervención alguna en el régimen de la empresa en que presta sus servicios, y que para lograrlo intenta la barbarie de la lucha de clases planteando el cierre sin duda porque creen que van a vencer».

«A estos dos corifeos de la más elemental reacción se unen los servidores de la Reacción: militares, clero, nobleza y los burócratas, deseosos todos de que no se altere su estado social que les permita vivir en el ocio y en el vicio; y el caciquismo, cuyo imperio habrá terminado el día de la reforma social.»

Ante esta precaria situación, Simarro aboga por una coalición gobierno-opinión liberal:

<sup>120</sup> Los gobiernos de Sánchez Toca y Allende-Salazar, hombre de negocios e ingeniero agrónomo respectivamente, se revelaron también incapaces de imponer su autoridad no sólo sobre el movimiento obrero, que consiguió la aplicación de la jornada laboral de las ocho horas, sino que tampoco logró doblegar la intransigencia de la patronal catalana, que recurría casi de manera sistemática al *lock-out*.

<sup>121</sup> Durante el Gobierno de Dato hubo una serie de intentos para conseguir la unión de las fuerzas conservadoras incorporando a los amigos de Maura y a las huestes de Juan de la Cierva; se ofreció a Gabriel Maura una cartera —que declinó— y tras una breve crisis y cambio de ministros la *Gaceta* (4 octubre 1920) publicó el decreto de disolución de las Cortes. Las llamadas fuerzas liberales (Alhucemas, Melquíades Álvarez, Alba, Gasset, Alcalá Zamora y el conde de Romanones) protestaron; los socialistas aconsejaron a la masa obrera la formación de un frente único contra la burguesía, para defenderse de la política «plutocrática» que «social y financieramente» venía desenvolviendo el señor Dato; y una amplia e importante nota, con el inconfundible estilo de don Antonio Maura, manifestó que era urgente «que todas las energías nacionales que no sean revolucionarias necesitan agruparse para vigorizar al Poder público», y que deberían reunirse «todos los que pudieren coincidir en la acción expedita y firme, postergando el espíritu de parcialidad». AGUADO BLEYE, Pedro, *Manual de Historia de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1956, t. III, pp. 864-865.

«Esta coalición de intereses creados, políticos, religiosos, tradicionales, derrumbarán al gobierno (con que no nos importaría si no fuera que serán ellos los que se incautarán del poder) si no encuentra un apoyo en la opinión liberal suficiente para contrarrestarla.

«Ninguno de los elementos liberales desde el sindicalista al romanonista, ni tampoco los masones, tenemos interés directo en sostener a un gobierno conservador, pero si lo tenemos en impedir el triunfo de la reacción que no sabemos hasta dónde podría llevarnos. Si, como parece, la falta de cohesión y aun de unidad total de los elementos liberales impide ahora, por el momento, un avance, debemos servir de obstáculo al amenazador retroceso, e impedir todo cambio de gobierno que no sea en sentido liberal. El llegar, con un gobierno conservador, a un estado de observación y estudio del problema social debe ser definitivamente la actitud más retrógrada lícita a un partido político y por tanto sólo será posible el cambio de gobierno para realizar las reformas necesarias.»

Como se ve, Simarro supedita el apoyo al Gobierno, aunque éste sea conservador, a la resolución del problema social, y como medio para evitar que otros más reaccionarios llegaran al poder. En este sentido añadía:

«Esta nuestra situación ante el problema político está condicionada por la conducta del Gobierno. Si éste quiere realmente estudiar la solución al problema social tiene que buscar y provocar la opción, lo que implica un régimen de libertad para que se manifieste, y como este estado de libertad es el único modo de preparar la reforma social y la política, tienen tanto interés los elementos reaccionarios en impedirlo como nosotros en defenderlo, siquiera sea como un mal menor.»

Pero para conseguirlo había que superar graves problemas: «Hay una confabulación reaccionaria no sólo contra las reivindicaciones obreras, sino sobre todo contra la libertad, a la que culpan de la agitación actual, que intenta derribar el gobierno precisamente porque intenta dar una solución jurídica al problema social.»

A continuación Simarro, como previendo el futuro golpe militar de Primo de Rivera, recoge el rumor de un gobierno de fuerza presidido por un almirante, con un general en Gobernación y La Cierva en Hacienda. Ante aquella confabulación y esta amenaza —añade Simarro— sólo quedan dos caminos: o afrontar la lucha yendo a la revolución, o defender el *statu quo* político actual.

Ante la disyuntiva planteada, Simarro es tajante:

«No creemos posible la duda; la Revolución no sería ya el salto a las tinieblas que es siempre, sino en este caso la entrada en una hora encendida. ¿Dónde están nuestra organización y nuestros elementos para hacerla triunfar? Desgraciadamente, la organización, las armas

y el dinero están en el lado contrario, y harto haremos si logramos impedir que los empleen para arrebatarlos la libertad.

«Cabe otra solución: abstenerse. Esa solución sería en nosotros criminal; la libertad no se defiende en la inacción.

«Una política pesimista de apartamiento de la cuestión política del momento no sólo es perjudicial para el progreso del país, sino que es una causa de impotencia para los partidos avanzados porque aplazando toda intervención para el día del gran esfuerzo final, dejan pasar la ocasión de los pequeños esfuerzos, apartándose así de la opción preocupada siempre con las realidades presentes. Y la realidad del momento es que si cae este gobierno vendrá uno reaccionario que nos conducirá a la barbarie.»

Y el Dr. Simarro concluía así esta larga circular: «Atendamos, pues, a esta realidad del único modo que podemos. Afirmando el poder ya que no podemos sustituirlo al gobierno actual»<sup>122</sup>.

Los temores de Simarro se cumplieron. La crisis se agudizó a finales de enero de 1921, y el 5 de marzo era asesinado el Jefe del Gobierno. El asesinato de Dato liquidó el Gobierno por él presidido, y planteó la crisis, que tuvo que resolver Maura. El nuevo Gobierno fue una mezcla de fuerzas conservadoras, de elementos tradicionales del maurismo y del propio partido conservador.

Nuevamente el Dr. Simarro, en nombre del Gran Consejo de la Orden, puso en guardia a la masonería, en este caso la masonería internacional, con el fin de que, con su colaboración y ayuda, se pudiera salvar la situación política española. En una nueva circular, dirigida a los Grandes Orientes de la masonería universal, se expresaba así.

«Ilustres y queridos hermanos:

»Sin duda por la Prensa de vuestro país estaréis informados de la situación política que atraviesa el nuestro de pocos días a esta parte, habiéndose apoderado del Gobierno los hombres que el 1909, representando la más repugnante de las reacciones promovieron el desarrollo de la semana trágica de Barcelona y el fusilamiento de Francisco Ferrer.

»Estos hombres funestos, llamados Maura y La Cierva, se han apoderado actualmente del Gobierno de esta desgraciada nación, formando un Ministerio compuesto de los políticos más reaccionarios de nuestro país, apoyados por el Ejército, en su mayoría también reaccionario, y sostenidos por la fuerza, teniendo una exigua minoría en el Parlamento, ejercen la más inaudita presión sobre la Prensa valiéndose de la previa censura que alcanza, en pleno siglo xx, hasta el punto de no permitir no sólo cuanto pueda informar al país de la

---

<sup>122</sup> Cfr. nota 119.

gestión desdichada de semejante política, sino también lo que pueda relacionarse con el dogma católico y con los sacerdotes de su iglesia.

»Una constante protesta de los elementos liberales del país, una desorganización inconcebible en los servicios públicos, entre otros la huelga del Cuerpo de Telégrafos, atacado en su dignidad por el Ministro La Cierva en el año anterior, y un malestar general, es la situación de España en los momentos actuales.

»Como véis, queridos hermanos, las libertades conquistadas y a tan alto precio conservadas por los elementos democráticos del país, se hallan en peligro de ser destruidas; si a esto se añade que los hombres que hoy forman el Gobierno son los mismos que, ayudados de sus partidarios, propagaron en nuestro país una política decididamente germanófila, con perjuicio de la causa de los aliados, representantes del derecho, de la justicia y de la libertad.

»Sabido es, queridos hermanos, que la Francmasonería, sin ser partidista, es, sin embargo, la defensora constante del progreso, de la libertad y de la fraternidad, cuyos sacrosantos principios vemos seriamente combatidos por los elementos reaccionarios de nuestro país, y aunque laboramos constantemente en favor de nuestros ideales y estamos compenetrados con todos los elementos democráticos, al ver en peligro nuestros sacrosantos ideales, el Gran Consejo de la Orden ha decidido informaros de nuestra peligrosa situación y reclamar vuestra eficaz ayuda para remediarla.

»Al efecto, deseamos que os sirváis promover en la Prensa de vuestro país una campaña que pueda influir en la defensa de las libertades y en la caída del Gobierno actual, al par que vuestro influjo se extienda a cuanto sea posible para que vuestros gobernantes, vuestros políticos y cuantos escritores gocen de fama mundial, secunden esta campaña con el fin de que vuelva a brillar en nuestro país la aurora de las libertades, hoy más que nunca, en que las naciones de la entente celebran el triunfo de la democracia y se disponen a consolidar el derecho y la justicia con la formación de la Sociedad de Naciones.

»En una palabra, deseamos que la influencia internacional llegue a ser posible, a demostrar hasta al Rey de España, que su Gobierno actual es incompatible con el espíritu moderno, y que la Prensa y organismos sociales de vuestro país emprendan una campaña tan eficaz como la que llevasteis a cabo en 1909 con motivo del proceso y fusilamiento de Ferrer, favoreciendo de este modo la que los elementos avanzados desarrollan en España, aunque amenazados y perseguidos y perjudicados en sus personas e intereses.

»Tal es, expuesto a grandes rasgos, nuestros vehementes deseos, y no dudamos de que, penetrados de la santidad de nuestra causa,



habréis de prestarnos, como siempre lo habéis hecho, vuestro valioso concurso, en bien de la Orden y de la Humanidad» <sup>123</sup>.

### *Diputado a Cortes*

Hermenegildo Giner de los Ríos, hablando del Dr. Simarro, dice que hacia 1910 «por encargo del jefe del partido radical señor Lerroux, fui a ofrecer un puesto en las candidaturas republicanas por el sitio que él prefiriera; mas rehusó la indicación sin lograr convencerle, y eso que el ofrecimiento era absolutamente incondicional, sin que nada le ligase ni obligara» <sup>124</sup>. Posteriormente en las elecciones para diputados a Cortes de 1919 «también el partido republicano radical le ofreció un puesto por Madrid, que renunció asimismo, fundándolo en el estado de su salud, harto quebrantada, y otras razones. Entre ambas elecciones, luchó por un distrito valenciano, sin obtener el merecido triunfo, quizás porque sus simpatías con respecto al reformismo le restasen votos de los antiguos republicanos» <sup>125</sup>.

La renuncia de Simarro a las últimas elecciones, sin embargo, provocó una dura polémica, dentro del seno de la masonería, que dividió a numerosos masones españoles, quienes protestaron por la eliminación de la candidatura de diputados a Cortes por Madrid del nombre del Ilustre Gran Maestre Dr. Luis Simarro; protesta que fue publicada en el número 326 del Boletín Oficial del Grande Oriente Español, de fecha 30 de junio de 1919, y que presentada por varios Venerables representantes de logias fue dirigida a la Gran Asamblea en estos términos:

»Ilustre Gran Presidente y Venerables hermanos:

»Conocido es de la Gran Asamblea el hecho de haber sido propuesto por el organismo directivo de un núcleo importante de la opinión izquierdista el nombre del Gran Maestre para integrar la candidatura de diputados a Cortes por Madrid.

»La opinión toda juzgó un acierto esta designación, porque el nombre del h.º Simarro llevaba a aquella candidatura, no sólo los prestigios del pensador y del hombre de ciencia, sino también, y en cierto modo, la significación simbólica de quien encarnó la protesta del mundo civilizado contra los procedimientos de gobierno de puestos en práctica en 1909 <sup>126</sup>, restablecidos hoy por los mismos hombres a quienes hizo caer la condenación universal <sup>127</sup>.

---

<sup>123</sup> *Ibidem*.

<sup>124</sup> *El Progreso*, Barcelona, 12 julio 1921.

<sup>125</sup> *Ibidem*.

<sup>126</sup> A raíz de la Semana Trágica.

<sup>127</sup> Alusión directa a la Circular comentada más arriba.

»Sin que esta opinión, que tan favorablemente acogió la designación, haya tenido conocimiento de las causas que lo han motivado, se eliminó después de la candidatura el nombre del h.º Luis Simarro, y como en la confección de ella han intervenido masones y, según el rumor público, alguno de ellos ha dificultado que el Gran Maestre figurara en ella, los Respetables que suscriben someten el caso a estudio de la Asamblea por considerarlo de gravedad extraordinaria para la disciplina y la obediencia debida a la Orden y estimar que corresponde imponer la más severa sanción a quien haya faltado a ellas.

»Valles de Madrid, a 21 de mayo de 1919»<sup>128</sup>.

La alusión va dirigida al abogado y masón h.º Melquíades Álvarez González, simbólico *Triboniano*, miembro de la logia *Jovellanos n.º 377*, de Gijón, donde fue iniciado el 12 de noviembre de 1912<sup>129</sup>.

La proposición fue tomada en consideración y la Asamblea decidió nombrar un Triángulo<sup>130</sup>, para que asesorado por cuantos hermanos pudieran aportar datos sobre el asunto, formulara su dictamen. Este fue redactado en el sentido de que la Asamblea expresara el profundo disgusto que sentía ante el hecho consignado en la proposición presentada, y que este sentimiento se hiciera conocer al h.º Melquíades Álvarez y a la Respetable Logia *Jovellanos n.º 337* a la que dicho hermano pertenecía como miembro activo.

Así fue acordado unánimemente por la Gran Asamblea quedando redactada la siguiente comunicación:

«Reunido el Grande Oriente Español en su Gran Asamblea anual, y en sesión celebrada el día 21 de los corrientes [junio 1919], acordó por unanimidad (entre otros extremos) hacer constar en acta y expresaros el profundo disgusto y hondo sentimiento del pueblo masónico por la injustificada eliminación en la candidatura para diputados a Cortes por Madrid del nombre de nuestro Ilustre Gran Maestre Dr. Don Luis Simarro, estimando que lo acaecido obedece a falta de solidaridad masónica de quien pudo y debió evitar a todo trance la repetición de cosas tan lamentables<sup>131</sup>.

»También es voluntad de la Gran Asamblea que se notifique este acuerdo a la Respetable Logia *Jovellanos*, sin perjuicio de hacerlo

<sup>128</sup> Boletín Oficial del Grande Oriente Español, núm. 326. Madrid, 30 junio 1919, p. 63. **Apéndice núm. 20.**

<sup>129</sup> A.H.N. [Salamanca], Expediente Personal de Melquíades Álvarez, Leg. 161, Exp. 8. Fue exaltado al grado 2.º el 28 de agosto de 1918, y al grado 3.º el 10 de diciembre de 1917.

<sup>130</sup> En este caso una comisión de tres masones cualificados.

<sup>131</sup> Alusión a la retirada de la candidatura del Dr. Simarro en las elecciones de 1910.

en el *Boletín Oficial* de la Orden para general conocimiento de todos los organismos que integran el Oriente»<sup>132</sup>.

La reacción de la logia *Jovellanos* queda reflejada en una extensa carta, fechada en Gijón, el 26 de agosto de 1919, y dirigida al Gran Consejo de la Orden. Dice así:

«Esta Respetable Logia ha visto con profundo disgusto la proposición presentada a la última Gran Asamblea por varios Representantes protestando de la eliminación del nombre del Ilustre Gran Maestre Dr. Luis Simarro de la Candidatura de Diputado a Cortes por Madrid y ha visto aún con más disgusto la aprobación de la misma, y que, en su consecuencia se expresara a esta Respetable Logia y a su miembro activo h.º Melquíades Alvarez 'el hondo sentimiento del pueblo masónico'.

»Norma nuestra y deber voluntariamente aceptado ha sido siempre el respeto a los Poderes de la Masonería, especialmente al más soberano de ellos, el Legislativo; pero es también nuestra obligación jurada la defensa de nuestro hermano, cualquiera que sea el poder que contra ellos se ejerza, a lo cual se agrega el deber de una absoluta sinceridad.

»Ya al darse cuenta en esta Respetable Logia del acuerdo a que nos referimos, hizo constar el Orador la ilegalidad de su discusión, por constituir un asunto político y no precisamente de aquellos asuntos políticos que por su generalidad y tomados a buena altura puede discutir la Masonería, sino de una cuestión electoral de personas, de candidatos. Más también hizo constar el Orador, que emanando el asunto de una Gran Asamblea, aunque la infracción era evidente, ya procedía del Poder Legislativo, el cual (a nuestro juicio) ha dado el ejemplo sentando un precedente funesto para lo sucesivo. Esta Respetable Logia hace constar que si el carácter de la proposición presentada a la Asamblea tiene un carácter político-electoral, este Taller al ocuparse del acuerdo a que dio motivo, ya no discute una cuestión político-electoral, sino que se trata de otro caso completamente distinto, como es la defensa de un hermano, acto el más valioso dentro de la Orden.

»La proposición presentada a la Asamblea es evidentemente política, aún más, electoral, y por tanto pertenece a aquel género de proposiciones que, según el Art. 443 de nuestro Reglamento, deben ser quemadas entre columnas<sup>133</sup> sin leerse y cuya discusión en dife-

---

<sup>132</sup> La Asamblea se mostró conforme con el texto de la expresada comunicación. *Boletín Oficial del Grande Oriente Español*, 326. Madrid, 30 junio 1919 p. 63.

<sup>133</sup> Columnas: En este caso significa el lugar que ocupan los masones en la logia, según que estén al lado de una u otra columna (Jakín a la derecha, y Boaz a la izquierda). Ambas columnas simbólicas se encuentran situadas a la

rentes artículos del mismo (como los 398 - 810 - 95), y en el espíritu de la Orden está vedada, porque puede alterar la fraternidad masónica. No puede tampoco esta Respetable Logia dejar de mostrar su extrañeza por aquella parte del texto de la proposición en donde se dice que los Representantes que la suscriben 'someten el caso a estudio de la Asamblea por considerarlo de gravedad extraordinaria para la disciplina y obediencia debida a la Orden'. No podemos asentir a que la disciplina y obediencia masónica tengan nada que ver con la inclusión o exclusión de candidatos en las elecciones; por el contrario, creemos que eso produciría la ruina de toda la disciplina y obediencia. Y así lo ha estimado la sabiduría masónica reflejada en nuestro Código y Reglamentos.

»También hemos visto sorprendidos que en este caso fueran olvidados con negligencia los requisitos que deben ser tomados al juzgar a una persona, como son, en primer lugar ser llamado a declarar e invitado a defenderse. Según el Boletín Oficial se nombró un triángulo para que a su vez 'fuese asesorado por cuantos hermanos pudieran aportar datos sobre el asunto, pero no se llamó ante ese Triángulo al h.º Melquíades Alvarez, requisito previo imprescindible sin el cual el juicio sobre su conducta carece de garantía'.

»Esta Respetable Logia cuando recibió la Plancha de la Gran Asamblea, ha procurado informarse, y, como dice nuestro Código, 'no juzgar ligeramente, sino sondear el corazón para apreciar debidamente las obras', y sabe de modo indubitable que en esta cuestión el h.º Melquíades Alvarez se ha excedido en sus atribuciones de Jefe de un partido en favor de la designación del Ilustre Gran Maestro Dr. Simarro para candidato a Diputado<sup>134</sup>. Pero el partido Reformista tiene una organización, y esa organización emite por medio de Comité su opinión, que no es impuesta desde arriba, que no puede ser impuesta, ni la masonería, por su misión de hacer hombres libres, puede querer se imponga ni ésa es su misión. De nuestras informaciones, resulta que los Comités Reformistas de Madrid se inclinaron en favor de D. Luis Zulueta por unanimidad, en razón de sus méritos y porque en su designación, no habían intervenido elementos extraños al mismo partido, como resultaba en la del Ilustre Gran Maestro Dr. Simarro, por precipitación y lige-

---

entrada de la logia, a imitación de las que Hiram colocó ante el vestíbulo del templo de Jerusalén, según consta en la Biblia (I Reyes, 7, 21-22).

<sup>134</sup> Alusión al Partido Reformista, representado por elementos que habían llegado a la monarquía desde el campo de la República. Buscaban una reforma fundamental: la de la Constitución vigente de 1876. Por otro lado deseaban la incorporación a la monarquía de todo lo que los partidos de la izquierda liberal aportaban en sus programas.

reza de gentes que dieron su nombre mucho antes de tratarla los Comités de la candidatura <sup>135</sup>.

»Extraña también a esta Respetable Logia que, aunque en la larga actuación del h.º Melquíades Alvarez, en favor de principios esencialmente masónicos, e ideológicamente elevados —y no electorales— no haya recibido esta Logia ni la más leve indicación de la más leve complacencia, y en cambio se le haya apresurado a comunicar la censura por causas a nuestro juicio infundadas.

»Ya antes de pertenecer a la Orden <sup>136</sup> era merecedor el h.º Melquíades Alvarez del aprecio del pueblo masónico: basta recordar su defensa del h.º Ferrer en el Congreso, sus discursos acerca de la semana trágica y contra la Ley de Jurisdicciones, su programa de libertad de Cultos y de Secularización total de la vida española. Posteriormente, en toda sazón y en todo momento, su palabra vibra en defensa de principios que son muy nuestros y pone todo cuanto es de él en la defensa de la Justicia como en la huelga de agosto de 1917. Hermano que tiene así tan demostrada su competencia y compenetración con la Orden, no puede censurársele por una cuestión electoral de candidatos, que evidentemente está fuera de la competencia de la Masonería. Estas campañas esencialmente masónicas, le han acarreado más odios que a ningún político español, sin que le hayan dado la satisfacción de que el pueblo masónico le mostrase la suya, sino que también él en la Gran Asamblea de 1919, ha aprovechado el primer asunto que le pareció desfavorable para mostrar «su hondo sentimiento y profundo disgusto».

»Repetimos de nuevo nuestra adhesión y respeto a la Gran Asamblea de 1919, aunque son para nosotros de mayor respeto el Código y Reglamento que atesora el saber de todas las Grandes Asambleas que han sido; en una palabra, la tradición Masónica que ha juzgado siempre perjudicial para la Orden, toda cuestión política, cuanto más electoral que es más personal y nociva.

»Y del modo que quisiéramos fuera más íntimo y cordial, testimoniarnos aquí el cariño, la veneración que nos merece nuestro Ilustre Gran Maestre Dr. Simarro, cariño y veneración que con su ejemplo, nos ha enseñado a profesarle nuestro h.º Melquíades Alvarez.

<sup>135</sup> D. Luis de Zulueta y Escolano, escritor, catedrático y político, nacido en Barcelona en 1878. Estudió de 1903 a 1905 en las universidades de París y Berlín, ocupándose principalmente de los problemas de educación. En 1910 fue elegido diputado a Cortes por Barcelona, y en 1919 por Madrid, y en 1923 por el distrito de Redondela, representando las aspiraciones democráticas y anticaciquiles de las Sociedades Agrarias de Galicia.

<sup>136</sup> Como hemos visto más arriba Melquíades Alvarez fue iniciado en la Logia *Jovellanos* de Gijón el 12 de noviembre de 1912. Para esas fechas el Dr. Simarro era ya grado 33.

»Ultimamente es acuerdo de esta Respetable Logia pedir la inserción íntegra de esta misma plancha en el Boletín Oficial de la Orden, ya que en el mismo se insertó el acuerdo de la Asamblea, y enviar copia exacta al h.<sup>o</sup> Viriato que presidió dicha Gran Asamblea.

»Hacer llegar nuestro profundo disgusto al querido hermano que nos representó en la Asamblea por no tener noticias de que nos defendiese como era su obligación.

»Al cumplir con el deber de comunicárselo, recibid Ilustre Gran Maestre y Venerables Hermanos Consejeros el triple abrazo fraternal y ósculo de paz que por nuestro conducto os envían los Obremos de este Taller»<sup>137</sup>.

Firman la carta el secretario y el Venerable Maestre, A. de Lera.

A pesar de la dureza expresada y de la argumentación jurídica masónica esgrimida, la figura del Dr. Simarro queda al margen de la polémica. No obstante, el recurso interpuesto por los de Gijón fue aplazado por los de Madrid, no publicándose la réplica en el Boletín Oficial del Grande Oriente Español. Por esta razón, un par de meses después, el 20 de octubre de 1920, volvían a la carga:

«Ilustre Gran Maestre y Venerables Hermanos Consejeros:

»Al acusaros recibo de vuestra fraternal plancha del 14 de septiembre último, tenemos el sentimiento de participaros, dicho sea en los cordiales términos que establece la Masonería, que esta Respetable Logia no puede hallarse conforme, con el aplazamiento que se ha dado al recurso interpuesto por nosotros, contra el acuerdo adoptado en la Gran Asamblea del año actual, relativo a la conducta observada por nuestro querido h.<sup>o</sup> Melquíades Álvarez con motivo de la designación de Candidatos para las últimas elecciones de Diputados a Cortes.

»Mucho podríamos agregar a lo expuesto en aquel razonado escrito, respecto a la equivocada interpretación que se dio al hecho que motiva estos trabajos, pero no creemos necesario hacerlo por estimar suficientes los razonamientos de nuestro anterior alegato.

»Pero lo que no podemos dejar en silencio, es el hecho incomprensible, de que publicada en el Boletín Oficial de la Orden, la acusación que pesa sobre la elevada moralidad de tan esclarecido y pundonoroso hermano, no se encuentren ahora en nuestros Estatutos, medios hábiles para atender a la pronta reivindicación de su conducta.

»Cuando un asunto tan delicado como éste ha sido ligeramente abordado, y por consecuencia de su resultado se halla padeciendo la dignidad de un hermano, debe buscar la Masonería por verdaderos

---

<sup>137</sup> A.H.N. [Salamanca], Leg. 161, Exp. 8 Logia *Jovellanos* núm 337 al Gran Consejo de la Orden. Gijón, 26 agosto 1919.

anhelos de concordia, superando si es preciso los obstáculos que se presenten, la solución más favorable, para evitar las dudas o sospechas que pudieran originarse»<sup>138</sup>.

Tras proponer algunas soluciones, incluso una Asamblea Extraordinaria, concluían desde Gijón interesándose por una rápida solución «antes de dejar en entredicho, por tan largo espacio de tiempo, la irreprochable conducta de un hermano, que por su honorabilidad masónica y por sus extensos conocimientos científicos, es honra y gloria de la masonería española»<sup>139</sup>.

Todavía, a finales de 1920, la logia *Fénix* n.º 381 de Barcelona, escribió al Gran Consejo de la Orden «lamentando profundamente que nuevamente hubiese sido retirada la candidatura del Dr. Luis Simarro para Diputado a Cortes por Madrid, pues su proclamación y elección colmaría los unánimes deseos de la Masonería Española que ansía que su principal representante, punto coincidente de cualidades apreciabilísimas, intervenga directamente y con eficacia en la vida pública española y esta lamentación es más profunda si como ha repetido la prensa ha influido en su retirada su delicado estado de salud, cuyo completo y pronto restablecimiento desea la Logia entera»<sup>140</sup>.

No queda suficientemente claro si se trata en este caso de las elecciones de 1920<sup>141</sup>, en lugar de las anteriores de 1919, pues en aquella ocasión no se esgrimieron para la retirada de la candidatura de Simarro motivos de salud, sino la actuación personal de Melquíades Álvarez, como acabamos de ver. Sin embargo en este caso se insiste en la enfermedad y delicado estado del Dr. Simarro.

El gran Consejo de la Orden agradeció, el 20 de enero de 1921, las manifestaciones remitidas, por la logia *Fénix*, «con motivo de la retirada del nombre de nuestro Gran Maestre de la candidatura para Diputados a Cortes». Y añadían: El estado de su salud poco satisfactorio motivó esa determinación que a nosotros nos produjo el natural pesar por la causa a que ello obedecía y por vernos privados de tener en el Parlamento un prestigio como el del Doctor Simarro. Afortunadamente su salud mejora de un modo notable, y esto nos consuela del disgusto que teníamos por lo ocurrido»<sup>142</sup>.

---

<sup>138</sup> Logia *Jovellanos* núm. 337 al Gran Consejo de la Orden. Gijón, 20 octubre 1919. *Ibidem*.

<sup>139</sup> *Ibidem*.

<sup>140</sup> Logia *Fénix* núm. 381 al Gran Consejo de la Orden. Barcelona, 9 diciembre 1920. A.H.N. [Salamanca], Leg. 663, Exp. 24. **Apéndice núm. 21.**

<sup>141</sup> Entre 1910 y 1923 hubo en España elecciones de diputados a Cortes en 1910, 1914, 1916, 1918, 1919, 1920 y 1923.

<sup>142</sup> El Gran Consejo de la Orden a la logia *Fénix* núm. 381 de Barcelona. Madrid, 20 enero 1921. A.H.N. [Salamanca], Leg. 663, Exp. 24.

Sin embargo dicha mejoría iba a ser breve, pues pronto volvió a recaer el Dr. Simarro en el que iba a ser el último año de su vida.

### *Muerte y notas necrológicas*

El Dr. Simarro encontrándose ya seriamente enfermo puso en marcha el mecanismo electoral para que la Gran Asamblea General de Representantes de las logias de su obediencia eligieran un nuevo Gran Maestre. Para ello promulgó un Decreto el 28 de febrero de 1921, en el n.º 346 del Boletín Oficial, convocando dicha Asamblea para el 13 de junio en la sede del Grande Oriente (Pretil de los Consejos, 5. Madrid).

Pocos días después, Simarro escribía a Emilio Menéndez Pallarés, rogándole encarecidamente aceptara nuevamente el cargo de Gran Maestre del Oriente Español, ofrecimiento al que Pallarés se negó invariablemente<sup>143</sup>. De hecho «el notable jurisconsulto, elocuente orador y diputado a Cortes D. Emilio Menéndez Pallarés» —como se lee en la *Reseña Histórica del Grande Oriente Español*— había sido ya Gran Maestre, en 1901, siendo proclamado como tal el 11 de junio, cargo en el que estuvo hasta que «abrumado por sus tareas profesionales y no pudiendo atender las obligaciones que su cargo de Gran Maestre le imponían, presentó en la Asamblea de 1904 la dimisión del mismo, ratificando su inquebrantable adhesión al ideal masónico y al Grande Oriente Español»<sup>144</sup>.

Tal como estaba previsto, tuvo lugar la Asamblea General el 13 de junio —es decir una semana antes del fallecimiento del Dr. Simarro— y resultó elegido Gran Maestre, por mayoría absoluta de votos, Augusto Barcia Trelles, grado 33. En esta ocasión, y a pesar de estar prácticamente a las puertas de la muerte, todavía obtuvo el Dr. Simarro algunos votos<sup>145</sup>.

También se preocupó el Dr. Simarro de dejar un importante legado para la fundación de una «escuela» en la que se enseñara la ciencia en la que él era especialista. Todos los aparatos científicos que poseía debían pasar en unión de otros bienes a formar parte de esa «escuela»<sup>146</sup>.

<sup>143</sup> Emilio Menéndez Pallarés al señor don Luis Simarro. Madrid, 14 marzo 1921. Archivo particular de Simarro [Madrid]. Carpeta 4, sobre 5, fol. 160. **Apéndice núm. 22.**

<sup>144</sup> *Reseña histórica... op. cit.*, pp. 41-42. Sucedió a Pallarés en el cargo de Gran Maestre el general y diputado a Cortes don José Marenco.

<sup>145</sup> También obtuvieron votos Barriobero, Roso de Luna, Lescura, Gras, Narganes, Pallarés, Deogracias Ortega y Moreira. *Boletín Oficial del Grande Oriente Español*, núm. 350. Madrid, 30 junio 1921, p. 71.

<sup>146</sup> *Ibidem*, p. 72. **Apéndice núm. 23.**



Efectivamente el Dr. Simarro dejó un caudal de un millón doscientas mil pesetas, disponiendo que la mitad se aplicase a la fundación de un Museo de Psicología experimental, y el resto en usufructo para su viuda, doña Amparo Nieto, pasando a su muerte el caudal a engrosar el tesoro económico del indicado Museo <sup>147</sup>.

El día 19 de junio de 1921, «el Ilustre y Poderoso Hermano Doctor Luis Simarro Lacabra (Simbólico *Franklin*) grado 33, Gran Maestre del Grande Oriente Español, Presidente del Gran Consejo de la Orden, ex-Gran Comendador, miembro activo del Supremo Consejo del grado 33 y de la Respetable Logia *Ibérica* n.º 7 de los valles de Madrid, Representante y Garante de Amistad de varios Cuerpos Masónicos nacionales y extranjeros, etc., etc.», pasaba al Oriente Eterno, como se lee en la esquila que el Boletín Oficial del Grande Oriente Español publicó en primera página en su número 350 del 30 de junio de 1921 <sup>148</sup>.

Con este motivo el Gran Consejo de la Orden y el Supremo Consejo del Grado 33, rogaron y encargaron a todos los Talleres de la Federación, tanto Simbólicos como Capitulares y Filosóficos, celebraran las honras fúnebres debidas a tan esclarecido hermano y guardaran luto durante tres meses consecutivos <sup>149</sup>.

El mismo Boletín Oficial nos da algunos detalles de su muerte:

«El eminente Dr. Simarro, verdadera gloria nacional, uno de los hombres que más prestigio y fama gozó por su saber y noble independencia, dejó de existir en la madrugada del domingo 19.

»Llevaba Simarro algún tiempo enfermo; pero nadie podía presumir que el gran Maestro se hallara en peligro inminente, ni mucho menos que pudiera registrarse tan triste desenlace.

»Pocos hombres habían contado en esta vida con tan buenos y decididos admiradores y amigos, y por eso no es de extrañar que en el supremo trance de la muerte se viese el lecho rodeado no sólo de las personas de su familia, sino también de sus íntimos Dr. Rodrigo Lavín, el profesor Barnés, Lescura, Martínez Sol y otros.

»La modestia de Simarro se ha revelado en su entierro, que se hizo el domingo 19, a las seis de la tarde, en el Cementerio Civil.

»Su cadáver fue llevado en un coche de dos caballos, e iba en una caja de pino, forrada de paño negro.

»Resultó contrariada, sin embargo, la voluntad del muerto, en cuanto a que no se diera noticia de su muerte, pues apenas ocurrida

---

<sup>147</sup> *Ibidem*, p. 71.

<sup>148</sup> Esquila mortuoria aparecida en el *Boletín Oficial del Grande Oriente Español*, núm. 350. Madrid, 30 junio 1921, p. 1. **Apéndice núm. 24.**

<sup>149</sup> *Ibidem*.

se difundió aquélla por todo Madrid, aunque lo mismo Madinaveitia que Barnés y Lavín<sup>150</sup>, trataron de ocultarla hasta que hubiese pasado la hora del sepelio.

»Al ser conocida tan infausta nueva, se presentaron en la casa del muerto las eminentes personalidades científicas, muchos masones, hombres políticos y gran número de escritores.

»Figuraron en la presidencia del duelo, el rector de la Universidad Central, los albaceas testamentarios, que son las personas entre las cuales expiró Simarro, parientes del mismo y el decano de la Facultad de Filosofía y Letras.

»Además concurren representaciones del Gran Consejo de la Orden, de las Logias de Madrid y varios Representantes de las Logias de Provincias que aún permanecían en Madrid<sup>151</sup>, del Ateneo, Círculo de Bellas Artes y de la Asociación de la Prensa, por uno de los elementos de la Junta directiva, nuestro h.<sup>o</sup> Antonio de Lezama»<sup>152</sup>.

La viuda de D. Nicolás Salmerón, doña Catalina y sus hijas, en nombre de la Sociedad de señoras «Fraternidad Cívica» dedicada al cuidado y embellecimiento del Cementerio Civil, dedicó un delicado homenaje a D. Luis, figurando sobre su modesto féretro la enseña de esta Sociedad<sup>153</sup>.

El duelo masónico se extendió no sólo al Grande Oriente Español, del que había sido el Dr. Simarro Soberano Comendador y Gran Maestre, sino también a otras masonerías más o menos rivales, como la Gran Logia Española, antes Regional Catalano-Balear, que dispuso se celebraran, en sus diferentes logias, triples baterías de dolor a la memoria del Dr. Simarro, lamentando la dolorosa pérdida que experimentaba la Francmasonería<sup>154</sup>.

Augusto Barcia Trelles, el sucesor del Dr. Simarro en la Gran Maestría del Grande Oriente Español, fue el encargado de hacer la nota necrológica que fue publicada en el Boletín Oficial del Grande Oriente Español. Decía así:

<sup>150</sup> Juan Madinaveitia, Profesor Agregado de la Facultad de Medicina de Madrid; Domingo Barnés, Secretario del Museo Pedagógico Nacional; José Lescura, Gran Secretario del Grande Oriente Español; Cipriano Rodrigo Lavín, Profesor Auxiliar de la Universidad de Madrid; Ramón Martínez Sol, Periodista y Secretario de la Liga Anticlerical Española.

<sup>151</sup> A causa de la celebración de la Asamblea General que acababa de elegir el nuevo Gran Maestre Augusto Barcia.

<sup>152</sup> *Boletín Oficial del Grande Oriente Español*, núm. 350. Madrid, 30 junio 1921, p. 71.

<sup>153</sup> *Ibidem*, p. 72.

<sup>154</sup> El Gran Maestre Presidente del Sob. Cons. de Gobierno, Francisco Esteva, de la Gran Logia Española, a la Resp. Logia *La Sagesse*. Barcelona, 21 junio 1921. A.H.N. [Salamanca], Leg. 663, Exp. 24. **Apéndice núm. 25.**

«Murió Simarro, después de sufrir los dolores de una enfermedad cruel y prolongada y las torturas morales de una agonía presentida y consciente. Hace pocos días, la última vez que disfrutamos de los encantos de su conversación seductora, nos decía: 'Esto toca a su fin; cuestión de días, acaso de horas'. Y después, como si hubiese hecho un diagnóstico leve de sus padecimientos, iniciaba una conversación llena de encantos y de enseñanza. Cada frase era una sentencia; cada palabra, un axioma. Hablaba de España, de su situación interior, de la abyección en que habían caído los políticos liberales, de la indiferencia de la opinión, de los grandes problemas internacionales que planteaba la paz, de las graves cuestiones humanas.

»No creo que haya hoy en nuestro país quien sea capaz de hablar como hablaba Simarro. Su cultura era inmensa; su pensamiento formidable; su ingenio asombroso. A muchos de los amigos de D. Luis —como con familiar respeto le llamábamos todos— les tengo oído decir: 'Es un terrible ironista; su ironía raya en escéptico'. ¡Qué lamentable yerro!

»Simarro era un creyente fervoroso de las grandes ideas; profesaba el culto de la libertad. Para D. Luis, los pueblos podían vivir sin democracia, podían mantenerse en un régimen de privilegio; pero no concebía la existencia humana sin la libertad. En su último diálogo nos lo decía: 'La Libertad es la condición necesaria para la Ciencia; si los hombres perdiesen el amor a la libertad y si a este amor no lo sacrificasen todo, la vida incluso, veríamos al mundo volver a la barbarie'.

»Con la muerte de Simarro se extinguió en el tenebroso horizonte moral de España; uno de los últimos luminosos destellos de aquel liberalismo inteligente y austero que nos legó la revolución del año 1869. Simarro, siendo mozo, contaba veintidós años, fue cantonal en Valencia; se batió como un héroe y se condujo como un bravo. De esto nunca hablaba. Sólo sus íntimos podían abordar el tema, que casi siempre se frustraba.

»Simarro, como levantino, era un hombre de intensas pasiones. Su talento inmenso, su exquisita educación, su enorme cultura, tejían un velo tupido que ocultaba el fuego de sus sentimientos; pero por debajo de aquella bondad y aquella blandura que orlaban su vida, se descubría un corazón apasionado y que vibraba con intensidad ante cualquiera emoción. Para D. Luis no había dolor que le fuese ajeno; donde veía un doliente acudía presuroso a prestarle amorosa asistencia. Somos algunos los que sabemos hasta qué límite llegaban las magnanimidades de aquel hombre justo y bueno.

»Son pocos los que saben —aunque Cajal lo tiene dicho en uno de sus libros— que Simarro fue precursor y maestro de D. Santiago

Ramón, y que éste en momentos de desmayo, volvió los ojos a la labor que D. Luis realizaba en los métodos de aplicar las sales de plata para el teñido de las neurofibrillas, y que en ellos encontró la ruta firme para lograr su fama universal el gran histólogo.

»La natural modestia de Simarro, que en él constituía una verdadera necesidad, le llevó mil veces a dar fama y renombre a otros, a quienes ayudaba e instruía con su inmenso saber. Y es que Simarro se deleitaba en ver marchar las cosas, muchas veces movidas por él, desde su casa, ambiente de paz, donde todo estaba teñido por un tono sereno y plácido. A D. Luis, para ser un epicúreo, le estorbaba su insaciable romanticismo; para ser un estoico, habría tenido que arrancar de su alma todos los anhelos de arte y de aristocráticos gustos que le dominaban.

»Para conocer a Simarro había que sorprenderle abandonado a sus sentimientos, entregado a sus grandes afanes ideales. Dígalo si no aquella labor gigantesca, prodigiosa, digna de un jurisconsulto de fama universal, que realizó cuando fue fusilado Ferrer. Con las energías de un mozo y los desbordados entusiasmos de un neófito, consagró energías, salud, tranquilidad y dinero a descubrir la verdad de aquel proceso. Y del análisis insuperable que hizo del proceso, dedujo y pronunció la sentencia definitiva: 'La inocencia de Ferrer'»<sup>155</sup>.

Augusto Barcia concluye así su nota necrológica: «Don Luis Simarro tenía madera de santo y de sabio. Por eso vivió para el bien y para la verdad. Murió como un justo»<sup>156</sup>.

Pocas semanas después del fallecimiento del Dr. Simarro, la Biblioteca Catón, filial de la Logia *La Catoniana* n.º 336, de la Federación del Grande Oriente Español, dedicaba un pequeño ejemplar a Simarro, cumpliendo así uno de los fines de dicha Biblioteca consistente en «el enaltecimiento de los hombres ejemplares de la Masonería». La Biblioteca Catón —se lee en el ofrecimiento editorial— «no podía cerrar los oídos a la doliente vibración social producida por la muerte del Dr. Simarro, nuestro Gran Maestro». A este fin, decidió recoger la manifestación de duelo nacional testimoniada en los diferentes artículos necrológicos aparecidos en diferentes periódicos y firmados «por los más sólidos prestigios intelectuales de

---

<sup>155</sup> Precisamente se conserva, en el Archivo particular del Dr. Simarro, una carta de Augusto Barcia Trelles, fechada el 22 de marzo (sin especificar el año, pero que debe de ser de 1911) en la que se alude al tema de Ferrer y Guardia, y en concreto al debate en el Parlamento, cuando se consiguió una revisión del proceso y el reconocimiento de que la condena había sido errónea. Archivo particular de Simarro [Madrid]. Sobre sin clasificar. **Apéndice núm. 26.**

<sup>156</sup> Augusto Barcia. Nota necrológica sobre el Ilt. y Pod. H.º Dr. Luis Simarro. *Boletín Oficial del Grande Oriente Español*, núm. 350. Madrid, 30 junio 1921, pp. 70-71. **Apéndice núm. 23.**

España». Reproduciéndolos cumplía un deber inexcusable de fraternidad masónica y de justicia popular para con Simarro»<sup>157</sup>.

Las notas necrológicas reproducidas son las escritas por Augusto Barcia, tomada de *La Libertad* (21 junio 1921) —que es la misma que después publicaría el Boletín Oficial del Grande Oriente Español el 30 de junio de 1921—; por Luis Araquistáin<sup>158</sup>, tomada de *La Voz* (20 junio 1921); por Ramón Pérez de Ayala<sup>159</sup>, publicada en *El Liberal* (21 junio 1921); por G. R. Lafora<sup>160</sup>, aparecida en *El Sol* (24 junio 1921); por Gabriel Alomar<sup>161</sup>, publicada en *La Libertad* (29 junio 1921); por Hermenegildo Giner de los Ríos<sup>162</sup>, aparecida en *El Progreso* de Barcelona (12 julio 1921)<sup>163</sup>.

En nombre del Dr. Simarro, tanto en sus panegiristas masones como en su propia vida, estuvo íntimamente ligado al de Ferrer y Guardia. Y si bien es cierto que ya en 1910 publicó su memorable defensa «del mártir de la libertad de conciencia»<sup>164</sup>, no lo es menos que un año después, el 10 de junio de 1911, era testigo privilegiado de una solemne tenida fúnebre, celebrada en el Templo de la sede Federal del Gran Oriente Español, en honor y memoria del H.º Francisco Ferrer, organizada por el alto Cuerpo Ejecutivo del Gran Oriente Español, en cumplimiento de lo acordado por el Gran Consejo de la Orden. Tenida fúnebre que tenía como objetivo principal descubrir una lápida en memoria del «querido hermano Francisco Ferrer y Guardia», según se recoge en el *Boletín Oficial* del 28 de junio de ese mismo año. Dicha lápida fue colocada en la pared correspondiente a la columna norte, dando frente a la que en la columna del mediodía conmemoraba la fecha del fusilamiento del Venerable hermano José Rizal.

Esta tenida, organizada por el Gran Consejo de la Orden en unión con la logia *Ibérica n.º 7*, estuvo presidida por el Gran Maestre Miguel Morayta, y asistieron todos los Consejeros residentes en Madrid, los miembros de la *Ibérica*, gran número de visitantes y una representación de la Masonería de Adopción de Señoras, que dieron «gran so-

---

<sup>157</sup> A Simarro, Madrid, Biblioteca Catón, 1921, 23 pp. A.H.N. [Salamanca]. Leg. 663, Exp. 24.

<sup>158</sup> Escritor.

<sup>159</sup> Novelista.

<sup>160</sup> Profesor Auxiliar de la Universidad de Madrid.

<sup>161</sup> Publicista. Catedrático del Instituto de Figueras (Gerona).

<sup>162</sup> Catedrático del Instituto de Barcelona y Diputado a Cortes.

<sup>163</sup> Dada la imposibilidad de hacer un extracto o resumen de lo que en dichas notas se recoge, sugiero la idea de una reedición de lo que la Biblioteca Catón publicó en su día, como homenaje al Dr. Simarro, a los 63 años de su muerte.

**Apéndice núm. 27.**

<sup>164</sup> Cfr. nota 79.

lemnidad y brillantez al acto». Morayta, tras su discurso preliminar procedió a descubrir la lápida que estaba «profusamente adornada con flores, ramas de acacia y atributos masónicos», siendo saludado el acto con la triple batería de duelo <sup>165</sup>.

A continuación —se lee en la reseña del *Boletín Oficial*— «hizo entrega el Ilt. H.º Morayta al Venerable H.º Dr. Simarro de un precioso pergamino, conteniendo sentido dedicatoria del Gran Consejo de la Orden, por la hermosa y humanitaria labor realizada por el referido H.º Simarro en un libro notabilísimo, en el que analizando imparcialmente el proceso de Ferrer, procura reivindicar la memoria de tan eximio propagandista de la enseñanza racional en España. El pergamino, primorosamente escrito en letra gótica y de adorno, en dos colores, y enriquecido con lindos medallones y figuras alegóricas, fue obra de nuestro querido H.º Carlos Membrillo Blanco, miembro activo de la Respetable Logia *Ibérica* <sup>166</sup>.

A continuación —prosigue la reseña oficial— «el H.º Simarro pronunció un elocuente y sentido discurso dando gracias por la distinción de que había sido objeto, extendiéndose después en algunas consideraciones relativas a los nobles propósitos que le animaron a escribir su obra, a ilustrar a la opinión pública acerca del proceso Ferrer, cuyas deficiencias y errores se han puesto de manifiesto en el debate que tuvo lugar en el Congreso de los Diputados, con la esperanza de lograr la revisión y reivindicar la memoria del fundador de la Escuela Moderna».

Al discurso del Dr. Simarro siguieron otros a cargo del Venerable Maestre de la Logia *Ibérica*, y los de Augusto Barcia, y Luis Morote, terminando el solemne acto con «una triple batería de duelo» dirigida por el propio Gran Maestre, quien dio las gracias a cuantos habían contribuido con su presencia y cooperación al esplendor de la tenida.

Un año después, el 17 de octubre de 1912, el Dr. Simarro se afiliaba a la logia *Ibérica* n.º 7, y curiosamente al día siguiente, es decir el 18, la logia tomaba la iniciativa, en carta oficial dirigida al Gran Consejo de la Orden, de adherirse al acto que iba a celebrarse el 2 de noviembre <sup>167</sup> «para protestar del fusilamiento del hermano Francisco Ferrer y Guardia, víctima de la intolerancia religiosa española que, a pesar del transcurso de los tiempos y avance de la civilización mundial aún perdura desgraciadamente en nuestra amada España» <sup>168</sup>.

---

<sup>165</sup> Cfr. nota 28.

<sup>166</sup> Carlos Membrillo Blanco, simbólico *Prim*, ingresó en la masonería en 1910. Al año siguiente tenía el grado 2.º y era Limosnero-Hospitalario. En 1915, con el grado 9.º era ya Tesorero.

<sup>167</sup> 4.º Aniversario del fusilamiento de Ferrer y Guardia.

<sup>168</sup> A.H.N. [Salamanca], Fondo *Masonería*, Leg. 550 A.

Nueve años más tarde las tenidas fúnebres eran precisamente en honor y memoria del propio Dr. Simarro. De algunas de ellas tenemos noticias puntuales, como la celebrada por la masonería filipina el 12 de septiembre de 1921, en Manila, en el templo de la logia *Bathala* n.º 157, y presidida por el Gran Comendador Delegado Walter Bruggmann; o la que por iniciativa del Gran Consejo de la Orden, en unión de todos las logias de Madrid, y bajo la presidencia del Gran Maestre, se celebró el 18 de diciembre «en honor a la buena memoria del Ilustre y Poderoso hermano Dr. Luis Simarro, grado 33, Gran Maestre que fue del Grande Oriente Español».

La crónica del acto dice así: «Concurrieron además de las representaciones de los distintos organismos que trabajan en estos Valles, cuantos hermanos residentes en Madrid pudieron abandonar sus ocupaciones profanas, viéndose el Templo de la Sede Federal enteramente ocupado. Hubo también una representación femenina constituida por las hermanas Solera y Fanego.

«Expuesto por el Ilustre Presidente el único objeto de la tenida, concedió la palabra a los representantes de las Logias, Capítulo y Cámara, por el orden siguiente: En nombre de la Resp. Logia *Ibérica* n.º 7, hizo uso de la palabra el Venerable José López y López; en representación de la Resp. Log. *La Catoniana* n.º 336, habló el H.º Puerta; por la Resp. Log. *Fuerza Numantina* n.º 355, usó de la palabra el Ven. H.º Ceferino González, y por la Resp. Logia *Hispano-Americana* n.º 379, habló su Ven. Maestre H.º Hernández Barroso.

«El Ven. H.º Enrique Barea, representando al Soberano Capítulo *Esperanza* y como Orador de la Cámara de Kadosch *Igualdad* n.º 1, pronunció su discurso, y el Ven. H.º Moreira lo hizo en representación del Consejo de la Orden, como Gran Orador de dicho Alto Cuerpo.

«Todos los oradores dedicaron en sus discursos, de manera elocuente y sentida, frases encomiásticas a la memoria del ilustre finado, cuyas virtudes y excelentes prendas de carácter, así como su sabiduría y eminentes trabajos en pro de la Orden, fueron bien conocidos por la inmensa mayoría de los concurrentes.

«Puso término al solemne acto el Ilustre H.º Augusto Barcia, Gran Maestre, con un elocuentísimo discurso, en el que expuso las altas dotes del Dr. Simarro y sus enseñanzas, tanto como político, como filósofo y como masón, haciendo resaltar en todos sus hechos la bondad de su corazón y la suprema inteligencia que poseía.

«Acto seguido se circuló el tronco de beneficencia y el Ilt. Presidente declaró terminada la tenida con las fórmulas de Rito y la triple batería de duelo.»

Y como un anticipo de lo que en los discursos necrológicos se expuso en recuerdo y honor del Dr. Simarro, es muy sintomático lo que su sucesor como Gran Maestre, Augusto Barcia, dijo del

Dr. Simarro el día de su toma de posesión, pocos días antes del fallecimiento del Dr. Simarro<sup>169</sup>:

«Permitidme que os hable con plena franqueza, que es mi único lenguaje, dando paso a sentimientos que están rebotando de mi corazón. Quiero hablaros de Simarro, al que vengo a sustituir.

»Luis Simarro, uno de los hombres más buenos, una de las conciencias más puras, una de las inteligencias más poderosas de cuantas iluminaron el sombrío horizonte español desde el período de la Restauración hasta nuestros días, sufre hoy los dolores y acosos crueles de una enfermedad mortal. Acabo de verle; su cuerpo se despedaza, su organismo se desmorona; pero su inteligencia, más lúcida y más brillante que nunca, ilumina su palabra. Me llamó, me requirió para que aceptara este puesto, me hizo sentir el peso de mis deberes, logró convencerme de que yo no podía mostrarme indiferente a la solicitud que me dirigía, y yo, respetuoso con este hombre modelo de virtud, espejo de sabiduría, suma de bondades, acepté, y aquí estoy.

»No sé si los sufrimientos materiales de don Luis, como todos le llamábamos con respetuosa familiaridad, se prolongaron muchos días; lo que sí sé es que su nombre entró ya en la inmortalidad, en la mansión de los escogidos, y que nos servirá de guía y de sostén a los que estamos llamados a continuar su obra.

»El profesor, el científico, el sabio, que con sus conocimientos enciclopédicos, con su ingenio siempre fértil y siempre fino y sutil, asombro de cuantos le conocieron, será muy llorado en el mundo profano. Pero nosotros jamás podremos lamentar bastante su ausencia, y con perenne reconocimiento tendremos que rememorar aquella briosa, justísima e insuperable campaña que hizo vindicar la memoria de Francisco Ferrer, mártir de sus ideas y víctima del feroz fanatismo de las gentes reaccionarias y de los desbordamientos de la fuerza y de la injusticia.

»Simarro vivirá eternamente entre nosotros, y el recuerdo de su vida santa y fecunda será modelo que imitarán los buenos y los justos»<sup>170</sup>.

Siete días después fallecía —como hemos visto más arriba— el Dr. Simarro, y su recuerdo, a pesar de tan sinceros deseos, pronto caería en el olvido. Hubo que esperar al 17 de junio de 1928, séptimo aniversario de su muerte, para que se celebrara un nuevo homenaje, descrito así en el Boletín Oficial del Gran Oriente Español, de forma tan sentida como «poética»:

---

<sup>169</sup> Augusto Barcia Trelles fue elegido Gran Maestre el 11 de junio de 1921 y tomó posesión el día 13. El Dr. Simarro fallecía seis días después, el 19 de junio 1921.

<sup>170</sup> Boletín Oficial del Grande Oriente Español, núm. 351, 31 julio 1921.



«Una tarde hermosa, la del domingo día 17 de junio, luciendo un sol radiante en el azul sin mácula del cielo castellano, en el apartado rincón del Cementerio civil, entre acacias y cipreses, se congrega un gran número de personas, hombres, mujeres, jóvenes, viejos, gente humilde, personalidades de renombre en las letras patrias, todos en actitud devota y fervorosa. Se habían dado allí cita con ocasión de cumplirse el séptimo aniversario del fallecimiento de nuestro inolvidable hermano Luis Simarro, que fue Gran Maestre del Gran Oriente Español y Soberano Gran Comendador de nuestro Supremo Consejo.

»De este acto, tan intensamente simpático como reparador, la pluma de Augusto Barcia hizo en *La Libertad* una bella y sentida referencia, que nosotros trasladamos íntegra a las páginas de esta Revista, porque expresa nuestros sentimientos y nuestras ideas de un modo perfecto:

«Por iniciativa del Gran Oriente Español, un gran número de franc-masones, de discípulos del inolvidable y sabio maestro don Luis Simarro, sobre la tumba que guarda los restos mortales de aquel español admirable, corazón sin mácula, inteligencia gigante, depositaron una corona de bronce y esmalte, que será perenne homenaje de recuerdo y respeto al patriota insigna, al santo laico.

»¡Qué enormes ingratitudes cometemos con frecuencia los hombres! Don Luis Simarro, maestro de maestros, guía de personajes cumbres, apóstol de la democracia española, inteligencia luminosísima, que alumbró en horas de tinieblas profundas las rutas de la libertad en España, ¡qué olvidado estaba!

»Fue aquel profesor eminente, que en la Universidad Central educó varias generaciones de médicos distinguidísimos, un precursor de Cajal. ¿Cuántos son los que recuerdan que las preparaciones para los estudios al microscopio de las células nerviosas, que dieron fama universal a nuestros histólogo insigne, habían sido ya hechas por Simarro? ¿Cuántos tienen presente que la voz de Simarro, de saber enciclopédico, era respetada, dentro de su especialidad, por las más altas eminencias médicas del mundo entero?

»¿Cuántos no olvidaron al don Luis Simarro del proceso Ferrer, de la defensa de la causa aliada, de los grandes movimientos liberales de 1917, donde su voluntad recta y pura, su cerebro asombroso, su honda emoción liberal, hicieron vibrar la conciencia nacional y conmovieron a Europa?

»¿Cuántos conservan recuerdo de aquel hombre, siempre propicio al bien, capaz de todas las abnegaciones, en toda ocasión modesto y enemigo de ostentosas bullanguerías?

»Alma prócer, de una sensibilidad refinada, jamás transigió con los populacheros ni se avino a los halagos de las multitudes exaltadas.

»¡Qué austeridad la de toda su vida! ¡Qué perenne ejemplo de virtudes cívicas incorruptibles! ¡Qué perpetuo fervor democrático! ¡Qué constante ejercicio del bien!

»Y hombre tal, ciudadano de tan elevada alcurnia moral, maestro de aptitudes y concepciones geniales, ahí estaba olvidado, en un triste rincón del Cementerio civil.

»Una logia modestísima, pobre, sin recursos, que lleva el nombre de Luis Simarro<sup>171</sup>, por un esfuerzo de voluntad, inspirada por una idea fecunda, porque es idea de amor y de respeto, colocó sobre la tumba del patricio admirable una corona de bronce y de esmaltes, que ha de ser testimonio constante de adhesión a su maestro admirado. Magnífico rasgo de humanidad y de cariño, que nos conmueve, que nos emociona intensamente»<sup>172</sup>.

«A nosotros sólo nos toca decir que esa Logia modesta, sin recursos materiales, pero con un gran patrimonio espiritual de entusiasmo y de fe, la Logia *Luis Simarro*, con su felicísima iniciativa, se hizo intérprete de un deseo unánimemente sentido por nuestra Orden, que no olvidará nunca al gran francmasón, al maestro insigne, al sabio genial don Luis Simarro, que dio horas de esplendor a nuestra Institución y prestó servicios inestimables a la causa liberal en España.

»El Supremo Consejo del Grado 33 para España tiene decidido, y seguramente habrá de llevarlo a la práctica en momento oportuno, poner sobre la tumba del que fue su Soberano Gran Comendador un recuerdo que perennice su memoria y señale a las generaciones venideras que allí, en la tierra santa del Cementerio civil, están los restos mortales del ciudadano ejemplar y del francmasón admirable que en vida se llamó don Luis Simarro»<sup>173</sup>.

Tras un nuevo paréntesis de olvido, con motivo del 12.º aniversario de la muerte del Dr. Simarro, un numeroso grupo de masones y simpatizantes acudió al Cementerio Civil de Madrid el domingo 18 de junio de 1933 para depositar una rama de acacia en conmemoración del fallecimiento «de aquel soberano maestro que en vida se llamó Luis Simarro.

Ante la tumba del fallecido hicieron uso de la palabra Eduardo Ortega y Gasset, como orador de la Logia *Luis Simarro*, organizadora del acto; Rosendo Castells, en representación del Supremo Consejo del grado 33; Luz Fernández Barbiela, como Gran Maestra de la

---

<sup>171</sup> La logia *Luis Simarro* núm. 424, de Madrid, fue fundada el 25 de marzo de 1922. Posteriormente con la reforma autonómica de 1923 pasó a tener el núm. 3 de la Gran Logia Regional Centro, y continuó su vida activa hasta 1936.

<sup>172</sup> Hasta aquí la reseña de *La Libertad*. A continuación sigue la del Boletín Oficial del Gran Oriente Español.

<sup>173</sup> Boletín Oficial del Gran Oriente Español, núm. 385, 30 junio 1928, pp. 3-4.

Logia *Reivindicación*, y J. M. Iniesta, en su calidad de Gran Maestro de la Gran Logia Regional del Centro de España.

Todos los oradores glosaron admirablemente las virtudes masónicas y profanas del llorado maestro y pusieron de relieve sus numerosas intervenciones por cuantas causas justas y nobles se interesó aquel modelo de amantes de la libertad»<sup>174</sup>.

A las diez y media de la noche del lunes la citada Logia *Luis Simarro* celebró una Tenida fúnebre, que se vio muy concurrida por francmasones de Madrid y en la que hicieron uso de la palabra representantes de diversos organismos masónicos.

Este fue el último homenaje, ya muy lejano en el tiempo, dedicado a uno de los grandes hombres que ha tenido la masonería española, y que, como si el destino hubiera querido cumplir los deseos de intimidad y humildad del propio Dr. Simarro, ha permanecido más de medio siglo en el olvido y la ignorancia de propios y extraños de lo que fue su gran labor académica, humanitaria, social y masónica.

---

<sup>174</sup> Boletín Oficial del Gran Oriente Español, núm. 404, 30 junio 1933, p. 7.

## APENDICES

APENDICE 1



El Sober.: Capitulo de Rosa + + MORAYTA No. 56

Const.: bajo los auspicios del

GRAN ORIENTE ESPAÑOL

il Supremo Consejo del gr.: 33.

Enviado S. S. S.

Vall. de Madrid

Ilust.: Gran Com.: y Ilust.: Gr. Cons.:  
 Con suma satisfaccion, contesta-  
 mos a vuestra grata de y del actual,  
 in la que nos ordenais que en sesion  
 extr.: procedamos a la eleccion para  
 el cargo de Sob.: Gran Comendador,  
 para la Legistatura de 1913 a 1916.  
 Este Sob.: Hap.: conocedor de vuestros  
 deseos, convocó una sesion extr.:  
 exclusivamente para la eleccion  
 de dicho cargo con fecha ayer, resue-  
 tando la eleccion para Sob.: Gran  
 Comendador de ese Sup.: Cons.: al  
 Ilust.: y Pot. h.: Sr. D. Luis Simassegri:  
 33, adelantado por unanim.:.

17 3 12

Juntaamos copia del Acta de los  
 Literales de dicha sesion.

Recibida Ilust. Gran Comend. e  
 Ilust. Cons. el trip. abr. frut. y or.  
 de paz, que por nuestro conducto os  
 enviamos los Lib. de este Lib. Cap.

El M. S. Maest.

M. J. Aguado  
 Jr. 18.



El Maest. del Desp. ay.

L. J. Aguado

APENDICE 2

A.: U.: T.: O.: S.: A.: G.: 135 - 12



Sub.: Cam.: Kadosch "Igualdad" n.º 1.

del Grande Oriente Español.

Al Supremo Consejo del Gr.: 33.

Ordo ab chao

El Must.: y P.ºd.: H. H.:

Sabed: Que en sesion celebrada al efecto, con caracter de Extraord.: por esta Sub.: Cam.: segun previenen nuestros E.ºs. y Reglamentos grates, salio elegido p.º desempeñar el cargo de Gr.: Comendador-Presidente del Sup.: Cons.: del Gr.: 33. el Must.: y P.ºd.: H.º.

Dr. Luis Simarro (cumb.: Franklin) gr.: 33

Lo que tenemos el honor de poner en conocimiento de ese alto Cuerpo, p.º los efectos consiguientes.

Faz.: a los 31 dias de Mayo de 1913 (e.: v.:)

El Gr.: Canciller.

Ant. L. del Villar

El F.º V.º P.º Gr.: Maest.º

J.º Moreira



El Cab.: de la Eloc.º

Victor Gallego

11 votos

CLASIFICADO  
El 18 II -41-

## APENDICE 3

MASONERÍA UNIVERSAL.

FAMILIA ESPAÑOLA



Núm. 9485.-26.



A L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:



LIBERTAD + IGUALDAD + FRATERNIDAD

A LA ASAMBLEA DE DELEGADOS DEL BUREAU INTERNATIONAL DE RELACIONES MASÓNICAS, EN 1913.

S.: F.: U.:

Ilustres y Queridos Hermanos:

El Gran Consejo de la Orden, informado de que los Delegados del BUREAU INTERNATIONAL DE RELACIONES MASÓNICAS, habrán de reunirse en Asamblea anual con arreglo al artículo 3º. de sus Estatutos, y del modo para dicha reunión el Templo Masónico del GRAN ORIENTE DE LOS TRENCE RAYOS, Sede en La Haya, acordó en sesión celebrada el 5 del corriente, designar como Delegado del GRANDE ORIENTE ESPAÑOL en la expresada Asamblea al Ilustre y Poderoso Hermano Fr. Luis Simarro, 33, Gran Comendador de nuestro Supremo Consejo.

Y para que sea como tal Delegado reconocido en la Asamblea de que se trata, expedimos el presente nombramiento en los Valles de Madrid á los 8 días del mes de Julio de 1913. (er. vol.).

EL GRAN MAESTRE,

EL GRAN SECRETARIO GENERAL,

*Enrique Aguayo Navarro*

*Vicente Gallego*





APENDICE 4

Masonería Universal.

Familia Española.



A L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD

GRAN CONSEJO DE LA ORDEN

Gr.: de Madrid 8 de Julio de 1913 (e.: v.:)

Tom. 26 N.º 2491.

A la Muy Respetable Gran Logia de Francia.

VVall.: de París.

Muy Resp.: Gran Maestro;

VVen.: y QQ.: HH.:.

Por la presente tenemos el singular placer de recomendar á vuestra atenta y'fraternal consideración al portador nuestro Il.: y Q.: H.: Dr. LUIS SIMARRO, 33, Soberano Gran Comendador del Supremo Consejo del gr.: 33, del Grande Oriente Español, y distinguido Catedrático de Medicina en la Universidad Central al par que un entusiasta y constante masón.

Hemos aprovechado su viaje á esos Valles para que os transmita personalmente el testimonio de nuestro afecto y os dé el abrazo fraternal en nombre del Gran Oriente Español.

Estamos seguros de que será recibido con la mayor consideración y con los honores que á su alta jerarquía masónica

se deben y que habreis de prestarle toda vuestra ayuda en cuanto de vosotros pudiera necesitar durante su estancia en esos Valles, así como facilitarle la aproximación con los Cuerpos Masónicos de vuestra obediencia que desee conocer y visitar.

Recibid, Muy Resp.: r.: Maestre y QQ.: HH.: las gracias anticipadas y el más oprdial y fraternal saludo en nombre del Gran Consejo de la Orden.

EL GRAN MAESTRE,

*Dr. Miguel Morayta*



EL GRAN SECRETARIO GENERAL,

*Victor Gallego*




APENDICE 5

Tom. 26. Núm. 9488.



Or.: de Madrid 8 de Julio de 19 13

Al Supremo Consejo del gr.: 33, para Bélgica.

Or.: de Bruselas.

M.: Pod.: Sob.: Gran Comendador;

Il.: y QQ.: HH.:

Por la presente tenemos el alto honor de recomendar á vuestra fraternal consideración al portador, que lo es el Il.: y Pod.: H.: Dr. LUIS SINARRO, 33, nuevamente elegido para el cargo de Soberano Gran Comendador, Presidente del Supremo Consejo del gr.: 33 del Grande Oriente Español, para la legislatura que ahora comienza.

Dicho Il.: y q.: h.: lleva el especial encargo de saludaros en nombre y representación de este Supremo Consejo y reiteraron el singular afecto que os profesamos, teniendo la seguridad que

habreis de dispensarle la acogida cariñosa y fraternal que siempre ha-  
beis otorgado á todos nuestros hh.: y muy especialmente al que tenemos  
el honor de presentaros, no sólo por la categoría masónica que su Alto  
Cargo representa, sino tambien por las bellas cualidades que le adornan  
y la superior instrucción que posee.

No dudamos de que la visita de nuestro Ill. Gran Comendador ha de es-  
 trechar más, si cabe, los lazos que unen á este Supremo Consejo con el  
 vuestro.

Recibid, Sob.: Gran Comendador é Ill.: y qq.: hh.: el saludo fraternal  
 que en nombre de este Supremo Consejo os enviamos por los números sagra-  
 dos y la expresión de nuestro mayor afecto y distinguida consideración.

EL GRAN CANCELIER, SECRETARIO GENERAL,

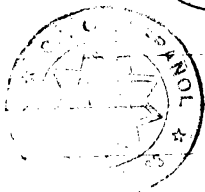
EL SOB.: TENIENTE GRAN COMENDADOR.



*Victor Gallego: 33*



*Andrés López: 33*



APENDICE 6

Masonería Universal.

Familia Española.



A L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD

GRAN CONSEJO DE LA ORDEN

Or.: de Madrid 14 de Marzo de 1917 (e.: v.:)

Tom. 32 N.º

A la Resp.: Log.: LVZ Y PROSPERIDAD, n.º 366.

Vall.: de Palma del Rio (Córdoba)

Ven.: Maest.: y qq.: hh.:

En el Boletín Oficial correspondiente al mes último, habreis visto publicados los decretos que por acuerdo del Gran Consejo se convoca al pueblo masónico para la elección de Gran - Maestro, y a la Gran Asamblea, que, a mas de tomar la promesa al h.: - que resulte elegido, ha de señalar la orientación y dictar las reglas a que haya de sujetarse en el año masónico entrante el Poder ejecutivo de nuestro Or.: - A vuestra clarividencia no se ocultará la importancia de estas disposiciones.

Al decreto de convocatoria para la elección de Gran Maestro, ha precedido un cambio de impresiones en el seno del Gran Consejo para buscar una coincidencia de todas las opiniones, respecto de la persona a quien podamos imponer la acertación de las responsabilidades y los trabajos, que las circunstancias presepentes hacen pesar sobre este cargo. - Buscamos esta coincidencia de criterios, en

revisión de que como en ocasiones análogas ha sucedido, se dirigieran las LLeg.: o los hh.:, a los que en el Gran Consejo ejercen cargos, pidiéndoles una indicación oficiosa respecto del nombre a que debían sumar sus sufragios.- Consideramos preferible la diaphanidad de la recomendación oficial a la insinuación particular y oficiosa, que puede ser -- germen de procedimientos perniciosos.

Afortunadamente, la coincidencia de opiniones surgió desde el primer momento, y por acuerdo unánime se resolvió indicar a los TTall.: el nombre del Iltr.: y Pod.: h.: Dr. Luis Simarro, actual Gran Comendador, por si los hh.: tienen a bien aceptar esta indicación del Gran Consejo.

Omítimos todo elogio del Iltr.: y Pod.: h.: Simarro, para que este acuerdo del Gran Consejo quede encerrado en los límites de una orientación que este Alto Cuerpo se ha creído obligado a señalar.- Y no obstante ella, todos los hh.: tienen completa libertad de acción para proceder con arreglo a su conciencia, para lo cual acompañamos la lista de todos los Maestros residentes en la Sede, que por tener aptitud legal pueden ejercer el cargo.

El Gran Consejo excita de la manera mas frat.: y reiterada a ese Resp.: Tall.: para que envíe a la Asamblea convocada - un representante director. La complejidad e importancia de los asuntos que surcamos serán tratados en esta Asamblea, con relación a los diferentes problemas que las circunstancias presentes plantean, tanto en el orden masónico como en el prof.:, imponen a los TTall.: el deber de hacer un esfuerzo, un sacrificio en este sentido.- La representación delegada no puede tener la eficacia de la representación directa, en un momento como el presente, que hace indispensable conocer en toda su in-

tegridad el pensamiento de los organismos de la Federación, y para trazar con arreglo a él, la línea de conducta en el porvenir.- El Gran Consejo espera que esa Resp. Log. prestará a este asunto la atención debida.

Recibid Ven.: Maest.: y qq.: hnt.: el frat.: saludo de este Gran Consejo,

EL GRAN MAESTRE,  
P.: m.: l.:

EL GRAN SECRETARIO GENERAL,



*Re Lema*



*Se que Lema*

## APENDICE 7

25822

Reg<sup>ra</sup> del 8-712  
135-12

A. L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:



LIBERTAD. IGUALDAD. FRATERNIDAD

GRANDE ORIENTE ESPAÑOL.

N.º 99.

Resp.: Log.: Aurora n.º 234 B

Wall.: de Cartagena 26 de Julio de 1917

Al Sr. Consejo de la Orden del Gr. Or. Español.  
Wall.: de Madrid

Hn. Sr. Maest. y Hn. h. Consejeros.

En la reunión celebrada por esta Resp. Log. la noche del 18 actual, se dió lectura al Decreto inserto en el Boletín Oficial del mes de Junio, en que se da cuenta de haber sido elegido Gran Maestro, Presidente del Consejo de la Orden el Hn. h. Dr. Luis Simarro; tributándose en su honor una trip. blt. de júbilo.

Concedida la palabra, hicieron uso de ella varios h. h., cuyas unánimes opiniones reasumió la Venerable en un entusiástico y bello discurso en el que puso de manifiesto el acierto que había informado a los Talleres de la Federación, al conceder un voto a tan Hn. h.; cuyo demostrado amor a la Orden, inteligencia, actividad y su elevada merecida posición en el Magisterio y en la Ciencia, le dan los elementos necesarios de idoneidad para encabezar y dirigir las actividades de la Masonería Española al cumplimiento de la misión que le está encomendada.



Aparte las múltiples incógnitas sociales, económicas, políticas y religiosas, que en el exterior se ventilan; á las que no podemos, ni debemos, dejar de prestar atención; á las que debemos, mas que atenderlas, orientar nuestra actividad para intervenir en su resolución, por que así nos lo indica imperativamente nuestra significación masónica y nuestra posición entre las familias en lucha; nos es necesario inminentemente, contribuir por los medios que nos son característicos, prestando las soluciones nuestras, aquellas á que hemos llegado por nuestro constante, tranquilo, desapasionado, razonado debate, por el augusto mallibro; á las no menos numerosas e importantes y tambien similares incógnitas, que en el actual crítico, histórico momento se nos han planteado en nuestro solar, como derivaciones, como consecuencias de lo que fuera de él para.

El nombre de la Maçonería, debidamente unido á las soluciones que se han de dar en lo Universal; el nombre de la Maçonería Española en las que se han de dar en lo familiar. Así lo creemos, así lo pensamos y tenemos como una garantía de que así ha de ser, en el nombre de quien hoy vive la unificación de trabajos del Simbolismo Español.

Con este sentir, que indudablemente es el sentir de todos los Balleros de la obediencia, al felicitarnos, felicitamos á un alto Cuerpo y al Ilustre h. que lo preside.

Re.

A L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:



LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD

GRANDE ORIENTE ESPAÑOL.

N.º

Resp.: Log.: Aurora n.º 234

Walt.: de Cartagena 26 de Julio de 1917

2.ª

A

Walt.: de

cibid. Iltru. y Wen. le. el trip. abran. frat. que por  
nuestra mediación os envían los cobros de este Coll.:

Por EL VEN. MAESTRO

El 1.º Vig.:

*Pedro Widemund*



Por acuerdo de la Log.:

EL SECRETARIO G. S.:

*Juan Pomares*

APENDICE 8

Masonería Universal.



GRAN CONSEJO DE LA ORDEN

Familia Española.

H. L. G. D. G. A. D. U.

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD

Or.: de Madrid 23 de Junio de 1917 (c. v.)

Tom. 32 N.º 10926. AL ILTR. Y POD.: H.: LUIS SIMARRO.

Iltr.: y Pod.: H.:

SABED,

Que por acuerdo del Gr.: Cons.: de la Orden habeis sido nombrado para representar al Gr.: -- Or.: Español en el Congreso masónico que se celebrará en París los días 28, 29 y 30 del mes actual, y a fin de que podais acreditar vuestra condición de Representante de nuestro Or.: en el citado Congreso, os expedimos la presente credencial.

Recibid Iltr.: y Pod.: h.: nues-

tro frat.: saludo,



EL GRAN MAESTRE,  
F. M. S. L.

*F. Daniohen*



GRAN SECRETARIO GENERAL,

*ore Lucena*  
33

Sección: Secretaría General del G. E. Español. - Sitio de los Comandos, 5, Madrid.

## APENDICE 9

Num. 675. Folio 49. Libro 1°

MASONERIA UNIVERSALFAMILIA ESPAÑOLA

A L. G. D. G. A. D. U.

Vall. de Barcino 21 de Noviembre 18

Al Ilustre y Pod.: H.: Dr. Luis Simarro, Simb.: Franklin, Grado 33,  
 Gran Maestro del Grande Oriente Español.  
 Wall.: de Madrid

Ilustre y Pod.: H.: Nos es sumamente grato trasmitiros el acuerdo unánime tomado por esta Ben.: y Resp.: Logia "Fenix 381", en Ten.: magna de iniciación celebrada el 14 ppdo, de honrar su ☐ lógico, sus columnas y s. Orientes nombrandolos su Ven.: Maestro Honorario.

Os suplicamos que acepteis este nombramiento, que si bien modesto representa la devocion de este Tall.: a vuestra persona y su adhesion inquebrantable al Grande Oriente Español, cuya primera figura sois Vos.

Puestos a pedir, nuestro deseo llega mas allá y consiste en ~~la suplica~~ la suplica de que nos enviéis un retrato vuestro, decorado con los atributos masonicos, para que presida la galeria de Ven.: Maestros del Tall.: que hemos inaugurado recientemente.

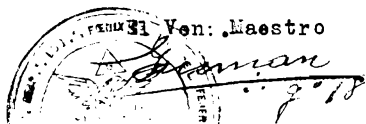
Recibid la expresion de fraternal afecto y respetuoso cariño de todos los Obreros de este Tall.:.

Por acuerdo de la Logia

El Secretario G.: S.:.

E. L. Patria

9°



## APENDICE 10

MASONERÍA UNIVERSAL *Registrada al núm. 15962 135-12-28588*  
*Dada cuenta al Gr. (Comis.)*  
*2 de Nobre de 1912* FAMILIA ESPAÑOLA *B*  
 A L. G. D. G. A. D. U.  
 LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD  
 La Resp. Log. *Iberica* núm. *2* de la Federación  
 del Gr. Or. Español,

Al Gr. Consejo de la Orden

ENVÍA

S. F. U.

Ilust. Gr. Maest. y VVen. HH. CCons.:

Tenemos el honor de poner en vuestro conocimiento que el día *12* de *Octubre*

de *1912*, previas las formalidades establecidas por vuestras leyes, se procedió a la

*afilia:* *(1) del h. Luis Semarria Lacerba*

simb. *Franklin* gr. *33*, iniciado el día *de*

de *18* en la Resp. Log. *de* núm. *del Gr. Or.*

y procedente de la Resp. Log. *de*

*del Or.* *cuyas generales son las siguientes:*

Nació el día *4* de *Nobre* de *1857* en *Alcala de Henares*

provincia de *Madrid* estado *Viudo* profesión *Medico y*

*Profesor* con residencia en *Madrid* calle de *el General O'Donnell*

núm. *5*, para cuyo h. os rogamos nos enviéis los documentos y el material correspondiente a su grado.

VVall. de *Madrid* a *12* de *Octubre* de *1912* (e. v.)

Recibid, Ilust. Gr. Maest. y VVen. HH. CCons., el saludo frat. y el deseo de paz.

El Ven. Maest.:

El Secret.



## APENDICE 11

550-Hechas *el Venerable*  
 Masonería Universal  Hay duplicados  
 Familia Española.

**Aug.: Ben.: y Resp.: Log.: IBÉRICA, núm. 7,**

REGULARMENTE CONSTITUIDA EN LA FEDERACIÓN DEL GRANDE ORIENTE ESPAÑOL

VALL.: DE MADRID.

33-A-3-2149

**CUADRO DE OBREROS ACTIVOS**

TEMPLO.—*Pretil de los Consejos, 5, entresuelo, izquierda.*

DÍAS DE TEN. — *Los jueves.*

DIRECCIÓN PARA LA CORRESPONDENCIA. — *A nombre del Venerable y al local del Templo,*

*de 1.º febrero 1914*

550-A-

33-A-3-2163

Masonería Universal



Familia Española

**Aug.: Ben.: y Resp.: Log.: IBÉRICA, núm. 7,**

REGULARMENTE CONSTITUIDA EN LA FEDERACIÓN DEL GRANDE ORIENTE ESPAÑOL

VALL.: DE MADRID

**CUADRO DE OBREROS ACTIVOS**

TEMPLO.—*Pretil de los Consejos, 5, entresuelo, izquierda.*

DÍAS DE TEN.:—*Los jueves.*

DIRECCIÓN PARA LA CORRESPONDENCIA.—*A nombre del Venerable y al local del Templo*

*1.º Enero 1915*

33-A-3-2155

	NOMBRES Y APELLIDOS PATERNO Y MATERNO	Edad	PROFESIÓN	NOMBRE SIMBOLICO	Grado	CARGO EN LOGIA	OBSERVACIONES
17	H. Enrique Gras y Morillo	81	Empleado	Dario	33	Primer Vigilante.	
18	» Luis Salgado y García	25	Pintor	Martos	1.º		
19	» Mauricio Silva Trigos	30	Empleado	Salmerón	1.º		
20	» Isidoro Zapata y García	37	Telegrafista	Pi Margall	1.º		
21	» Mateo Gómez Portal	59	Industrial	Rdiz Zorrilla	1.º		
22	» Augusto Vivero Rodríguez	34	Periodista	Montesqueu	3.º		
23	» Carlos Macías Bailly	30	Abogado	Arolas	1.º	Segundo Diácono.	
24	» Constantino Martínez Pi- queras	32	Ayudante de Farmacia	Zola	3.º	Primer Diácono.	
25	» Venancio Montalbán Laburu	48	Comerciante	Oquendo	3.º	Limosnero.	
26	» Pedro José García Morcillo	51	Industrial	Aire	2.º		
27	» Miguel Arifio Esteban	24	Industrial	Guascanjari	1.º		
28	» Luis Simarro y Lacabra	63	Catedrático	Franklin	33		Gran Comendador.
29	» Manuel Val y Abreu	45	Médico	Scévola	1.º		
30	» José Morales Egido	28	Escribiente	Ursua	2.º		
31	» Antonio Fernández de Ve- lasco	35	Periodista	Costa	3.º		
32	» Mariano García Cortés	41	Abogado	Roberto Hoyer	1.º		
33	» Rodolfo De Micheli	51	Repr. Comercio	Mazzini	4.º		
34	» José Salmerón y García	37	Ingeniero	D'Alambert	1.º		
35	» Exoristo Salmerón y García	36	Dibujante	Epicleuro	3.		
36	» Manuel Benedicto y Zabalza	34	Farmacéutico	Rolland	1.º		
37	» José Duch Roj	54	Aparejador	Padilla	30		
38	» Juan García Moreno	50	Propietario	Manú	9.º		
39	» Juan Baena Castro	36	Obrero peluquero	Córdoba	2.º		
40	» Antonio Duch Martín	24	Aparejador	Newton	2.º		
41	» Máximo Tallor y Beer	35	Comerciante	Diógenes	2.º		
42	» Andrés Pérez García	37	Viajante de Comercio	Marx	1.º		

33-A-3-2169

	NOMBRES Y APELLIDOS PATERNO Y MATERNO	Edad	PROFESIÓN	NOMBRE SIMBOLICO	Grado	CARGO EN LOGIA	OBSERVACIONES
5	H. Augusto Vivero Rodríguez	35	Periodista	Montesqueu	3.º	Bibliotecario.	
6	» Carlos Macías Bailly	31	Abogado	Arolas	1.º		
7	» Constantino Martínez Pi- queras	33	Ayudante de Farmacia	Zola	3.º	Porta-Estandarte	
8	» Venancio Montalbán Laburu	49	Comerciante	Oquendo	3.º	Limosnero.	
9	» Pedro José García Morcillo	52	Industrial	Naturaleza	3.º	Guard. Tem. int.	
10	» Miguel Arifio Esteban	25	Industrial	Guascanjari	1.º		
11	» Luis Simarro y Lacabra	64	Catedrático	Franklin	33		Gran Comendador.
12	» Manuel Val y Abreu	46	Médico	Scévola	1.º		
13	» José Morales Egido	29	Escribiente	Ursua	2.º		
14	» Antonio Fernández de Ve- lasco	36	Periodista	Costa	3.º	Orador Adj.	
15	» Rodolfo De Micheli	32	Repr. Comercio	Mazzini	4.º		
16	» José Salmerón y García	38	Ingeniero	D'Alambert	1.º		
17	» Exoristo Salmerón y García	37	Dibujante	Epicleuro	3.	Maestro de Cerem.	
18	» Manuel Benedicto y Zabalza	35	Farmacéutico	Rolland	1.º		
19	» José Duch Roj	55	Aparejador	Padilla	30		
20	» Juan García Moreno	51	Propietario	Manú	9.º		
21	» Juan Baena Castro	37	Obrero peluquero	Córdoba	2.º		
22	» Antonio Duch Martín	25	Aparejador	Newton	2.º		
23	» Máximo Tallor y Beer	37	Comerciante	Diógenes	2.º		
24	» Andrés Pérez García	38	Viajante de Comercio	Marx	1.º		
25	» Dimas Gramontel Cotrina	37	Conitero	Figueras	3.º	Primer Diácono.	
26	» Hermógenes Caramor Val	21	Profesor de idiomas	Toledo	1.º		
27	» Manuel de la Plaza y Navas	43	Viajante de Comercio	Breguet	2.º		
28	» Luis Porta Bernabé	41	Escrior	Rebelión	1.º		
29	» Adolfo Vázquez Gómez	51	Periodista	Bebel	33		
30	» Jaime Alsina y Gill	32	Comerciante	Cumplido	1.º		

## APENDICE 12

*Doctor Luis Simarro, 33*

*Sob. Gran Comendador,*

*Presidente del Supremo Consejo del grado 33  
del Grande Oriente Español*

MADRID

*Pratil de los Consejos, 5.*

135 — 12

*Doctor Luis Simarro, 33*

**SOB. GRAN COMENDADOR**

**PRESIDENTE DEL SUPREMO CONSEJO DEL GRADO 33  
DEL GRANDE ORIENTE ESPAÑOL**

*Madrid*

*Pratil de los Consejos, 5.*



*La Resp.: Aug.: y Ben.:*

*Logia Abd-El-Aziz, Numero 246*  
*del Grande Oriente Español*

*Desea un feliz y próspero año de 1914*

*al Doctor Luis Simarro, Gr.: 33*  
*Sob.: Gran Comendador*

*Vall.: de Tanger (Marruecos).*



*La Benm.: y Resp.: Log.:*

**AMERICA** NÚM. 27

en los Vall.: de UBRIQUE (Cádiz)

*Envia*

*A la Resp.: Log.: M. Luis Luciano*

*L.: Rf.: F.:*

y tiene la satisfacción de enviaros un cariñoso y frat.: saludo, deseandoos prosperidad y engrandecimiento en el nuevo año Mas.:

## APENDICE 13

Núm. \_\_\_\_\_

## Aug.: Ben.: y Resp.: Log.: IBÉRICA, núm. 7

Como Tes.: de esta Resp.: Log.: he recibido del h.:  
*Luis Simarro* la cantidad de  
*dos* pesetas  
 céntimos, por el donativo del mes de

Org.: de Madrid / de / de 192

Señala:  
 El Secr.:

Intervino:  
 El Arq.: Rev.:

Recibió:  
 El Tes.:

*L. Chantre Ponce*

Núm. \_\_\_\_\_

Acuerdo de 26 de Agosto de 1918, en cumplimiento del artículo 11 del Reglamento, copia voluntaria para Beneficencia: Ptas. 01.

## Aug.: Ben.: y Resp.: Log.: Ibérica, núm. 7

Como Tes.: de esta Resp.: Log.: he recibido del h.:  
*Luis Simarro* la cantidad de  
*dos* pesetas  
 céntimos, por el donativo del mes de

Org.: de Madrid / de / de 1921

Señala:  
 El Secr.:

Intervino:  
 El Arq.: Rev.:

Recibió:  
 El Tes.:

*L. Chantre Ponce*

APENDICE 14

A.: L.: G.: D.:

G.: A.: D.: V.:

S.: F.: U.:

Cuadro lógico de los Obreros que componen la R.: Logia CABALLEROS DE LA NOCHE (núm. 68), legalmente constituida bajo los auspicios del G.: O.: Lusitano unido en el Valle de Zaragoza.

	NOMBRES.	SOBRE DE GUERRA.	PROFESION.	GRADO.	CARGO.	OBSERVACIONES
1	Doncels	Harquet	Bojico	1.º	1.º	
2	Doncels	Harquet	Bojico	2.º	2.º	
3	Doncels	Harquet	Bojico	3.º	3.º	
4	Doncels	Harquet	Bojico	4.º	4.º	
5	Doncels	Harquet	Bojico	5.º	5.º	
6	Doncels	Harquet	Bojico	6.º	6.º	
7	Doncels	Harquet	Bojico	7.º	7.º	
8	Doncels	Harquet	Bojico	8.º	8.º	
9	Doncels	Harquet	Bojico	9.º	9.º	
10	Doncels	Harquet	Bojico	10.º	10.º	
11	Doncels	Harquet	Bojico	11.º	11.º	
12	Doncels	Harquet	Bojico	12.º	12.º	
13	Doncels	Harquet	Bojico	13.º	13.º	
14	Doncels	Harquet	Bojico	14.º	14.º	
15	Doncels	Harquet	Bojico	15.º	15.º	
16	Doncels	Harquet	Bojico	16.º	16.º	
17	Doncels	Harquet	Bojico	17.º	17.º	
18	Doncels	Harquet	Bojico	18.º	18.º	
19	Doncels	Harquet	Bojico	19.º	19.º	
20	Doncels	Harquet	Bojico	20.º	20.º	
21	Doncels	Harquet	Bojico	21.º	21.º	
22	Doncels	Harquet	Bojico	22.º	22.º	
23	Doncels	Harquet	Bojico	23.º	23.º	
24	Doncels	Harquet	Bojico	24.º	24.º	
25	Doncels	Harquet	Bojico	25.º	25.º	
26	Doncels	Harquet	Bojico	26.º	26.º	
27	Doncels	Harquet	Bojico	27.º	27.º	
28	Doncels	Harquet	Bojico	28.º	28.º	
29	Doncels	Harquet	Bojico	29.º	29.º	
30	Doncels	Harquet	Bojico	30.º	30.º	
31	Doncels	Harquet	Bojico	31.º	31.º	
32	Doncels	Harquet	Bojico	32.º	32.º	
33	Doncels	Harquet	Bojico	33.º	33.º	
34	Doncels	Harquet	Bojico	34.º	34.º	
35	Doncels	Harquet	Bojico	35.º	35.º	
36	Doncels	Harquet	Bojico	36.º	36.º	
37	Doncels	Harquet	Bojico	37.º	37.º	
38	Doncels	Harquet	Bojico	38.º	38.º	
39	Doncels	Harquet	Bojico	39.º	39.º	
40	Doncels	Harquet	Bojico	40.º	40.º	
41	Doncels	Harquet	Bojico	41.º	41.º	
42	Doncels	Harquet	Bojico	42.º	42.º	
43	Doncels	Harquet	Bojico	43.º	43.º	
44	Doncels	Harquet	Bojico	44.º	44.º	
45	Doncels	Harquet	Bojico	45.º	45.º	
46	Doncels	Harquet	Bojico	46.º	46.º	
47	Doncels	Harquet	Bojico	47.º	47.º	
48	Doncels	Harquet	Bojico	48.º	48.º	
49	Doncels	Harquet	Bojico	49.º	49.º	
50	Doncels	Harquet	Bojico	50.º	50.º	
51	Doncels	Harquet	Bojico	51.º	51.º	
52	Doncels	Harquet	Bojico	52.º	52.º	
53	Doncels	Harquet	Bojico	53.º	53.º	
54	Doncels	Harquet	Bojico	54.º	54.º	
55	Doncels	Harquet	Bojico	55.º	55.º	
56	Doncels	Harquet	Bojico	56.º	56.º	
57	Doncels	Harquet	Bojico	57.º	57.º	
58	Doncels	Harquet	Bojico	58.º	58.º	
59	Doncels	Harquet	Bojico	59.º	59.º	
60	Doncels	Harquet	Bojico	60.º	60.º	
61	Doncels	Harquet	Bojico	61.º	61.º	
62	Doncels	Harquet	Bojico	62.º	62.º	
63	Doncels	Harquet	Bojico	63.º	63.º	
64	Doncels	Harquet	Bojico	64.º	64.º	
65	Doncels	Harquet	Bojico	65.º	65.º	
66	Doncels	Harquet	Bojico	66.º	66.º	
67	Doncels	Harquet	Bojico	67.º	67.º	
68	Doncels	Harquet	Bojico	68.º	68.º	
69	Doncels	Harquet	Bojico	69.º	69.º	
70	Doncels	Harquet	Bojico	70.º	70.º	
71	Doncels	Harquet	Bojico	71.º	71.º	
72	Doncels	Harquet	Bojico	72.º	72.º	
73	Doncels	Harquet	Bojico	73.º	73.º	
74	Doncels	Harquet	Bojico	74.º	74.º	
75	Doncels	Harquet	Bojico	75.º	75.º	
76	Doncels	Harquet	Bojico	76.º	76.º	
77	Doncels	Harquet	Bojico	77.º	77.º	
78	Doncels	Harquet	Bojico	78.º	78.º	
79	Doncels	Harquet	Bojico	79.º	79.º	
80	Doncels	Harquet	Bojico	80.º	80.º	
81	Doncels	Harquet	Bojico	81.º	81.º	
82	Doncels	Harquet	Bojico	82.º	82.º	
83	Doncels	Harquet	Bojico	83.º	83.º	
84	Doncels	Harquet	Bojico	84.º	84.º	
85	Doncels	Harquet	Bojico	85.º	85.º	
86	Doncels	Harquet	Bojico	86.º	86.º	
87	Doncels	Harquet	Bojico	87.º	87.º	
88	Doncels	Harquet	Bojico	88.º	88.º	
89	Doncels	Harquet	Bojico	89.º	89.º	
90	Doncels	Harquet	Bojico	90.º	90.º	
91	Doncels	Harquet	Bojico	91.º	91.º	
92	Doncels	Harquet	Bojico	92.º	92.º	
93	Doncels	Harquet	Bojico	93.º	93.º	
94	Doncels	Harquet	Bojico	94.º	94.º	
95	Doncels	Harquet	Bojico	95.º	95.º	
96	Doncels	Harquet	Bojico	96.º	96.º	
97	Doncels	Harquet	Bojico	97.º	97.º	
98	Doncels	Harquet	Bojico	98.º	98.º	
99	Doncels	Harquet	Bojico	99.º	99.º	
100	Doncels	Harquet	Bojico	100.º	100.º	

Nombre			Edad	Profesión	Residencia
Antonio	Barry	20 años	20	Comerciante	Barcelona
Antonio	Barry	20 años	20	Comerciante	Barcelona
Antonio	Barry	20 años	20	Comerciante	Barcelona

Lista de los socios

1. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

Lista de los socios

2. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

3. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

4. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

5. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

6. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

7. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

8. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

9. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

10. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

11. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

12. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

13. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

14. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

15. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

16. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

17. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

18. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

19. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

20. Antonio Barry 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años 20 años

Barcelona 22 de Mayo de 1877

A. Barry

Antonio Barry



En acuerdo de la Legión

El Secretario

## APENDICE 15

# Liga española para la defensa de los derechos del hombre

*J. L.*

Muy señor nuestro: Al plantearse en el pasado mes de Abril la cuestión referente á la enseñanza del Catecismo en las Escuelas, se constituyó en Madrid una Comisión en la que estaban representados todos los disidentes de la religión oficial del Estado, como son los evangélicos, los israelitas, los anticlericales, los librepensadores, etc., y también delegados de los Masones y de todos los partidos políticos que tienen escrito en sus programas la libertad de conciencia. Esta Comisión promovió en Madrid y provincias la celebración de un número considerable de reuniones públicas, veladas, conferencias y manifestaciones en las que se reveló en forma legal y con fuerza imponente, la opinión liberal de toda España.

Para evitar que las energías surgidas y desarrolladas durante esta campaña, que tenía un carácter puramente ocasional, se esterilizaran luego por falta de aplicación, pensó la Comisión de qué forma podrían hacerse cristalizar en instrumentos de acción, que de una manera continua laboraran para hacer respetar no sólo la libertad de conciencia, sino también aquellos derechos de la persona humana, que son considerados como inviolables en todo el mundo civilizado.

Con este fin se inició el proyecto de constituir en España una Asociación de carácter nacional que llevará por título *Liga española para la defensa de los derechos del hombre*

tomando la denominación y organización de las Asociaciones análogas que existan en el extranjero con las que se habrán de mantener continuas y directas relaciones.

Los partidos políticos, las sectas religiosas, y otras asociaciones humanas se proponen fines múltiples y complejos que abarcan á veces toda la vida moral de sus adeptos ó cuando menos implican su colaboración en numerosos problemas de la evolución social, (político, económico, cultural, etc.). Por el contrario la *Liga para la defensa de los derechos del hombre* sólo se encamina á la consecución de un objeto determinado, que interesa igualmente á hombres de diversas religiones y partidos políticos y á individuos y agrupaciones de todo género, pues el fin de ella es precisamente la defensa de los derechos individuales inherentes á la personalidad humana que, por ser considerados anteriores á toda legislación y convención social, se han llamado por autonomía inalienables é ilegislables y que históricamente se fundan en los principios de justicia comunes á todos los pueblos civilizados.

La *Liga* sólo se propone, la defensa del derecho, nó en modo alguno la conquista del poder, y en esto se distingue precisamente de todo partido político. Es, por tanto, la *Liga* una asociación fuera de dichos partidos y colocada entre unos y otros y por encima de todos ellos, y á su obra pueden concurrir todos los que as-

para al fin concreto de afirmar y extender los derechos del hombre, sin renunciar á sus compromisos de escuela, religión ó bando político.

Por la misma causa, la *Liga* tiene un carácter internacional porque los derechos del hombre en cuya defensa se esfuerza, son precisamente postulados comunes en el derecho de todas las naciones europeas y sus colonias emancipadas. Tiende pues la *Liga* á europeizar nuestra España, incorporándola á la vida moderna de Europa, no entendida como expresión geográfica sino de cultura y civilización. Para marcar este sentido, se ha adoptado la denominación misma de las ligas análogas de Francia, Bélgica y otras naciones y se trabajará activamente por estrechar nuestras relaciones con estas asociaciones similares ya establecidas.

En suma, pueden concretarse las finalidades de esta *Liga* de la siguiente manera: su objeto es:

1.º *Defender las libertades públicas* y sobre todas la *libertad de conciencia*; 2.º procurar la conquista de aquellos derechos que, siendo patrimonio común de todos los pueblos de la Europa culta, aún no han sido consignados en nuestra legislación; 3.º dedicarse á la defensa permanente de los que están escritos en nuestros Códigos; y 4.º prestar amparo á todos los afiliados que por sus ideas sufran persecuciones y atropellos, para lo cual se formará un cuerpo de letrados que los defiendan ante los Tribunales y promueva en su nombre cuantas acciones procedan.

La cuota señalada es la de CINCO PESETAS ANUALES y de los fondos de la Sociedad se destinará una parte á la propaganda de las ideas que son principios fundamentales de ella por medio de mirines, conferencias, veladas, publicación de hojas, periódicos, libros, folletos, etc. y otra parte á los gastos necesarios para los procesos que hayan de seguirse contra los atropelladores de las libertades públicas y los derechos individuales.

Para facilitar el ingreso en esta *Liga* de aquellas personas que estando identificadas con su fin pudieran encontrar dificultades de carácter económico, se admiten adhesiones colectivas de las sociedades afines que las ofrezcan.

Paulatinamente se irá extendiendo la organización á provincias, y en ocasión oportuna, cuando estos trabajos estén adelantados, se convocará en Madrid á una Asamblea general de la *Liga* que, posteriormente, se reunirá con periodicidad en las diversas comarcas españolas, para despertar en toda la nación el espíritu liberal progresivo y moderno y alentar y fortificar las corrientes de opinión que por todas partes se manifiestan en España que no puede en modo alguno continuar siendo una excepción entre los pueblos cultos.

Si está V. conforme con los propósitos expuestos en esta circular, le rogamos suscriba el adjunto boletín remitiéndolo al *Círculo Federal*, calle Horno de la Mata, 7, y al mismo tiempo le suplicamos haga la mayor y más eficaz propaganda de la *Liga española para la defensa de los derechos del hombre*. A la mayor brevedad le remitiremos el Reglamento.

¡ Confiados en que su amor á la libertad y al progreso le obligará á dispensarnos el honor de concedernos su valioso concurso, quedamos de V. afmos. SS. SS.

Q. E. S. M.

*Gabriel Alomar; Joaquín Salvatella; Eduardo López Parra; Roberto Castrovido; Rafael Salillas; Víctor Gallego; Jorge Flíedner; Francisco Oniedo; Miguel Morayla; Benito Pérez Galdós; Odon de Buén; Fernando Lozano (Demófilo); Dio A. Valdivieso; Luis Simarro; Ricardo Fuente; Facundo Dorado; Arturo Mori; Juan G. Arroyo; Eduardo Ovejero Maury; Vicente Millán; Eugenio Moriones; Nicéforo Casarrubios; Laureano Miró; Francisco Escola; Enrique Barea; Augusto Bárcia; Segismundo Pey Ordeix; Manuel H. Ayuso; Rafael Sánchez Ocaña; Lorenzo Luzuriaga; Demófilo de Buén; Rodri-*

go Soriano; Francisco Rivera Pastor; José Moreira; Manuel del Pino; Luis Lozano; Enrique Jaramillo; Manuel García Gómez; Ramón Martínez Sol; Fausto Malas de Grado; Antonio de la Villa; Fermín Herrero Bayllo; Severino Pérez Cid; Baldomero Villegas; Eduardo Barriobero; Mario Roso de Luna; Luis Blanco Soria; Alvaro de Albornoz; Alejandro Lerranz; Emilio G. Linares; Melquiades Alvarez; Prudencio Iglesias Hermida; Andrés López Solans; Fernando Tous; Leoncillo Abans; León Cervera Cremades; Alejandro Bueno; Nicolás Estévez; Isidoro L. Lupuya; Ramón Sánchez Díaz; Eugenio Muguruzza; Carlos Cerrillo Escobar; Victoriano G. Rodríguez de Sanabria; Toribio Mena; Antonio Alcaráz; Luciano Narganes; Enrique Grás;

Pedro Cebreros; Francisco Solés; José Velasco P. checo; Rodolfo de Micheli; Antonio López del Villar; Andrés Orejero; José Verdes Montenegro; Juan Antonio Calena; Manuel Val Abreu; Carlos F. Calzada; Pedro Niembro; Bonifacio Rozalem; Ricardo Villamor; Miguel Moya Gastón; Constantino Rodríguez; Nicolás Salmerón García; Juan Madinaveitia; León Vega; Evaristo Salmerón; Emilio Carrere; Rafael Fernández; Rafael Pelegina; Félix Lunar; Feliciano López; José López Rios; Francisco Pérez Carrasco; Julio Gómez de Fabián; José Salmerón; F. Rodríguez Rojo; Marcelino Gómez Arias; Augusto Vivero.

Madrid, Julio, 1913.

Tip. Pasaje del Comercio, 8.— MADRID

## BOLETIN DE ADHESION

oooooooooooooooooooo

D. ....  
 de profesión ..... vecino de .....  
 ..... provincia de .....  
 calle de ..... piso ..... núm. ....  
 se adhiere á la Liga española para la defensa de los derechos  
 del hombre.  
 ..... á ..... de ..... de 191

# Comité defensor de la vida de Villalonga



**MANUEL VILLALONGA**  
Obrero del «Sindicato Único de Elaborar Hadoras», condenado  
a muerte por un Consejo de Guerra.

## GRANDIOSO MITIN

EN EL

TEATRO DEL CENTRO (Odeón), el domingo día 20,  
a las diez de la mañana.

CIUDADANOS: Se os convoca a un grandioso mitin que se celebrará el domingo día 20, a las diez de la mañana, en el Teatro del Centro (Odeón), en favor del digno obrero Manuel Villalonga, condenado a muerte por un Consejo de Guerra.

El Centro de Hijos de Madrid y el Ateneo estarán representados en el mitin por oradores que harán uso de la palabra en unión de José del Río, Ramón Rubio, Angel Samblancat, Manuel Mañer, Mauro Batierra, Gómez Hidalgo y Ezequiel Endériz.

Los oradores dirán al pueblo de Madrid los atropellos de que son víctimas los proletarios catalanes y sus hermanos los obreros del campo andaluz.

***Trabajadores, hombres de buena voluntad,  
acudid al mitin.***



APENDICE 17

A la Resp.:. Log.:. ....

Ven.:. Maest.:. y qq.:. hh.:.

El Gran Consejo de la Orden, aun cuando en ella, por razones que comprenderéis, no se dice, ha patrocinado la carta que va a continuación, que hoy publican todos los periódicos liberales de Madrid, y os la enviamos, para que os sirváis dar cuenta de ella a esa Resp.:. Log.:., e interesar de los hh.:. que la integran que procuren que la prensa afín a nosotros en esa Ciudad, la reproduzcan para la debida propaganda, y envíen esos queridos hermanos su adhesión personal a nuestro Gr.:. Maest.:., para que todas ellas sirvan de justificación y apoyo a cuanto convenga hacer en defensa de la causa a que se refiere dicha carta.

Espera el Gr.:. Cons.:. que esa Resp.:. Log.:., como siempre, atenderá esta solicitud, tanto más, cuanto que se trata de una causa tan simpática como la defensa de un atropellado por la razón de exponer leal y noblemente en la prensa su pensamiento.

Recibid, Ven.:. Maest.:. y qq.:. hh.:. la expresión del afecto que, por nuestro conducto, os envía el Gr.:. Cons.:. de la Orden.

El Gran Maestre,  
LUIS SIMARRO

El Gr.:. Secretario general,  
JOSÉ LESCURA

CARTA DE REFERENCIA

Señor Director de .....

Muy señor mío y estimado amigo: Agradecería a usted muchísimo que, si lo juzga oportuno, hiciera público en el periódico de su digna dirección, que:

Considerando el caso del Sr. Unamuno, que sufre actualmente persecución por la justicia, con motivo de supuestos delitos de imprenta, la Junta Directiva de la «Liga Española para la defensa de los derechos del hombre y del ciudadano», ha acordado, respondiendo a las apremiantes excitaciones de muchos de sus miembros, acudir al amparo de la libertad de pensar, principio y raíz de todas las libertades públicas, atropellada en la persona del catedrático de la Universidad de Salamanca, y eximio escritor, Sr. Unamuno, que durante veinte años ha influido poderosamente en la dirección espiritual de la cultura de España y de todos los países de lengua española.

La Liga Española, que cuenta con el apoyo de sus confederados las Ligas francesa, belga, italiana y portuguesa de la misma denominación, ruega a las personas, sean o no miembros de la Liga, que quieran prestar su adhesión a esta campaña, que lo comuniquen al doctor Simarro (General Oraa, 5, Madrid), que ha recibido el encargo de la Junta para organizar y coordinar los esfuerzos de todos los que se interesen en esta trascendental cuestión.

Muy agradecido y devoto servidor, que besa su mano, *Luis Simarro*.

Madrid, 14 de septiembre de 1920.

## APENDICE 18

24266 Reg. 245-2-24  
*Fédération Internationale Maçonnique* B  
 POUR LA SOCIÉTÉ DES NATIONS  
 GROUPE FRANÇAIS

"TOUS POUR UN,  
 UN POUR TOUS"

SIGES SOCIAL : 4, RUE GREFFULLE  
 PARIS-VIII

PARIS, le 1er Décembre 1920

*Le Président*

T.: R.: G.: M.:

Nous vous avons écrit, le 2 Juillet dernier, et avons la faveur de vous annoncer qu'une Fédération maçonnique internationale était en voie de formation dans les pays alliés, associés et neutres.

Le groupe français est actuellement constitué, avec le concours de membres éminents de notre Ordre et de Délégués du Conseil de l'Ordre du Gr.: Or.: de France et du Conseil Fédéral de la Gr.: L.: de France.

Nous vous remettons, à nouveau, un exemplaire de nos Statuts et du Manifeste qui a été rédigé pour nos FF.: Français afin que vous sachiez comment nous avons dirigé notre propagande et quel but nous proposons à nos efforts.

Nous serions particulièrement heureux que

Au T.: Ill.: F.: Luiz SIMARRO, Gr.: M.: du Gr.: Or.: d'Espagne.

- 2 -

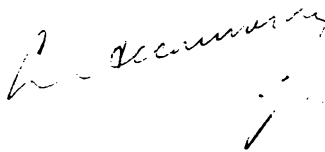
Nous serions particulièrement heureux que le Gr.: Or.: espagnol favorise des initiatives semblables en Espagne.

Nous écrivons en même temps à notre fr.: Magalhães-Lima, qui est particulièrement qualifié pour une telle mission, en le priant de bien vouloir vous entretenir de nos projets.

Veuillez agréer, T.: R.: Gr.: M.: l'expression de nos sentiments frat.: dévoués.

Le Président

L'un des Vice-Présidents

A handwritten signature in dark ink, appearing to be 'L. de la Cruz', written over a horizontal line.

Deux annexes.-

## FÉDÉRATION MAÇONNIQUE INTERNATIONALE POUR LA SOCIÉTÉ DES NATIONS

## GROUPE FRANÇAIS

« Il faut que la Société des Nations soit enseignée au Monde.

« Il faut qu'elle devienne, suivant la parole de M. Wilson, une nécessité.

F. L. Léon BOURGEOIS, discours au Sénat du 17 octobre 1919.

« Il faut que les chefs soient non seulement soutenus, mais poussés impérieusement par le sentiment de tous. »

F. L. Léon BOURGEOIS, discours à la Sorbonne du 30 janvier 1920.

Le pacte de la Société des Nations qu'ont établi les Traités de Paix est une œuvre considérable, mais encore précaire et imparfaite; il est indispensable, comme le proclame notre F. L. Léon BOURGEOIS, dans des termes inoubliables, qu'elle soit connue de tous, mais aussi complétée avec la saine compréhension des besoins des peuples, par une volonté attentive et prévoyante, dans un esprit de concorde et d'amitié.

Personne, à l'heure présente, ne peut se dissimuler ni la nécessité, ni les difficultés de la tâche qui reste à accomplir pour que la guerre et l'esprit de domination soient définitivement vaincus.



Il faut, avant tout, que les efforts tentés pour établir l'Union des Nations ne soient pas anéantis.

Tous les peuples doivent sentir et comprendre que le pacte des Nations constitue leur plus grande, leur unique sauvegarde, et une garantie essentielle de leur existence et de leurs libertés.

Les citoyens ne peuvent plus se désintéresser de la conduite de leurs affaires, car ils savent que les hommes qui ont la responsabilité du Pouvoir sont aisément aveuglés par leurs intérêts personnels, jusqu'à les confondre avec les intérêts collectifs dont ils ont la charge, et que la puissance dont les gouvernants disposent leur permet de troubler l'opinion publique et de l'égarer.

Les citoyens doivent donc exercer énergiquement et efficacement la mission de contrôle qui leur appartient; et puisque désormais la détestable pratique des traités secrets est interdite, puisque les Gouvernements ont solennellement déclaré que les relations internationales sont *fondées sur la justice et sur l'honneur*, les citoyens doivent exiger de ceux qui les dirigent le respect des engagements pris et de la loi morale qui domine leurs rapports mutuels.



Cependant, malgré les déclarations officielles, chaque Nation continue à poursuivre des fins égoïstes comme si elle se trouvait isolée. Dans les rapports des Hommes, des règles souvent imparfaites, mais perfectionnées sans cesse, limitent le droit de chacun; dans les rapports des Etats, l'arbitraire gouvernemental, qu'on décore du nom pompeux de souveraineté, demeure tout puissant; le droit international reste imprécis.

S'il est vrai que des liens de solidarité unissent fatalement les peuples civilisés, s'il est vrai que la prospérité des Nations et leur déchéance entraînent forcément dans les Nations voisines des répercussions physiques, économiques et morales, s'il est vrai qu'aucune ne peut être atteinte, sans que toutes souffrent, on doit, en étudiant les rapports des Nations, dans la production et dans l'échange des richesses, dans l'organisation des travaux industriels, scientifiques et artistiques, pouvoir déterminer les règles normales de ces rapports, afin de les imposer dans l'intérêt commun.

Ces études sont indispensables :

Il ne suffit pas de prononcer le mot *Justice*, il convient de rechercher les réalités concrètes qu'il recouvre, il est nécessaire de déterminer les besoins des peuples, pour établir, sur des bases positives, les droits et les devoirs des peuples.



Sans doute la réalisation d'un idéal de collaboration harmonieuse ne peut être que le terme d'une longue et lente évolution; évolution qui renforcera les liens nationaux, bien loin de les affaiblir, puisque

la *Société des Nations* devra garantir à chaque peuple le développement économique et intellectuel auquel il peut prétendre ; mais cette évolution sera facilitée et hâtée par l'établissement d'institutions nouvelles que le pacte de 1919 n'a prévues qu'en partie, qu'il convient de préciser et d'organiser.

Les règles juridiques qui s'imposent au respect de tous, devront être fixées non par des Tribunaux temporaires, mais par des Assemblées permanentes, dont l'opinion publique pourra contrôler les actes ; les peuples y seront représentés, des règles pénales garantiront l'observation des principes que ces Assemblées auront dégagés. Enfin, pour interdire le recours à la force, la Société des Nations, dans un avenir prochain, doit rester seule armée au milieu des Nations désarmées.



Sauvegarder ce qui est acquis, étudier les faits pour établir le droit et fixer le but à atteindre ; élaborer progressivement l'ordre nouveau, telle est l'œuvre qu'il faut accomplir.

Nous croyons fermement que la Franc-Maçonnerie doit s'y employer tout entière, car son but essentiel est de faire régner la fraternité. Elle réunit des hommes de tous pays qui, malgré les divergences apparentes, possèdent une méthode intellectuelle commune, qui sont habitués à collaborer et entre lesquels une sélection morale fait régner une confiance entière. Les Maçons peuvent ainsi comprendre les points de vue les plus divers, les concilier et entraîner ceux qui partagent leurs idées dans une action continue et durable.

La Franc-Maçonnerie française donnera l'exemple. La France a été douloureusement atteinte par la guerre ; elle s'est toujours dévouée à l'idéal de justice qui la domine et qui est particulièrement cher au cœur de tous. Elle a su combattre et se défendre, mais elle a conscience aussi que l'union des peuples civilisés peut seule restaurer les lamentables ruines de la guerre et assurer à tous un avenir meilleur.

Nous sommes convaincus que dans tous les pays qui peuvent actuellement faire partie de la Société des Nations, et même, plus tard, dans tous ceux qui y accéderont, se produira un mouvement analogue ; que partout des hommes conscients de leur devoir prolongeront notre œuvre et y collaboreront ; qu'une Fédération Maçonnique déjà ébauchée se formera et que notre effort sera fécond, d'autant plus puissant qu'il sera général.

Réveiller les énergies, dégager la réalité, favoriser et faciliter l'organisation qui s'impose, tel est le rôle des Maçons.

Ceux qui signent cet appel promettent de s'y employer de tout leur pouvoir.

Ils vous demandent de vous unir à eux.

#### LES MEMBRES DU COMITÉ CENTRAL :

ACCAMBRAY, du Cons. Féd. de la G. L. de France, ancien G. M. adjoint.  
AUGAGNEUR, ancien membre du Cons. de l'Ordre du G. O. de France.  
BESNARD, Vén. de la L. *La Fraternité des Peuples*.  
Jean BON, du Cons. de l'Ordre du G. O. de France.  
BRUNET, ancien membre du Cons. de l'Ordre du G. O. de France.  
DEBIERRE, du Cons. de l'Ordre du G. O. de France.  
DEGUISE.  
DELMONT, Alcide, Vén. de la L. *Les Frères unis inséparables*.  
GUIGÉRARD, du G. Collège des Rites.  
GROSSIER, du Cons. de l'Ordre du G. O. de France.  
GUINAUDEAU, du Sup. Cons. de France.  
Marcel HUART, du Cons. de l'Ordre du G. O. de France.  
De KERGUEZEC, du Cons. Féd. de la G. L. de France.  
LANQUINE, du Cons. de l'Ordre du G. O. de France.  
LAPIQUE.  
LAURENT, Emile.  
LEBEY, ancien membre du Cons. de l'Ordre du G. O. de France, G. Or. du G. Collège des Rites.

LE FOYER.  
LEHMANN, Maurice, du Sup. Cons. de France.  
MAY, Elie, du Cons. Féd., G. M. adjoint de la G. L. de France.  
MILLE, Vice-Président du Conseil de l'Ordre du G. O. de France.  
MOCH, Gaston, du Cons. Féd. de la G. L. de France.  
NICOL, ancien G. M. adjoint de la G. L. de France.  
NATTAN-LARRIER, du Cons. Féd., G. Orat. de la G. L. de France.  
OLIVIER, du G. Collège des Rites.  
PIAT.  
RAYMOND, L. G. Comm. du Sup. Cons. de France.  
RICHET, Charles.  
SEMBAT, Marcel, du Cons. de l'Ordre du G. O. de France.  
VAN RAALTE, ancien membre du Cons. de l'Ordre du G. O. de France.  
VIDAL, Gaston.  
VIOLETTE, ancien membre du Cons. de l'Ordre du G. O. de France.  
WELHOFF, G. M. de la G. L. de France.

30152

reg. n. 9-7-920

# Fédération Internationale Maçonnique

POUR LA SOCIÉTÉ DES NATIONS

GROUPE FRANÇAIS

"TOUS POUR UN,  
UN POUR TOUS"

SIGES SOCIAL : 4, RUE GREFFULLE  
PARIS-VIII<sup>e</sup>

PARIS, 2 Juillet 1920

*Le Président*

T.: R.: Gr.: M.:

Nous avons la faveur de vous annoncer qu'une Fédération maçonnique internationale est en voie de formation dans la plupart des pays alliés, associés et neutres.

Le groupe français est actuellement constitué. Nous n'avons pas cru devoir lui donner un caractère officiel afin d'éviter toute espèce d'empêchement rituelique et protocolaire.

Nous vous remettons ci-inclus un exemplaire de nos Statuts et du manifeste qui a été rédigé pour nos FF.: français afin que vous sachiez comment nous avons dirigé notre propagande et quel but nous proposons à nos efforts.

Au T.: Ill.: F.: Luiz SIMARRO, Gr.: M.: du Gr.: Or.: d'Espagne

- 2 -

le Gr.: Or.: Espagnol, favorise des initiatives semblables en Espagne.

Notre Fr. MAGALHAES-LIMA, qui est particulièrement qualifié pour une telle mission est avec nous et nous fait espérer votre concours.

Dans l'attente de votre réponse, veuillez agréer, T.:  
R.: G.: M.: l'expression de nos sentiments frat.: dévoués.

Le Président

L'un des Vice-Présidents

*André Cambray*

Vu  
Le Président du Conseil de l'Ordre  
du Grand Orient de France,

*ca. Schöning*



le Grand-Maitre  
de la Grande Loge de France  
Président  
du Conseil Fédéral,

*[Signature]*

# STATUTS

DE LA

## *Fédération Maçonnique Internationale pour la Société des Nations*

(GROUPE FRANÇAIS)



### TITRE PREMIER

ARTICLE PREMIER. — Il est constitué, dans le sein de la Maçonnerie Française, une association destinée à propager les principes sur lesquels doit reposer la Société des Nations et à en favoriser l'application.

ART. 2. — L'Association prend le titre de **Fédération Maçonnique Internationale pour la Société des Nations** (Groupe Français).

ART. 3. — Pour faire partie de l'Association il faut :

- 1° Etre maçon régulier ;
- 2° Avoir adhéré aux présents Statuts ;
- 3° Payer une cotisation d'au moins 6 fr. par an ;
- 4° Etre admis par le Comité Central.

ART. 4. — Tout membre de l'Association cesse d'en faire partie :

- 1° S'il donne sa démission ;
- 2° S'il cesse d'être Maçon régulier.

ART. 5. — Les Loges des deux Obédiences peuvent faire adhésion aux présents statuts par l'intermédiaires de leur Vénérable.

Le montant de leur cotisation est fixé à 25 francs.

### TITRE II

#### ADMINISTRATION

ART. 6. — L'Association est gérée par un Comité Central qui a son siège à Paris. Ce Comité est composé de 33 membres dont 12 membres de droit et 21 membres élus par l'Assemblée générale.

Les membres de droit sont désignés moitié par le C. . . de l'O. . . du G. . . Or. . . et moitié par le C. . . Féd. . . de la G. . . L. . . de France.

Exceptionnellement, les vingt-et-un membres dont le choix appartient à l'Assemblée générale, seront désignés par les fondateurs.

Le mandat donné aux membres du Comité Central a une durée de trois années.

Les membres sortants sont toujours rééligibles.

Les deux premières années les membres sortants seront tirés au sort.

ART. 7. — Les candidatures nouvelles présentées pour le renouvellement doivent parvenir au Comité Central deux mois avant le renouvellement qui est fixé au 1<sup>er</sup> avril de chaque année, à partir du 1<sup>er</sup> avril 1921.

Elles sont portées à la connaissance des Loges des deux Obédiences un mois au moins avant l'élection.

Les membres de l'Association votent par enveloppe close portant la mention du bulletin de vote et le nom du votant. Les listes enfermées dans ces enve-



l'opposés peuvent contenir autant de noms qu'il y a de candidats à élire.

Seules entrent en ligne de compte les voix données aux candidats régulièrement déclarés.

Les Loges adhérentes ont droit, chacune, à trois suffrages.

ART. 8. — Le Comité Central a seul qualité pour intervenir au nom de l'Association ou pour engager officiellement la responsabilité de l'Association.

Il nomme, chaque année, son Bureau au scrutin secret et fixe la date de ses réunions.

Le Président le convoque, en outre, chaque fois qu'il le juge utile.

Le Comité peut être convoqué d'urgence sur la demande du quart de ses membres.

ART. 9. — Le Comité Central désigne les membres qui représentent l'Association au Comité international fédéral.

ART. 10. — Le Comité Central est spécialement chargé de diriger le travail de l'Association.

Il nomme toutes commissions dont le concours lui semble nécessaire, en choisit les membres, soit dans le Comité, soit dans l'Association.

Le Président de ces commissions et le Secrétaire sont désignés par le Comité Central.

### TITRE III

#### GROUPE LOCAUX

ART. 11. — Le Comité peut autoriser la formation de Groupes locaux et régionaux.

Ces Groupes sont autonomes. Ils sont seuls engagés par leurs résolutions ; ils ne peuvent adhérer

collectivement à aucune association ; ils ne peuvent participer collectivement aux luttes électorales.

ART. 12. — Les Groupes sont administrés par un Comité ou Bureau élu, nommé à l'origine par les membres fondateurs du Groupe.

Il est renouvelé chaque année par les membres du Groupe.

Les membres sortants sont rééligibles.

Le Comité Central peut désigner, pour le représenter, un membre du Groupe régional, qui devient membre du Comité régional.

### TITRE IV

#### ASSEMBLÉES GÉNÉRALES

ART. 13. — Chaque année l'Association se réunit en Assemblée générale

L'Assemblée a pour mission :

- 1<sup>o</sup> L'examen de la situation morale et financière de l'Association ;
- 2<sup>o</sup> L'examen des questions portées à l'ordre du jour ;
- 3<sup>o</sup> La proclamation des résultats de l'élection.

ART. 14. — Sur une demande écrite et signée de cinquante membres de l'Association, une question peut être, d'office, portée à l'ordre du jour, si le Comité a été avisé trois mois à l'avance.

ART. 15. — L'Assemblée générale peut modifier les présents Statuts sur l'invitation du Comité Central.

Elle peut prononcer la dissolution de l'Association, sur la même initiative, et statuer, dans ce cas, sur la destination de l'actif.

## APENDICE 19



El Diputado a Cortes  
por  
Barcelona

Madrid 19-XII-19

Ex D. Luis Simarro

Respetable y estimado amigo: Estoy obligado a pedirle a V. que me dispense por no haber asistido, según le había ofrecido, a la reunión que convocó V. el sábado pasado para el Ateneo.

Heube de salir precipitadamente a quella misma mañana para la tierra donde el

temporal habra causado  
desperfectos de urgente  
reparación en una cari-  
ta de verano q. allí ten-  
go, pensando regresar  
antes de las 6 de la  
tarde, pero no pude  
conseguirla por el es-  
tado del puerto y lle-  
gué a más de las  
9 de la noche.

De todos modos con-  
taba V. con mi adhesión  
y conformidad y en otro  
aspecto la ha visto U.  
expresada por la

Minoria Republicana,  
que adoptó el acuerdo a  
propuesta mía.

La consideración que  
le debo me manda dar-  
le a V. estas explica-  
ciones, reiterándole  
mi respeto y amistad.

Aterroly

## APENDICE 20

## DEL GRANDE ORIENTE ESPAÑOL

63

XII.—Protesta por la eliminación de la candidatura de diputados á Cortes por Madrid del nombre del Iltr.: Gr.: Maestre, Dr. Luis Simarro.—Proposición presentada por varios VVen.: hh.: Representantes, que, copiada á la letra, dice así:

*A la Gran Asamblea.*

Ilustre Gran Presidente y VVen.: hh.:

Conocido es de la Gran Asamblea el hecho de haber sido propuesto por el organismo directivo de un núcleo importante de la opinión izquierdista el nombre del Gr.: Maestr.: para integrar la candidatura de diputados á Cortes por Madrid.

La opinión toda juzgó un acierto esta designación, porque el nombre del h.: Simarro llevaba á aquella candidatura, no sólo los prestigios del pensador y del hombre de ciencia, sino también, y en cierto modo, la significación simbólica de quien encarnó la protesta del mundo civilizado contra los procedimientos de gobierno puestos en práctica en 1909, restablecidos hoy por los mismos hombres á quienes hizo caer la condenación universal.

Sin que esta opinión, que tan favorablemente acogió la designación, haya tenido conocimiento de las causas que lo han motivado, se eliminó después de la candidatura el nombre del h.: Luis Simarro, y como en la confección de ella han intervenido muchas y, según el rumor público, alguno de ellos ha dificultado que el Gr.: Maestr.: figurara en ella, los RRep.: que suscriben someten el caso á estudio de la Asamblea por considerarlo de gravedad extraordinaria para la disciplina y la obediencia debida á la Ord.: y estimar que corresponde imponer la más severa sanción á quien haya faltado á ellas.

VVail.: de Madrid, á 21 de Mayo de 1919 (c.: v.:).

Tomada en consideración la proposición que precede, propone la Gr.: Asamblea que se nombre un Triáng.: para que, asesorado por cuantos hh.: puedan aportar datos sobre el asunto, formulen un dictamen, y éste fué redactado en el sentido de que la Asamblea exprese el profundo disgusto que siente ante el hecho consignado en la proposición presentada y que este sentimiento se haga conocer al h.: Melquiades Alvarez y á la Resp.: Log.: Jovellanos, número 337, á la que dicho h.: pertenece como miembro activo.

Así fué acordado unánimemente por la Gran Asamblea, quedando redactada la comunicación en la siguiente forma:

«Reunido el Gr.: Or.: Español en su Gran Asamblea anual, y en sesión celebrada el día 21 de los corrientes, acordó por unanimidad (entre otros extremos) hacer constar en acta y expresar el profundo disgusto y hondo sentimiento del pueblo mas.: por la injustificada eliminación en la candidatura para diputados á Cortes por Madrid del nombre de nuestro Iltr.: Gr.: Maestr.: Dr. Don Luis Simarro, estimando que lo acaecido obedece á falta de solidaridad mas.: de quien pudo y debió evitar á todo trance la repetición de cosas tan lamentables.

También es voluntad de la Gran Asamblea que se notifique este acuerdo á la Resp.: Logia Jovellanos, sin perjuicio de hacerlo en el BOLETÍN OFICIAL de la Orden para general conocimiento de todos los organismos que integran el Oriente.»

La Asamblea se mostró conforme con el texto de la expresada comunicación.

\* \*

## APENDICE 21

BREVETÉ DE LA ORDEN



Núm. 1274

Fol. 97

Libro 1°

MASONERIA UNIVERSAL

FAMILIA ESPAÑOLA

A L. G. D. G. A. D. U.

Vall. de Barcino 9 de Diciembre de 1900 (a. n.)

Al Gran Consejo de la Orden

Wall. de Madrid

Ilustre Presidente y Wen.: HH.: Consejeros: Este Taller en su Ten.: mag.: de iniciación celebrada hoy fecha, acuerdo por unanimidad lamentar profundamente que nuevamente haya sido retirada la candidatura de nuestro Gran Maestro Dr. Luis Simarro para Diputado a Cortes por Madrid, pues su proclamación y elección colmaría los unánimes deseos de la Masonería Española que ansia que su principal representante, punto coincidente de sus actividades, intervenga directamente en la eficacia en la vida pública española y esta lamentación es mas profunda si como ha repetido la prensa ha influido en su retirada su delicado estado de salud, cuyo completo y pronto restablecimiento desea la Logia ante la.

Aprovechamos tal ocasión para reiteraros la expresión de nuestra sincera adhesión y enviaros un triple abrazo fraternal y ósculo de paz.

Por acuerdo de la Logia

El Secretario. G. S.:

El Ven.: Maestro



APENDICE 22

EMILIO MENÉNDEZ PALLARÉS  
ABOGADO

FUENCARRAL, 107  
TELÉFONO J. 1928

Señor Don Luis Simarro .

Mi ilustre amigo : Ante todo vivamente deseo el restablecimiento de su salud. Ya le visitaré á V. y le explicaré ampliamente mi invariable negativa á su ruego muy encarecido, vigorosamente razonado y cariñosamente conminatorio. Pero esto será cuando ya no haya lugar á discutir mi actitud por haber terminado todo requerimiento.

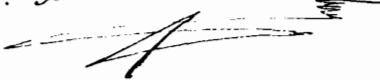
Muy poderosa es su dialectica, pero ella, en el caso de ahora, no podrá modificar un estado de realidad en el que la determinación de mi voluntad entra como factor de segundo orden.

A los Sres Grás y Lescura he dado mi respuesta definitiva.

No puedo ni debo aceptar el cargo de Gran Maestro del Oriente Español y no solo por modestia ante honor tal elevado. Como en modo alguno habré de desistir de esta resolución, absolutamente irrevocable, no creo necesario dar margen á discusión alguna exponiendo los motivos y razones de ándole puramente particular que justifican mi decisión.

Harto siento que no sea esta la respuesta que V. desea. Lo digo con sinceridad.

Le quiere y admira de veras su afmº amigo que estrecha su mano.

*E. Menéndez Pallarés*  


## APENDICE 23

70

BOLETIN OFICIAL

## El Alt.: y Pod.: H.: Dr. Luis Simarro

Murió Simarro, después de sufrir los dolores de una enfermedad cruel y prolongada y las torturas morales de una agonía presentida y consciente. Hace pocos días, la última vez que disfrutamos de los encantos de su conversación seductora, nos decía: «Esto toca a su fin; cuestión de días, acaso de horas.» Y después, como si hubiese hecho un diagnóstico leve de sus padecimientos, iniciaba una conversación llena de encantos y de enseñanzas. Cada frase era una sentencia; cada palabra, un axioma. Hablaba de España, de su situación interior, de la abyección en que habían caído los políticos liberales, de la indiferencia de la opinión, de los grandes problemas internacionales que planteaba la paz, de las graves cuestiones humanas.

No creo que haya hoy en nuestro país quien sea capaz de hablar como hablaba Simarro. Su cultura era inmensa; su pensamiento formidable; su ingenio asombroso. A muchos de los amigos de don Luis—como con familiar respeto le llamábamos todos—les tengo oído decir: «Es un terrible ironista; su ironía raya en escéptico.» ¡Qué lamentable yerro!

Simarro era un creyente fervoroso de las grandes ideas; profesaba el culto de la Libertad. Para don Luis, los pueblos podían vivir sin democracia, podían mantenerse en un régimen de privilegio; pero no concebía la existencia humana sin la Libertad. En su último diálogo nos lo decía: «La Libertad es la condición necesaria para la Ciencia; si los hombres perdiesen el amor a la Libertad y si a este amor no lo sacrificasen todo, la vida incluso, veríamos al mundo volver a la barbarie.»

Con la muerte de Simarro se extinguió en el tenebroso horizonte moral de España, uno de los últimos luminosos destellos de aquel liberalismo inteligente y austero que nos legó la revolución del año 1869. Sima-

rrro, siendo mozo, contaba veintidós años, fué cantonal en Valencia; se batió como un héroe y se condujo como un bravo. De esto nunca hablaba. Sólo sus íntimos podían abordar el tema, que casi siempre se frustraba.

Simarro, como levantino, era un hombre de intensas pasiones. Su talento inmenso, su exquisita educación, su enorme cultura, tejían un velo tupido que ocultaba el fuego de sus sentimientos; pero por debajo de aquella bondad y aquella blandura que orlaban su vida, se descubría un corazón apasionado y que vibraba con intensidad ante cualquiera emoción. Para don Luis no había dolor que le fuese ajeno; donde veía un doliente acudía presuroso a prestarle amorosa asistencia. Somos algunos los que sabemos hasta qué límite llegaban las magnanimidades de aquel hombre justo y bueno.

Son pocos los que saben—aunque Cajal lo tiene dicho en uno de sus libros—que Simarro fué precursor y maestro de D. Santiago Ramón, y que éste, en momentos de desmayo, volvió los ojos a la labor que don Luis realizaba en los métodos de aplicar las sales de plata para el teñido de las neurofibrillas, y que en ellos encontró la ruta firme para lograr su fama universal el gran histólogo.

La natural modestia de Simarro que en él constituía una verdadera necesidad le llevó mil veces a dar fama y renombre a otros, a quienes ayudaba e instruía con su inmenso saber. Y es que Simarro se deleitaba en ver marchar las cosas, muchas veces movidas por él, desde su casa, ambiente de paz, donde todo estaba teñido por un tono sereno y placido. A don Luis, para ser un epicúreo, le estorbaba su insaciable romanticismo; para ser un estoico, habría tenido que arrancar de su alma todos los anhelos de arte y de aristocráticos gustos que le dominaban.

Para conocer a Simarro había que sorprenderle abandonado a sus sentimientos, entregado a sus grandes afanes ideales. Di-



galo si no aquella labor gigantesca, prodigiosa; digna de un jurisconsulto de fama universal, que realizó cuando fué fusilado Ferrer. Con las energías de un ipozo y los desbordados entusiasmos de un neófito, consagró energías, salud, tranquilidad y dinero a descubrir la verdad de aquel proceso. Y del análisis insuperable que hizo del proceso, dedujo y pronunció la sentencia definitiva: «La inocencia de Ferrer».

• • •

Don Luis Simarro tenía madera de santo y de sabio. Por eso vivió para el bien y para la verdad. Murió como un justo.

*Augusto Barcia*

## DETALLES DE LA MUERTE

El eminente doctor Simarro, verdadera gloria nacional, uno de los hombres que más prestigio y fama gozó por su saber y noble independencia, dejó de existir en la madrugada del domingo 19.

Llevaba Simarro algún tiempo enfermo; pero nadie podía presumir que el gran Maestro se hallara en peligro inminente, ni mucho menos que pudiera registrarse tan triste desenlace.

Pocos hombres habían contado en esta vida con tan buenos y decididos admiradores y amigos, y por eso no es de extrañar que en el supremo trance de la muerte se viese el lecho rodeado no sólo de las personas de su familia, sino también de sus íntimos Dr. Rodrigo Lavín, el profesor Barnés, Lescure, Martínez Sol y otros.

La modestia de Simarro se ha revelado en su entierro, que se hizo el domingo 19, a las seis de la tarde, en el Cementerio Civil.

Su cadáver fué llevado en un coche de dos caballos, e iba en una caja de pino, forrada de paño negro.

Resultó contrariada, sin embargo, la vo-

luntad del muerto, en cuanto a que no se diera noticia de su muerte, pues apenas ocurrida se difundió aquélla por todo Madrid, aunque lo mismo Madinaveitia que Barnés y Lavín trataron de ocultarla hasta que hubiese pasado la hora del sepelio.

Al ser conocida tan infausta nueva, se presentaron en la casa del muerto las eminentes personalidades científicas, muchos masones, hombres políticos y gran número de escritores.

Figuraron en la presidencia del duelo el rector de la Universidad Central, los albaceas testamentarios, que son las tres personas entre las cuales expiró Simarro, parientes del mismo y el decano de la Facultad de Filosofía y Letras.

Además concurren representaciones del Gran Consejo de la Orden, de las Logias de Madrid y varios Representantes de las Logias de Provincias que aún permanecían en Madrid, del Ateneo, Círculo de Bellas Artes y de la Asociación de la Prensa, por uno de los elementos de la Junta directiva, nuestro h.: Antonio de Lezama.

El doctor Simarro parece ser que ha dejado un caudal de un millón doscientas mil pesetas, disponiendo que la mitad se aplique a la fundación de un Museo de Psicología experimental y el resto en usufructo para su viuda, la respetable señora doña Amparo Nieto, pasando a su muerte el caudal a engrosar el tesoro económico del indicado Museo.

## BIOGRAFÍA

Don Luis Simarro nació en Roma el 4 de Noviembre de 1851. Estaba, pues, para cumplir setenta años.

El niño Simarro, huérfano antes de los tres años, fué recogido por su madrina, y ésta lo ingresó, cuando fué mayorcito, en una institución llamada de Damas Nobles, fundada en Játiba a fines del siglo xv por

el Papa Alejandro VI (Borgia), nacido en dicha ciudad.

El prior de la institución sentaba todos los días a su mesa al niño Luis Simarro, por el gusto de escuchar los rasgos de talento y gran ingenio que el niño acusaba con gran precocidad.

Fué doctorado a los veinte años.

El año 74 estuvo en las barricadas de Valencia. Desempeñaba el cargo de tesorero de la Junta revolucionaria, y extendía los salvoconductos para entrar y salir en la plaza, que estaba sitiada.

Marchó luego a París, desterrado, y allí conoció e intimó con el admirable y sabio republicano D. Nicolás Salmerón, otra gloria nacional bien pronto olvidada.

Después volvió a España, desempeñando en la actualidad la cátedra de Psicología experimental de la Universidad Central, donde muchos hombres se matriculaban solamente por escuchar las enseñanzas que siempre se desprendían de las charlas familiares (jamás empleaba otro tono que el de charla familiar, ni aún en cátedra) don Luis Simarro.

Don Luis deja un importante legado para la fundación de una escuela en la que se enseñe la ciencia en la que él era especialista.

Todos los aparatos científicos que poseía, que son muchos y valiosos, pasarán en unión de otras cosas, a formar parte de esa escuela.

El dolor y la turbación nos han impedido hilvanar mejor estos apuntes biográficos, que no tienen más significación (en ningún concepto, y menos en el literario podrían tener otra) que la de rendir un tributo, no el último, de admiración y cariño al hombre todo bondad y ciencia.

¡Ha muerto el ilustre maestro Simarro! Su memoria perdurará hasta la muerte en muchos corazones; perdurando en el nuestro, no haremos más que cumplir con el deber de hombre agradecido.

No queremos dejar de consignar, sería olvido imperdonable, que la viuda de don

Nicolás Salmerón, doña Catalina, y sus hijas, en nombre de la Sociedad de señoras «Fraternidad Cívica», que cuida y embellece con tanto amor el Cementerio Civil, dedicó un delicado homenaje a D. Luis.

También figuró sobre el modestísimo fètetro la enseña de esa Sociedad.

## APENDICE 24

AÑO XXIX

Madrid 30 de Junio de 1921

NÚM. 350

## MASONERIA UNIVERSAL

## CONDICIONES

Se publica mensualmente y además suplementos extraordinarios.

Se admite colaboración de los Talleres y hermanos. No se devuelven los originales.

Inserciones de los Talleres y Cuerpos de la Federación, gratis.

Prohibida la reproducción.



## FAMILIA ESPAÑOLA

## REPARTO

Se repartirá gratis un ejemplar a todos los Talleres y Cuerpos de la jurisdicción.

Se admiten suscripciones al precio de 1,25 pesetas trimestre. Semestre, 2,25. Año, 4 pesetas.—Extranjero, año, 5 francos.—Ultramar, 2 pesos oro.

Número suelto, 50 cts.

## BOLETIN OFICIAL

DEL

## GRANDE ORIENTE ESPAÑOL

LIBERTAD

IGUALDAD

FRATERNIDAD



EL ILUSTRE Y PODEROSO HERMANO

Dr. Luis Simarro Lacabra

(Simb.: *Franklin*) gr.: 33**Gran Maestro del Grande Oriente Español**

Presidente del Gran Consejo de la Orden, Ex-Gran Comendador, Miembro activo del Supremo Consejo del gr.: 33 y de la Resp.: Log.: "Ibérica", núm. 7, de los VVall.: de Madrid, Representante y Garante de Amistad de varios Cuerpos Masónicos nacionales y extranjeros, etc., etc.

**HA PASADO AL ORIENTE ETERNO**

el día 19 de Junio de 1921 (e.r. v.r.)

Por tanto, el Gran Consejo de la Orden y el Supremo Consejo del gr.: 33, ruegan y encargan a todos los Talleres de la Federación, tanto Simbólicos como Capitulares y Filosóficos, celebren las honras fúnebres debidas a tan esclarecido hermano, y guarden luto durante tres meses consecutivos.

## APENDICE 25

135 - 12

Sob.: Consejo de Gobierno

## Gran Logia Española

Antes Regional Catalano Balear

Rito Escocés Antiguo y Aceptado



GRAN SECRETARÍA

Ref. núm. ....

A L. G. D. G. A. D. U.  
A L. Resp. Log. LA SAGESSE

Vall. de Barcino 21 de junio de 1921 (e. v.)

Ven. Maest. y Qq. HH. ;

S. F. U.

Habiendo llegado a conocimiento de esta Gran Maestría la funesta noticia de haber pasado al Or. Eterno el Ilustre y Rod. H. Luis Simarro y Q. L. T. L. S. L. Gr. Ma. del Gr. Or. Español, impresionado por la dolorosa pérdida que experimenta la Franc. Masonería

HA DISPUESTO que se le tributen en la primer Ten. que esa Resp. Log. celebre una trip. bat. de dolor a la memoria del mismo.

No dudando lo cumplireis así, recibid Ven. Maest. y Qq. HH. el abra. frat. y osc. de paz que os envía

El Gr. Maestre  
Pres. del Sob. Cons. de Gob.



El Sr. de Harro

MADRID, 28.

Querido Sr. Luis: me proponía ir a verte hoy, pero estoy que no puedo ir y complementamente. Te escribo por la principal:

La que me proponía decirle confirmo y quiero a los compañeros con lo que sigue:

1.º El debate de Toner, definitivamente, se inicia el lunes.

2.º Los congresos, en el día - realmente agustados por Canaleja, tratan de repasar el debate, lo mismo el día.

3.º Nuestros señores Embajadores

en Francia y Inglaterra, han pasado que la mayor parte

de la prensa del 15 de mayo a ser como personal para que con telegrafía hasta del debate Toner.

Una vez más autenticar, que puede salir extraños.

4.º "España Nueva y El País" como dicen hay una campaña de cubriendo todo el plan maestro - canalicista.

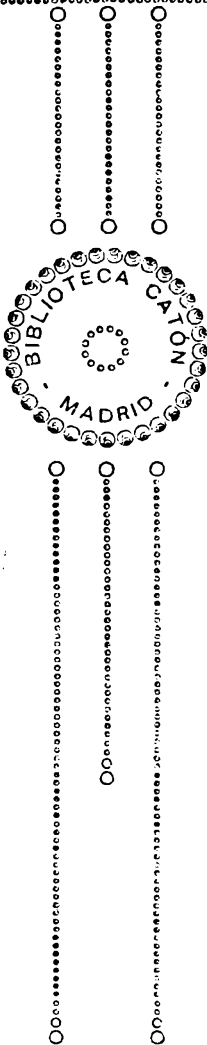
5.º Los amigos del Pretile se los congresos (por que así se lo indique) es o bien hay a todos

los orientes también cuenta del



APENDICE 27

# A Simarro



Siendo uno de los fines de la **Biblioteca Catón**, filial de la Logia *La Catoniana*, número 336, de la Federación del *Grande Oriente Español*, el enaltecimiento de los hombres ejemplares de la Masonería, no podía cerrar los oídos a la doliente vibración social producida por la muerte del doctor **Simarro**, nuestro Gran Maestro.

Inequivoca manifestación del duelo nacional, expresivamente lo testimonian diferentes artículos necrológicos insertos en varios periódicos, suscriptos por los más sólidos prestigios intelectuales de España. Coleccionarlos en diferentes folletos es tarea provechosa con la que se honrará a tan esclarecidos ingenios, que se ofrecen unidos al extender una brazada de flores sobre la memoria perdurable del glorioso muerto. La **Biblioteca Catón**, reproduciéndolos, cumple un deber inexcusable de fraternidad masónica y de justicia popular para con **Simarro**.

Pequeña es la ofrenda; pero tiene por ello la significación de la espontaneidad y la modestia. Es un sollozo ahogado y estremecido por una fibra rota del sentimiento...

## Don Luis Simarro

por **AUGUSTO BARCIA**

Murió Simarro, después de sufrir los dolores de una enfermedad cruel y prolongada y las torturas morales de una agonía presentida y consciente. Hace pocos días, la última vez que disfrutamos de los encantos de su conversación seductora, nos decía: «Esto toca a su fin; cuestión de días, acaso de horas». Y después, como si hubiese hecho un diagnóstico leve de sus padecimientos, iniciaba una conversación llena de encantos y de enseñanzas. Cada frase era una sentencia; cada palabra, un axioma. Hablaba de España, de su situación interior, de la abyección en que habían caído los políticos liberales, de la indiferencia de la opinión, de los grandes problemas internacionales que planteaba la paz, de las graves cuestiones humanas.

No creo que haya hoy en nuestro país quien sea capaz de hablar como hablaba Simarro. Su cultura era inmensa; su pensamiento, formidable; su ingenio, asombroso. A muchos de los amigos de don Luis—como con familiar respeto le llamábamos todos—les tengo oído decir: «Es un terrible ironista; su ironía raya en escéptico». ¡Qué lamentable yerro!

Simarro era un creyente fervoroso de las grandes ideas; profesaba el culto de la Libertad. Para don Luis los pueblos podían vivir sin democracia, podían mantenerse en régimen de privilegios; pero no concebía la existencia humana sin la Libertad. En su último diálogo nos lo decía: «La Libertad es la condición necesaria para la Ciencia; si los hombres perdiesen el amor a la Libertad y si a este amor no lo sacrificasen todo, la vida incluso, veríamos al mundo volver a la barbarie.»



Con la muerte de Simarro se extinguió en el tenebroso horizonte moral de España uno de los últimos luminosos destellos de aquel liberalismo inteligente y austero que nos legó la revolución del año 1869. Simarro, siendo mozo, contaba veintidós años, fué cantonal en Valencia; se batió como un héroe y se condujo como un bravo. De esto nunca hablaba. Sólo sus íntimos podían abordar el tema, que casi siempre se frustraba.

Simarro, como levantino, era un hombre de intensas pasiones. Su talento inmenso, su exquisita educación, su enorme cultura, tejían un velo tupido que ocultaba el fuego de sus sentimientos; pero por debajo de aquella bondad y aquella blandura que orlaban su vida, se descubría un corazón apasionado y que vibraba con intensidad ante cualquiera emoción. Para don Luis no había dolor que le fuese ajeno; donde veía un doliente acudía presuroso a prestarle amorosa asistencia. Somos algunos los que sabemos hasta qué límite llegaban las magnanimidades de aquel hombre justo y bueno.

4

Son pocos los que saben—aunque Cajal lo tiene dicho en uno de sus libros—que Simarro fué precursor y maestro de don Santiago Ramón, y que éste, en momentos de desmayo, volvió los ojos a la labor que don Luis realizaba en los métodos de aplicar las sales de plata para el tñido de las neurofibrillas, y que en ellos encontró la ruta firme para lograr su fama universal el gran histólogo.

La natural modestia de Simarro, que en él constituía una verdadera necesidad, le llevó mil veces a dar fama y renombre a otros, a quienes ayudaba e instruía con su inmenso saber. Y es que Simarro se deleitaba en ver marchar las cosas, muchas veces movidas por él desde su casa, ambiente de paz, donde todo estaba tñido por un tono sereno y plácido. A don Luis para ser un epicúreo, le estorbaba su insaciable romanticismo; para ser un estoico, habría tenido que arrancar de su alma todos los anhelos de arte y de aristocráticos gustos que le dominaban.

Para conocer a Simarro había que sorprenderle abando-

nado a sus sentimientos, entregado a sus grandes afanes ideales. Dígalos si no aquella labor gigantesca, prodigiosa, digna de un jurisconsulto de fama universal, que realizó cuando fué fusilado Ferrer. Con las energías de un mozo y los desbordados entusiasmos de un neófito, consagró energías, salud, tranquilidad y dinero a descubrir la verdad de aquel proceso. Y del análisis insuperable que hizo del proceso dedujo y pronunció la sentencia definitiva: «La inocencia de Ferrer».

\* \* \*

Don Luis Simarro tenía madera de santo y de sabio. Por eso vivió para el bien y para la verdad. Murió como un justo.

(De *La Libertad* - 21 de junio de 1921.)

5



## El doctor Simarro

por **LUIS ARAQUISTAIN**

No por haber estado prevista su fatal inminencia, la muerte del doctor Simarro—tras dolorosa, larga, y consciente agonía—deja menor surco de extrañeza y congoja. La idea de no verle más en su hospitalaria y suntuosa casa, a todo el mundo abierta—la última vez fué el pasado invierno, junto a la gran chimenea, bien cargada de leña llameante—; de no oírle comentar el último suceso político, con su inge-

nio y escepticismo de costumbre, o algún hecho de ciencia o alguna idea filosófica, y decir «Ahí tengo un libro...»; de no verle aparecer en el Ateneo o en el caserón de la revista *España* a proponernos la creación de una Liga, una protesta contra algún desmán del Gobierno o un mitin por algún tema de libertad; la noción de que esta amable y sugestiva personalidad conversadora, que parecía gustar de la acción como descanso de una vida mental siempre alerta y laboriosa, no se moverá ya entre nosotros, engendra la melancolía de esos vacíos que, siendo algo más que huecos en el hábito, no pueden volver a llenarse nunca. En la España contemporánea, el doctor Simarro tenía una fisonomía única.

6

Hay dos temperamentos antagónicos: el del hombre que canaliza su energía desde el manantial mismo, y convierte una escasa fuerza en un pequeño motivo metódico donde va moliendo día a día, con diligencia y aprovechamiento de hormiga, su pequeña obra, y el del hombre que, pudiendo ser río caudaloso, gusta desbordarse sobre sus propias márgenes y perderse en mil riachuelos y balsas; el temperamento afluente y el temperamento refluente. De este último era el doctor Simarro, como suele serlo, generalmente, el temperamento español. Su curiosidad era enciclopédica. Médico de profesión, consagróse originariamente a los estudios histológicos, y en ellos puede decirse que fué precursor e iniciador de don Santiago Ramón y Cajal, como este mismo le reconoce en el tomo segundo de sus *Recuerdos de mi vida*, con levantada nobleza, en las siguientes palabras (página 74): «Debo a L. Simarro, el afamado psiquiatra y neurólogo de Valencia, el inolvidable favor de haberme mostrado las primeras buenas preparaciones efectuadas con el proceder del cromato de plata, y de haber llamado mi atención sobre la excepcional importancia del libro del sabio italiano (Camilo Golgi) sobre la íntima estructura de la sustancia gris. A este hecho, que ocurre en 1887, le atribuye Ramón y Cajal «importancia decisiva en mi carrera».

Años más tarde, es otra vez el doctor Simarro el que orienta al doctor Ramón y Cajal. Después de infructuosas

tentativas con las técnicas precedentes—dice el gran histólogo, en la página 419 del mencionado libro—, consagré en 1903 particular atención al método del doctor Simarro, primer autor que logró teñir las neurofibrillas mediante las sales de plata. El desarrollo y perfeccionamiento de este método es el que conduce a la fórmula de Ramón y Cajal que le hace cálebre, «obtenida—escribe él mismo—, según dejo dicho, mediante el análisis experimental de la reacción de Simarro». Aduzco estos datos del doctor Ramón y Cajal, no por deleite de intromisión en materia de que nada entiendo, sino como testimonio de la fecundidad científica del doctor Simarro, que así supo estimular y guiar al gran maestro de Histología.

Pero el interés supremo de Simarro no podía circunscribirse a una tan localizada zona del conocimiento, sino aspirar a una visión integral de la vida y el mundo. Fundamentalmente, era un espíritu filosófico más que científico, en el sentido de especialidad de esta palabra. Formado por profesión y temperamento en la corriente materialista, su gran enemiga fué contra todas las cristalizaciones sociales (estados, religiones positivas, ejércitos), que después de haber perdido la substancia ideal de origen, son opresión para el individuo. Era un irreducible individualista, un temperamento ingénitamente anárquico.

Pero, como ocurre con frecuencia, este hombre materialista, escéptico, individualista, guardaba un puro fondo de religiosidad. Acaso por guardarlo tomó actitud de oposición y combate frente a la mayor parte de las instituciones públicas, tal vez por verlas exhaustas de toda religiosidad, de todo sentimiento de fraternidad, de humanidad común. La religiosidad en él era emoción primaria, impulso de religamiento, de unión espontánea y ética entre los hombres. Vista a la luz de esta interpretación religiosa, en su modo de trascendencia puramente humana, toda la vida del doctor Simarro adquiere aquel alto sentido idealista que sus enemigos y no pocos amigos no quisieron reconocerle. Toda su actuación pública, intensificada en los últimos años, no es

más que eso: una reacción de humana religiosidad contra una herejía cometida en la persona de otro hombre y resonante en su común humanidad. Su actitud en el proceso de Ferrer, que le indujo a escribir su apología, obra ejemplar de Derecho positivo, mientras los jurisconsultos profesionales callaban, fué un movimiento religioso contra un acto antirreligioso de su religión, antihumano. Y su afán por crear ligas, por vivificar la de los Derechos del Hombre y por restaurar el viejo espíritu religioso de la Masonería, respondía a idéntico propósito: difundir la religiosidad natural entre los hombres y constituir pequeños organismos o sectas libres para lograrlo. En el materialista y anarquista espiritual, había algo de un cristiano primitivo entreverado con un sabio epicúreo.

Es imposible, no ya agotar, sino reflejar pálidamente en unas pocas líneas la pletórica personalidad del doctor Simarro. Hombre desdeñoso de la gloria, de la supervivencia de su nombre, no quiso enfrentarse con el esfuerzo de ordenar y expresar por escrito el tesoro de su conciencia, y es de temer que se suma en el olvido, como el agua incanalizada en la tierra reseca del contorno. Le faltó un Boswell o un Eckermann que hubiera registrado día a día sus conversaciones, y de haberlo tenido, la sorpresa del vacío, de no contarle ya entre nosotros, estaría compensada, en parte, de poseer en nuestra lengua uno de los libros biográficos—de ciencia, de filosofía, de política, de ignorados sucesos nacionales e internacionales de gran importancia—más ricos, amenos y educadores que jamás se han escrito. ¿No podrían algunos de sus discípulos y amigos íntimos suplir esta lamentable falta?

(De *La Voz* - 20 de junio de 1921.)



## El doctor Simarro

por **RAMÓN PÉREZ DE AYALA**

Como quiera que por virtud de la sacrosanta y omnipotente arbitrariedad, Dea inexcrutable que gobierna, sin gobernalles, sobre los españoles, los españoles, ignorantes de toda razón o motivo que lo justifique o explique, estamos inexorablemente sometidos a una anestesia de la conciencia intelectual, pasivos durante un lapso de treinta y seis horas por semana—desde las ocho de la mañana de cada domingo hasta las ocho de la noche de cada lunes—, obligado lapso de insensibilidad e inconsciencia, que a esto equivale el compulsorio y levítico descanso dominical de las hojas periódicas, privación o ausencia en que no recibimos sensación alguna de cuanto sucede en nuestro cuerpo solidario nacional, que debiera ser prolongación sensible de nuestro minúsculo cuerpo individual, he venido a informarme ahora, las cinco de la tarde, de que ayer, a primera hora del día, ha dejado de existir el doctor Simarro.

Doctor Simarro; así se le llamaba siempre, entre los doctos y en la lengua del pueblo.

Si, en efecto, cada español estuviera unido a los demás españoles, por una sutil e invisible red de emociones e ideas—un mínimo de emociones e ideas patrias y por ende universales—, habría ocurrido, que sin enterarnos, y por gracia del descanso dominical de la Prensa, hubiéramos experimentado ayer mañana, al dejar de existir el doctor Simarro, el cercenamiento de uno de los sentidos u órganos de relación, y los poseemos escasísimos, que nos mantenía en contacto con el resto del mundo. No nos hemos enterado, ni ahora ni desde hace muchos años; pero, conviene que nos vayamos enterando.

Dejo de lado lo que el doctor Simarro representase en su profesión; otros doctores tiene la iglesia científica que lo sabrán aquilatar y conmemorar.

Quiero decir lo que el doctor Simarro representó como ciudadano español, esto es, en lo político. El doctor Simarro representaba precisamente eso; la preocupación por lo político, el esfuerzo por adquirir y la fruición dolorosa de haber adquirido, y no ser participada por sus distraídos conciudadanos, una breve suma de emociones e ideas patrias, y por ende universales.

Hace cosa de un año, saliendo de casa del gran pintor Sorolla, el doctor Simarro me decía: «De vez en cuando, necesito verme fuera de España. Si llevo mucho tiempo seguido aquí, al observar mi discrepancia absoluta con la casi mayoría de los españoles, acerca de las más rudimentarias y usuales normas de convivencia política, llego a dudar si estoy loco y los cuerdos son los otros. Entones tomo el tren y me apeo en dondequiera: en Italia, en Francia, en Suiza, en Inglaterra, en Alemania. La primera persona con quien suele uno hablar es con el barbero, mejor dicho, quien suele hablar es el barbero. Ya ha observado lord Bacon, el gran observador, que los barberos son elocuentes en todas partes. Pues bien, a los diez minutos de oír hablar a un barbero de cualesquiera de aquellos países, me confirmo que no soy yo precisamente el loco. Aquellos pobres hombres, simples ciudadanos, están al tanto de las más rudimentarias y usuales normas de convivencia política, como lo están todos los demás ciudadanos, los en alto y los de abajo, porque en todas aquellas naciones está resuelto el problema político, en tanto aquí no se ha resuelto aún, y así se da el caso de que nuestros más ilustres figurones políticos son políticamente inferiores a un rapabarbas extranjero.»

La figura del doctor Simarro destacó singularmente en la vida política española con ocasión del fusilamiento de Ferrer. No es coyuntura, en este momento, de fijar si la condena obedeció o no a formulismo legal. Admitimos que sí. Pero, como por virtud de la sacrosanta y omnipotente arbi-

trariedad, sistema de gobierno que se consustantiva con la empecatada y soberbiosa condición ibérica de mandar sin aducir razones, aparecía, desde la óptica y perspectiva de los demás pueblos, que a Ferrer se le había fusilado por delitos de pensamiento, se abrió un clamor universal fuera de España, en menosprecio y vejación de España. «Clamor de apaches y barberos», comentaron, con rictus de altanería, los sacerdotes de la arbitrariedad. Quizás. Pero con barberos y apaches caminaban a par las altas mentes, todos de consuno, encerrados en invisible red de emociones e ideas universales, un mínimo de ellas, lo que con expresión, también universal, se denomina los derechos del hombre, derechos comunes desde el soberano hasta el apache.

Hacía falta entonces una voz vindicativa de España. Y el doctor Simarro elevó su voz. No hay salvación sino en la confesión.

Por esta circunstancia, por ser el doctor Simarro a quien más se le oyó fuera de España, dentro de España se supuso que era el hombre detrás de la cortina, conspirador que maneja hilos internacionales, y que a su mera voluntad y arbitrio se debió, por procedimientos clandestinos, el subitáneo henchimiento de la irritación extranjera. Si así fuese, ¿qué mayor reconocimiento de la potestad de un hombre? ¿Cuál de los españoles de las últimas décadas, ha podido por su mera voluntad y arbitrio, echar a la calle, en una hora precisa, clamorosamente, los habitantes de cien ciudades en diez distintas naciones? Alguna razón más profunda debió de existir para provocar este raro fenómeno. Y es que el doctor Simarro sentía y pensaba al unísono con el tipo medio del ciudadano de las naciones cultas. Era, como digo más arriba, el doctor Simarro uno de los escasísimos sentidos u órganos de relación que nos mantenían en contacto con el resto del mundo. Temblaba al compás de millones de hombres modernos. Poseía una de las más ricas bibliotecas: leía de continuo; intentaba aprisionarlo todo en el círculo elástico del conocimiento. Le interesaban, «pro indiviso», la Naturaleza, la Sociedad, el Arte y la Ciencia. Comprendía



12

que en España toda individualidad poderosa en las finanzas, en el arte, en la ciencia, es una personalidad frustrada, porque le es imposible alcanzar plenitud de desarrollo mientras en la nación no esté resuelto el problema político, que es el de la libertad y la cultura. Sabía que no se llega a la revolución social sin pasar por la revolución política y la religiosa, no de otra suerte que la madurez sobreviene como corolario de la mocedad y la adolescencia, pues los eunucos, no siendo adolescentes, mal se convertirán en adultos. Era, en definitiva, un liberal y un radical: que radical significa buscar la raíz de las cosas, y la raíz del desarrollo humano es la libertad. Por liberal le tachaban, como a los demás liberales, de hombre arcaico y pasado de moda la muchedumbre de personajes políticos al uso, cuya cuadrícula mental se corresponde con el cerebro de los hombres del siglo xv (del siglo xv antes de Cristo, naturalmente), que se figuran que una patria se puede formar sin la adición de hombres universales. Al doctor Simarro no le asustaba ningún atrevimiento político, pero juzgaba que no se verifica una adición sin antes penetrar el concepto de la unidad, y que 3 es 1 más 1 más 1.

El doctor Simarro, con el llorado e imperecedero don Francisco Giner de los Ríos, inspiraron y alentaron el orto del partido reformista. Fueron como los dos Dióscoro; se mantenían en equilibrio sobre la aurora del partido a causa del temperamento y densidad contrapuestos. Don Francisco, frágil, por exquisiteces y escrúpulos de absoluta perfección, pesaba, sin él proponérselo, sobre los estímulos activos, moderándolos y aplazándolos. El doctor Simarro, robusto, sentíase inflamado de una especie de ardor e impaciencia, que algún espíritu superficial quizás calificase de fanatismo. Imagino que estas dos nobles pautas presidirán siempre el horóscopo del partido reformista, y ojalá, algún día, el de la política oficial.

(De *El Liberal* - 21 de junio de 1921.)

## El doctor Luis Simarro

por G. R. LAFORA

Todos los periódicos liberales han publicado una biografía del doctor Simarro, estudiando principalmente las actividades políticas y sociales de sus últimos años. Aquí sólo queremos referir brevemente sus actividades de biólogo e investigador, que ocuparon los dos primeros tercios de su vida, y algunos detalles no mencionados en las biografías publicadas.

Poco después de terminar su carrera marchó a París, donde trabajó con Ranvier, primera figura de la histología francesa, y a su vuelta a España trabajó muchos años en su pequeño laboratorio particular, haciendo magníficas colecciones de embriología, histología comparada del sistema nervioso y, finalmente, estudios sobre la fina estructura del cerebro y médula del mono y del hombre, empleando los métodos de Wriget y de Golgi. Dibujaba primorosamente, y aun se conservan en su laboratorio numerosas carpetas de dibujos excelentes. Toda esta obra de años quedó inédita, pues Simarro tenía poca afición a escribir. En sus últimos años de investigación histológica ideó el método de impregnación argéntica del sistema nervioso, utilizando ingeniosamente los principios de la fotografía, idea que luego fue base, mediante perfeccionamientos y simplificaciones, del método argéntico de Cajal, que ha dado origen a numerosos otros métodos de este último de sus discípulos Achúcarro y Del Río-Hortega. Estos métodos argénticos han revolucionado la histología, y empiezan ahora a apreciarse en los laboratorios extranjeros.

Los últimos trabajos de laboratorio que emprendió fueron sobre las placas cerebrales seniles, que descubrió al mismo tiempo que Fischer. También descubrió hace años la diferenciación entre los cilindros ejes y las prolongaciones protoplasmáticas de las células nerviosas.

Fué en cierto modo iniciador de las aficiones de Cajal hacia la histología, a la que éste dedicó luego toda su actividad y su talento. Tiempo después se disputaron los dos maestros la cátedra de Madrid, en oposiciones que hicieron época y en las que al fin salió vencedor Cajal, quien siempre conservó la amistad y la admiración de Simarro. Algunos años después ganó Simarro, por oposición, la cátedra de Psicología experimental de la Universidad, y sus lecciones eran tan excelentes, que sabemos de algunos discípulos que han acudido durante varios años seguidos a oír las conferencias del maestro.

14

La biblioteca médica, psicológica y filosófica de Simarro tenía 6.000 volúmenes en 1910, y fué luego bastante aumentada. En su testamento, según creemos, la deja a la Facultad de Ciencias de la Universidad, así como un importante legado de su fortuna personal.

Los discípulos que le admirábamos hemos perdido un consejero bondadoso y un mentor insuperable, y siempre exuberante de sugerencias sobre líneas de investigación y sobre libros dignos de consultarse. España ha perdido uno de sus cerebros más poderosos, por la calidad y extensión de sus conocimientos y por la universalidad de sus ideas. Simarro poseía una de esas raras inteligencias que a la vez de ser profunda era brillante en sus medios de expresión. Dominaba la ironía a la manera de Anatole France, y siempre tenía un relato curioso para ilustrar sus ideas o una paradoja para desconcertar al que discutía con él.

Es doloroso ver cómo la muerte deshace la obra de formación de estos cerebros privilegiados, en los que, a un gran talento inicial, ayudado de una retención envidiable y de exuberantes medios de expresión, se une luego la obra de perfeccionamiento continuo, que aportan el estudio persis-

tente, los viajes, las investigaciones biológicas y el conocimiento de las miserias y enfermedades del hombre.

Simarro fué un hombre de espíritu sencillo y modesto, pero de gustos refinados de gran señor. Se negó siempre a ser académico, porque detestaba nuestras corporaciones oficiales. Era gran aficionado al arte, y fué amigo de Madrazo, de Sorolla, de Emilio Sala y de otros artistas, que han llenado su hotel de obras. No gustaba, en cambio, de la música, a la que consideraba como un placer inferior; y para apoyar humorísticamente esta idea, decía que todos los idiotas e imbéciles y muchos animales, gustaban y comprendían este arte, en tanto que no paraba su atención en un bello edificio, en una buena escultura, en un cuadro o en un libro clásico. Para él no constituía la música un placer intelectual, sino puramente sensorial y comparable al que se deriva de un aroma delicioso o de una succulenta refacción. En las discusiones con sus amigos filarmónicos sabía decir siempre nuevas ideas ingeniosas y defender con singular gracejo su mal oído, que le hacía repudiar la música.

15

Cuando, hace dos años, examinábamos juntamente la entonces discutida capacidad mental de un infante, pude apreciar la delicadeza y finura de espíritu de Simarro, que, como un gran señor, trataba e interrogaba a su huésped y le recordaba detalles biográficos de sus reales antepasados.

Es irritante ver el desprecio con que la ramplonería e ignorancia de nuestra mesocracia ha tratado el nombre de Simarro, cuando éste intervino en nuestra política, siempre con un espíritu elevado y adelantándose varios siglos a la ideología de nuestra mediocridad. Simarro fué amigo de Salmerón, Canalejas y últimamente de Dato, a pesar de la distancia que le separaba de este último.

Quiso ser varias veces diputado; pero la maraña electorera le arrolló siempre, y ha sido una lástima su fracaso, porque su ingenio sagaz y rápido y sus conocimientos le hubiesen convertido en un gran parlamentario y estadista.

Mientras todos los imberbes retoños de nuestros políticos y caciques de segunda línea salían diputados, a veces

por el artículo 29, esta España carcomida de los días de un Bugallal repudiaba en los comicios a Simarro, a Unamuno y a otras mentalidades superiores, que hubieran llevado al Parlamento el espíritu de Europa, frente a la ideología del casino pueblerino que allí domina.

Es el sino de este país, asilo de la mediocridad.

(De *El Sol* - 24 de junio de 1921.)



## El doctor Simarro

16

por **GABRIEL ALOMAR**

Conocí al doctor Simarro en Barcelona, en 1908, cuando acababa de asistir a un Congreso científico de Zaragoza. Ya en aquella entrevista sentí la atracción y el prestigio de su mirada noble, de sus maneras exquisitas, de su voz llena de suaves inflexiones efusivas, su palabra, en la que resaltaba por momentos el «ño?», a la manera americana, requiriendo la íntima y reiterada conformidad del interlocutor. Me atrajo sobre todo en su persona aquella rara coexistencia de las cualidades del sabio con los desvelos de la ciudadanía y las inquietudes de un celo ardiente por la libertad. Aquel hombre era todo lo contrario del profesor oficial arquetípico, aislado en sus especialismos, casi siempre embrutecedores, o consagrado a un pedagogismo puramente adjetivo y medial.

Después, ya en 1911, visité al doctor Simarro en su casa de Madrid, aquel pabellón de la calle del General Orás deli-

cioso retiro que revelaba, ante todo, un alma de artista. Recuerdo que allí conocí, junto a nuestro don Luis, al gran pintor Sorolla y al ilustre señor Bernete.

Confieso que entonces el doctor Simarro tenía, a mis ojos, un atractivo superior a todos sus méritos de psicofisiólogo: acababa de publicar su libro «El proceso de Ferrer y la opinión europea», grito viril de una conciencia no envilecida por esa tremenda corrupción del sentido de justicia, extremada en la hora presente hasta el cinismo gubernamental y la insensibilidad del país.

Casi no me atrevo a recordar que yo había tenido el honor de levantar mi protesta el primero de todos, ya antes del Consejo de guerra, previendo la sentencia, a la cual coadyuvaba en primer lugar una Prensa incalificable. Imagínese, pues, con qué fervorosa devoción acudiría yo a estrechar la noble mano que había reunido en nutrido volumen la clara visión jurídica de aquel caso, preparando un segundo tomo que debía comprender los testimonios de la protesta universal ante aquella ejecución. El doctor Simarro, con su libro, se había elevado a la representación de una España selecta y pura que excusaba a la otra, y unía su voz a la de la civilización ofendida, para restablecer el vínculo roto. Mentalmente, yo pronunciaba otros nombres significativos de fraternidad espiritual con el de nuestro gran anciano: Gabriel Travieux, Scheurer-Kestner, Cornely, el doctor Havet.... A todos nos amparaba el recuerdo ejemplar del «J'accuse».

¿Qué importaba que afuera, a nuestro entorno, las hereditarias insensibilidades uniesen en solidaria culpa a las clientelas políticas más aparentemente opuestas y se preparase el retorno de los políticos derribados por un empuje cordial de conciencia herida? ¿Qué importaba que el porvenir nos reservase truculencias mayores todavía? En aquel laboratorio, en aquella biblioteca, yo sentía el plasma de una España dignificada en esa lucha con los vientos que soplaban desde las tenebrosas ascendencias, alientos de multitudes educadas en el espectáculo de los grandes extermi-

nios jurídicos; sentía la conformación de una impopularidad momentánea, base de futuras y gloriosas popularidades. El doctor Simarro no vivía en tiempos propicios a la fecundidad de la semilla que lanzaba, pero su voz clamante en el desierto tenía acentos de precursor. Allá lejos sonaba la gritería estéril del Parlamento; volaba el desperdicio de hojas otoñales de una Prensa inconsciente y miope; se desparramaba la gran colmena humana de Madrid, cuyo rumor no llegaba a las puertas de aquel refugio, que no era ciertamente una egoísta torre de marfil, sino una tribuna enhiesta al borde de una muchedumbre voluntariamente sorda..... Pero la apelación al porvenir enardecía nuestras almas.

Después, no he pasado por Madrid sin hacer una visita de homenaje y cordialidad al noble viejo. Colaboré, como pude, en sus esfuerzos para arraigar entre nosotros su Liga de Derechos del Hombre, esperanzado en el ejemplo de la cooperación casi maternal con que la Liga francesa había contribuido a forjar la Francia posterior a la rehabilitación de Dreyfus, labor tristemente interrumpida por la guerra y por la victoria. Desgraciadamente, nuestros núcleos intelectualistas no tuvieron la virtud de cohesión de aquel grupo presidido por la venerabilidad de Anatole France, y cuyos propagandistas más activos fueron, sin duda, Francis de Pressenzé y Paul-Hyacinthe Loyson, ambos desaparecidos ya, aunque su obra adquiriera nuevos bríos ahora, al amparo del gran Anatolio, de Romain Rolland, de Barbusse.

Nunca ha sido tampoco más necesario que ahora renovar entre nosotros parecido esfuerzo. ¿No podría impulsarnos, en presidencia espiritual, esta sombra venerable? Difícilmente encontraréis, en la memoria de nuestras luchas por la libertad, el acicate de una tiranía más provocadora. El enemigo no tiene siquiera la respetabilidad que da la franca y noble aceptación de sus ataques, de sus violencias, de sus provocaciones. Perdió todo sentido de responsabilidad y se disimula tras de burdas anfibologías o en nocturnas encrucijadas. Pero la levadura romántica se extinguió en el pecho de nuestras juventudes. Y la quijotesca juventud espiritual

de los románticos era la que brillaba en los ojos de don Luis al fulminar sus execraciones y acariciar la visión de sus esperanzas. La herencia de Don Quijote le inducía a la engañadora ilusión de reanimar algún extinguido ideal de sus mocedades, que tuvo la fuerza de conjuro necesaria para forjar naciones como Italia, para difundir la energía jacobina, para reconstruir por tres veces la Francia desligada de su tradición, para libertar juveniles colonias oprimidas y suscitar mártires que por ellas murieron serenamente. Así, veíamos a don Luis Simarro combatir por una reconstitución de la Masonería española, a modo de fraternidad universal que solidarizase nuestra liberación con la de todos los pueblos e hiciese de nuestra causa internacional, según el ejemplo de las grandes instituciones superpatrióticas, propiamente religiosas. Pero la Masonería—¡oh, sombra ecuestre y gloriosa de Garibaldi!—pertenece, como fórmula, a la Revolución francesa y al Tercer Estado; y la rivalidad de otro internacionalismo, el proletario, le daba cierto tinte anacrónico, que a veces originó lamentables desavenencias, como en el Congreso del Librepensamiento celebrado en Roma. Mas no es esta la ocasión de desarrollar un tema tan sugestivo y fecundo.

19

De todas maneras, ese impulso caracteriza el romanticismo del doctor Simarro. Hermano espiritual de nuestros revolucionarios, adiestrado en sus barricadas, él habrá sido el último vástago de una estirpe dolorosamente agotada. Tal vez de esa falta de consanguinidad nacía la ausencia de eco para su voz. Hablaba una lengua que nuestras generaciones no son ya dignas de hablar. Era, al modo de un Tráseas, el último representante de la República, y su vida era una acusación. Su integridad le unía al recuerdo viviente de los tribunos puritanos, sobre todo al de Pi y Margall, cuyo magisterio, que será eterno, está predestinado a la leyenda, al mito conductor de toda nobleza ética.

(De *La Libertad* - 29 de jan. de 1921.)



## SIMARRO

por **H. GINER DE LOS RIOS**

En las necrologías que he leído del sabio profesor de la Universidad Central, he echado de menos detalles de su vida que, sin duda, ignoraron los biógrafos, o que tal vez intencionadamente han omitido. Y allá van estas líneas, para contribuir a llenar vacíos, y como pequeño tributo de admiración al amigo y piadoso recuerdo al maestro.

Le llamo maestro, no sólo porque lo fuera siempre y en múltiples disciplinas, por no decir en todas, sino porque lo fué mío, durante un año académico, en uno de los primeros cursos que explicó, después de ganar su cátedra en brillantes oposiciones.

20

Yo, catedrático de Psicología hacía muchísimos años, asistí a aquellos ejercicios, donde demostró conocer tanta Historia de la Filosofía, como Filosofía de la Naturaleza; dominando la Escolástica lo mismo que el Racionalismo, o el Positivismo (que era su escuela); la Literatura y el Arte, al propio tiempo que las Matemáticas, la Química, las lenguas clásicas y las modernas. Y, claro que, por devoción, y por lo que creí obligación elementalísima, cursé en su clase de Psicología Experimental, para orientarme (dentro de los límites de mi formación filosófica) en los nuevos problemas de la Psicofísica y de las aplicaciones de los estudios del sistema nervioso a la Psicología rudimentaria de los Institutos.

La fama de su saber reconocido en el Ateneo, se patentizó públicamente en aquella oposición. Pocas veces se ha creado una cátedra con más justificación, y pocas se otorgó con mayor unanimidad oficial y pública.

Salmerón presidía el Tribunal y todos los jueces vocales

eran también competentísimos. La cátedra sería común a los Doctorados de Filosofía y Medicina. Y desde su funcionamiento ya se ha notado el programa de estos estudios en los jóvenes opositores a las asignaturas de Universidad y de Institutos de la misma materia o de materia análoga, lo que confirma el acierto en la creación de la clase, y en la elección de la persona.

Conocí a don Luis Simarro y Lacabra a poco de llegar a Madrid, allá por los años de 1876 al 77, y por medio del gran médico sevillano don Federico Rubio, fundador del patronato de su nombre. Al lado de don Federico empezó a formar sus relaciones, aunque no su clientela, pues nunca tuvo Simarro grande entusiasmo por el ejercicio de su profesión; sus inclinaciones, sus amores, siempre fueron la ciencia y el magisterio. Por esto, su amigo, y, en cierto modo, su protector, lo presentó en la Institución libre de Enseñanza, que se estaba precisamente organizando, y de cuya Junta directiva formaba parte el doctor Rubio. Desde un principio figuró en el cuadro de sus profesores, encargado de la clase y gabinete de Física, Simarro, no solamente explicando esta materia, sino dando conferencias sobre los últimos descubrimientos de Helmholtz en acústica y Tyndall en óptica. Recordamos perfectamente sus lecciones de investigación propia y con curiosas experiencias, en el salón de la calle de Esparteros, donde se inauguró la Institución, siendo yo a la sazón también profesor y secretario.

Desde entonces, hasta hace pocos años (hacia el 910 o 912), nunca se interrumpieron las relaciones de cordial intimidad entre Simarro y la Institución.

Pero diferencias de apreciación, tal vez, en determinada campaña mantenida por él con vehemencia tan noble como inesperada, dado su carácter, operó en su espíritu cierto retraimiento, que relajó los cariñosos vínculos, al parecer atados, en el comienzo, para una eternidad.

El doctor Simarro fué médico de un manicomio oficial de los cercanos a Madrid, en aquellos sus primeros tiempos de la Corte. Luego, dedicado de lleno a su especialidad de

Psiquiatría, se le vió subir por avânces rápidos, desde la estimación pública hasta las cumbres de la fama.

Hacia la fecha últimamente marcada, recuerdo que, por encargo del jefe del partido radical señor Lerroux, fuí a ofrecer un puesto en las candidaturas republicanas por el sitio que él prefiriera; mas rehusó la indicación sin lograr convencerle, y eso que el ofrecimiento era absolutamente incondicional, sin que nada le ligase ni obligara. Recientemente, en las últimas elecciones para diputados a Cortes, también el partido republicano radical le ofreció un puesto por Madrid, que renunció asimismo, fundándolo en el estado de su salud, harto quebrantada, y otras razones.

Entre ambas elecciones, luchó por un distrito valenciano, sin obtener el merecido triunfo, quizás porque sus simpatías con respecto al reformismo le restasen votos de los antiguos republicanos.

22

De sus labios supimos muchos pormenores de su trabajosa vida, contada cuando comíamos modestísimamente, Augusto Linares, el sabio naturalista, otros profesores de la Institución y yo. Y, aparte las cosas relatadas, diré solamente cómo siguió sus estudios, ayudándose con las lecciones que daba particulares y en colegios, preparatorias para el bachillerato; cómo siendo casi un niño, compartía con los Blasco Ibáñez, los Vinaixa y otros, las luchas en pro de la democracia, en las juventudes revolucionarias de Valencia; cómo trabó amistad siempre con artistas y literatos, entre cuyas amistades figuró en primera fila Sorolla, herido como él de muerte en estos últimos años.

Era Simarro un espíritu selecto, de una fineza asombrosa en sus juicios, tanto si fueran filosóficos como sociales o políticos, o..... de usos y costumbres..... o ¡de modas! Tenía un buen gusto extraordinario en todo, y se adivinaba en él al artista, al par que al pensador, tan pronto como se ponía a hablar. En su alma generosa existía una mezcla de sagaz finura florentina, como raíz de su nacimiento en Italia, y de amplia compleja concepción levantina, brillante y luminosa, como la segunda levadura del pueblo de su niñez. Era críti-

co certero, de igual modo que todos los solitarios que se autoforman.

Casó—cuando ya tenía posición sólida, en primeras nupcias—con una bellísima señorita valenciana, y desde el primer día, no sólo fué su casa un modelo de suprema elegancia, sino su señora una figura ataviada con la suma distinción.

Sus advertencias, sus consejos, sus observaciones, servían siempre a periodistas, médicos, artistas, científicos industriales, artesanos..... jamás podía prescindir quien lo escuchaba, de dejarse influir: quedaba siempre en nuestra conciencia la base de un argumento, contrastando el pensamiento propio, como piedra de toque suministrada por el clarividente criterio de su talento asombroso.

Como Salmerón, y como tantos otros sabios, deja poco escrito. De su ciencia, nada, de sus experiencias e investigaciones, tampoco; el tesoro de su saber lo dedicó a sus alumnos, o lo derrochó entre sus oyentes de todos los círculos que frecuentaba. Más que orador, era un gran «causseau», como dicen los franceses, un charlador admirable que exponía con claridad meridiana, serenamente, calmosamente, fluidamente, los más profundos conceptos filosóficos o las más complicadas cuestiones sociológicas; y su vena en la conversación era inagotable. Una vez comenzada, discutía o discurría con singular gracejo, con estupenda originalidad, hora tras hora, interminablemente.....

Lo mismo que hablaba, estudiaba o leía, sin interrupción, sin transición, entre el día y la noche. Y cuanto leyó lo mantuvo en su memoria, como Menéndez Pelayo, pero, al modo suyo, es decir, con su apostilla y comentario particular.

Así le conocimos, sin que queramos repetir aquí otros detalles personales que han corrido ya por las columnas de la Prensa. Pues nos habíamos propuesto solamente llenar algunas lagunas, para completar con esos pormenores la historia del hombre ilustre, que deja un hueco difícil de ocupar en la España contemporánea.

(De *El Progreso* de Barcelona - 12 de julio de 1921.)

INVESTIGACIONES PSICOLOGICAS es una publicación de la FACULTAD DE PSICOLOGIA de la UNIVERSIDAD COMPLUTENSE de Madrid, que se publica dos veces al año. Su difusión y contribuciones son de ámbito internacional. Recoge trabajos empíricos o experimentales inéditos en las diversas áreas de la Psicología Científica, así como trabajos de Psicología aplicada o de carácter metodológico, si en ellos se realiza una aportación original. Se preferirán ideas nuevas y específicas a generalidades o refinamientos de ideas muy conocidas. Uno de los dos números anuales tendrá carácter monográfico y para ellos se pedirán contribuciones a autores de reconocido prestigio.

Los trabajos publicados aparecen recogidos en el **Psychological Abstracts**.

## **NORMAS DE ACEPTACION DE TRABAJOS**

1. Se aceptarán contribuciones en castellano, y excepcionalmente en otras lenguas internacionales, si el trabajo ha sido realizado fuera de España.

2. Cada trabajo será enviado para su revisión a especialistas en el área a la que el trabajo pertenece de forma anónima.

3. Se distinguen dos tipos de colaboraciones:

— Trabajos.

— Notas críticas.

Las características de ambos han sido fijadas por el Consejo de Redacción y están a disposición de los posibles colaboradores.

4. Las condiciones de presentación de los manuscritos se ajustarán a las **NORMAS DE ESTILO INTERNACIONAL EN PSICOLOGIA**.

5. Todos los originales deberán enviarse mecanografiados y por triplicado (un original y dos copias claras) al Consejo de Redacción de Investigaciones Psicológicas. Facultad de Psicología, Campus de Somosaguas. 28023 Madrid.

6. El texto del trabajo, así como las notas y referencias, serán mecanografiados a doble espacio.

7. Los manuscritos, tanto originales como copias, deberán incluir todas las tablas y figuras en hojas separadas. Los grabados e ilustraciones deben estar bien dibujados y en perfectas condiciones de ir al fotograbador, preferiblemente en papel vegetal. Las tablas y esquemas deben ser claros y en situación de ser reproducidos. En el texto se indicará el lugar de inclusión de las tablas y figuras.

8. En la primera hoja del manuscrito se escribirá el título del trabajo, seguido de un **Resumen** en castellano y un **Abstract** en inglés, con una extensión máxima de 150 palabras.

Detrás de los correspondientes Resumen y Abstract se incluirán las **Palabras Clave** y **Keywords**.

En hoja aparte se escribirán: título del trabajo, nombre del autor o autores, afiliación y dirección completa.